

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACION
PARA EL AÑO DE
1890

ESCRITO POR LOS SEÑORES

*BALART (D. Federico), BECERRO DE BENGUA (D. Ricardo), BLANCO ASENJO (D. R.), BUSTILLO (D. Eduardo),
CAMPILLO (D. Narciso), CASTRO Y SERRANO (D. José de), CAVESTANY (D. J. Antonio), FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERNÁNDEZ GRILO (D. Antonio),
FERRARI (D. Emilio), FRIERA (D. Ataulfo), FRONTAURA (D. Carlos), FUENTES BUSTILLO (D. Joaquín de), MARTÍNEZ DE VELASCO (D. Eusebio),
MAS Y PRAT (D. Benito), REINA (D. Manuel), RUEDA (D. Salvador), SABANDO (D. Julián Manuel de),
SÁNCHEZ DE CASTILLA (D. Eduardo), SÁNCHEZ MOGUEL (D. Antonio), SBARBI (D. José María), SEPÚLVEDA (D. Ricardo),
SIGÜENZA (D. Julio de), VALDELOMAR Y FÁBREGAS (D. Julio), VELARDE (D. José), VIDART (D. Luis).*

AÑO XVII



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1889



REVISTA

LA REVISTA

DE LA

1930

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.



	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S...	5	«.....Esto, esto y esto.....»: Medicina natural, por don	
Año astronómico, por D. A. P.....	5	Ricardo Becerro de Bengoa.....	76
Santoral.....	6	Las Campanas, poesía, por D. Federico Balart.....	85
El Duque de Rivas, apuntes biográficos, por D. Luis		Pensamiento, poesía, por D. Eduardo S. de Castilla.....	85
Vidart.....	11	El Palacio de los Condestables, por D. Eusebio Mar-	
Indumentaria genial. Las Calzas de Villadiego, por		tínez de Velasco.....	86
D. Benito Mas y Prat.....	25	Ave María, poema dedicado á la Duquesa de Almo-	
La Locura del bardo (fragmento de un poema inédito),		dóvar del Río, por D. Juan Antonio Cavestany... ..	95
por D. R. Blanco Asenjo.....	32	Personajes célebres de la Revolución francesa.....	102
Esplendidez española, por D. José Maria Sbarbi....	34	La Orgía de esqueletos, poesía, por D. Salvador Rue-	
«La Bêtise humaine», por D. José de Castro y Serrano.	37	da.....	108
A Córdoba, poesía, por D. Julio Valdelomar y Fá-		El Néctar de nuestros antepasados (cuento que tiene	
bregas.....	44	mucho de historia), por D. Julio de Sigüenza....	111
Camino del Infierno (pensamiento de Baudelaire),		Ponces y Guzmanes, romances, por D. José Ve-	
poesía, por D. Manuel Reina.....	45	larde.....	124
La Novela de los celos, por D. Eduardo Bustillo....	47	Los Viejos del día, por D. Carlos Frontaura.....	134
Un Grado de licenciado á la antigua: La Cena, por		A Castelar (en la muerte de su hermana Concha),	
D. Julián Manuel de Sabando.....	55	poesía, por D. Emilio Ferrari.....	137
Metempsicosis, poesía, por D. Joaquín de Fuentes		La Canción de la Muerte, poesía, por D. Antonio	
Bustillo.....	63	Fernández Grilo.....	138
El Libro de los sueños, por D. José Fernández		El Nuevo Diccionario, por D. Narciso Campillo....	140
Bremón.....	66	Sonetos, por D. Ataulfo Frieria.....	144
Recuerdos de Bretaña: Una Visita á la Trapa, por		Rima, por D. Ricardo Sepúlveda.....	144
D. Antonio Sánchez Moguel.....	72		

GRABADOS.

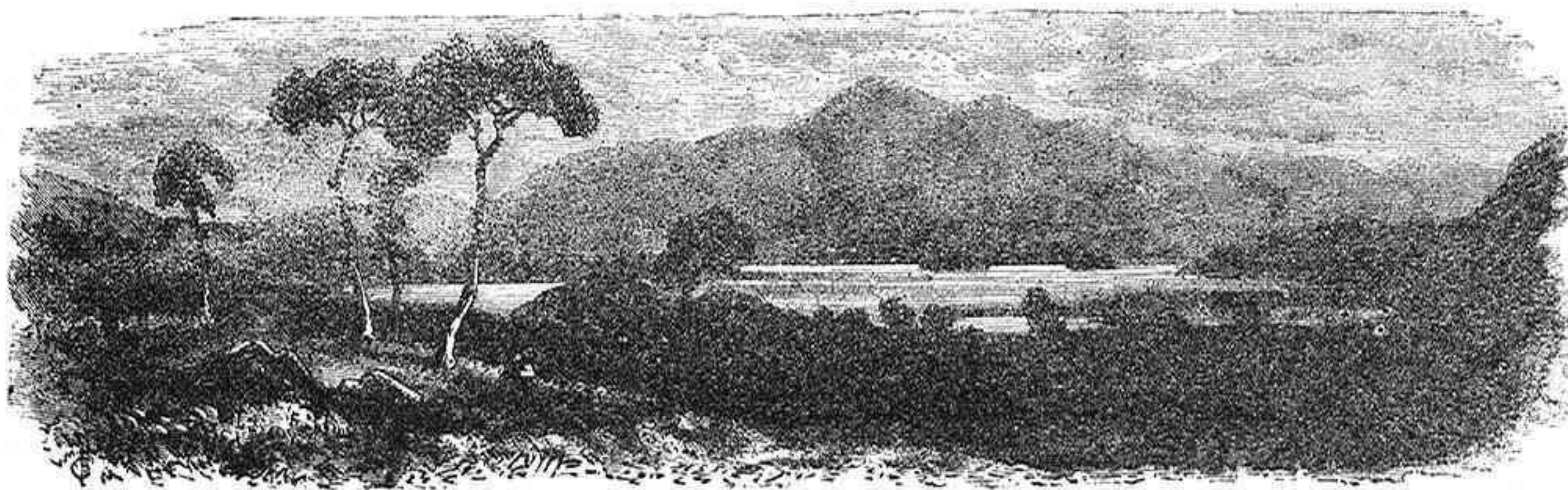
	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
BELLAS ARTES.			
Un Trío campestre, cuadro de Debat-Pousan.....	16	«El Saludo de la primavera», cuadro de A. Grönland.	36
«Retratos de Mme. X*** y de su hijo», por Humbert.....	22	«La Comida de bautizo», cuadro de H. Brispot.....	46
«El Reloj nuevo» (escuela alemana contemporánea).	28	«La Escuela de primeras letras», cuadro de Geoffroy.	52
«Luna de miel», cuadro de Kellerbarch.....	31	«Estudio de color», por C. Reichert.....	54
		«El Buhonero», cuadro original de L. Bianchi.....	90

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
«Oficial de la «Vieja Guardia», estudio de Meissonier, para su célebre cuadro <i>Friedland</i>	94	El «Restaurant» ruso en el Palacio de Bellas Artes.	82
«De fuera vendrá.....», cuadro original de C. Reichert.....	107	Patio interior del Pabellón de Argelia.....	87
«¡Por Sevilla!», cuadro de D. Manuel de la Rosa....	110	«Historia de la Habitación», casas románica y gótica.....	93
«Las Dos hermanas», cuadro de Bertrand.....	128	Los Puentes volantes (<i>ponts roulants</i>) en la Galería de Máquinas.....	113
«Á favor de la corriente», cuadro de Emilio Laus..	136	Palacio de la República Argentina.....	123
		Pabellón de la República de Guatemala... ..	139
RETRATOS.		VARIEDADES.	
El Excmo. Sr. D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas.	10	Partida de caza.....	39
El Ingeniero Eiffel, autor de la famosa torre de 300 metros.....	24	Un Paisaje de las costas de Noruega.....	41
Mademoiselle Depoix, artista del teatro del Gymnase de París.....	49	París: Elefantes del Jardín de Plantas.—Galerías del Palais Royal.....	43
Personajes célebres de la Revolución francesa. 103 y Doña María Tubau de Palencia, distinguida actriz española.....	105	«Tarde de primavera», composición y dibujo de Riudavets.....	57
Enrique Tamberlick, llamado «el rey de los tenores».	118	«El Primer cliente», composición y dibujo de Comba.	60
La Princesa Emineh-Hanen, mujer del Khedive de Egipto.....	133	París: Concurso de bomberos.....	62
La Señorita María de Wetschera..	142	Indígenas de las islas de Samoa.....	65
		Melbourne (Australia): El llamado «Coro angélico» de la catedral de San Pablo.....	71
EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.		«¿Vendrá?», dibujo original de Llovera.....	97
Pabellón de los Estados Unidos de Venezuela.....	75	Precocidad artística.....	101
Pabellón de la República de Bolivia.....	79	Sorpresa.....	120
		Viñetas varias: 4, 64, 70, 85, 108 y 122.	

CROMOTIPOGRABADOS.

EN EL CAMPO DE MARTE, por Marchetti.—CASTIGADO, acuarela de Geoffroy.—UN FUTURO MARQUÉS, por Comerre.

LA VUELTA DEL CAMPO, por Perrault.







“ EN EL CAMPO DE MARTE ”

POR MARCHETTI



PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIAÍSTICO.

Aureo número.	10	Indicación romana.	III
Epacta.	IX	Letra dominical.	e
Ciclo solar.	23	Letra del martirologio romano.	i

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	19 de Enero.
Septuagésima.	2 de Febrero.
Sexagésima.	9 de Febrero.
Quincuagésima.	16 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	19 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	6 de Abril.
Patrocinio de San José.	27 de Abril.
Letanias.	12, 13 y 14 de Mayo.
Ascensión del Señor.	15 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	25 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	1 de Junio.
Santísimo Corpus Christi.	5 de Junio.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	26
Santísimo Corazón de Jesús.	13 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	15 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	6 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	17 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	5 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	9 de Noviembre.
Adviento.	30 de Noviembre.

TÉMPORAS.

I.—El 26 y 28 de Febrero y 1.º de Marzo	III.—El 17, 19 y 20 de Septiembre.
II.—El 28, 30 y 31 de Mayo.	IV.—El 17, 19 y 20 de Diciembre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
La Vigilia de Pentecostés (con abstinencia de carne).
Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Témperas.
Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne).
Vigilia de Santiago Apóstol.
Vigilia de la Asunción de Nuestra Señora (con abstinencia de carne).
Vigilia de Todos los Santos.
Vigilia de Navidad (con abstinencia de carne).
También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, 2, 3, 4 y 5 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado; y, durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.
Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 14 de Abril, y se cierran respectivamente el 18 de Febrero y el 29 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 2 y el 25 de Febrero; el 8, 9, 16, 28 y 29 de Marzo; el 9 de Abril, y el 29 y 31 de Mayo.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud.	40° 24' 30" N.
Longitud.	0 ^h 10 ^m 4 ^s ,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

20 de Enero, en Acuario.	22 de Julio, en Leo.—Cánticula.
18 de Febrero, en Piscis.	23 de Agosto, en Virgo.
20 de Marzo, en Aries.—Primavera.	20 de Septiembre, en Libra.—Otoño.
20 de Abril, en Tauro.	23 de Octubre, en Escorpio.
21 de Mayo, en Géminis.	22 de Noviembre, en Sagitario.
21 de Junio, en Cáncer.—Estdo.	21 de Dic., en Capricornio.—Invierno.

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 3 h. y 26 m. de la tarde.
ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 11 h. y 30 m. de la mañana.
OTOÑO. — Entra el 23 de Septiembre á las 2 h. y 7 m. de la madrugada.
INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 8 h. y 30 m. de la noche.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

JUNIO 16-17. *Eclipse anular de Sol*, visible como parcial en Madrid.
El eclipse principia en la Tierra el día 16 á 18^h 30^m3, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 7° 46' al O. de San Fernando, y latitud 0° 47' N.
El eclipse central principia en la Tierra el día 16 á 19^h 36^m9, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 26° 18' al O. de San Fernando, y latitud 5° 9' N.
El eclipse central á mediodía sucede el día 16 á 21^h 33^m7, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 36° 43' al E. de San Fernando, y latitud 36° 41' N.
El eclipse central termina en la Tierra el día 16 á 23^h 23^m7, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 107° 38' al E. de San Fernando, y latitud 18° 47' N.
El eclipse termina en la Tierra el día 17 á 0^h 30^m3, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 88° 56' al E. de San Fernando, y latitud 14° 28' N.
Este eclipse será visible en toda Europa, en casi toda el Asia, en gran parte de Africa y en una pequeña parte de la América Meridional, en gran parte del Océano Atlántico y del Indico, en el Mediterráneo, en una pequeña parte del Pacífico y del mar Polar Artico.

Las circunstancias principales de este eclipse, para Madrid, son las siguientes:
Principio del eclipse á las 7 y 34^m de la mañana del día 17.
Medio del eclipse á las 8 y 45^m de la mañana del día 17.
Fin del eclipse á las 10 y 6^m de la mañana del día 17.
Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,553: tomando como unidad el diámetro del Sol.
La primera impresión de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista 78° del vértice superior del Sol, hacia la derecha (visión directa).
NOVIEMBRE 26. *Eclipse parcial de Luna*, invisible en Madrid.
Principio del eclipse á las 1 y 14^m de la tarde.
Medio del eclipse á las 1 y 19^m de la tarde.
Fin del eclipse á las 1 y 24^m de la tarde.
El principio y fin de este eclipse serán visibles en una pequeña parte de Europa, en casi toda el Asia, en gran parte de la América Septentrional, en la Australia, en las Is'as Filipinas, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Indico, en casi todo el Pacífico, en casi todo el mar Polar Artico y en una pequeña parte del Antártico.
Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,002: tomando como unidad el diámetro de la Luna.
El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 14° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).
El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 19° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).
DICIEMBRE 11. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.
El eclipse principia en la Tierra á 12^h 3^m6, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 83° 58' al E. de San Fernando, y latitud 8° 20' S.
El eclipse central principia en la Tierra á 13^h 8^m1, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 63° 10' al E. de San Fernando, y latitud 18° 42' S.
El eclipse central á mediodía sucede á 14^h 50^m1, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 135° 55' al E. de San Fernando, y latitud 53° 58' S.
El eclipse central termina en la Tierra á 16^h 13^m3, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 136° 35' al O. de San Fernando, y latitud 36° 32' S.
El eclipse termina en la Tierra á 17^h 17^m8, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 158° 48' al O. de San Fernando, y latitud 26° 31' S.
Este eclipse será visible en gran parte de la Australia, casi toda la isla de Madagascar, en una pequeña parte del Indostán, en casi todo el Océano Indico, en parte del Pacífico, y en casi todo el mar Polar Antártico.

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1890.

Ortos del Sol.	ENERO.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	FEBRERO.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.		H. M.
7.23	1 Miérc. LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4.45	7.10	1 Sáb. San Ignacio, y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mártires.	5.19
7.23	2 Juev. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45	7.09	2 Dom. <i>de Septuagésima</i> . LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo <i>La Candelaria</i>) y san Cornelio Centurión, obispo.— <i>Anima</i> .	5.20
7.24	3 Vier. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4.46	7.08	3 Lun. San Blas, obispo y mártir, y el beato Nicolás de Longobardo.	5.21
7.24	4 Sáb. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros mártires.	4.47	7.07	4 Mart. San Andrés Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cfr.	5.22
7.24	5 Dom. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeón Stilita.	4.48		☉ <i>Luna llena</i> , á las 12 y 59 m. de la noche, en <i>Leo</i> .	
7.24	6 Lun. <i>Fiesta</i> . LA EPIFANÍA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49	7.06	5 Miérc. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.	5.23
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 5 y 22 m. de la mañana, en <i>Cáncer</i> .		7.05	6 Juev. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.25
7.24	7 Mart. San Julián, mártir, y san Raimundo de Peñafort.— <i>Abrense las velaciones</i> .	4.50	7.04	7 Vier. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26
7.23	8 Miérc. San Luciano, presbítero, y compañeros mártires.	4.51	7.03	8 Sáb. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27
7.23	9 Juev. San Julián, mártir, y su esposa santa Basilisa, virgen.	4.52	7.01	9 Dom. <i>de Sexagésima</i> . Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28
7.23	10 Vier. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amaranate, confesor.	4.53	7.00	10 Lun. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
7.23	11 Sáb. San Higinio, papa y mártir.	4.54	6.59	11 Mart. San Saturnino, presbítero, y compañeros mártires, y los santos Siete Siervos de María, fundadores.	5.31
7.22	12 Dom. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, canónigo de León.	4.55	6.58	12 Miérc. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32
7.22	13 Lun. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56		☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 6 y 37 m. de la noche, en <i>Escorpio</i> .	
7.22	14 Mart. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57	6.57	13 Juev. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 6 y 18 m. de la mañana, en <i>Libra</i> .		6.55	14 Vier. San Valentín, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.	5.34
7.22	15 Miérc. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58	6.54	15 Sáb. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.	5.35
7.21	16 Juev. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00	6.53	16 Dom. <i>de Quincuagésima</i> . San Julián y 5.000 compañeros, mártires.	5.37
7.21	17 Vier. San Antón, abad.	5.01	6.51	17 Lun. San Julián de Capadocia, mártir.	5.38
7.20	18 Sáb. La Catedral de san Pedro en Roma, y santa Prisca, v. y m.	5.02	6.50	18 Mart. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeón, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.— <i>Ciérranse las velaciones</i> .	5.39
7.20	19 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, San Canuto, rey, san Mario, santa Marta y san Audifaz.	5.03	6.49	19 Miérc. <i>de Ceniza</i> . San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.— <i>Principia el ayuno de Cuaresma</i> .	5.40
7.19	20 Lun. San Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.	5.04		☾ <i>Luna nueva</i> , á las 10 y 13 m. de la mañana, en <i>Piscis</i> .	
	☾ <i>Luna nueva</i> , á las 11 y 34 m. de la noche, en <i>Acuario</i> .		6.47	20 Juev. San León y san Eleuterio, obispos.	5.41
7.19	21 Mart. San Fructuoso, obispo, san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.	5.05	6.46	21 Vier. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43
7.18	22 Miérc. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07	6.45	22 Sáb. La Catedral de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.	5.44
7.17	23 Juev. <i>Fiesta</i> . SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo, y santa Emericiana, virgen y mártir, patrona de Teruel.	5.08	6.43	23 Dom. <i>I de Cuaresma</i> . San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45
7.17	24 Vier. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	6.42	24 Lun. San Matías, apóstol, y san Modesto, obispo.	5.46
7.16	25 Sáb. La Conversión de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10	6.40	25 Mart. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastián de Aparicio.— <i>Anima</i> .	5.47
7.15	26 Dom. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.	5.11	6.39	26 Miérc. San Alejandro, obispo.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	5.48
7.14	27 Lun. San Juan Crisóstomo, ob. y dr., y san Julián y comps. mrs.	5.12		☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 1 y 52 m. de la tarde, en <i>Géminis</i> .	
	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 8 y 2 m. de la noche, en <i>Tauro</i> .		6.37	27 Juev. San Baldomero, confesor.	5.49
7.13	28 Mart. San Julián, obispo y patrón de Cuenca, y san Valero.	5.14	6.36	28 Vier. San Román, abad, y santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros mártires.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	5.50
7.13	29 Miérc. San Francisco de Sales, ob. y dr., fr. de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.	5.15			
7.12	30 Juev. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.	5.16			
7.11	31 Vier. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17			

MARZO.

6.34	1 Sáb. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Órdenes</i> .	5.52	6.11	16 Dom. <i>IV de Cuaresma</i> . San Julián de Anazarbo.— <i>Anima</i> .	6.08
6.33	2 Dom. <i>II de Cuaresma</i> . San Lucio, obispo.	5.53	6.09	17 Lun. San Patricio, obispo y confesor.	6.09
6.31	3 Lun. Santos Emeterio y Celedonio, mártires, patronos de Calahorra.	5.54	6.07	18 Mart. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.30	4 Mart. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio.	5.55	6.06	19 Miérc. San José, esposo de Ntra. Sra., patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, mártir.	6.11
6.28	5 Miérc. San Eusebio y compañeros mártires.	5.56	6.04	20 Juev. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.— <i>PRIMAVERA</i> .	6.12
6.27	6 Juev. Santos Victor y Victoriano, mártires.	5.57		☾ <i>Luna nueva</i> , á las 8 y 47 m. de la noche, en <i>Aries</i> .	
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 6 y 33 m. de la tarde, en <i>Virgo</i> .		6.02	21 Vier. San Benito, abad y fundador.	6.13
6.25	7 Vier. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.	5.58	6.01	22 Sáb. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.— <i>Órdenes</i> .	6.14
6.23	8 Sáb. San Juan de Dios, fundador, san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.— <i>Anima</i> .	5.59	5.59	23 Dom. <i>de Pasión</i> . San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Oriol, presbítero.	6.15
6.22	9 Dom. <i>III de Cuaresma</i> . Santa Francisca, viuda romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.— <i>Anima</i> .	6.00	5.57	24 Lun. San Agapito, obispo y mártir y el beato José María Tomasi, cardenal.	6.16
6.20	10 Lun. Santos Melitón y 39 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01	5.56	25 Mart. <i>Fiesta</i> . LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.	6.17
6.19	11 Mart. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.03	5.54	26 Miérc. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18
6.17	12 Miérc. San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04	5.52	27 Juev. San Ruperto, obispo.	6.19
6.15	13 Juev. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomón, mártires.	6.05	5.51	28 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, San Sixto III, papa y confesor, san Cástor y san Doroteo, mártires.— <i>Anima</i> .	6.20
6.14	14 Vier. Santa Matilde, reina, y la Traslación de santa Florentina.	6.06		☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 9 y 18 m. de la mañana, en <i>Cáncer</i> .	
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 3 y 50 m. de la mañana, en <i>Sagitario</i> .		5.49	29 Sáb. San Eustasio, abad.— <i>Anima</i> .	6.21
6.12	15 Sáb. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longinos y compañeros.	6.07	5.47	30 Dom. <i>de Ramos</i> . San Juan Climaco, abad.	6.22
			5.46	31 Lun. <i>Santo</i> . Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23

OCTUBRE.

NOVIEMBRE.

Ocasos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.	Ocasos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.
	5.56		5.43		6.29		6.31
	5.57		5.41		6.32		6.32
	5.58		5.40		6.33		6.33
	5.59		5.38		6.34		6.34
	6.00		5.36		6.35		6.35
	6.01		5.35		6.36		6.36
	6.02		5.33		6.38		6.38
	6.03		5.32		6.39		6.39
	6.04		5.30		6.40		6.40
	6.05		5.29		6.41		6.41
	6.06		5.27		6.42		6.42
	6.07		5.25		6.43		6.43
	6.08		5.24		6.45		6.45
	6.09		5.22		6.46		6.46
	6.10		5.21		6.47		6.47
	6.12		5.19		6.48		6.48
	6.13		5.18		6.49		6.49
	6.14		5.16		6.50		6.50
	6.15		5.15		6.52		6.52
	6.16		5.13		6.53		6.53
	6.17		5.12		6.54		6.54
	6.18		5.11		6.55		6.55
	6.19		5.09		6.56		6.56
	6.20		5.08		6.57		6.57
	6.21		5.06		6.58		6.58
	6.23		5.05		7.01		7.01
	6.24		5.04		7.02		7.02
	6.25		5.03		7.03		7.03
	6.26		5.01				
	6.27		5.00				
	6.28		4.59				

DICIEMBRE.

	7.04		4.35		7.17		4.35
	7.05		4.34		7.17		4.35
	7.06		4.34		7.18		4.36
	7.07		4.34		7.19		4.36
	7.08		4.34		7.19		4.37
	7.09		4.34		7.20		4.37
	7.10		4.34		7.20		4.38
	7.11		4.34		7.21		4.38
	7.12		4.34		7.21		4.39
	7.13		4.34		7.21		4.39
	7.14		4.34		7.22		4.40
	7.14		4.34		7.22		4.41
	7.15		4.35		7.23		4.41
	7.16		4.35		7.23		4.42
					7.23		4.43
					7.23		4.44



EXCMO. SEÑOR DON ANGEL DE SAAVEDRA
DUQUE DE RIVAS.

Nació en Córdoba el 10 de Marzo de 1791. Murió en Madrid el 22 de Junio de 1865.



EL DUQUE DE RIVAS

APUNTES BIOGRÁFICOS



En la diestra el laud, la capellina
Férrea en la sien, ya miro al esforzado
Campeón, cuyo ardor jamás declina ;
Aquel en todos tiempos inspirado,
Poeta de D. Álvaro y Mudarra,
Pintor también y prócer y soldado.

PATRICIO DE LA ESCOBERA.

I.

Consideraciones preliminares.—Nacimiento y primeros estudios de D. Angel Saavedra.—Su precocidad artística.—Su ingreso en el Seminario de Nobles.

Ya ha comenzado á ser posible el estudio de los hechos que constituyen la historia de España durante la primera mitad del siglo en que vivimos. Las luchas entre los liberales y los absolutistas desde el comienzo de la guerra de la Independencia hasta el año de 1823; la división y subdivisión de los partidos liberales en que aparecen los nombres de anilleros, ayacuchos y puritanos, que hoy con dificultad se recuerdan; el absolutismo ilustrado de Zea Bermúdez, el Estatuto Real de Martínez de la Rosa, la Constitución de 1837, su reforma en 1845; en suma: todo lo que ha sucedido en la política española desde el principio á la mitad de este siglo, y aun pudiera decirse hasta la revolución de Septiembre de 1868, es materia que ya puede ser tratada por el historiador, sin que perturben su juicio la pasión que inspira la política palpitante, en que hoy se hallan planteados problemas muy distintos á los que intentaron resolver ó resolvieron las generaciones que inmediatamente han precedido á las que ahora existen.

Y en el ameno campo de las letras aun es mayor que en la esfera política la distancia que nos separa de las ideas dominantes en la época del neoclasicismo francés, representado por el árcaico romano Inarco Celenio, y del romanticismo á la española del Duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez y de otros escritores, que no citamos para no mencionar más que á los ya difuntos. En la actualidad, la escuela que comenzó en Francia llamándose *realismo*, en un libro muy conocido de Champfleury, y en España entonces se apellidaba *naturalismo*, que es la calificación adoptada después por Emilio Zola; la escuela que los italianos,

con mejor acuerdo que los franceses, llaman *verismo*, da la razón á los románticos en lo concerniente á su teoría de la libertad del arte, esto es, á su afirmación de que las obras maestras de los grandes escritores no han de ser el estrecho molde donde se encierre toda producción del ingenio; y también da la razón á los clásicos en su doctrina de que existen reglas de crítica que son permanentes y eternas, á las cuales ha de ajustarse la obra literaria para no asemejarse al monstruo descrito por Horacio en el comienzo de su famosa epístola á los Pisones.

Todo lo hasta ahora escrito se encamina á demostrar que D. Angel Saavedra, Duque de Rivas, emigrado político en 1823, y después Embajador y Ministro de la Corona, autor del drama romántico *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y de la leyenda *El Moro expósito*, no ajustada al patrón clásico del poema épico, es ya un personaje político y un escritor eminente que puede ser juzgado con el sereno criterio de la Historia, sin que enturbie este criterio ni el encono de las luchas políticas, ni las preocupaciones de las escuelas literarias que se disputaban la posesión de la belleza artística en la primera mitad del siglo presente.

No cabe el examen analítico de las obras literarias del Duque de Rivas en los límites de este bosquejo biográfico. Los ilustres críticos que han llevado á cabo esta empresa, así D. Manuel Cañete, más afecto á nuestras glorias tradicionales que á las novedades de la época presente, como don Juan Valera, más entusiasta de nuestro siglo que adorador de los tiempos pasados; así el Marqués de Valmar, erudito de refinado gusto, más clásico que romántico, como D. Nicomedes Pastor Díaz, poeta de ingenio más inclinado á la libertad que á la observancia de las reglas del clasicismo; así el erudito Hartzenbusch, como el elocuente Alcalá Galiano; en resumen: todos los críticos que se han ocupado del Duque de Rivas están de acuerdo en señalarle lugar eminente entre los grandes poetas españoles, y aquí cesa la unanimidad de sus juicios. Esto significa que no hay duda posible acerca del mérito que avaloran las obras poéticas del Duque de Rivas; pero que sí la hay en las razones que explican y en los fundamentos que sostienen la superioridad de estas obras comparadas con otras de su mismo género literario.

Poco valdría el débil auxilio de nuestra pluma para ensalzar los merecimientos del Duque de Rivas; pero acaso no sea de todo punto inútil para demostrar que la grandeza

de sus creaciones poéticas resiste á todo cambio y mudanza de criterio; porque si bella fué la figura de D. Álvaro y la de Mudarra para los románticos que ya pasaron, bellas siguen siendo para el erudito de gusto más ó menos clásico y hasta para el naturalista de los tiempos presentes. Se ha observado que las obras maestras de la literatura parece que se conforman, en las reglas de su composición, con las más opuestas doctrinas críticas. Así el *Quijote* fué considerado por los clásicos como una obra clásica, y por los románticos como una obra romántica; y en la actualidad, los naturalistas dicen que es una novela naturalista y hasta ultra-naturalista, y recuerdan, en apoyo de su opinión, la aventura de los batanes, el dicho de Sancho al averiguar que aun no había pasado la línea equinoccial y otros pasajes del libro; y los idealistas afirman que es una novela idealista, como lo prueba el purísimo amor de D. Quijote á su soñada Dulcinea y la credulidad de Sancho, que traspasa los límites de la vulgar buena fe de los rudos campesinos. Las obras maestras del Duque de Rivas.... pero no adelantemos el discurso, y dejando para la ocasión oportuna lo que ahora íbamos á escribir, comencemos aquí nuestra narración biográfica.

Nació D. Angel Saavedra en Córdoba el 10 de Marzo de 1791. Fueron sus padres el Sr. D. Juan de Saavedra y Ramírez, Duque de Rivas, y la señora doña María Ramírez de Baquedano y Quiñones, Marquesa de Andía y de Villasinda. No era D. Angel el primogénito de su casa, y sus ilustres padres, con acertada determinación, le proporcionaron desde sus más tiernos años, maestros inteligentes que cuidasen de su enseñanza y apartasen su voluntad de aquellas torpes aficiones, que sirvieron de asunto al insigne Jovellanos para su sátira contra la degeneración de la nobleza castellana. Nunca tal censura pudo alcanzar á quien fué, al decir de Pastor Díaz, pintor y poeta desde la cuna. «Aficionadísimo ya en sus más tiernos años á los versos—habla también el Sr. Pastor Díaz—hubo además circunstancias domésticas que determinaron esta inclinación.... El Duque, su padre, hacía también versos y no malos, en el estilo de Gerardo Lobo, y había en la casa un antiguo mayordomo que los componía con singular facilidad, atestados de retruécanos y equívocos, y que en todas las festividades de familia se creía obligado á dar muestras de su festiva y fecunda vena. Eran demasiado inmediatos estos ejemplos.... para que no obrasen poderosamente sobre la precoz imaginación del joven D. Angel y le estimulasen á probar también fortuna en aquel doméstico certamen. No menos pasión mostró por el dibujo, y el mayor castigo que le podían imponer para reprimir sus juveniles travesuras—en las que cuenta la historia que sobresalía grandemente nuestro protagonista—era recogerle los lápices y prohibirle dar lección de aquel su arte favorito y su entretenimiento predilecto.»

Dos emigrados que habían dejado su patria para salvar su libertad ó su vida de los excesos de la revolución francesa, el canónigo M. Tostín, en Córdoba, y M. Bordes, en Madrid, fueron los primeros maestros que se encargaron de enseñar historia, geografía é idioma francés al niño Saavedra, que al propio tiempo aprendía gramática latina con un sacerdote español; pero esta educación doméstica, digámoslo así, fué interrumpida por la muerte del Duque su padre, que se verificó en el año de 1802. La Duquesa viuda quedó de tu-

tora y curadora de sus hijos, y dispuso que D. Angel ingresase, para continuar sus estudios, en el Real Seminario de Nobles, que á la sazón acertadamente dirigía el brigadier D. Andrés López de Sagastizabal, y en el cual desempeñaba el cargo de regente de estudios el bien reputado humanista D. Manuel Valbuena. En este renombrado establecimiento docente estudió el joven Saavedra lengua latina con D. Antonio de Salas; retórica y poética con D. Demetrio Ortiz, matemáticas con D. Agustín de Sojo, y geografía é historia con D. Isidoro Antillón. Aprendía además dibujo y francés, y se ejercitaba en el manejo de la espada, con tanta afición como singular destreza. Estudiaba D. Angel lo suficiente para ser aprobado con lucimiento en las clases de historia y de retórica y poética, y no con tanto brillo las de ciencias exactas, cuyas áridas investigaciones no se avenían á la vivacidad de su carácter ni á la lozania de su imaginación. Por regla general, los ingenios en que se reúnen las cualidades propias para sobresalir en la literatura, suelen mirar con aversión el estudio de las matemáticas. Así Chateaubriand acusaba de irreligiosa, ó de base para la irreligión, á la ciencia de la cantidad; y se lamentaba de tener que estudiar esta ciencia el gran historiador lord Macaulay. Hasta Napoleón I, acaso por su calidad de autor de alocuciones á sus ejércitos, en que se hallan frases tan célebres como aquella en que dice: «desde lo alto de esas pirámides cuarenta siglos nos contemplan»; hasta Napoleón I, sin duda por la parte que tenía de escritor público, no debía ser muy aficionado al estudio de las matemáticas, porque las censuras que obtuvo en los exámenes de esta ciencia, afirman sus biógrafos, que nunca fueron las de sobresaliente, ni siquiera las de bueno. Los ejemplos de Chateaubriand, Macaulay y Napoleón I indican que el desvío con que miraba los estudios matemáticos el joven Saavedra, no nacía de reprehensible indolencia, sino de las condiciones propias de su vocación individual; condiciones que hacen que el poeta no goce en demostrar que el cuadrado que se forma sobre la hipotenusa es igual á la suma de los cuadrados que se forman sobre los catetos; y que el matemático considere perdido el tiempo que se emplea en escribir

Un soneto al bostezo de Belisa
Y al resbalón de Inés otro soneto,

aun cuando estos sonetos—como dice muy bien D. Juan Valera—puedan ser más serios y mejores, y hasta más trascendentales que un poema inspirado por ó contra las armonías de Krause ó el agnosticismo de Herbert Spencer.

II.

D. Angel Saavedra comienza sus servicios militares en el regimiento de caballería del Infante, y pasa á continuarlos en el Cuerpo de Guardias de la Real Persona.—Conducta patriótica de D. Angel Saavedra y de su hermano el Duque de Rivas durante la guerra de la Independencia.—Combate de Ontigola en que D. Angel Saavedra queda mal herido.—Su ingreso en el Cuerpo de Estado Mayor.

Parece que es grande la aptitud para legislar bien de que España ha dado muestra desde los comienzos de su vida nacional hasta la época moderna. El *Fuero Juzgo* y las *Partidas*, el *Consulado de mar* de Barcelona y las leyes de In-

dias, son monumentos de sabiduría legislativa que han merecido los elogios de los juriconsultos é historiadores, así nacionales como extranjeros. Y en legislación militar, ya los Reyes Católicos al terminarse la guerra de Granada trataron de establecer la instrucción militar obligatoria que hoy se considera como la base más firme de la buena organización de los ejércitos; y nuestros reglamentos de milicias provinciales presentan ya la idea general de lo que deben ser las tropas de reserva, que años después se constituyeron en Prusia para burlar alguna de las condiciones de la paz de Tilsit. Pero sabido es que la bondad de las leyes estriba, no sólo en los preceptos escritos, sino en su fiel y exacto cumplimiento; y en España es muy frecuente que la sabiduría del legislador quede desvirtuada por la inobservancia de la ley.

En 1768 se habían publicado las *Ordenanzas de S. M. para el regimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos*, y el artículo segundo de las *Obligaciones del Subteniente*, que de estas *Ordenanzas* forman parte, dice así: «La reputación de su espíritu y honor, la opinión de su conducta y el concepto de su buena crianza, han de ser los objetos á que debe mirar siempre; ni su nacimiento, ni la antigüedad deben lisonjear su confianza para el ascenso; porque el que tuviese una ú otra de estas calidades, es más digno de olvido si se descuida, contentándose con ella.»

He aquí la igualdad ante la ley establecida sin ambages ni rodeos por los generales y golillas que cubrían sus cabezas con empolvadas pelucas en el glorioso reinado del señor D. Carlos III; he aquí que la legislación militar de España, aceptando como norma de sus preceptos que los hombres son iguales y que no es el nacimiento, sino la virtud la que establece diferencias, mucho antes de que tal principio se consignase en la declaración de los derechos del hombre de los revolucionarios franceses; pero si la teoría legal negaba las desigualdades del nacimiento, noble ó plebeyo, en la práctica no acontecía lo mismo; y D. Angel Saavedra, que como ya hemos dicho nació en 1791, á los seis meses le pusieron la cruz de caballero de justicia de la orden de Malta, poco después la bandolera de guardia de Corps supernumerario, y á los siete años de su edad fué nombrado capitán de caballería agregado al regimiento del Infante; gracias todas que reconocían como fundamento lo preclaro de su estirpe y el propósito de premiar en el niño los servicios prestados á la patria por sus ilustres antepasados.

Cumplió quince años D. Angel en el Seminario de Nobles, pero poco tiempo después, á fines de 1806, dejó las aulas por el cuarto de estandartes de su regimiento que se hallaba de guarnición en Zaragoza. El regimiento del Infante fué uno de los destinados en Marzo de 1807 á constituir el ejército expedicionario que, á las órdenes del Marqués de la Romana, había de combatir en el Norte de Europa al lado de las huestes napoleónicas; y dispuesto se hallaba el joven capitán Saavedra á seguir la suerte de sus compañeros de armas; pero la Duquesa viuda de Rivas, «vivamente apesadumbrada de que su hijo se separase de ella en tan tierna edad, dice el Sr. Pastor Díaz, para ir á pelear en lejanas tierras por una causa que no era la de su patria....., consiguió que pasara á continuar sus servicios en el cuerpo de Guardias de la Real Persona, dejando su empleo de capitán efectivo por el de alférez sin despacho, como simple guardia.»

Fué destinado D. Angel, aun cuando español, á la compañía flamenca, compuesta en su mayor parte de caballeros belgas, y allí trabó amistad con el guardia M. Bouchelet, joven de costumbres morigeradas, y que, como aficionado á las artes, tocaba la flauta y pintaba en miniatura con primor y delicado gusto. Don Angel, que ya había recibido en Córdoba sus primeras lecciones de dibujo del escultor francés M. Verdiguier, y después en su casa de Madrid y en el Seminario de Nobles, había continuado su aprendizaje en el arte de Apeles con el decidido empeño que anteriormente indicamos, tomó por maestro al pintor de cámara D. José López Enguídanos, y no olvidando tampoco sus aficiones á la literatura, en unión del entonces Conde de Haro y después famoso poeta Duque de Frias, de D. Cristobal de Beña, D. José y D. Mariano Carnerero y otros jóvenes, comenzó á publicar sus primeros escritos en un periódico que dirigían los Sres. Capmany y Luzuriaga.

Era, pues, el guardia de la Real Persona, Saavedra, desde los primeros años de su mocedad, un ejemplar de aquellos militares escritores que florecieron en las antiguas repúblicas de Grecia y en esta tierra de España durante la Edad Media y los siglos XVI y XVII; y así su noble figura no puede confundirse con el tipo legendario del guardia de Corps, más aficionado á galanteos que á libros, y más dispuesto á frecuentar casas de juego que imprentas ó doctas academias. No es esto decir que el futuro autor de *El Moro expósito* fuese un santo en su juventud, no tal; de sus aventuras galantes dan claro testimonio los versos en que canta á señoras ó señoritas disfrazadas de ninfas ó zagalas, según la moda de la época, y, sobre todo, las composiciones dedicadas á Olimpia, en que se nos antoja que todo ha de ser verdad, menos el nombre de la protagonista.

Sirviendo en el cuerpo de Guardias de la Real Persona, presencié muy de cerca D. Angel los disturbios palaciegos que ocasionó la causa del Escorial, la prisión del principe de Asturias y el escandaloso motín de Aranjuez, en que cayó por tierra el trono de Carlos IV, para que sobre sus ruinas se levantase el de su hijo Fernando VII. Llegó el famoso 2 de Mayo de 1808. Don Angel, en este día, se hallaba con su escuadrón fuera de Madrid; pero al regresar comprendió desde luego la perfidia del Emperador francés, y se afilió al partido de aquellos militares patriotas, que, rompiendo los lazos de la obediencia á las autoridades, aún en el nombre españolas, pero ya traidoras á su patria, resolvieron tomar parte en el alzamiento nacional, que aparece en la historia como el origen inmediato de nuestra gloriosa guerra de la Independencia. Su hermano mayor, el Duque de Rivas, que era exento de Guardias, también anhelaba que llegase el momento de romper abiertamente con la dependencia humillante de los franceses, que con malas artes se habían posesionado del territorio español. La ocasión se presentó á los dos hermanos para llevar á cabo sus propósitos, cuando el Duque de Berg quiso que el escuadrón de Guardias acompañase á las tropas francesas que marchaban sobre Segovia para sujetar el levantamiento del Colegio de Artillería, á lo cual resueltamente se negaron los guardias, y esto produjo, después de algunas vicisitudes que serían largas de referir, que se dispersase el escuadrón, para que los jefes y oficiales que lo formaban pudiesen ir á engrosar los nacientes ejércitos que habían de medir sus armas con las vencedoras huestes del primer Napoleón.

El caballero guardia, como entonces se decía, D. Angel Saavedra y su hermano el Duque de Rivas, después de un viaje en que corrieron graves peligros, lograron incorporarse al ejército que se hallaba á las órdenes del general Cuesta; ejército del cual formaba parte un escuadrón de Guardias de Corps que mandaba el exento Marqués de Palacios.

No relataremos menudamente los reencuentros y batallas en que se halló el joven guardia Saavedra; baste decir que en todas ellas, así en los combates de Alcalá y de Mora, como en las batallas de Uclés y de Talavera, no empañó la gloria de sus ascendientes, el esforzado mantenedor del *Paso honroso*, Suero de Quiñones, y el no menos esforzado general de artillería Francisco Ramírez de Madrid.

El 18 de Noviembre de 1809, vispera de la batalla de Ocaña, la división de caballería que mandaba el general Bernuy, de la cual formaba parte el escuadrón de Guardias en que servía D. Angel Saavedra, y cuyo mando había recaído en su hermano el Duque de Rivas, hizo un movimiento de avance, y en las cercanías de Ontigola tuvo un violento choque con numerosas tropas francesas al mando del general Paris. El Duque de Rivas, al frente de su escuadrón de Guardias, hizo prodigios de valor en aquel reencuentro, y su hermano peleó con su acostumbrada bizarria; pero la suerte le fué adversa y quedó gravemente herido y abandonado sobre el campo de batalla cuando llegó la noche y los españoles se replegaron sobre Ocaña y los franceses sobre Ontigola.

Al reunir el Duque de Rivas los restos de su destrozado escuadrón, se enteró de la desaparición de su hermano; creyó que habría muerto y envió á buscar su cadáver; pero un soldado que se llamaba Buendía había recogido ya al moribundo guardia y lo había trasladado á una casa de Ocaña. Avisó el soldado al Duque, corrió éste á abrazar á su hermano y dispuso, que después de hecha la primera cura de sus heridas, se alejase de aquellos sitios, para evitar las contingencias de la batalla que al día siguiente había de librarse.

No intentaremos escribir la narración de los varios sucesos de la vida de D. Angel Saavedra desde que se separó de su hermano en Ocaña hasta que volvió á verle en Cádiz. A esta ciudad llegaron ambos hermanos con pocos días de diferencia; el Duque de Rivas al frente de su escuadrón de Guardias, y D. Angel, ya curado de sus heridas, aunque una estocada que había recibido en el pecho le dejó como consecuencia la propensión á echar sangre por la boca con suma facilidad, y temian los médicos que esto pudiese producir á la larga muy funestos resultados.

La Regencia premió los servicios militares de D. Angel Saavedra nombrándole capitán de caballería; pero dejándole agregado al escuadrón de Guardias que su hermano mandaba. Poco después se formó el Cuerpo de Estado Mayor, y D. Angel ingresó en este Cuerpo, donde llegó á obtener el empleo de Ayudante primero, que era equivalente al de Teniente Coronel del ejército. Su facilidad para escribir y dibujar le permitían desempeñar los cargos y comisiones propias del Cuerpo de Estado Mayor con utilidad para el servicio y lucimiento de sus personales aptitudes. Dibujaba planos militares, redactaba las narraciones mensuales de la campaña, en que se resumían los partes de los generales, y escribía en un periódico militar que vió la luz pública en Cádiz durante el año de 1811. No por esto olvidaba sus predilectos traba-

jos literarios. Contrajo amistad con el Conde de Noroña, á la sazón gobernador militar de la Plaza, y conocido en las letras por sus numerosas poesías, con D. Juan Nicasio Gallejo, Quintana, Arriaza, Martínez de la Rosa y otros insignes escritores; y avivándose así sus aficiones literarias, escribió *El paso honroso*, poema en cuatro cantos, que obtuvo las alabanzas de los inteligentes y el aplauso del público.

La guerra de la Independencia se acercaba á su terminación, pero antes de que llegase este momento aun brilló la espada del Teniente Coronel Saavedra en la batalla de Chiclana, á que asistió por orden de la Regencia, para que observase y diese informes al Gobierno acerca de su resultado; pero su impetuosa bizzarria le llevó á mezclarse activamente en el combate, en vez de limitarse al estricto cumplimiento de la comisión que á su celo é inteligencia se había confiado.

Terminada la guerra, dejó D. Angel el servicio activo del ejército y fijó su residencia en Sevilla, concediéndole el Rey D. Fernando VII el empleo de Coronel de caballería como premio de sus servicios militares.

III.

Obras dramáticas que escribió D. Angel Saavedra durante su residencia en Sevilla.—Su elección de Diputado á Cortes en 1822.—Su tragedia *Lanuza*—Caída del sistema constitucional y emigración de D. Angel Saavedra.

Rayaba en los veinticuatro años de su edad el Coronel retirado D. Angel Saavedra, cuando se estableció en Sevilla para dedicarse al cultivo de sus artes favoritas, la poesía y la pintura.

¡Quién supiera bosquejar el cuadro que se presenta á la imaginación del artista al recorrer las estrechas callejas en que aun parece se oyen el crujir de los huesos que delataban los pasos del Rey D. Pedro de Castilla! Auras perfumadas, luz esplendorosa, limpio y azulado cielo, recuerdos de orientales amores y de caballerescas aventuras, la molicie del árabe sensual y la penitencia del austero cenobita; la Catedral, maravilla del arte cristiano, y el Alcázar, vivo testimonio de la dominación musulmana; así cruzan por la mente los recuerdos históricos y así aparece en la fantasía la ciudad que eligió D. Angel Saavedra para vivir holgadamente, y manejar ya la pluma ó ya el pincel, sin necesidad de poner precio á sus libros ni á sus lienzos. Allí cultivó la amistad del poeta D. Manuel María de Arjona, del traductor de Plutarco, Ranz Romanillos, del erudito historiógrafo y fácil versificador, D. José de Vargas Ponce, y de otros escritores, que por la diversidad de sus gustos literarios y de sus estudiosas aficiones contribuyeron á despertar en el ánimo de D. Angel esa amplitud de miras, que es la más conveniente preparación para las grandes creaciones de las bellas artes. A fines de 1813 había publicado un tomo de poesías; un año después escribió su tragedia *Ataulfo*, que fué prohibida por el censor de teatros, y sucesivamente se representaron las tituladas *Aliatar*, *Doña Blanca*, *El Duque de Aquitania* y *Maleck-Adhel*, todas ellas ajustadas á las reglas del neoclasicismo francés.

Pasaron seis años. La insurrección acaudillada por don Rafael del Riego restableció en 1820 el sistema constitucional. Don Angel Saavedra, que ya en Cádiz había oído con

secreto entusiasmo los debates de los autores de la Constitución de 1812, y que se hallaba unido por lazos de cariñosa amistad con D. Antonio Alcalá Galiano y D. Javier de Istúriz, á la sazón furibundos exaltados, aceptó un acta de Diputado y tomó asiento en la Cámara en la legislatura de 1822.

El Sr. Pastor Díaz, que escribió en 1842 la biografía del Duque de Rivas, condena sus ideas políticas como engendradoras del desorden y casi de la demagogia. Si el ilustre biógrafo pudiese volver á la vida en la época presente, vería que el actual partido conservador estableció la tolerancia religiosa en la Constitución de 1876, y acepta el matrimonio civil y el juicio por jurados, novedades en que jamás pensó el exaltado y revolucionario de 1823 D. Angel Saavedra. El juicio de los políticos, como lo era Pastor Díaz, acerca de sus contemporáneos, es siempre apasionado y frecuentemente injusto.

La intervención de los cien mil hijos de San Luis, auxiliada por la deslealtad de varios caudillos que mandaban en los ejércitos liberales, y más aún por la opinión pública de España, en aquel tiempo marcadamente absolutista, reintegraron á D. Fernando VII en el ejercicio de su poder monárquico, sin cortapisas constitucionales; y el ex Diputado Saavedra tuvo que abandonar su patria, con previsora prudencia, antes de que la Audiencia de Sevilla le condenase á muerte y á la pena de confiscación de sus bienes, por el voto que habia dado suspendiendo el uso del poder Real en la famosa sesión del 11 de Junio de 1823. Su hermano el Duque de Rivas, por haber estado al frente de una columna de nacionales, cayó en desgracia de la Corte, y el Rey le desposeyó de su llave de gentilhomme y le secuestró todos sus estados.

En los diez años que duró el Gobierno absoluto de Fernando VII, residió D. Angel en Gibraltar, donde contrajo matrimonio con doña Encarnación de Cueto; en Londres, en la isla de Malta, en Orleans, en Tours, y por último en París cuando la revolución de Julio levantó el trono del Rey ciudadano Luis Felipe de Orleans.

Tempestades en el mar, que pusieron en peligro su vida; persecuciones y suspicacias que no le dejaron desembarcar en Italia, que es donde quería fijar su residencia; dificultades económicas á que no siempre podía atender con la necesaria prontitud su tierna madre la Duquesa viuda de Rivas, nada faltó á D. Angel Saavedra para que pudiese aprender por propia experiencia lo que cuesta y lo que vale esto que los modernos llaman la lucha por la vida.

Desde 1820 á 1823, absorbida la atención del diputado Saavedra por las revueltas políticas, sólo dió señales de su amor á las letras publicando en Enero de 1821 el segundo tomo de la colección de sus poesías, y componiendo una tragedia titulada *Lanuza*, que se representó en el teatro del Príncipe con grandes aplausos del público madrileño, y después en los teatros de provincias con resultados igualmente lisonjeros. Y aquí se presenta una cuestión en que no se hallan de acuerdo los críticos que han tratado de analizar las obras de D. Angel Saavedra. Lo mismo el Marqués de Valmar que D. Nicomedes Pastor Díaz y hasta D. Manuel Cañete, afirman que los escritos de D. Angel, anteriores á su emigración, valen menos que los que publicó posteriormente, y señalan su residencia en Malta, que duró cinco años, como la época en que se transformó su gusto literario, gracias á los acertados consejos del antiguo embajador de

Inglaterra en España Mr. Frere, que á la sazón vivía en dicha isla. Combate esta opinión D. Juan Valera, haciendo gala de su habitual gracejo; y fuerza es confesar que, al parecer, el campo queda por suyo; pero mirando despacio el asunto, acaso suceda lo contrario. En efecto, el Sr. Valera no niega, ni podía negar, que *Don Alvaro*, *El Moro expósito* y los *Romances históricos*, son los títulos más valiosos que presenta D. Angel Saavedra para ser contado en el número de nuestros grandes poetas; y ciertamente que las tres producciones mencionadas vieron la luz pública después de su residencia en Malta y de oír los consejos del respetable anciano John Frere. En lo que sí estamos de acuerdo con el Sr. Valera es en creer que los dichos consejos, aun cuando estuviesen acompañados de la lectura de las obras de Shakespeare, Byron y Walter Scott, presentadas como ejemplo digno de seguirse, no eran una *iniciación* de doctrinas de todo punto ignoradas para el joven emigrado que ya se sabía de coro las joyas de nuestro antiguo teatro, las agudezas y las sátiras de Quevedo, las desenvueltas narraciones de nuestra novela picaresca; en suma, que conocía bien los dos siglos de oro de las letras españolas; siglos en que Cervantes y Calderón, Camoens y Lope de Vega, los dramaturgos, los novelistas y hasta los poetas épicos nacidos en la Península Ibérica, habían roto con las reglas del clasicismo greco-romano, siguiendo el libre vuelo de su inspiración poética.

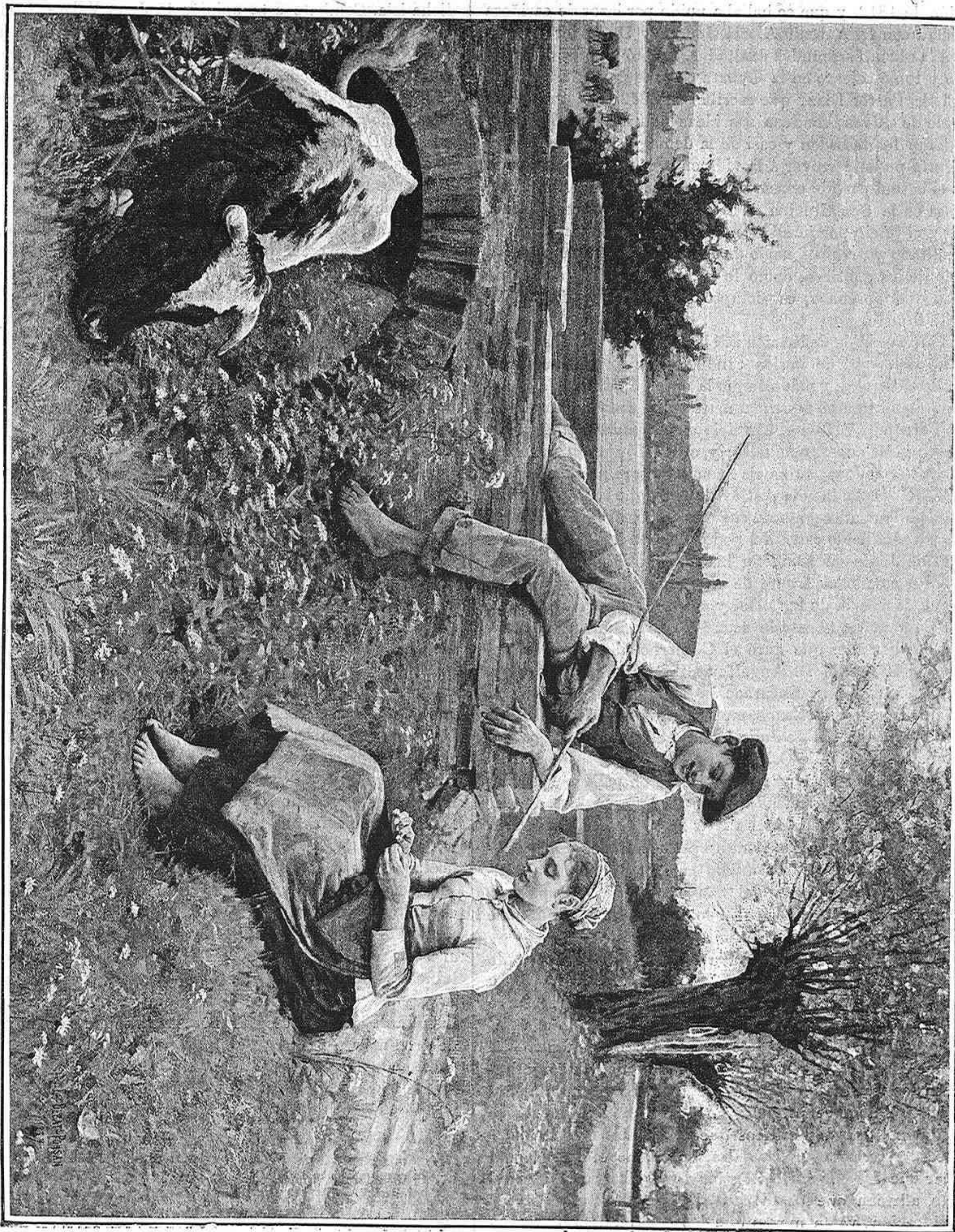
Razón tiene D. Juan Valera al decir que D. Angel Saavedra mostró siempre más felices disposiciones para el cultivo de la poesía épica y dramática que para brillar en la lírica, y que por esta causa los dos tomos de poesías, en su mayor parte pertenecientes al género lírico, publicados antes de su emigración, no dan exacta idea de la inspiración de su autor que se elevó años más tarde á tan gran altura en el drama y en el poema épico.

«Si el Duque de Rivas no hubiera sido egregio poeta, observa también D. Juan Valera, sus obras en prosa serían más encomiadas y conocidas, y bastarían ellas solas para darle muy honroso puesto en nuestra historia literaria. A haber correspondido la laboriosidad del Duque á la facilidad y corto esfuerzo con que componía en prosa, sus escritos serían muchos. Aun así, y á pesar de su vida agitada y hasta de sus largas peregrinaciones y de las aventuras de su mocedad, el Duque nos ha dejado en prosa algunos cuadros de costumbres y breves narraciones de viajes, como *El Ventero*, *El Hospedador de provincia* y las excursiones al Vesubio y á las ruinas de Pestum, donde prueba su notable aptitud para contar y para describir personas, caracteres y sitios, todo con castizo y pintoresco lenguaje. Si se hubiera dedicado á escribir novelas, hubiera sido novelista de gran mérito.»

IV.

La vuelta de los emigrados liberales.—D. Angel Saavedra hereda el ducado de Rivas.—El Duque de Rivas toma asiento en el Estamento de Próceres.—Su nombramiento de ministro de la Gobernación.—Publicación de *El Moro expósito*.—Representación del drama *Don Alvaro ó la fuerza del sino*.—Publicación de los *Romances históricos*.—Residencia en Sevilla del Duque de Rivas, y obras dramáticas y poesías líricas que allí escribió.

Muerto Fernando VII en 1833, empezó la guerra entre los partidarios de D.^a Isabel II, niña á la sazón que sólo contaba



UN «TRIO» CAMPESTRE.—Cuadro de Debat-Ponsan.—(Salón de París de 1889.)



tres años de edad, y los del infante D. Carlos; y esta guerra, que en la Edad Media, y aun en siglos posteriores, sólo hubiera sido una lucha reducida á determinar por la fuerza de las armas, si había de ocupar el Trono la hija ó el hermano del difunto Rey, en la época presente revistió los caracteres de una contienda política, agrupándose en derredor del Trono de la Reina niña los perseguidos liberales, y los absolutistas buscaron en el campo contrario el tipo del Monarca severo é inflexible, que les parecía muy bien representado en el Infante, á quien desde luego denominaron *el rey nuestro señor D. Carlos V.* La Reina Regente, D.^a María Cristina de Borbón, abrió las puertas de la patria á los emigrados. Don Angel entró en España el 1.^o de Enero de 1834. Poco después, el 15 de Mayo de este mismo año, falleció en Madrid su hermano el Duque de Rivas, sin dejar sucesión, y por esta manera recayeron en D. Angel los títulos y bienes amayorzados de sus ilustres ascendientes. El nuevo grande de España tenía un sitio en el Estamento de Próceres, establecido en el Estatuto Real, que era en aquel entonces la ley constitutiva del Estado; y su biógrafo Pastor Díaz aun se lamenta del brío con que el Duque de Rivas defendió la exclusión de la Corona del rebelde infante don Carlos y de todos sus descendientes, considerando este asunto, no como un pleito en que se ventilan las cuestiones del mejor derecho entre los contendientes, sino como un negocio de Estado, en que los representantes de la Nación procedían como legisladores que ordenan y no como jueces que se limitan á la aplicación del derecho escrito. Así hablaba el Duque aun después de modificadas sus ideas políticas y perteneciendo ya al partido que suponía que el Estatuto Real, que era una constitución otorgada por la Corona, bastaba para satisfacer las aspiraciones de los liberales que defendían el Trono de la hija del séptimo Fernando.

En 15 de Mayo de 1836 se formó el Ministerio presidido por D. Javier de Istúriz, en que el Duque de Rivas fué nombrado Ministro de la Gobernación. Pero este Ministerio cayó al impulso del vencedor movimiento revolucionario que proclamó la Constitución de 1812, y el Duque se vió obligado á emigrar por segunda vez, fijando su residencia en Gibraltar. Proclamada la Constitución de 1837, la juró el Duque ante el Cónsul español en aquella plaza y regresó al seno de su familia en principios de Agosto del dicho año 1837.

Haciendo el relato de la vida política del Duque de Rivas nos hemos olvidado de sus triunfos literarios, muy superiores sin duda á los que obtuvo como orador parlamentario y como consejero de la Corona.

El Moro expósito, leyenda comenzada á escribir en Malta y terminada en Tours, y *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, drama representado en el teatro del Príncipe la noche del 22 de Marzo de 1835, alcanzaron tales y tan grandes aplausos, que el nombre del autor de estas obras adquirió rápida celebridad, que hoy se ha transformado en legítima é impecedera gloria.

Si en la lucha apasionada entre clásicos y románticos los primeros buscaron y aun rebuscaron los defectos de *El Moro expósito* y del *Don Alvaro*, su tarea fué infructuosa; porque la crítica moderna, desentendiéndose de las reglillas á que habían de sujetarse los poemas épicos y dramáticos, no se asusta de que se use el romance endecasílabo donde

antes sólo se empleaban las octavas reales, ni de que se rompan las famosas unidades de lugar y tiempo, con tal de que se conserve la unidad de acción, el *interés de la fábula*, como supo hacerlo el Duque de Rivas en su *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. Ya insistiremos sobre lo que ahora decimos en tiempo y ocasión más oportuna.

Senador durante varias legislaturas, el Duque de Rivas, tomando puesto en el partido moderado, continuó sus tareas políticas hasta que el triunfante *pronunciamiento* de 1840 arrojó de España á la Reina gobernadora D.^a María Cristina y dió el poder al Duque de la Victoria.

Los moderados y los progresistas, los dos partidos liberales que habían luchado y vencido á los secuaces del absolutismo monárquico, al terminar la guerra civil de los siete años, olvidándose de la semejanza de sus opiniones políticas, sólo se ocuparon en ahondar las diferencias que los separaban; y cumpliéndose aquella frecuente ley de los odios de familia, que por su exageración se señalan, para los moderados, el progresista era el prototipo de la incivil *patriotería*, y para los progresistas era el moderado un traidor á la libertad mucho más aborrecible que los servilones de la ominosa década. El Duque de Rivas, que no se hallaba exento de las preocupaciones de su partido, no quiso presenciar en Madrid el triunfo de los progresistas y se fué á Sevilla, donde fijó su residencia. Del disgusto que en su ánimo producirían por aquel tiempo la continua música del himno de Riego, las revistas de la Milicia Nacional y los demás *caracteres externos* del mando de los progresistas, se halla claro indicio en una anécdota que refiere D. Juan Valera y que á continuación vamos á transcribir:

«Recuerdo, dice el Sr. Valera, que siendo embajador en Nápoles tenía siempre á su mesa, aunque él fuese convidado á otra, á todo el personal de la Embajada, que era numeroso, joven y alborotado. De sobremesa se jugaba, se chillaba y se retozaba por demás, y los muebles del saloncito donde se tomaba café se rompían ó se estropeaban no poco. Una vez, quejándose el Duque de aquello y reprendiendo á sus descomedidos subordinados, les dijo, moviéndoles, más que á arrepentimiento y contricción, á risa:— «Esto no es Embajada, esto es un cuartel de milicianos nacionales. Lo único que falta es que escriban ustedes con carbón ó con almagre en mesas y sillas: ¡Viva Espartero!» Para el Duque no podía imaginarse mayor extremo de mal tono.

El Duque escribió, durante su residencia en Sevilla, tres de sus más notables obras dramáticas: *Solaces de un prisionero*, *El Crisol de la lealtad* y *La Morisca de Alajuar*. También escribió allí su drama fantástico *El Desengaño en un sueño*, y algunas poesías líricas en que, dejándose llevar de sus *impresiones*, pase la palabra, de político y de ex ministro del partido moderado, concede más importancia de la que realmente tenían á sucesos que hoy nos parecen pequeños y aun casi insignificantes. Sin embargo, si las lamentaciones poéticas del Duque de Rivas carecen de sólido fundamento cuando se hallan inspiradas en sus ideas políticas, no sucede lo mismo cuando revisten un carácter puramente moral. Sobrado motivo hay para dolerse de la decadencia de nuestra patria, que si no supieron evitar los partidarios del antiguo régimen, tampoco saben contener los defensores de los modernos ideales. No se mo-

teje de catolicismo sentimental y romántico lo que dice el Duque en su composición poética dedicada á la catedral de Sevilla. Cambiando algunas palabras, no faltarían librepensadores que aceptasen como verdaderas sus censuras al creciente descreimiento de las generaciones contemporáneas.

En el año de 1841 publicó el Duque de Rivas su colección de *Romances históricos*, que es considerada con justicia como una de sus mejores obras poéticas. Es de notar que el Duque, sin alardear de erudito, pero guiado por su agudo ingenio y su honrada conciencia, no falsificó la historia para pintarnos al cruel rey D. Pedro I de Castilla como un dechado de caballeros, y al sombrío Felipe II como un modelo de príncipes cristianos. Quizá al juzgar al hijo de Carlos V si pecó el Duque, más fué por exceso que por falta de severidad.

V.

El Duque de Rivas, representante de España en la corte de las Dos Sicilias, escribe la historia de la *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo*.—Juicios emitidos acerca de esta obra por M. Hubbard y los Sres. Hartzenbusch y Cañete.—Ministerio presidido por el Duque de Rivas en Julio de 1854.—Recuerdos personales del autor de este escrito.—Fallecimiento del Duque de Rivas.—Atinadas frases del Marqués de Valmar.

El *pronunciamiento* de 1843 deshizo la obra del de 1840, y el Duque de la Victoria, vencido por la coalición que contra los *ayacuchos* formaron los progresistas que acaudillaban D. Salustiano Olózaga y D. Joaquín M. López y los moderados, tuvo que abandonar el poder y refugiarse en Londres. Disueltas las Cortes, el Duque de Rivas fué elegido Senador y nombrado Vicepresidente de la Alta Cámara. Cuando se declaró mayor de edad á la Reina, se le designó para representar á España en la corte de Nápoles, que acababa de reconocer la legitimidad del trono de D.^a Isabel II.

Llegó el Duque á Nápoles el 4 de Marzo de 1844 y entregó sus credenciales el 11 del dicho mes. «Pronto se hizo amigo, dice un biógrafo, de los sabios y de los artistas, de los poetas Campagna y Duque de Ventignano, de los eruditos Carlos Troya, Blanch y Volpicella, de los pintores Morani y Smargiazzi y del escultor Angelini; y casi todas las sociedades literarias y academias de Italia se apresuraron á enviarle sus diplomas, siendo además su palacio uno de los centros más agradables de la buena sociedad napolitana. En tan hermoso país y con pocos negocios que exigieran trabajo material y continuo, se dedicó el Duque con más ardor que nunca á sus tareas artísticas y literarias. Pintó varios retratos y estudió algunos lindos cuadros de los que hemos visto muestras muy apreciables en las exposiciones de la Academia de San Fernando, y escribió varias poesías líricas, en nuestro concepto, lo mejor que ha producido su fecunda musa. Pero la obra que marca más esta última época de la vida de nuestro protagonista, es la historia de la *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo*. Hasta entonces nunca había llamado la atención el Duque como prosista..... mas la historia de la *Sublevación de Nápoles* vino á manifestar que era tan buen historiador como

poeta, y que escribía con la misma perfección la prosa que los versos.»

M. Hubbard, en su *Histoire de la littérature contemporaine en Espagne*, no concede al relato de la *Sublevación de Nápoles* el subido valor que el anónimo biógrafo que acabamos de citar; pero D. Juan Eugenio Hartzenbusch también elogia este libro diciendo que el Duque de Rivas había escrito «una historia como pocas hay en castellano ni en ningún otro idioma, con verdad en los acontecimientos, con tino en la investigación de sus causas, con recto juicio de los hombres y de sus acciones, de los impulsos de aquéllos y de las circunstancias de éstas y de sus resultados», y añade que «su estilo es fácil, claro y familiar; pero á veces elevado, enérgico y pintoresco, según conviene; sin empeño de remedar á Tácito ni á Salustio, á Mendoza ni á Thiers, ni á ningún otro español ni extranjero.»

D. Manuel Cañete, tratando de la *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo*, dice que «una de las cosas que más resplandecen en esta obra es la elegancia y brillantez del estilo. Fácil, natural y sencillo, el autor sabe dar rapidez y movimiento á sus narraciones, manteniendo siempre vivo el interés y haciéndonos creer que está pasando á nuestra vista lo que leemos..... En suma, el Duque de Rivas ha logrado colocarse en este libro á la altura de los historiadores más notables de nuestra patria y de lo que hoy exige la ciencia, *luz de la verdad y maestra de la vida*, según la atinada calificación de Marco Tulio.»

Entre el juicio de M. Hubbard y los de los Sres. Hartzenbusch y Cañete acerca de la *Sublevación de Nápoles*, la elección no será dudosa para los que desconozcan este libro: y para los que lo hayan leído aun será menos dudosa.

Desempeñaba el Duque de Rivas tan acertadamente su cargo diplomático, que el Gobierno para recompensar sus servicios, y por alguna otra razón política, le dió el nombramiento de Embajador extraordinario, cuyas credenciales presentó en la Corte el 1.^o de Marzo de 1848. El casamiento del Conde de Montemolin con la Princesa Carolina, hermana del Rey de las Dos Sicilias, obligó al Duque, siguiendo las instrucciones del Gobierno español, á determinar su salida de Nápoles. El Rey, que estimaba mucho al Duque, hizo todo lo posible por evitar su ausencia, asegurándole que el matrimonio de su hermana era un asunto de índole privada, que no podía significar el reconocimiento de las pretensiones al trono de Castilla del hijo del Infante D. Carlos. El Duque oyó con respeto las palabras del Monarca, pero mantuvo su resolución, y el 10 de Julio de 1850 se embarcó en el vapor *Castilla* para regresar á España.

Ya de vuelta en su patria, el Duque pronunció un discurso en el Senado defendiendo al Gobierno que había dispuesto la expedición á Italia. Poco tiempo después rehusó la cartera de Estado que D. Juan Bravo Murillo repetidamente le ofreció al formar su breve cuanto famoso Ministerio. Pero estaba de Dios, como vulgarmente se dice, que el Duque de Rivas aun había de ocupar un asiento entre los Consejeros de la Corona. La revolución iniciada por el general O'Donnell en el Campo de Guardias hizo caer al Gobierno del Conde de San Luis. El pueblo invadía el palacio de la Reina Madre, las descargas de las tropas y los tiros sueltos de los paisanos resonaban de continuo en las calles de Madrid. En aquellas horas de angustia y de peligro, la

Reina doña Isabel II, queriendo transigir con el movimiento insurreccional, ya casi triunfante, encargó al general Córdova que formase un Gobierno de conciliación entre los dos partidos liberales; y en efecto, se formó un Ministerio con los progresistas Sres. Gómez de la Serna, Roda y Cantero, y el Duque de Rivas, D. Luis Mayans, D. Antonio de los Ríos Rosas y el ya citado general Córdova, en representación de los moderados. Tratóse de quién había de presidir este Gabinete, y todas las miradas se fijaron en el Duque, cuya reputación de honrado estadista y cumplido caballero no ponían en duda ni aun sus más encarnizados adversarios ó enemigos políticos.

La escasa guarnición de Madrid, obedeciendo las órdenes del Gobierno, peleó durante tres días contra los paisanos sublevados, que aumentaban en número conforme se iban recibiendo noticias de que en las provincias se propagaba el fuego de la revolución. Toda resistencia era ya inútil. El Ministerio presidido por el Duque de Rivas, que había jurado el 17 de Julio de 1854, tuvo que entregar sus poderes, cediendo á la presión de las circunstancias, al general don Evaristo San Miguel, que amparó con su popularidad la vacilante Monarquía y consiguió que cesasen las hostilidades entre el pueblo y el ejército.

Triunfante la revolución de 1854, el Duque de Rivas volvió á sus habituales tareas literarias, y por aquel entonces decía un biógrafo suyo: «Hoy vive tranquilo en el seno de su familia y rodeado de sus numerosos amigos, teniendo en su casa reuniones continuas muy amenas de artistas y de literatos. ¡Ojalá prolongue aún muchos años en tan venturosa posición una vida tan trabajada y laboriosa, con que se ha adquirido el general aprecio y la más alta y merecida reputación!»

Sucesos que aun están en la memoria de todos nuestros contemporáneos, dieron lugar á la formación del partido llamado de la unión liberal, acaudillado por el general D. Leopoldo O'Donnell y compuesto de los más moderados entre los progresistas y de los más liberales entre los moderados. El Gobierno de este partido en 1857, haciendo justicia á los merecimientos del Duque de Rivas, le confió la embajada de España en París; cargo que desempeñó corto tiempo, siendo reemplazado por el célebre hacendista D. Alejandro Món.

También fué el Duque Presidente del Consejo de Estado en los años de 1863 y 1864, hasta que subió al poder el partido moderado y le sustituyó en esta Presidencia el Marqués de Viluma.

Quebrantada la salud del Duque por el peso de los años y lo azaroso de su existencia, se vió obligado á trasladarse á Andalucía durante algunas temporadas, para buscar alivio á sus dolencias en el templado clima de su tierra natal. Corría el año de 1864: hallábase el autor de estas líneas prestando su servicio de capitán en el Regimiento de Artillería que formaba parte de la guarnición de Cádiz, y quiso su buena fortuna que al entrar una noche en el Casino, situado á la sazón en la plaza de San Antonio, le dijese un consocio, que no ignoraba sus aficiones literarias:—«¿Desea V. conocer al Duque de Rivas? Venga V. conmigo y le presentaré al ilustre autor del *Don Álvaro*.»—Aceptamos sin vacilar el ofrecimiento que se nos hacía, y desde aquella noche tuvimos la honra de cultivar el trato amenísimo del ilustre autor

del *Don Álvaro*, como con razón le llamaba nuestro amigo, convenciéndonos por propia experiencia, ó á vista de ojos, como algunos dicen, de que D. Juan Valera es verídico historiador cuando escribe:—«El carácter franco y abierto del Duque, su ilustre nacimiento, su afabilísimo trato y su conversación animada y festiva, le ganaban la voluntad de cuantos le conocían..... Yo por mi parte no recuerdo haber tratado á sujeto alguno que me entretuviese y embelesase más conversando; que guardase más cuentos, chascarrillos, ó sucedidos en la memoria, ó que los inventase; que los refiriese más á propósito y con más chiste; y que fuese inagotable y nuevo como él, hasta el extremo de que nadie pudiese vanagloriarse de *sabérsele de memoria*, como solemos *sabernos de memoria* á otros sujetos con quienes hablamos todos los días. El Duque tenía, en grado superlativo, la facultad y el arte de lo que llaman los franceses *causerie*.»

No es necesario añadir á las palabras del Sr. Valera que de copiar acabamos, que el gracejo que usaba en su conversación amistosa el Duque de Rivas, no estaba reñido con aquella compostura propia de su elevada posición social, ni con la seriedad de sus razonamientos en las cuestiones de que trataba. Á veces cubría el Duque con frases en que al parecer rebosaba el buen humor, pensamientos harto diferentes á la forma en que los expresaba. Citaremos un ejemplo.

Cuenta la Baronesa de Staël, en sus *Reflexiones sobre el suicidio*, que á un anciano á quien felicitaban por la fortaleza de ánimo con que había soportado las desgracias de su vida, contesto sonriendo:—«Es verdad; hasta he logrado consolarme de haber envejecido.»—El Duque de Rivas también pensaba que la vejez es la mayor de las desgracias humanas. Una noche, en el Casino de Cádiz, refería las adversidades que habían amargado su existencia, y pintaba con ingeniosas frases sus persecuciones y sus desengaños políticos, afirmando que para todo y en todas ocasiones había hallado resignación y hasta relativo consuelo; «pero esta desgracia de envejecer—añadía el Duque—como de continuo se aumenta, es la más difícil de soportar; yo confieso que aun no he conseguido conformarme con ella.»

Recordamos también que otra noche en que el Duque había asistido á la representación de la comedia de Narciso Serra, titulada *Don Tomás*, llegó al Casino, y cuando estuvo rodeado de sus habituales contertulios, tomó la palabra é hizo un análisis de aquella obra dramática, que á su juicio sólo era un sainete largo ó comedia de figurón, como antes se decía. Nosotros oíamos con deleite este juicio del Duque; porque coincidía con el nuestro; pero no todos los presentes opinaban del mismo modo, y como es natural se entabló una polémica, en que el Duque lució la agudeza de su ingenio y sus grandes conocimientos en materias literarias.

Pongamos coto á esta recordación de tiempos para nosotros más felices que los presentes, y consignemos ya la triste fecha del 22 de Junio de 1865 en que falleció en Madrid el eximio poeta D. Angel Saavedra, Duque de Rivas.—«Aun veo—dice el Marqués de Valmar—y veré mientras viva, con los ojos de la memoria y del corazón, en el lecho del dolor y de la muerte, á aquel que había sido por su vivo y jovial ingenio y por su afable y dulce condición, el encanto de su familia. Rodeábale ésta, no como solía, brotando el contento y la risa al hechizo de sus palabras, sino llenos los ojos de lágrimas»

mas y el alma de incurable amargura. Cuando voló su espíritu al seno del Creador, parecía aún más visible en su semblante el sello de aquel alma apacible y honrada. Su noble expresión se hallaba realzada por la majestad de la muerte.»

El Excmo. Sr. D. Angel Pérez de Saavedra, Duque de Rivas de Saavedra (así se le nombra en la *Guía de Forasteros* para 1864), Marqués de Andía y de Villasinda, grande de España de primera clase, fué director de la Real Academia Española, presidente del Ateneo de Madrid y de la Real Academia de Nobles Artes, individuo de número de la Real Academia de la Historia, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, de la gran cruz de Carlos III y de otras varias órdenes nacionales y extranjeras, pero todos estos títulos y honores poco ó nada significarían, si no recayesen á persona tan merecedora de ellos como el valeroso guardia de Corps de la guerra de la Independencia, el respetable político, nombrado presidente por aclamación de sus compañeros, en el ministerio del 17 de Julio de 1854, y el esclarecido escritor cuyo nombre vivirá siempre en la historia literaria de la Península Ibérica.

Ya hemos dicho en lugar oportuno que el Duque de Rivas estuvo casado con la Sra. D.^a Encarnación de Cueto; é hijos son de este matrimonio las Marquesas de Heredia y de la Rivera, los Marqueses de Viana y de Bogaraya, y el actual Duque de Rivas, D. Enrique de Saavedra y Cueto, individuo de número de la Real Academia Española, que sabe «sostener dignamente, como auguraba el Marqués de Valmar, el peso de honor y gloria que ha heredado de su ilustre padre.»

VI.

Diferencia entre las aptitudes especiales y el verdadero talento ó aptitud general.—El Duque de Rivas condenando las corridas de toros y las aficiones cinegéticas.—Carácter auto-biográfico de las poesías líricas del Duque.—Sus versos escritos por indicación del rey Fernando VII.

Una y otra vez se ha afirmado que la gloria literaria obscurece con su brillo á todas las honras mundanas que en vida alcanzaron algunos eminentes escritores; y se dice, para comprobar este aserto, ¿quién se acuerda de que el Petrarca fué un negociador y un estadista? ¿Quién enaltece la memoria del Ariosto recordando que fué Embajador en Venecia? ¿Quién alaba á Milton por haber sido secretario de Cromwel? ¿Quién sabrá, dentro de algunos años, que Chateaubriand y Lamartine han sido personajes políticos que han tratado de ejercer decisiva influencia en los destinos de su patria y aun en los de toda Europa? Y de estas premisas deducen ciertos historiadores que el Duque de Rivas, á pesar de haber sido orador parlamentario, Ministro de la Corona y Embajador en París y Nápoles, sólo obtendrá preferente sitio en las páginas de la historia como autor del *Don Alvaro*, de *El Moro expósito* y de los *Romances históricos*.

Es cierto: el Petrarca y el Ariosto, Milton y Chateaubriand, Lamartine y el Duque de Rivas, son y serán eternamente ensalzados como escritores insignes, y sólo el erudito se ocupará en analizar sus merecimientos en otras esferas de la actividad humana; pero también, por modo semejante, si Gonzalo de Córdoba y el Duque de Alba hubie-

ran escrito algunas poesías, el vulgo de las gentes sólo admiraría sus triunfos militares, y los eruditos serían los que se encargasen de aquilatar el mérito de sus versos.

Si; el Duque de Rivas era, en primer término, un gran poeta; pero también era, lo que familiarmente se llama un hombre de talento. Y la doble calificación que acabamos de consignar requiere algunas aclaraciones.

En nuestra opinión, se puede decir que la aptitud para una ciencia ó arte determinado produce el gran matemático ó el gran poeta, el hábil estadista ó el orador elocuente; pero sólo aptitud de carácter general es la que merece el nombre de talento. A la verdad que el talento sirve más para no hacer nada mal, que para hacer las cosas superiormente bien, que es lo que sólo consiguen realizar las aptitudes especiales. Así el Duque de Rivas, por su especial aptitud, es gran poeta, y por su talento, su aptitud general, no hace un papel desairado ni en la tribuna parlamentaria, ni en el Consejo de Ministros, ni en las Cortes extranjeras, donde como Embajador representa á su patria.

El talento se sobrepone siempre á las preocupaciones vulgares. El Duque de Rivas, andaluz y criado en la corte de Carlos IV, tan aficionada á toros y toreros, al fijar su residencia en Sevilla el año de 1814, parece que había de figurar en el número de los admiradores del arte de Pepe-Hillo; y así lo creyó y lo dió por hecho su amigo D. José de Vargas Ponce, cuando para censurar su conducta en cuestiones tauromáquicas, le dirigió un romance que comienza diciendo:

«Bárbaro que así desluces
Los presentes de natura,
Y en demonio, siendo *Angel*,
Tu torpe sandez te muda.»

El Duque contestó á este romance negando que fuesen exactos los hechos en que fundaba su censura el Sr. Vargas Ponce, y diciendo en una epístola que se halla en el primer tomo de sus *Obras completas*:

«Si hubiera yo, siguiendo la corriente
De una costumbre bárbara que aun dura
Y que introdujo la africana gente,
Gozádome, enemigo de natura,
En verter sangre y en ajeno daño,
Con llanto de la triste agricultura,
Tu enojo y tu rigor no fuera extraño,
Y el orbe entero abominar debiera
Tan gran barbaridad, crimen tamaño.
Si á tus noticias por ventura hubiera
Llegado que yo estaba confundido
Entre la turba vil, baja y torera,
Cual suele tanto noble envilecido,
Que perdiendo el respeto á sus mayores
Desmiente su linaje esclarecido;
Si yo, que al son de trompas y atambores,
Cabe el Tajo mi patria defendiendo
Desprecié de Belona los horrores,
Y el fulminante brazo sacudiendo,
Por lo menos mostré no ser cobarde,
Ajena y propia sangre allí vertiendo,
Ahora degradado hiciera alarde
De empuñar vil estoque contra un toro,
Fuera justo el enojo que en ti arde.»

Después de esta enérgica condenación de las aficiones taurinas, dice el Duque que el ejercicio de *derribar reses*

bravas, en que realmente había ayudado á los vaqueros, servía para domar al toro y convertirlo en el manso buey que en las faenas de la agricultura tan útilmente se emplea. Y aun hay en la epístola del Duque de que estamos tratando, otra parte que le honra no menos que su manifiesta aversión á las corridas de toros. Mucho se ha elogiado á Lamartine por su descripción de la muerte de un ciervo herido, que le sugiere la idea de la crueldad que denota el tomar la caza, no como medio de atender á la necesaria alimentación de los seres humanos, sino como gustoso recreo y esparcimiento del ánimo. Pero antes, mucho antes que Lamartine escribiese su condenación de las diversiones cinegéticas, ya el Duque de Rivas había dicho:

«Yo he visto, ¡oh, Dios! cómo la cierva llora
Cuando siente su pecho traspasado
Y sin vigor la planta voladora.
Yo escuché su gemido y he temblado. ...»

No es una débil mujer ni un afeminado mancebo; es un oficial de caballería que ha cruzado su espada con las de los aguerridos jinetes del ejército francés en los llanos de Ontigola, *ajena y propia sangre allí vertiendo*, quien confiesa que ha temblado, que se ha estremecido de dolor al oír el angustioso quejido de la moribunda cierva. Esto no es romántica *sensiblería*, es verdadera y noble sensibilidad propia del varón fuerte; porque con verdad ha dicho el sabio Feijóo: «Dista tanto lo compasivo de lo apocado, que los filósofos que más observaron la conexión de unos vicios con otros hallaron que el de la crueldad es en alguna manera propio de los cobardes.»

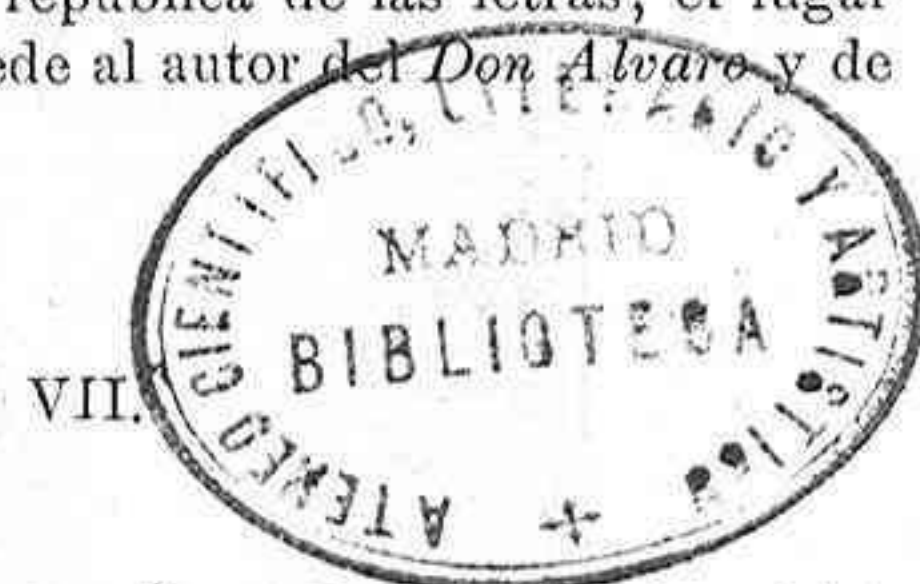
Nos hemos detenido en el examen de la epístola dirigida á D. José de Vargas Ponce, porque el carácter íntimo, digámoslo así, de esta composición poética permitía sondear las ideas y las cualidades de su autor; aun cuando, á decir verdad, el Duque de Rivas expresaba sus pensamientos en sus poesías líricas con tanta franqueza, que todas ellas pueden considerarse como páginas de la historia de su vida, si se acierta á leer entre renglones lo que no se quiso ó no se pudo escribir. Por ejemplo, en la composición titulada *Al Rey Nuestro Señor que se dignó presenciar el ejercicio de los escuadrones de la guardia de su Real Persona, honrándoles en seguida con ponerse á su cabeza*, se halla una nota que dice que fué escrita á *insinuación del Rey*, esto es, don Angel Saavedra, admirador y amigo de los autores de la Constitución de 1812 y testigo presencial de los hechos escandalosos que precedieron á la causa del Escorial y del motín de Aranjuez, recibe orden, que órdenes son las regias insinuaciones, de escribir una poesía en loor de S. M. don Fernando VII que se dignó ponerse á la cabeza de los escuadrones de guardias de su Real Persona cierto día del año 1817, que por desgracia no puede precisarse. Cumplió D. Angel Saavedra lo que se le ordenaba, y exageró de tal modo las alabanzas al Rey, que fué prohibida la publicación de su poesía por el juez de imprenta, que recordaría acaso que el famoso *Día grande de Navarra* del P. Isla, por lo desmesurado del elogio, de panegírico se transforma en cruel sátira; temería pecar de cándido, que es casi igual á pasarse de listo. Esta prohibición ocasionó una polémica entre el juez y D. Angel, en que intervino el célebre literato

D. Manuel M. de Arjona; polémica que cortó el Rey mandando se imprimiera la poesía; porque sin duda prefirió creer en la sinceridad de los elogios que se le tributaban, antes que darse por agraviado, suponiendo que no los merecía. El ingenio del Rey enmendó la torpeza del censor de imprenta.

Si se recuerda lo que decía el Duque de Rivas en el casino de Cádiz referente á la inconsolable desgracia de envejecer sin tregua ni descanso, se hallará la explicación de que antes de cumplir sesenta años escribiese la muy notable poesía titulada *La Vejez*, en que el poeta siente lo que dice y dice lo que siente en inspirados versos y con vigorosa entonación.

Podríamos aducir otros y otros ejemplos para probar el carácter auto-biográfico de las poesías líricas del Duque de Rivas; pero lo dicho cuando tratamos de los versos dedicados á Olimpia y lo que ahora acabamos de escribir, sin necesidad de mencionar *El Sueño del proscrito*, *Al Faro de Malta*, *A las estrellas*, *El Desterrado* y otras composiciones nos parece ya suficiente para poder afirmar que los versos del Duque, como dice D. Juan Valera, tienen el mérito, tan estimado de los *naturalistas*, de que fueron *vivididos* por su autor, y pase lo incorrecto de la frase, en gracia de la exactitud del concepto.

Sabido es, sin embargo, y ya lo hemos dicho anteriormente, que si el Duque sólo hubiese escrito sus poesías líricas, su nombre no ocuparía, en la república de las letras, el lugar de preferencia que se concede al autor del *Don Álvaro* y de *El Moro expósito*.



Algunas palabras acerca del drama *Don Álvaro ó la fuerza del sino*.— Juicio de D. Juan Valera acerca del poema épico titulado: *El Moro expósito*.— *El Desengaño en un sueño*, drama fantástico, juzgado por los Sres. Cañete, Marqués de Valmar, Ferrer del Río y Pacheco.— Atinada opinión de M. Charles de Mazade acerca del Duque de Rivas.

Don Álvaro ó la fuerza del sino se puede presentar como una prueba del cuidado con que han de elegirse los títulos de las obras dramáticas. *La Fuerza del sino*, aquí está puesto en evidencia el propósito del autor, han gritado algunos críticos; aquí está vuelto á la vida del arte el hado de los gentiles ó la fatalidad de los musulmanes. No, han contestado otros críticos; el Duque era un poeta cristiano, escribió el segundo título de su obra dejándose llevar de lo que á primera vista parece que determina la desventura de D. Álvaro; pero bien examinado el argumento de su drama, resulta que los culpables amores de Leonor y D. Álvaro producen como consecuencia el castigo del Cielo; la culpa engendra la pena, como ha dicho en nuestros días el ilustre Adelardo Ayala.

En nuestra humilde opinión, del argumento del *Don Álvaro* no puede deducirse, ni que el sino sea incontrastable, ni que los que son novios contra la voluntad de sus padres bayan de ser tan desdichados como lo fueron la hija del Marqués de Calatrava y su novio D. Álvaro. Si la pistola que arrojó al suelo D. Álvaro no se hubiese disparado y he-



RETRATOS DE MME X*** Y DE SU HIJO, por Humbert.—(Salón de París de 1889.)



rído mortalmente su bala al padre de Leonor, es de presumir que andando el tiempo el anciano Marqués de Calatrava se hubiera muerto antes que su hija y D. Álvaro, y el drama se hubiese convertido en comedia, que se terminaría, según costumbre, con el consabido matrimonio. Esto significa que en el argumento del *Don Álvaro* no aparece ni la fatalidad, ni la expiación, pero sí el *mal por accidente*, que es hondo misterio para la razón reflexiva y secreto divino para la humildad del creyente.

Todo es verdadero, grande y humano en el *Don Álvaro* del Duque de Rivas. La acción se supone que pasa á mediados del siglo XVIII; pero cambiando algunos pormenores, bien pudiera pasar lo mismo en la época del Renacimiento que en los días que hoy corren. La previsión paternal, que quiere sustituir á la Providencia; el amor apasionado, el deseo de vengar agravios hechos al honor, son ideas y sentimientos que alientan y viven en la sociedad europea desde los comienzos de su civilización; y estas ideas y estos sentimientos son los que producen los conflictos y la catástrofe final del drama escrito por el Duque de Rivas. Y no añadiremos ni una palabra más. Después de los elogios que han tributado al *Don Álvaro* M. Charles de Mazade en su libro *L'Espagne moderne*, y los Sres. Cañete, Marqués de Valmar, Valera, Pastor Díaz, Ferrer del Río y otros ilustres críticos, tememos repetir mal algo de lo que antes se haya dicho muy bien.

Para evitar la temida contingencia que acabamos de indicar, no trataremos de hacer el análisis de *El Moro expósito*, ni del drama *El Desengaño en un sueño*, y nos limitaremos á copiar los juicios ajenos referentes á estas obras, añadiendo por cuenta propia tan sólo alguna breve observación:

«*El Moro expósito*—dice el Sr. Valera—no tiene precedentes, ni se parece tampoco á nada posterior en nuestra literatura.... Exento el poeta del prurito de probar una tesis, y sin que le ofusque ni un filosofismo racionalista, ni una exagerada piedad, lo cuenta todo con el espíritu sereno que recomendaba Goethe, pero sin su frialdad ni soberbia. Resulta de aquí la narración de más apacible y grata lectura que, en nuestros días, se ha escrito en verso en España.... Los hechos y los caracteres y las pasiones de que nacen, no están referidos en el poema con inspiración torcida y vaga, sino con el tino y la juiciosa y despejada observación del hombre de mundo, que ha vivido y visto, y que al decir: «Ahora voy á ser poeta», no se desprende del resultado de su experiencia, como de inútil peso y lastre, que amengua el vuelo de su fantasía, para elevarse con ella á sofisticos y absurdos ideales. De aquí que el Duque, que hubo de pensar poco en Homero cuando escribió *El Moro expósito*, hizo en *El Moro expósito* el más homérico de todos nuestros poemas; y acertó, tratando asunto de tan remotas edades, á poner en él aquel naturalismo sano y sincero, primera é imprescindible calidad de toda poesía excelente.» Nótese que esta alabanza del *naturalismo sano y sincero*—que nosotros llamaríamos *verismo*—está escrita por el autor del *Nuevo arte de escribir novelas*, que ciertamente no desconoce los extravíos ni las deficiencias de las teorías de Emilio Zola. Quizá, y sin quizá, naturalistas é idealistas, todos son ó pretenden ser *veristas*, que no es lo mismo que verdaderos ni verídicos.

«*El Desengaño en un sueño*—dice D. Manuel Cañete—es exactamente lo que su título indica.... La historia de Lisan-

dro, personificación vigorosa del pensamiento del drama, es la historia de la humanidad; siempre codiciando para menospreciar lo codiciado no bien lo consigue, y codiciar en seguida cosa mayor; nuevo Sísifo condenado á levantar incessantemente el peñasco del deseo, para verlo, apenas logrado, rodar al abismo del hastío.»

El Marqués de Valmar, en su *Discurso necrológico literario en elogio del Duque de Rivas*, dice al tratar de *El Desengaño en un sueño*:—«Esta obra es la que tiene carácter más universal entre todas las del Duque de Rivas. Escrita en Sevilla y por un ingenio tan accesible á las impresiones locales, respira, sin embargo, cierto espíritu de generalidad y de grandeza que pertenece á todos los tiempos y á todas las naciones. *El Desengaño en un sueño*, con ser su entonación calderoniana, no está lejos de la inspiración septentrional, y no desdiciría, por cierto, entre las mejores producciones de Goethe y de lord Byron.»

No es menos explícito en el elogio D. Antonio Ferrer del Río, cuando escribe en su *Galería de la literatura española*: «*El Desengaño en un sueño* es un poema fantástico desenvuelto con toda la gala de una fantasía esplendorosa, y en el cual se halla compendiada la historia de las vicisitudes y venturas del hombre con sus deseos y esperanzas, sus ilusiones y desencantos, y el triste contraste de la elevación de sus pensamientos y de su impotente flaqueza.»

Por último, D. Joaquín Francisco Pacheco dice que *El Desengaño en un sueño* es «el primer drama fantástico de nuestra moderna literatura, comparable en profundidad con lo más profundo que haya salido de Alemania, á la par que revestido de toda la gala poética de Calderón.»

Ante las autorizadas palabras de D. Manuel Cañete, el Marqués de Valmar, D. Antonio Ferrer del Río y D. Joaquín Francisco Pacheco, guardamos silencio; porque no tenemos aquí espacio suficiente para explicar el punto único, pero importante, en que no estamos de acuerdo con tan respetables juicios literarios.

Toca á su fin este estudio biográfico, sin haber dicho nada de algunas producciones del Duque de Rivas, tales como sus leyendas *La Azucena milagrosa*, *El Aniversario* y *Maldonado*, sus discursos académicos y sus comedias *Tanto vales cuanto tienes* y *El Parador de Bailén*. Ya no tenemos tiempo ni espacio para remediar esta falta. Y aun recelamos haber cometido otra mucho mayor. Acaso nuestra inhábil pluma no habrá conseguido presentar aquí el cuadro de la vida y los escritos del Duque de Rivas con la viveza de colorido que sería necesaria para dar á conocer la singular valía del buen patricio, del discreto historiógrafo, de

Aquél en todos tiempos inspirado,
Poeta de Don Alvaro y Mudarra,
Píntor también y prócer y soldado.

El publicista francés M. Charles de Mazade ha descrito con tan elegante concisión la fisonomía moral del Duque de Rivas, que sus palabras nos servirán para poner término á esta narración biográfica, sustituyendo ventajosamente las que nosotros pudiéramos escribir en el momento presente. «La abnegación propia de la juventud y las vicisitudes de los tiempos—dice M. de Mazade—han podido llevar al Duque de Rivas á los campos de batalla y á los consejos de la Corona; los azares de la vida le hicieron militar y hombre de

Estado, pero la Naturaleza sólo le hizo poeta; y así hasta en sus determinaciones como político, se nota la influencia de esta innata cualidad de su noble espíritu. Ya se deje llevar de su fervor revolucionario, que había de condenarle al destierro; ya en los mismos momentos en que triunfa la revolución consagre un cariñoso recuerdo á Carlos IV, el rey que conoció en su infancia..... más procede por generoso instinto que por el frío cálculo de razonadas convicciones. La raíz de sus ideas políticas como la de su poesía, es el amor apasionado á su patria; amor á su pasado glorioso, á su presente entristecido y á su porvenir incierto; amor que se complace en pintar en todas y cada una de las páginas de sus

obras con rasgos en que se revela la condición del emigrado que ha padecido el cruel dolor de larga y forzosa ausencia. El Duque de Rivas es uno de los escritores que representan con más esplendor á España en la literatura europea del siglo XIX. Aun la fantasía del poeta ocupa el primer lugar en el renacimiento intelectual de la Península Ibérica. La historia de esta rejuvenecida tradición, escrita con un criterio amplio y levantado, podría constituir la más verdadera historia de España.»

LUIS VIDART.

Madrid, 11 de Junio de 1889.



EL INGENIERO EIFFEL

AUTOR DE LA FAMOSA TORRE DE 300 METROS.

INDUMENTARIA GENIAL



LAS CALZAS DE VILLADIEGO

Tus calzas son de judío
Que miran á Villadiego.

(COMEDIA ANTIGUA.)

I.



TENE nuestra castiza y hermosa habla castellana tal número de modismos y frases hechas, que á cercenarlos de su caudal quedaría mutilada la lengua. Desde Malara hasta Cervantes, desde Timoneda á Rodrigo Caro, lo mismo en

el *Consuelo de caminantes* que en *Los Dias geniales*, tanto en el *Estebanillo* como en *El Picaro Guzmán de Alfarache*, en el *Lazarillo* como en *El Gran Tacaño*, brotan y se revuelven dando reflejos como esos puñados de piedras preciosas que el platero tiene en sus cristaleras amontonadas á granel, esperando sólo engarzarlas para que brillen en el cuello de la virgen ó de la matrona.

La gracia, el ingenio, la oportunidad, la intención, el sarcasmo, no son únicamente lo que en estas frases palpita; hay en ellas rastros preciosos de costumbres que pasaron, chispas luminosas que nos hacen penetrar en el porvenir, son como notas gráficas que permanecen inalterables á través de los progresos del lenguaje, como jeroglíficos perpetuos, grabados en ese gran obelisco del pensamiento de una región privilegiada.

No tenemos hoy la misión de hacer el prolijo estudio que se necesitaría para poner de relieve la verdad de las anteriores afirmaciones; más fácil y más grata es nuestra tarea; vamos á fantasear sobre el origen de una de esas frases, con el volteo ligero de la mariposa, tomando al paso los elementos que nos proporcione el pueblo y la tradición, pero sin doctrinarismos ni ergos.

Per lo mismo, nuestro lenguaje no ha de ser tampoco afectado ni erudito; al pan, pan, y al vino, vino, y nuestras calzas á Villadiego.

No cuentan crónicas ni historias escritas quién fué el primer sastre que metiese la tijera en las calzas de Villadiego; seguramente no fué el de Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo; las célebres calzas debieron su popularidad á otras causas que no á la prolijidad de sus pespuntos, y alcanzaron más fama que las antiparras que tan bien trazaban Rinconete y Cortadillo.

La calza, prolongación, á juzgar por su forma, de la hoja de parra del Paraíso, debió entrar muy pronto en juego, desde que nació el sajón bárbaro, que indudablemente la precediera. El sajón y el pantalón son de origen germánico y se comprende perfectamente, dado el rigor de la temperatura en aquellas selvas del Norte, en que los vientos cortan la piel como cuchillos de cristal; los germanos de las tribus comprendidas entre el Rhin y el Danubio, y principalmente los suavos y hulumanos, usaban en tiempo de las guerras con Roma pantalones largos atados con correa á la cintura, y en los fragmentos que se conservan de los bajo relieves de la columna teodosiana se ve á godos y ostrogodos del siglo IV con pantalones y calzas que á veces tienen en su parte inferior una orla denticulada. Las que carecían de este adorno se ataban á la rodilla.

Compréndese que viniera de aquellas lejanas y heladas marcas la moda del pantalón; en la India, en todo el Oriente y aun en el Occidente y Mediodía, el jaique, el sudario, el paño abierto por los costados y sujeto á los lomos con ligeras correas, constituía el primer traje y era más á propósito para soportar el rigor de los calores del Sahara y de las orillas del Nilo; el hymatión y el quitón griego con sus airosos y libres plegados, se adaptaba gustosamente á aquellas corrientes de aire de las playas éjeas, saturadas á veces de pesadas emanaciones y de punzante olor á marisco; Roma sigue la moda griega y adapta la túnica y la toga; odia los pantalones y las calzas, como odiaba á los bárbaros, y sus cuestores y los representantes del pueblo se sientan en el foro, dejando ver adrede sus perfumados muslos adornados con ajorcas de oro.

El jaique árabe es destronado al poco tiempo por el bon-

bacho turco que se esparce con las conquistas de los reyes persas; poco después se generaliza en Constantinopla y otros muchos puntos adeptos ó sumisos al Islám; á España llega la moda árabe á algunas provincias; aun los huertanos de Valencia y Murcia, cuyas casitas parecen todavía poseer reminiscencias moriscas, lucen para sus faenas la nagüilla africana y la faja marroquí, y andan frescos y rozagantes luciendo sus rótulas entre las almácigas y las tablas de esponjadas coles.

Adoptada la calza roja por los alemanes próximamente en el siglo XIV, y siendo la moda entre los francos poco tiempo después, pasó á España, donde se hizo patrimonio de la nobleza el *usar calzas bermejas*; éstas eran sólo para las personas de distinción, pero las había de otras muchas clases, como lo dan á entender esos modismos que hemos citado y á los que se daban dictados diferentes; había *calzas pedorreras* ó escuderiles, *calzas prietas* ó de paño burdo, *calzas atacadas* que se aseguraban á la cintura con agujetas, *medias calzas*, *calcillas* y *calcetas*.

Como la capa y el ferreruero, las calzas dieron lugar á muchos dichos familiares, y era cosa común y corriente decir que Fulano, Zutano ó Perencejo, estaban en *calza y jubón*, cuando no tenían ropa; *ganando calzas*, cuando por medios hábiles sacaban ventaja ó provechos; en *calzas bajas* si huían cobardemente en una algarada donde se esgrimieran tizonas, y en *calzas prietas* ó *bermejas* cuando se veían en trances difíciles, como, por ejemplo, en un callejón sin salida. También se decía *echa'le una calza á alguno*, si era enemigo de quien se debiera guardar y buscar desquite.

La celebridad de las calzas sin incluir aún las de Villadiego, llegó á ser tal, que dió grandes motivos á nuestros dramáticos del siglo de oro para matizar sus comedias. Cayó en mi poder, revolviendo papeles viejos, un trozo de una de aquellas obras, gemela de la picaresca titulada *Por el sótano y el torno*, que yo atribuí á algún discípulo del celebrado Fray Gabriel Tellez. Desdichadamente no he podido hallar completo otro ejemplar, pero entre otros restos graciosísimos topé con uno que guarda la intención y la mostaza de aquel género.

Un lindo de la época, aficionado á las caras bonitas, presas en las tocas Descalzas, se acerca á la portería del convento luciendo lujosas calzas de terciopelo maravé con riquísimas agujetas. El portero las usa prietas y burdas, pero cubren dos piernas robustas y bien formadas, según se desprende del texto.—¿Dígame bellaco?—le dice el lindo.—Necesito que las madres Descalzas me reciban en el locutorio.

—¿Para qué?—contesta el demandadero.

—¡Para que me vean las calzas nuevas!.....

El monjero se limpia la bozada con el envés de la mano (como reza la acotación del trozo de comedia) y dice con cierto tono socarrón llevándose la mano al cinto de cuero que sujetan sus bragas:

—Es inútil vuestro ruego,
Porque las Madres Descalzas
No pueden ver otras calzas
Que aquestas de Villadiego.

El travieso é ingenioso Tirso de Molina sacó partido de las calzas trayendo á plaza, del modo chispeante que él sabía

hacerlo, un tipo muy zarandeado en su tiempo, en la genial comedia *Don Gil de las Calzas Verdes*. Todos la conocemos, y sería dilatar esta parte de mi estudio inútilmente haciendo el análisis de esta obra que, como todas las del autor de la célebre *Villana de Vallecas* y de tantas otras preciosidades de nuestro teatro antiguo, ha merecido señalado lugar entre aquellas producciones inmortales; pero ya que estamos con la mano en la masa, vamos á transcribir algunos trozos que vienen á cuento á nuestro asunto.

De esto resultará el elogio de las calzas, que es lo que por hoy, con permiso del lector, nos hemos propuesto.

Un D. Martín hace, con anuencia de su padre, el amor á la hermosa Inés, y ésta, enamorada perdidamente de D. Gil de las Calzas Verdes, le rehusa, aun sin parar mientes en que se halla ante ella el autor de sus días, á quien debe sumisión y respeto. Hay en esta escena uno de aquellos truecántas que tanto abundan en la pintura de los devaneos de las tapadas del tiempo de las capas y de los rebocillos. Don Martín se cree que Inés le ha tomado por D. Gil, y ella piensa en el de las Calzas Verdes.

El diálogo dice así:

Inés. ¿Qué es esto, estáis loco?
¿Yo de vos enamorada?
Yo á vos, ¿cuándo os vi en mi vida?
¿Hay más donosa maraña?

Pedro. Hija, Inés, perdiste el seso.

Martín. ¿Qué es esto, cielos?

Pedro. ¿No acabas
De decir que á don Gil viste?
¡Pues bien!.....

Martín. ¡Yo!.....

Inés. La bobada ...

Pedro. Por mi vida que es el mismo.

Inés. ¿Don Gil tan lleno de barbas?
Es el don Gil que yo adoro,
Un Gilito de esmeraldas.

Pedro. Ella está loca, sin duda.

Martín. Valladolid es mi patria.

Inés. De allí es mi don Gil también.

Pedro. Hija, mira que te engañas.

Martín. En todo Valladolid
No hay, doña Inés de mi alma,
Otro don Gil, sino es yo.

Pedro. ¿Y qué señas tiene? Aguarda.

Inés. Una cara como un oro,
De almíbar unas palabras,
Unas calzas todas verdes
Que cielo son y no calzas.
Agora se va de aquí,

Pedro. Don Gil de ¿cómo se llama?

Inés. Don Gil de las Calzas Verdes
Le llamo yo, y eso basta.

Pedro. Ella ha perdido el juicio.
¿Qué será esto, doña Clara?

Clara. Que á don Gil tengo por dueño.

Inés. ¿Tú?

Clara. Yo, pues; y en yendo á casa
Procuraré que mi madre
Me case con él.

Inés. El alma
Te haré yo sacar primero.

Martín. ¿Hay tal don Gil?

Pedro. Tus mudanzas
Han de obligarme....

Inés. Don Gil
Es mi esposo, qué te causas.

Martín. Yo soy don Gil, Inés mía,
Cumpla yo tus esperanzas.

Inés. Don Gil de las Calzas Verdes
He dicho yo.....

Pedro. Amor de calzas,
¿Quién lo ha visto?

Martín. ¡Calzas verdes
Me pongo desde mañana.....



II.

El monumento literario más antiguo en que se habla de la frase hecha ó familiar de que venimos ocupándonos, es la tragicomedia de Calixto y Melibea, conocida por *La Celestina*. En una de las primeras escenas dice un personaje á otro lo siguiente: «*Apercibete á la primera voz que oigas á tomar calzas de Villadiego.*»

Siento al llegar á este punto de mi búsqueda tener que disentir de la opinión de uno de nuestros más eruditos y notables literatos, y en Dios y en mi ánima que no quisiera que se me criticase el intento; pero creo tener razón para afirmar que en ello el eminente D. Juan Eugenio no ató todos los cabos, y así parece que han errado los que su opinión afirman en esto de las calzas de Villadiego.

Es cierto que el sabio autor de *Los Amantes de Teruel* se apoya en el dicho que apuntó D. Luis Galindo en sus *Adagios*, libro manuscrito que, según parece, existe en la Biblioteca Nacional, y en el cual, en vez de decirse *Tomar las de Villadiego*, se lee *Tomar las de Vellariego*; pero como ese modismo de Galindo no figura en ningún Diccionario de nuestra lengua ni en ningún texto escrito de nuestros primeros hablistas, bien puede ser tergiversación del copiante; porque los que corren y van de acá para allá, de villa en villa ó de ceca en meca, nunca fueron otra cosa que *peatones*, *andarines* ó *andariegos*. Prueba de esto es que la Academia no mienta en sus ediciones la palabra *villariego* ni aun tratándose del *andarín* ó del *peatón*, y que no se encuentra en Cervantes ni en otros muchos autores del siglo de oro la acepción de que se trata. Resulta de aquí, que las calzas de Villadiego debieron ser las tales y no otras, supuesto que afirman su existencia autoridades cuyo dicho han ratificado escritores de cuenta. El maestro Baltasar Pérez del Castillo, citado por D. Gregorio Garcés en su preciosa obra *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, dice en uno de los párrafos de su traducción del *Teatro*: «Después de haber (algunos mercaderes) á hurtadillas allegado mucho dinero, hacen bancarrota; toman, como dicen, *calzas de Villadiego*, y vanse á reinos extraños donde viven y triunfan.»

Por esta nota y otras que pudiéramos sacar á plaza, se vendrá en conocimiento de que más acertado que Galindo anduvo aquel francés que, traduciendo un pasaje del *Quijote*, dijo que el Ingenioso Hidalgo había tomado después de su aventura «*el camino de la villa de don Diego*».

No pretendo yo haber hallado la madre del cordero en tan enmarañado asunto, ni he de dar una lección á los sagaces escoliadores que han examinado el origen de este modismo; pero tengo para mí que no he de ir descaminado en mis deducciones, si logro apretar las agujetas históricas de estas *calzas*.

Corría el siglo XIII y estábamos en el período de la Recon-

quista; España no era España todavía; nuestros reyes guerreros, vistiendo la pesada loriga y el incómodo arnés de acero, vagaban por los campos de la patria, donde pululaba el gusano roedor de la invasión que nos consumía. Sevilla, Córdoba, Málaga, Granada, Valencia, nuestras más ricas provincias, ó acababan de salir del yugo de califas y emires, ó esperaban al libertador; en nuestras ciudades parecía que se habían dado cita las razas extrañas; moriscos, árabes, egipcios y africanos vivían y pululaban por los dominios de los reyes de taifa y por los restantes emiratos, á favor de largas complacencias de los invasores; los primitivos habitantes se veían precisados á soportar sus costumbres y sus prácticas religiosas.

Una de las razas que primero buscaron el asilo de nuestras feraces regiones fué la hebrea, que arrojada de todas partes se incorporó acaso á los ejércitos visigóticos, y vino á España al abrigo de aquellos audaces conquistadores. Sumisos á las órdenes de sus dueños, porque á ello les habían acostumbrado las abyectas cadenas de Jerusalén y Babilonia, fueron un elemento aprovechable para las monarquías bárbaras, que disponían de ellos á su antojo.

Para ellos España no era desconocida, porque habían venido muchos de su raza unidos á las colonias de Tiro y Sidón, á comerciar á nuestras costas; claro es que al volver nuevamente á Iberia pudieron satisfacer los intereses de la nueva monarquía.

El arrianismo fué para los tales escudo importantísimo, y los primeros reyes, no sólo los colmaron de privilegios de ciudadanía, sino que alentaron su actividad comercial que pronto les proporcionó en nuestra región andaluza gran supremacía. Hasta Recaredo, puede decirse que fueron más favorecidos que los mismos latino-hispanos; pero sus tendencias utilitarias les atrajeron las antipatías de los naturales y prepararon la animadversión de los concilios y la persecución terrible que se inició con el reinado de Sisebuto.

Larga tarea sería seguirlos en el calvario que empiezan á cruzar con Ervigio, hasta la venida de los árabes, con cuyas benevolencias vuelven á adquirir riquezas y hasta puestos públicos; para nuestro propósito, basta consignar que, después de figurar en las cortes moriscas de Córdoba y Sevilla, empezaron á sufrir con la reconquista nuevas persecuciones, levantadas por la intransigencia de arcedianos y prelados. Una de las más terribles la motivaron las predicaciones del Arcediano de Écija en la alhamía sevillana.

Extremábanse las persecuciones de judíos en Burgos y Toledo, y no conviniendo al rey Fernando romper del todo con una raza rica y trabajadora que pechaba en sus arcas y le servía con su ciencia, se decidió á procurarles un asilo seguro. Aquí tropezamos por primera vez con las calzas de Villadiego.

Por medio de una *encomienda* ó *privilegio*, los confinaba en una población apropiada por su situación y cercada de tierras feraces; este curioso documento que hemos podido tener á mano, dice así, copiado del curioso libro *Memorias para la historia del santo Rey*:

«*Recibe bajo la Real protección á los judíos que tienen casas en los solares de Burgos y en Villadiego:*

»Conocida cosa sea á todos los homes que esta carta vieren, como yo Don Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, de Galicia, de Córdoba, de Sevilla, de



EL RELOJ NUEVO.—(Escuela alemana contemporánea.)

Murcia, de Jaen; vi una carta plomada del Rey Don Fernando (mio padre) fechada en esta guisa:

»*Fernandus Deo gratia sec de Castellax de Toleti, omnibus hominibus regni mi hanc carta, videntibus salutem et gratiam.*

»Sepades que yo recibo en mi comienda, et en mio defendimiento los judios de Villadiego, que son poblados en el solar del hospital de Burgos *et todo quanto han*. Mando que pueblen, y fasta veinte casados entre los poblados et por poblar; et que hayan el fuero que han los otros judios de mio reyno, et que no fagan fuero ninguno sino al hospital de Burgos. Et mando demás *que ninguno nom los peindre*, si non por son propio debdo que devan, ó por paura que hayan fecho, *et ninguno que mal les faciese á ellos nin en lo so, nin los peindre*; cient mrvs, me pechará en coto; et á ellos todo el daño que les ficiessen dargelo y é doblado. Et mando á todos los mios merinos, *que aquel que mal les ficiese, que peindren por el coto, et por el duplo del daño que les ficiessen. Facta carta apud Vallemoleti XXV die februerig era MCCLX prima.*»

Como se ve por esta curiosa Encomienda, proviniendo duramente las malévolas y agresivas intenciones de los burgaleses y toledanos, que perseguían á los hebreos como podencos á las liebres, hasta sus mismos hogares; el salvoconducto Real fué dado el 25 de Febrero de 1223 con todas las garantías posibles; confirmándose por D. Alonso en Burgos, en 14 de Enero de 1293 con estas expresivas palabras:

«Et yo, sobre dicho Rey Don Alfonso, otorgo esta carta ó mando que vala. Fecha la carta en Burgos por mandado del Rey; 14 días andados del mes de Enero, en era de 1293 annos. Estevan Perez la escribió por mandado del Arcediano Maestre Ferrando, notario del Rey; el anno tercero que el rey Don Alfonso regnó.»

Antes de relacionar la Encomienda de Villadiego con las célebres calzas, hay que aducir algunos datos curiosos de indumentaria hebrea y castellana.

Los Concilios estudiando el modo de establecer una total separación entre el pueblo judío y el cristiano, que se habian confundido algunas veces, no sólo celebrando matrimonios, sino adoptando ropas y vestidos comunes; entraron á legislar sobre ambos puntos con prolijidad extremada y exigieron á los monarcas la publicación de edictos suntuarios en relación con sus resoluciones sinodales. La tendencia era conseguir que el traje hebreo fuera una especie de sambenito vergonzoso, de forma determinada y de especiales colores. Dominaba en estas disposiciones el amarillo, color ruin y bajo recomendado en la Bula de Paulo IV, y que era el que usaban las hetairas y los lenones de Roma; también se prohibía á los hebreos el uso de ciertas prendas propias de la nobleza.

En el Concilio de Letrán celebrado en 1211, cuatro años antes de concederse por el rey Fernando la Encomienda de refugio de Villadiego, se habian fijado ya ciertas prohibiciones, que después se promulgaron por los monarcas castellanos que no podían romper con la Iglesia; como ya hemos dicho, los judios debían llevar un distintivo delator para que se reconociesen á la simple vista; ni más ni menos que como las aves de corral, que, según el Diccionario de nuestra lengua y la tradición rústica, llevan *calzas* de color en la zanca para que el amo pueda distinguir los gallos de los pollos.

En las Cortes de Jerez y durante el reinado del mismo rey Don Alfonso, se glosaban estas disposiciones conciliares: «Ningun judio non traya penna blanca, nin cendal, ni zapatos descotados, en ninguna guisa, ni silla dorada, nin argentada, NIN CALZAS VERMEJAS, ni panno *tinto* ninguno, sinon yprés y bruneta prieta.»

Un ordenamiento de la reina Catalina dado en Valladolid en 1412 prohíbe «que judíos y judias usen capirotos con chies, *luengas* ni mantones; y manda que lleven las mujeres *mantos grandes fasta en piés, sin sendal é impana é toca* sin oro; debiendo perder toda ropa que trajiere vestida é fasta la camisa el judío ó la judia que gastare paño que excediese de 30 maravedises vara.»

Estas costumbres de despojar al judío de sus ropas con este ó aquel pretexto, llegó hasta nosotros de un modo notable, como puede verse hoy con verdadera extrañeza. El año 1711, como si dijéramos el siglo pasado, se colocó una lápida de mármol blanco que todavía puede *admirar* el curioso en el ángulo exterior de la iglesia del Salvador de Sevilla, en la que se prescribe como un precepto común y corriente y con la mayor frescura «*que se apeará del coche desde el Rey hasta el caballero, cuando se tope al Santísimo Sacramento, pechando el que no se arroddille 600 maravedises y perdiendo—si el profano es moro mayor de catorce años—la cabalgadura y lo que llevaré vestido.*»

No sabemos cómo permitieron el desenterramiento de semejante antigualla las autoridades de la culta ciudad del Betis, en tiempos tan cercanos á la invasión volteriana en España.

III.

Zurciendo los respuntes anteriores para que las famosas calzas nos vengán ho'gadas, llegaremos á darnos cuenta del modismo con que me he permitido respuntar la tela de este discurso. Que los hebreos usaron calzas como los latino-hispanos, no cabe duda por lo que resulta de muchos ordenamientos; cómo fueron esas calzas y qué tenían de común con las de Villadiego, es lo que debemos conjeturar para aclarar el concepto.

En *La Celestina* se acentúa de un modo notable la utilidad de las calzas de Villadiego «*que se han de tomar á la primera voz de alarma*». Ellas, como el talón alado de Mercurio, parece que han de llevar lejos del peligro al que se las ataque á tiempo.

Esto justamente acontecía á los hebreos de Burgos y Toledo en aquellas horas de angustia en que se decidían los castellanos á cazarlos en sus propias alhamías y que por esto mismo parecían madrigueras.

Remisos en dejar sus lares, á pesar de las franquicias que Villadiego les proporcionaba, huían, sin embargo, á la primera señal de alarma como tímidos corderos, abandonando muchas veces á sus enemigos los trebejos más queridos de sus pobres hogares cuando no les daba tiempo para entregarlos á las llamas.

Protegidos en este caso por los procuradores del monarca, abandonaban las ropas castellanas ó puramente hebreas que solían usar, aun prohibiéndoselo los mandamien-

tos y se calzaban los distintivos que habían de usar en su nueva tierra de Villadiego, como colonos y pecheros del rey Alfonso.

En estos días de emigración se solían escuchar terribles denuestos y amenazas repetidas.

—¡Perro judío!—decía un toledano—tus usuras me han perdido, pero yo tomaré en Pentecostés la revancha.

El aludido se guarecía al costado del procurador real, y éste contestaba al toledano:

—¡Tate, tate, seor matachín; que éste tiene encomienda y toma las de Villadiego!

Dos suposiciones igualmente lógicas pueden sostenerse en lo que á las calzas de Villadiego toca: si eran éstas calzas, propiamente dichas, ó si, por el contrario, no fueron otra cosa, como adelantamos más arriba, que un distintivo de color amarillo cual demandaba la Bula de Paulo IV, y el que podía consistir en una cinta, liga ó calza en la pierna ó en el brazo, semejante á las que se ponen en los muslos á los reclusos del gallinero.

En este caso, tal señal envolvía un verdadero ultraje para la raza hebrea, calificándola por este solo hecho de pusilánime y cobarde, de baja y rastrera. El distintivo entonces se convertía en coraza, en escarnio, en marca de servidumbre; si era así, en realidad, el judío se hacía aún la ilusión de que no había perdido la esperanza de alcanzar de nuevo la Tierra Prometida y hubiera protestado de fallo tan injusto y humillante.

Pero no creemos que fueran esas las intenciones de los Concilios ni el deseo de los monarcas. Otra versión que ya también hemos apuntado parece más lógica y apropiada.

Baltasar del Castillo califica, como hemos visto, de *mercaderes* á los que allegaban á hurtadillas mucho dinero, y, después de hacer bancarrota, tomaban *Calzas de Villadiego*. A aquellos mercaderes judíos les cuadran admirablemente las frases antedichas, y tal hicieron seguramente en sus emigraciones de Burgos y Toledo los israelitas, que tomaban frecuentemente las calzas consabidas.

Ahora bien; apurando la letra y en el caso probable de que existiesen las expresadas calzas, éstas pudieron ser de bruneta prieta ó de gamuza amarilla, como prevenía un edicto toledano. Yo creo que en este punto no puede discutirse seriamente; pero la mejor inducción es, á mi juicio, que fueron de gamuza amarilla, color apropiado á los mandatos pontificios y material cómodo y durable.

En efecto, las calzas de gamuza tuvieron desde la antigüedad tal predicamento, que llegaron á ser la vestidura ó prenda más lujosa del pobre, hasta el reinado de los Reyes Católicos. Los siguientes curiosos versos nos dicen cuál era la categoría que les tocaba en la indumentaria del siglo XVII:

¿Quién sufrirá un «á fe de caballero»
Del que ayer trajo calzas de gamuza
Y las subió de punto su dinero?...
¡Ahogósele su padre en una alcuza,
Su madre apenas tuvo manto ó saya,
Trajeron sus hermanos caperuza,
Y harános sus abuelos de Vizcaya!

Ya que, á nuestro juicio, hemos encontrado las calzas, digamos algo de *Villadiego*, lugar de refugio de hebreos durante dos ó tres reinados y donde todos los ciudadanos

ostentaban el distintivo de su autonomía—*passet le mot*, no usada en aquella época.—Ya recordamos que los israelitas de Villadiego *no facian fuero*, más que al hospital de Burgos, y que, por lo tanto, una vez llegados á aquel lugar, eran inviolables bajo las penas que en la curiosa Encomienda hemos leído.

Villadiego tenía excelentes condiciones para que la raza hebrea pudiera regenerarse, y bien podemos inducir, por la especial política hecha por Fernando y Alfonso, que esta era la idea que había presidido á resolución tan peligrosa. Todos los días, aun sin hostigarlos, tomaban «las de Villadiego» los hebreos de muchas villas cercanas engrosando el contingente que hormigueaba al pie de la roca de Amaya.

La Naturaleza había sido pródiga con el centro israelita naciente, dotándolo de especialísimas condiciones. Villadiego estaba situado á seis leguas de Burgos, con caminos seguros y excusados, que permitían dar aire con seguridad á las históricas calzas; su extensión era antes de muchas leguas, porque la raza hebrea esparcida en sus contornos fundó muchas aldeas y pequeños pueblecillos apretándolos en estrecho círculo, semejante al que forman los corceles salvajes para defenderse de los leones; la antigua ciudad, que hoy ha desaparecido y que se apoyaba en las estribaciones de la sierra de Albacastro, era casi inexpugnable.

Sus contornos no podrán ser más feraces ni pintorescos. Cañadas y alcores rodeaban como ondulante cinta de pintarrajado color el emplazamiento de la villa, y corrían hasta la celebrada altura llamada la Brújula de Burgos.

Las aldeas que formaban el primitivo distrito estaban situadas de modo que pudiera hallarse comunicación fácil; los miedos del hebreo habían hecho de aquellos lugares una maravilla topográfica. Tanto los alcores del Este, como la gran colina á que nos referimos, prestaban fácil paso que sólo se dificultaba en tiempo de nieves: por allí podían comunicarse las aldeas hermanas. Entre las cañadas de Amaya y Alcastro, existía una garganta muy estratégica; una especie de Roncesvalles que hubieran podido utilizar en un caso extremo, si la raza de David, Sansón y Goliath no hubiese degenerado.

El paisaje no podía ser más bello ni variado; se daban allí antes de los desmontes del gran Cerro, desde el haya al roble y desde el carrascal hasta el chaparro; en las faldas y pendientes, como en los valles y cañadas, abundaban los árboles frutales y las plantas medicinales y aromáticas. Para completar este panorama primitivo de Villadiego, diré que el resto del término lo componían infinidad de cerrillos y riberas que se reflejaban en cristalinos arroyos, como los chopos y los olmos de sus márgenes; la efoliación de estas arboledas y sus abundantes hojarascas, proporcionan aún copioso pasto de invierno á numerosos rebaños. Dos ríos cruzan aquella especie de Canaan de los hebreos de España; uno de ellos, llamado Uron, se mete cerca de un pueblecillo llamado *Mamed* (nombre hebreo, sin duda) debajo de tierra; á orillas del otro río lloraron, en la época de la expulsión definitiva, los antiguos hijos de Villadiego, recordando de nuevo el triste salmo «*Super flumine Babylonis*.»

Un detalle curioso que recuerda una de las etapas gloriosas de la Reconquista, y terminaremos este estudio. El río Uron cruza por un lugar histórico que se titula *La Patada del Cid*; yo no he tenido paciencia para averiguar la tradi-

ción, ni esto me parecía pertinente para dar á mis calzas de Villadiego la última puntada; pero sería curioso averiguar si el irascible y cristiano Cid, que se atrevió á tomar la jura á un rey valiente y pundonoroso, puso ó no la cuja de su lanza ó el filo de sus estriberas de hierro en alguna manada de judíos algarivos de aquella puebla tan celebrada.

De un modo ú otro, aquellas calzas se han anticuado de tal manera, que no faltará erudito que tache este estudio de

aventurado ó de ampuloso; si tal ocurre, no romperé cañas en Bibarrambla ni jugaré bohordos en Gélves, sino que buscaré en cualquier almacén de antigüedades un par de calzas de Villadiego.

BENITO MAS Y PRAT.

Junio de 1889.



LUNA DE MIEL.—Cuadro de Kellerbach,



LA LOCURA DEL BARDO

FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO



CANTO PRIMERO

TIEMPO Y ESPACIO

I.

¿Dónde? No sé. De azules horizontes,
De lagos y de brumas,
De nieblas que, cual pliegues de un sudario
Se arrastran por las cimas de los montes,
Y de blancas espumas
Que salpican las rocas y la arena,
Miro cubrirse el fondo de la escena
De este drama de amor imaginario.

El pueblo y la nación, ni es á mi historia
Preciso recordar, ni aunque intentara
Sus nombres evocar en mi memoria
Pudiera conseguir á mi deseo,
Saber de qué región remota ó rara
Es el país sombrío que en mi veo.

II.

Él es, cual es; obscuro, dilatado,
Abrupto, yermo, en montes asentado
Batidos por el mar, que en los sillares
De basalto y granito,
Se estrella hirviendo con gemido lento,
Salvaje como el grito
Que arranca á las encinas seculares
Del bosque umbrío, el impetuoso viento.

Su fragor interrumpe el solitario
Silencio de las cuencas descarnadas,
Pedregosas, y á trozos esmaltadas
De vetustas raíces carcomidas
Pálidas cual los restos de un osario,
Que brotan de las piedras desunidas
En los terrazos, donde nace á trechos

El enebro lozano y espinoso,
El tomillo aromoso,
Y las palmas que agitan los helechos.

III.

También por los tablares de verdura
Que forman las inmensas praderías,
Por la espaciosa y húmeda llanura,
Envuelta á veces en la niebla oscura
Que baja de las altas serranías,
Zumba el sordo gemir de la marea
Que el cierzo arrastra, unido á los rumores
Del reposado bronce de una aldea,
Y al sonar de la esquila
Á compás de los ecos mugidores
Del manso que acostado cabecea,
Ó que, con tarda lentitud, desfila
Por las sendas que cruzan los alcores.

Surgen del llano, negras y musgosas,
Enormes piedras, drúidicos altares
Que recuerdan escenas pavorosas
Al pie de los sagrados encinares.
Arcadas y crujías
Sobre un fondo de sauces y cipreses
Elevan las ruinosas abadías,
Y más allá de las undosas mieses
Detrás de las que humea el caserío
Y señalando al cielo
La aguja de la iglesia se levanta,
Al pasar de la puente, sobre el río
Que se desborda en torrencial anhelo
Por estrecha garganta,
Sobre las rocas ásperas y oscuras,

Al terminar de la empinada cuesta
Se alza sombría la almenada cresta
Del castellar, señor de las llanuras.

IV.

Es bien que los tiranos
Que asolan con sus feudos la campiña,
Aun más que con sus garras los milanos,
Habiten donde el ave de rapiña.
Y así los agrietados torreones
Que asoman, sobre rocas suspendidos,
Son tan siniestros como son los nidos
Que entretejieron águilas y halcones.

Cuando en la selva umbría
Canta el cuclillo al despuntar del día,
¿Quién duda que llegó la primavera?
Y ¿quién que la estación húmeda y fría
Se acerca ya, si de la azul esfera
La golondrina huyó, mientras se cuaja
En las cumbres la nieve y denso y vago
Jirón de niebla, que rasgado baja
Al impulso del cierzo que le azota,
En la agitada inmensidad del lago
Como penacho de blancura flota?

V.

La torre de homenaje,
De secular y gótico castillo,
Se alza de entre las rocas del paisaje,
Que retiembla al crujido del herraje
Con que hasta el foso bajan al rastrillo.

Al vago alborear ronco resuena
El cuerno que despierta la jauría;
Y relincha el bridón, y el perro ladra,
Y recostado en lo alto de una almena
El ballestero canta al nuevo día,
Mientras en regia cuadra
Sayo y calzas se ciñe presuroso
El forzado señor, de alta estatura,
Curtida faz y enfurecido ceño,
Que en erguida apostura
Alza los puños despidiendo el sueño;
Y de un tahalí de cuero primoroso,
Un cuchillo de monte, toledano,
Le prende un paje, mientras él apura
Dorada copa, y la siniestra mano
Pasea cariñoso,
Por el robusto lomo de un alano.

La sombra del castillo,
Envuelta de la noche entre la bruma,
Como fantasma que la mente evoca
Surge del foso en que la blanca espuma,
Con acerado brillo,
Serpea en los abismos de la roca.

Y cuando luce en la pintada ojiva
Un cárdeno fulgor que aumenta y muere
En rauda parpadeo,

Según la llama del hogar la hiere,
Ya rutilante y viva,
Ya apagada en febril chisporroteo,
Se dilata el vapor denso que arroja
El hervir rumoroso de la berza,
Y la humareda oliente de la grasa,
Encendida al caer, con llama roja,
Siempre que el escudero aliñe y tuerza
El medio gamo que á la lumbre se asa.

Hay, junto del hogar, sitial de roble;
Mesa, junto al sitial, de toско pino;
Sobre el sitial, antiguo blasón noble;
Sobre la mesa, canjilón de vino;
Brillan á los reflejos de la lumbre
En la pared escudos y broqueles,
Trompas de caza y sillas de caballos;
La jauría, acostada sobre pieles;
Sentado el conde; en pie la servidumbre;
Temblando de pavor los vasallos,
Y temblando de frío los lebreles.

.....
.....

VI.

Así como la nube cenicienta
Y el monótono canto del cuclillo
Anuncio son de la invernal tormenta
O de serenas brisas estivales,
El pardo murallón, que añoso ostenta,
Entre retamas, peñas y zarzales,
La señorial morada de un castillo,
Es reflejo del brillo
De las pasadas épocas feudales.
¿Por qué seguir? La marejada hirviente
Ruge á lo lejos; de humedad brumosa
Se cubren las umbrías, y los vientos
Disipando la niebla vagarosa
Muestran del monte la azulada frente;
Y más allá, castillos y conventos,
Lagos, celajes, bosques y espesuras,
Olas grises, basálticas negruras
Se extienden por la costa y por la vega
En la extensión que el horizonte abarca.
Pero en los ecos de la mar no llega
El nombre que designa á la comarca
Septentrional y fría
Como los yermos valles de Noruega,
Feudal como la vieja Normandía,
Y verde como Escocia y Dinamarca.
¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué importa un grado menos
Ni un siglo más? En nebulosa tierra
Y en tiempos rudos de ignorancia llenos
Pasa la acción. Ya reinen los Comenos;
Ya al consejo de Urbano
Corran los pueblos hacia Oriente en guerra;
Ya Juana de Arco triunfe de Inglaterra;
Ya suba Othon al solio soberano.

R. BLANCO ASENJO.



ESPLENDIDEZ ESPAÑOLA

No creo exista en el mundo país más *dadivoso* que el español, si hemos de atenernos á cuanto *DA de sí* nuestro verbo DAR. En efecto, cosas que en otras naciones se *hacen* (como un *paseo*), se *desean* (como *los buenos días*), ó se *causan ó proporcionan* (como una *desazón*), aquí se DAN. Con el fin de probar nuestra tesis, vamos á DAR ahora *cuenta* al lector (por el dinero, se entiende, que no están los tiempos para andarse en muchas prodigalidades) de algunos de tantos *donativos ó dádivas* como lleva á cabo el pueblo español: *dádivas ó donativos* realizados con tanto mayor salero cuanto que, por lo regular, el que DA á tal propósito, suele no privarse ó despojarse de cosa alguna. Empecemos, pues, á DAR.

Sólo un *dar* hay que me agrada,
Que es el *dar* en no *dar* nada.

Resolución adoptada por un aficionado á las hijas de Eva, contra las que son de suyo pedigueñas. En sentido más lato y general se dice del que no es generoso, que *no suda ni aun en invierno, que es preciso DARLE en el codo, ó que,*

Por no *dar*, ni siquiera *da* los buenos días.

—*¡Quién me DIEBA, ú, oh si me FUERA DADO, hacer tal ó cual cosa!.....* Pero, ¡que si quieres! Sí, échese usted á andar por esos mundos de Dios, y ya verá qué pronto encuentra quien le DÉ..... ¡como no sea un *disgusto, ó un puntapié* en la parte del cuerpo á que se ajustan ó adecuan, y con que convienen perfectamente los fondillos de los pantalones!

—*DÉ usted memorias á N. de mi parte*—decía en cierta ocasión una dama á un chusco.—*Pues vengan*—le replicó éste alargándole la mano. Otra vez le dijo la misma:—*DELE usted un beso á la niña.*—*Perdone usted*—le replicó—*no acostumbro anticipar cantidad alguna; así es que, no DOY nada que no haya cobrado antes.*

—*Hoy se DA una función en el teatro tal, á beneficio del actor cual.....* Lo que se DARÁ es el dinero, indudablemente, por el espectador; pero se *tomará* por parte del agraciado. A este propósito decía un amigo mío, que ya murió, que era más devoto de Santo *Tomé* que de San *DONATO*. Asimismo decía que le gustaban más los *dátiles* (nó como persona agente, sino paciente, en el lenguaje gramatical) que los *tomátiles*.

Uno de los fenómenos más dignos de observación que presentan las lenguas cuando se hace escrupuloso estudio y

análisis de su peculiar estructura, es la existencia de voces que entrañan valores diametralmente opuestos. Pocas son, por fortuna, dichas voces, porque, de ser lo contrario, ¿á dónde íbamos á parar en orden á poder entendernos? Pues bien; para que nada le falte á nuestro verbo DAR, conste que una de sus múltiples significaciones es la de *quitar*, lo cual varía de especie, por aquello de que *no es lo mismo comer que tirarse con los platos*. En efecto, y á fin de que no se nos crea por sólo nuestra palabra, ¿qué hace el que toma en la mano un pedazo de pan, y llevándosele á la boca, le DA un *bocado?.....* ¡Cuánta esplendidez!

—*Acúsome, padre, de que soy súpita y sanguínea*—dijo una individua al sacerdote en el tribunal de la Penitencia, por contera y remate del acto de desembuchar el talego de los pecados. El ministro del Señor, que no podía compaginar fácilmente aquella delación que de sí misma hacia la *sujeta* con la flema que en el discurso de su confesión había ostentado aquella buena pécora, le preguntó:—*Hija, ¿y qué entiendes tú por eso?*—*Padre, que tanto SE ME DA por lo que va como por lo que viene.*

—*DOY POR sentado que; DEMOS POR supuesto que; Eso se DA POR sabido, etc.* Mientras no DEMOS más que eso, seguros estamos de no quedarnos pobres. En igual caso se encuentran los que *se DAN por satisfechos ó convencidos*, los cuales realizan el gran milagro de DARSE sin dejar por eso de *pertenecerse*, así como los que *se DAN por confundidos, vencidos, cachifollados, etc.*, de todo lo cual *se DAN casos*.

Existe cierta clase social, perteneciente á una de sus más humildes capas, muchos de cuyos individuos no gastan la prenda de vestir que lleva ese nombre, seguramente por no llegar á sus manos el número sin número de cuartos que el público le asigna ó destina á cada momento. Ahora bien; ¿qué clase es ésa?..... Pues no es otra que la del *pregonero*, grado anterior al del *verdugo*, en el escalafón *paremiológico*, según reza aquel refrán: *¡Cómo subo, subo, de pregonero á verdugo!* En efecto, todo el mundo le *está DANDO* continuamente un *cuarto al pregonero*; pero lo cierto es que nunca llegan tales cuartos á poder de ese infeliz.

—*DATE, cacho de ladrón*—le gritaba un agente de policía á un hijo de Caco que acababa de ejecutar una de sus acostumbradas heroicidades.—*¿Hablaban usted conmigo?*—*¿Pues con quién he de hablar?*—*Usted viene equivocado, sin duda: 1.º, porque para DARME yo, tenía que pertenecerme, y yo no soy mío cuando se trata de ejercer el oficio; 2.º, porque yo no soy cacho de ladrón, sino ladrón entero, hecho y derecho, piante y mamante, y á mucha honra; con que vea usted si viene equivocado, ó no.*

Aquel rey de España tan amigo de poetas y comediantes, y cuya grandeza se ha comparado con la del agujero, el cual se hace tanto mayor cuanto más se le desmembra ó quita de la parte sólida que le rodea, Felipe IV, digo, oyó un día de boca de Quevedo la siguiente petición:—*DEME pie vuestra majestad*, con el intento de improvisar una composición sobre el verso forzado que se le propusiera; pero el Rey *DIÓ en el chiste* de alargarle una pierna, la que, cogida en su extremidad inferior por Quevedo, *DIÓ pie* á éste para prorumpir en aquella tan sabida redondilla:

«¡Buen pie! ¡mejor coyuntura!
Paréceme, gran señor,
Que yo soy el herrador
Y vos la cabalgadura.»

¡Donosa *lección DADA* á quien su alto rango no le autorizaba en manera alguna para *haber DADO* semejante *coz!* Pero esa y otras lindezas de igual ó parecido jaez no eran nada raras en un trono cuyo lustre empezaba ya á eclipsarse de una manera tan evidente, para *DAR* dentro de pocos años *las boqueadas*.

Tres majaderos disputaban en una tertulia acerca de cómo está mejor dicho: si *DAME á beber*, *DAME DE beber*, ó *DAME QUÉ beber*. En esto cortó el altercado una joven, diciéndoles chistosamente: *No se cansen ustedes; creo que lo más propio sería decir: Llévame á beber*.

Es curioso el uso de la fórmula *DAR DADO*, para diferenciarlo de *lo que se DA prestado*. Así, dijo muy bien D. Francisco de Rojas en su comedia *No hay amigo para amigo, las cañas se vuelven lanzas*:

«De esta manera, traidor,
Pagaré la bofetada —
No se la dí yo prestada.—
Pues, cómo?—*DADA*, señor;»

y D. Luis Rufo en la primera de sus *Quinientas apotegmas*: «El año de diez y seis, estando en Madrid el príncipe Feliberto, tío de V. A., que ahora es ángel, y entonces lo parecía, se sirvió del autor deste libro, ya con la pluma, ya con el pincel, de tan aficionada voluntad, que, habiéndose traído unos potros de sus prioratos de San Juan, le hizo merced de uno; y como D. Diego de las Marinas, caballero mayor suyo, ó por jefe, ó porque le pareciese que un peón á caballo podía servir con más veloz diligencia, le hiciese este cargo un día, le respondió: «Sr. D. Diego, si el »Príncipe mi señor me *DIÓ DADO* un caballo, no me le »venda V. S.»



La verdad es que maravilla el ver tanta prodigalidad por doquiera que *DAMOS un paso* en nuestro suelo. Aquí, el reloj *DA* las horas; los alcornos *DAN* bellotas; algunos sujetos *DAN* que decir; ciertas disposiciones, de los mismos emanadas, *DAN* que reír, cuando no que llorar; *DA* pena ver á tanto vago como pulula por esas calles de Dios, sin que á quien debiera poner remedio á tamaño mal se le *DÉ un pitillo* el que siga cundiendo más y más esa lepra social cada día que pasa; hay quien *DA* un balazo ó una estocada, como podía *DAR* un confite, que al fin y al cabo todo ello es *DAR*; *DAMOS* con lo que buscamos, aun cuando no siempre; jamás se

DA á partido el sujeto de suyo terco y díscolo, por lo cual con justa razón nunca se *DA á querer* de las personas con quienes se trata; el que tiritita de una manera excesiva, no puede por menos de *DAR diente con diente*; al estudiante, por mal nombre, y al novio que *no vió*, le *DAN* aquí cada *calabaza* que *DA la hora*; *DA una campanada*, sin necesidad de que medie el instrumento que produce semejante sonido, aquel sujeto que *DA un escándalo mayúsculo*, ó, lo diré á la francesa para que mejor se me entienda, que *DA un espectáculo*; ¿qué más? por *DARSE* aquí sucesos estupendos, hay quien *se DA DE las astas* con sus semejantes y quien *se DA de calabazadas* contra las paredes, sin por ello sacar heridos los cascos, *DADO caso* de tenerlos.

En materia de refranes y de locuciones metafóricas y proverbiales, es una bendición de Dios la plétora, el derroche con que tropezamos á cada paso en nuestro suelo.

DAR tiempo al tiempo, que es como si dijéramos, *DAR dinero al dinero*, al tenor de lo que reza el refrán inglés: *Time is money*;

DA y ten, y harás bien, con lo que se exhorta á huir igualmente los extremos de mezquindad y de prodigalidad;

DAME pan y dime tonto, con que se acredita que el color encarnado no asoma fácilmente á las mejillas de ciertas personas;

Á quien *DAN en qué escoger*, *DAN en qué entender*, lo cual evidencia no ser tan fácil como se suele presumir el hacer ciertas elecciones;

Quien *DA, bien vende, si no es ruin el que prende*, con que se acredita lo mal retribuido ó agradecido de ciertas dádivas ó agasajos;

DAME donde me siente, que yo haré donde me acueste, equivalente á aquel otro que dice:

Si se le DA el pie, se toma la mano, para *DAR á entender* el comportamiento abusivo, por lo descontentadizo, ambicioso y exigente de ciertas personas;

DAR en el hito, ó en el quid, ó en el busilis, es acertar con, ó hallar la solución que se buscaba;

No DA su brazo á torcer, quien no desiste ni ceja de su determinación ó propósito, y

Deum de Deo, ó DÉ donde DIERE, aunque sea *DAR palo de ciego*.

En conclusión: si fuéramos á *DAR* aquí *cuenta ó noticia* de todo cuanto *DA de sí* la explicación del verbo *DAR* en nuestra lengua, *DARÍA por resultado* semejante tarea el escribir unos cuantos artículos, si ya no es que *DABA margen* á componer un tomo abultado, pues como se ve, harto se presta á ello la materia que nos *ha DADO la humorada* de tratar en esta ocasión. Y cuenta con que no decimos que nos *DIÓ la ventolera*, por no aparecer extravagante ó casquivano; ni mucho menos, que nos *DIÓ la gana*, por no pasar plaza de grosero ó mal educado.

DEMOS, pues, *por terminado* ya nuestro compromiso, no sea que, en vez de *DÁRSE* nos plácemes, se nos *DÉ una silba*.... De lo cual también *se DAN casos*; y *DÉSE* también total, absoluto é ilimitado *crédito* á lo que vamos á decir por conclusión, y es: que más *ruido* nos *ha DADO* el compaginar este artículo, que al lector pasarlo por la vista; después de lo cual sólo nos resta pedir al Altísimo que nos *DÉ su santa bendición*.

JOSÉ MARÍA SBARBI.





EL SALUDO DE LA PRIMAVERA.—Cuadro de A. Grönland.



« LA BÊTISE HUMAINE »



PERDONE el lector que vaya en francés este epígrafe, por no existir frase en castellano que traduzca con verdadera exactitud nuestro pensamiento. No se trata aquí de la bestialidad humana, ni de la barbaridad, ni de la brutalidad, ni siquiera de la necedad de las gentes. Lo que aquí va á comentarse es esa insuficiencia de juicio ó ligereza de concepción, que los franceses llaman *bêtise*, y que casi todos los humanos reconocemos cuando al ejecutar cierta especie de tonterías

decimos con ingeniosa sencillez: «¡He sido un bestial!»

Se halla, efectivamente, poblada la vida de una porción de contrasentidos inexplicables, así en lo físico como en lo moral. Procedemos de ordinario con una pauta ó falsilla que nos da hechas multitud de ideas, sobre las cuales no admitimos observación ni discusión á pesar de su absurdo. Hacemos infinidad de cosas que de pensarlas nos producirían risa á nosotros mismos, y las hacemos sin saber cómo, sin saber por qué, y á veces sin saber cuándo. Nos agitamos, puede decirse, entre dos influencias; la peculiar de cada uno, que es la más corta, y la general ó que comprende á todos, que es la más larga y la más ridícula.

Un paseo, pues, por las calles de la vida humana, parándonos á contemplar los rótulos que llamen nuestra atención por descubrirse detrás de ellos alguna majadería notoria, es lo que va á constituir el extraño estudio que, sin orden ni concierto y para periodos arbitrarios, emprendemos hoy con el título de LA BÊTISE HUMAINE.

LA PINTURA DEL PELO.

No vamos á comenzar estos apuntes zahiriendo ó ridiculizando á eso que ha dado en llamarse, y muchas veces con justicia, la hermosa mitad de la especie humana. De ningún modo. Las mujeres tienen derecho de pintarse como quieran

y cuanto quieran, sin incurrir en la murmuración pública sino acompañada de esa sonrisa indulgente con que se reciben por lo común todas las coqueterías. Las mujeres no obtienen grandes cruces, y pueden usar toda clase de bandas; no van á la guerra, y pueden colgarse toda suerte de condecoraciones; no pertenecen á ningún estado mayor, y pueden empenacharse con todo género de plumas. Si un día se les ocurre vestir de capitán general, con sus charreteras y su casco, no habrá ordenanza que se lo prohíba, ni oficialete que deje de requebrarlas. La pintura, pues, de que aquí va á tratarse es la de los hombres.

Hacen bien muchos hombres en teñirse el cabello con el disimulo proverbial de semejante acto. Las canas son un signo de vejez que aflige al que lo lleva y no satisface al que lo mira. Ser viejo es dejar de ser hombre, lo cual no todos los hombres tienen el valor de consentirlo. Teñirse, por consiguiente, las canas es perpetuar la juventud.

Las canas principian á teñirse por extracción, ó sea arrancando los primeros pelillos que blanquean; siguen por yuxtaposición, ó sea escondiendo cuidadosamente los pelos blancos bajo los negros; continúan por lubricación, que equivale al uso de una pomada obscurantista; y últimamente, ya no hay más remedio que la inmersión absoluta, esto es, la química á toda droga.

Los que usan este procedimiento suelen vivir más ocupados que los otros hombres. Para la generalidad basta con lavarse y vestirse; para ellos es necesario pintarse, y como la pintura es cosa reservada, los convierte en hombres, á más de muy ocupados, misteriosos. El tocador de un hombre que se pinta es un foco de sobresaltos perpetuos, como lo es sin duda el taller donde se fabrica moneda falsa. Ya puede presentarse el juez á notificar un auto, ó el padre de un joven á pedir la mano de una muchacha: el hombre acudiría á medio vestir ó á medio comer, pero de ninguna manera á medio pintar. Algunas veces en viaje ó estando enfermo, se asoman canas indiscretas á los poros del cutis, ignorando que su parte superior conserva la opacidad; y entonces ¡qué suplicio, qué inquietud, qué trabajos! La bufanda, el pañuelo ó los embozos no son cortinas suficientes para cubrir la desnudez de un pelo.

¿Y la calidad de la pintura? En unas ocasiones da el negro ó el castaño, como cualquier pintura que se respeta; pero ¿y cuando sale el verde? ¿y cuando toma tonos amarillos? ¿y cuando percude la piel, la enrojece ó la quema? Por fortuna el público no advierte ninguno de estos fenómenos,

y sigue creyendo joven rematado al que con su apergamizada faz y las arrugas de su semblante y la languidez de sus ojos conserva todavía rubia, castaña ó negra su cabellera, aun cuando la despueblen calvas y la marchiten agostamientos.

Pero donde el tinte de las canas ejerce una influencia decisiva, es en el modo de engañar á la muerte. Viene la muerte por nosotros creyendonos viejos, y se encuentra con el pelo pintado: sorpréndese del fenómeno, mas como desconoce los secretos de la química, confiesa su error y se marcha. Así se explica que el hombre al teñirse el cabello, no sólo simula con cierta gracia su juventud, sino que alcanza también condiciones de longevidad.

El elixir de larga vida puede muy bien encontrarse en un tintero.

LOS MUELLES.

Uno de los adelantos materiales con que el siglo actual se engalana, como beneficioso para la vida de las criaturas, es la introducción de los muelles en el mueblaje doméstico. Hace cuarenta años nuestros padres se sentaban en lona, badana ó cuero, según su categoría; usaban paja ó enea en el interior de sus habitaciones; construían bancos de tabla ó poyos de ladrillo para el servicio público; y en cuanto á viajar, lo hacían sobre baules, costales ó barriles, según eran los embalajes con que iba cargada la galera de transporte. Por lo que se refiere al lecho, no eran mayores las comodidades de nuestros antepasados. Dormían en cama de tablas ó catre de tijera, provistos á lo sumo de un trasportín de lana, un colchón de pelote y un jergón de maíz ó cosa parecida. Sentarse en crines era propio de palacios; acostarse en plumas era privilegio de magnates.

Pero viene el siglo del vapor, del telégrafo eléctrico, de la lámpara incandescente y del fonógrafo; siglo que al dotarnos de tantas maravillas públicas, nos concede las privadas de los fósforos y de los muelles. ¿Quién no usa muelles entonces? La pupilera más modesta anuncia á los que le alquilan una habitación, que en cada cuarto hay una butaca de muelles; fondistas y hosteleros manifiestan que sus camas tienen colchón de muelles; los empresarios de teatros, al preconizar las mejoras que preparan en el coliseo, cuentan entre las principales los asientos de muelles; por último, cuando se casa una muchacha, se le compra un estrado, con muelles por supuesto. Muelles para ricos y para pobres; muelles por todas partes.

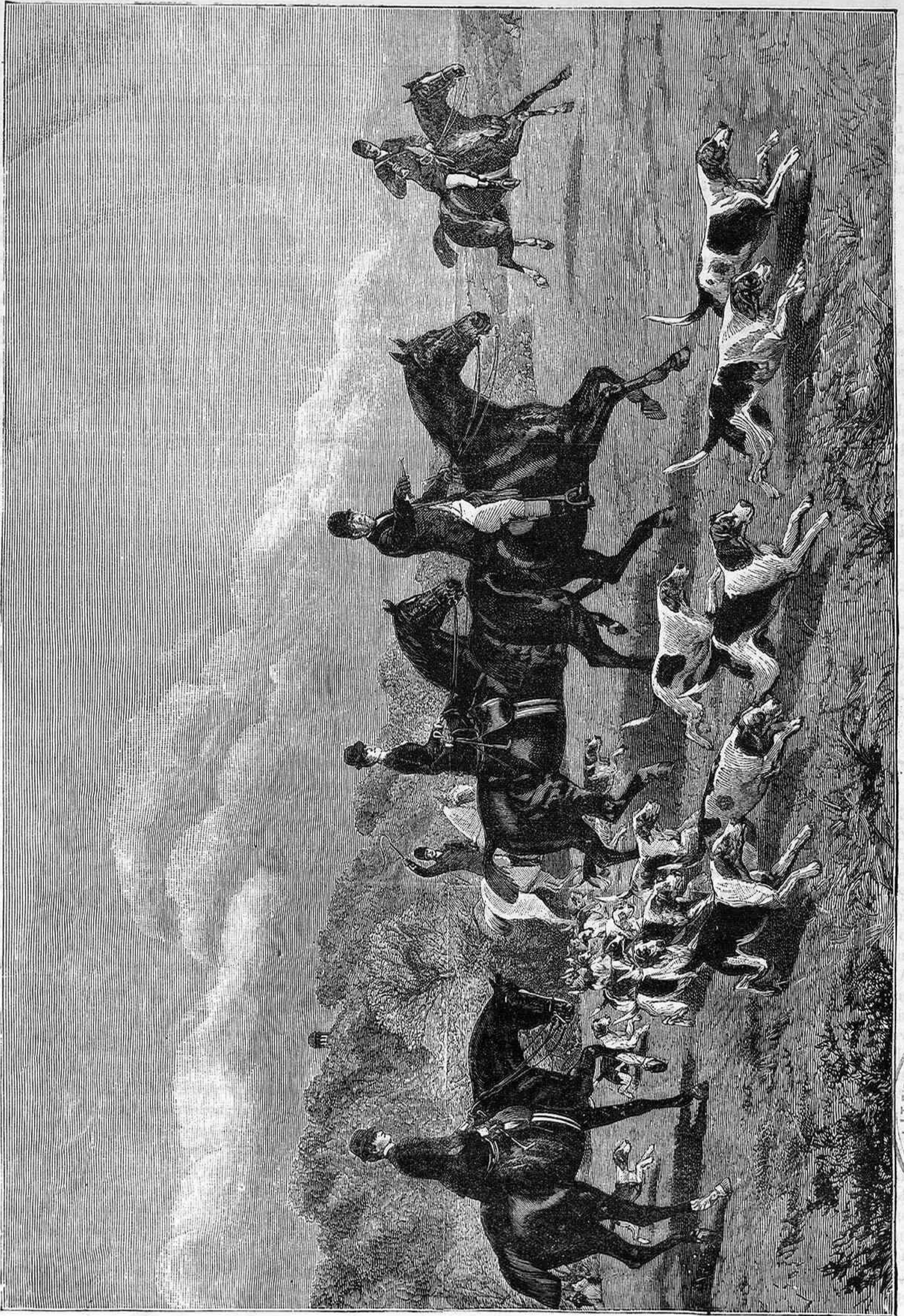
Y ¿qué son muelles? Muelles son unas tiras ó alambres de acero que, bien en forma curva ó en espiral, agrupados más ó menos ingeniosamente, conservan su fuerza elástica para ceder cuando se les oprime ó dilatarse y rehacerse cuando se les abandona. Tenemos, pues, que la dicha moderna más barata de los humanos es sentarse, recostarse ó tenderse sobre sillones, divanes ó lechos, que al experimentar presión ofrecen blando asilo á la persona, amoldándose á todas sus posturas y proporcionándole un deleitoso cuneo infantil. ¡Qué descanso tan grande el de los muelles, después de una fatiga! ¡Qué sosiego tan dulce sobre ellos, después de un insomnio forzado!

Pero, amigo, los muelles, á quienes nadie aventaja en docilidad, tampoco hay quien les supere en terquedad. Si se abaten á la presión ajena, es aguardando un momento de respiro para reponerse. Son dóciles porque son tercos, y son tercos porque de lo contrario dejarían de ser muelles. Se doblan á la criatura con supuesta docilidad, pero es empujando á la criatura para librarse de ella. Semejantes á los piqueros que detienen al novillo con las púas de sus garrochas, los muelles ven desplomárseles encima á los humanos y los sostienen con las puntas de sus espirales. Recostarse ó sentarse sobre muelles, es sentarse ó recostarse sobre enemigos.

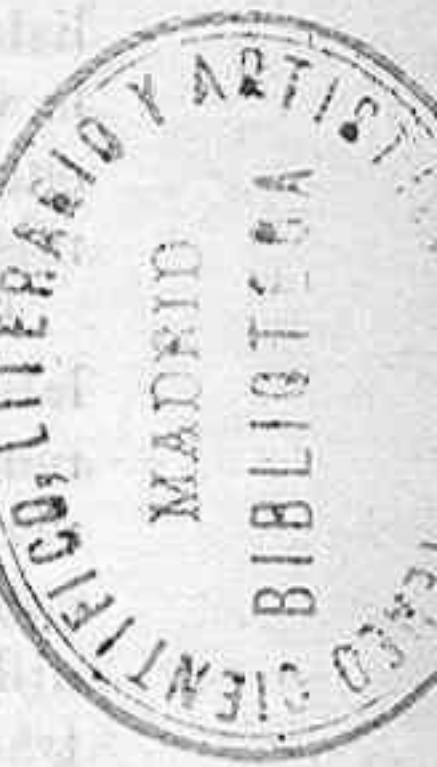
No hay sino considerar la práctica de esta *bêtise*. Se acuesta la criatura regodeándose con lo tierno de su lecho ó de su banquetta, y efectivamente, los muelles le reciben con blandura amorosa, ofreciéndole cadencioso balanceo, espacio justo para sus carnes, compensación exacta para su nivel. Pero apenas ha cerrado los ojos, aquellos esclavos pícaros que sólo á la violencia cedieron, principian á confabularse contra su señor, y desarrollan una fuerza ascendente, tenaz y ruda, cuyo empuje desvelaría á cualquiera que no se hubiese acostado con la ilusión de dormir sobre plumas ó rosas. Y lo positivo es que los muelles concluyen por desvelar, pues como hasta ahora no hemos hablado más que de muelles nuevos, aún puede tenerse por algo paradójica nuestra observación. No lo es en manera alguna, sin embargo, porque los muelles conservan poco la eficaz estructura á que deben su fama: el uso los tuerce, los agrupa, los desnivela ó doma, convirtiéndolos en pedazos de hierro, que si no cortan ni pinchan, es porque se lo impide la lona que los cubre. Butaca hay que al sentarse pone banderillas; diván que al tenderse graba arabescos en los lomos; y cama que al acostarse, después de producir una música como cajón de clavos que se revuelve, forma burujones ó baches donde los miembros de la víctima tropiezan ó se atenazan. Si el lecho de Procusto existió, pudo consistir en una cama con muelles viejos.

Ante tamaño contrasentido, fuerza es sospechar que los muelles representan algo diverso de lo que sus inventores imaginaron; quisieron inventar lo estable y les resultó lo movable. La silla, que es la quietud, nos advierte con la impaciencia elástica de su asiento, que debemos hacer las visitas cortas; el lecho, que es el reposo, nos avisa, cuando nos balancea á la madrugada, que es ya hora de levantarse; el propio diván donde nos recostamos á la siesta convidaría con un largo é inoportuno sueño, si no nos dijese con las sacudidas de su armazón que nos aguarda el trabajo. ¡Ah! sí; el muelle es uno de los progresos del siglo, pero que nos invita á caminar y no á yacer.

Quédense para los torpes de nuestros padres aquellos sillones de cuero con los respaldos de lo mismo, donde podían pasarse las horas muertas; abandónenseles aquellas camas forradas de piel curtida sobre un promontorio de colchones, al cual era necesario subir con escalera, pero que en llegando allá proporcionaba aislamiento del mundo y quietud para el espíritu y para la carne. ¿A qué los cojinetes de badana con su agujero en medio? ¿A qué las frescas lonas para sestar en los ardores del estío? ¿A qué las colchonetas sin bastas para envolver el cuerpo en los meses helados? Los antiguos nacieron para reposar y nosotros nacimos para correr. Por



PARTIDA DE CAZA.



eso, con apariencias de reposo, hemos inventado los muelles que nos empujan.

Lo único en que no habíamos caído hasta ahora, es en que al más sublime de los muelles se le llama el trampolín, y sirve para lanzar al aire á los titiriteros.

EL ÍDEM ÍDEM.

Es ley de gramática general, ó así al menos lo consideran la mayor parte de las gentes, que cuando en un escrito haya de repetirse con insistencia un vocablo, no se escriba éste más de una vez, sino que se ponga *ídem*. En las listas de fonda, por ejemplo, cuando se anuncian chuletas al natural, chuletas á la *papillot* ó chuletas en salsa, se hace de este modo: chuletas al natural, *ídem* á la *papillot*, *ídem* en salsa. Pero si las chuletas además son de ternera, se dice así: chuletas de ternera al natural; *ídem*, *ídem* á la *papillot*; *ídem*, *ídem* en salsa; y si por añadidura se venden en raciones y medias raciones, deberá formarse el siguiente cuadro:

ENTRADAS.	RACIÓN.	MEDIA.
Chuletas de ternera al natural.	5 reales.	3 reales.
Ídem ídem á la <i>papillot</i>	<i>ídem</i> .	<i>ídem</i> .
Ídem ídem en salsa.	<i>ídem</i> .	<i>ídem</i> .
Ídem de cerdo asadas.	<i>ídem</i> .	<i>ídem</i> .
Ídem ídem fritas.	<i>ídem</i> .	<i>ídem</i> .
Etc., etc., etc.		

Esto se hace por dos razones bien obvias: primera, por la claridad; segunda, por la elegancia. ¿No es mucho más claro escribir *ídem*, *ídem fritas*, *ídem*, *ídem*, que poner chuletas de cerdo fritas á cinco reales la ración y tres reales la media? En cuanto á la elegancia, nadie duda que sería pesado, ridículo y cacofónico repetir chuletas, chuletas y chuletas. ¿No es más armoniosa, variada y significativa la frase *ídem*, *ídem*, *ídem*?

Al proceder, pues, en semejante forma los humanos, han querido, con mucha cordura, que no se llene de chuletas una lista de fonda, prefiriendo que se llene de *ídenes*, lo cual trae la ventaja de que el que se siente á comer no encuentre las chuletas; pero en cambio siempre encontrará *ídem*, y es lo mismo.

Porque han de saber ustedes que *ídem* es una palabra latina que significa *lo mismo*; de manera que con llamar al mozo, poner el dedo sobre un *ídem*, decirle «lo mismo», y verificar entre ambos una operación parecida á la que los camareros de hotel ejecutan sobre la muestra de las campanillas eléctricas para saber de qué cuarto llaman, el mozo traerá más ó menos tarde una *ídem*, *ídem frita*, por *ídem*, *ídem*. Es decir, traerá esto si no trae otra cosa, confundido con lo enrevesado del petitorio.

¡Ah! y si el asunto fuera sólo cosa de broma, pase por broma; pero es el caso que la adopción del *ídem* se extiende

á los cuadros sinópticos, á los estados de la hacienda pública, á las balanzas de comercio, á las estadísticas de todas clases; y como los números son ya por sí propios materia confundible y embrolladora, no les falta más que el empleo del *ídem*, *ídem*, para entontecer al que observa y desesperar al que estudia.

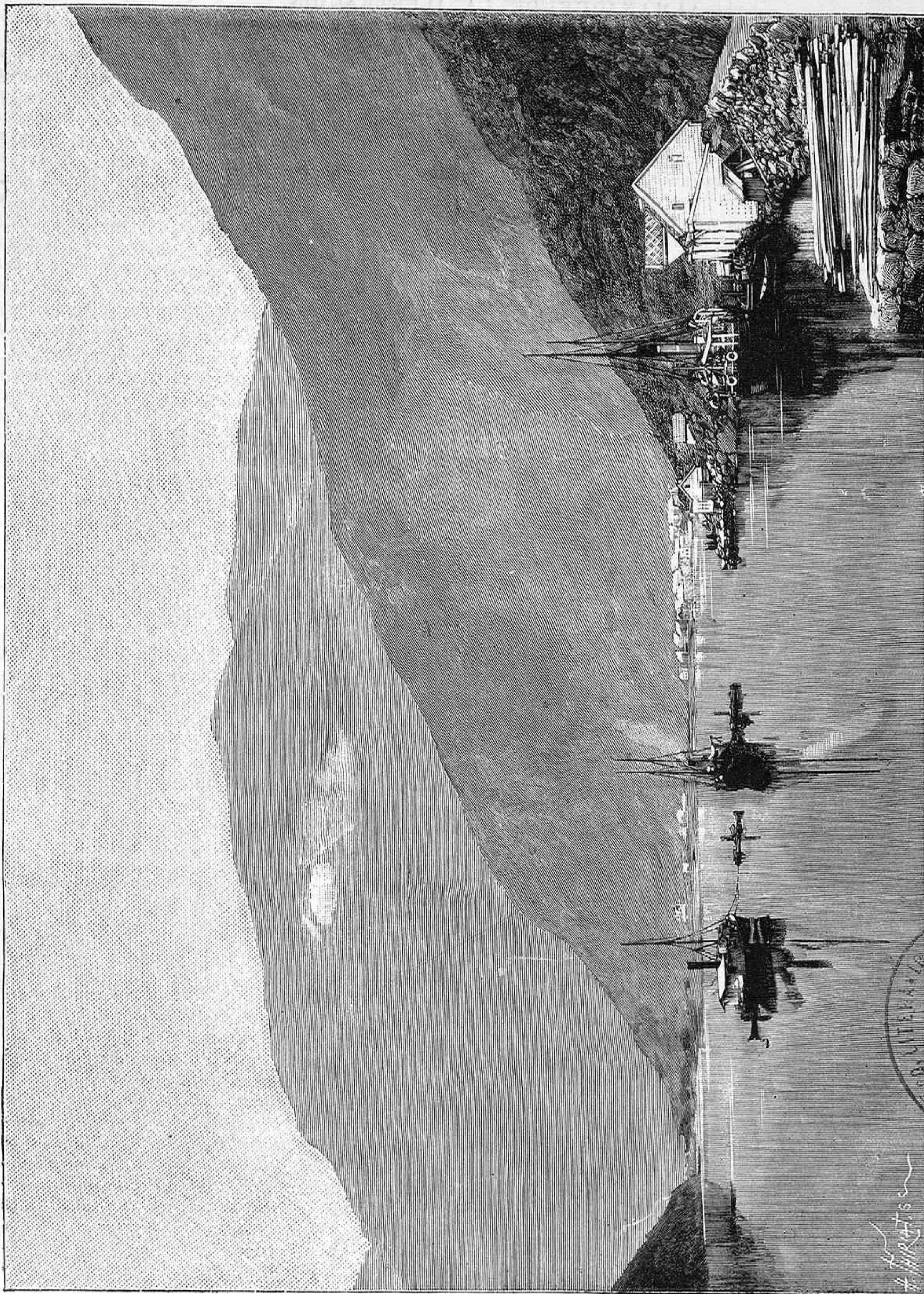
Diariamente publica la *Gaceta de Madrid* un estado del tiempo en toda España. Esta curiosa noticia interesa por igual á los labradores por las siembras de sus campos, á los comerciantes por la situación del mar y de las costas, á los simples curiosos por conocer la diversidad de temperaturas ó por si llueve, nieva ó hace calor en su pueblo. Pues bien: en la larga lista de «despejado, lluvioso, oleaje, granizo, nubes» y demás, se interpone graciosamente el *ídem*, por no repetir la palabra, y resulta que cuando se tiene interés en Zaragoza y se encuentra *ídem*, hay que alzar la vista para ver la observación á que se refiere; pero como el cuadro es grande y la letra menuda, se incurre en el donoso descubrimiento de que está el mar agitado en Salamanca ó de que llueve á torrentes en las secanas tierras de Almería. Todo menos lo que sucede en Zaragoza.

No hay que decir lo que ocurre con los catálogos de nombres por orden alfabético. Cuando llega su turno al pobre José, que tanto abunda, se destacan largas filas de puntos (....) ó de comillas («») para evitar la repetición de José, y resulta que el interesado no se encuentra á sí propio, aun viéndose allí presente, como no vuelva la vista atrás hasta reconocer el patronímico. ¿A quién no le ha sucedido esto en correos y telégrafos? ¿A quién no le ha sucedido esto en muchas otras partes?

Los cuadros estadísticos se redactan por igual sistema. Comillas y más comillas, puntos y más puntos, *ídenes* y más *ídenes*, hasta formar una plana inarticulada donde la ortografía ocupa el espacio de las deducciones filosóficas y de los datos laboriosamente adquiridos. Ya es bastante poco clara la tal estadística para que la enturbien sus expositores con puntos y con *ídenes*, en vez de palabras netas y de comprensión pronta. ¿Quién no se vuelve loco ante aquellas columnas de garabatos?

Pero vamos á ver, señores, ¿por qué hacen ustedes eso? ¿Es por no repetir la palabra? Pues ya hemos visto que repiten *ídem*. ¿Es por ahorrarse escritura? Pues ahora vemos que gran parte de las voces tienen las mismas letras del *ídem*, *ídem*. ¿Es por economizar gastos en la imprenta? Pues sépase que los impresores cobran lo mismo por componer *superabundantemente* que por componer *ídem*, ó puntos, ó comillas ó líneas blancas. ¿Es para mayor claridad? Venga el diablo y véalo. Pues ¿por qué lo hacen?

Nosotros vamos á decirlo. El hombre es ordinariamente manso, y se deja conducir á donde lo llevan los otros hombres. Oyó desde pequeño que no se repetían chuletas, y repite *ídem*; dijéronle que escribir muchas veces José era poco elegante, y oculta con puntos suspensivos el nombre del santo carpintero; aprendió que las rayas y las comas eran más expresivas que las palabras con sus letras, y escribe en árabe en lugar de escribir en cristiano como Dios manda; en suma, se muestra tan conforme con la tradición, que cuando oye decir á uno de sus semejantes: «Soy un bestia», está siempre dispuesto á responder: «Yo, *ídem*.»



UN PAISAJE DE LAS COSTAS DE NORUEGA.

MADRID
BIBLIOTECA
ARTISTICA
ALFARO

H. R. 1875

LAS FUNDAS DE LOS MUEBLES.

Es un alarde de buena educación entre las que se llaman *señoras de su casa*, que cuando se compran sillerías, espejos, arañas ú otros enseres de uso doméstico, se les provea de sus correspondientes fundas para preservarlos del polvo, de la luz, del roce, de las manchas y de todo género de impurezas. La idea no puede ser mejor, ni más económica, ni más pulcra. Equivaldría á que las tales señoras sacasen á la calle el abanico en su caja, los pendientes en su estuche y los zapatos cubiertos con unas abarcas, que á buen seguro que el abanico se rompiera, ni los pendientes se injuriasen, ni los zapatos perdiesen su brillo y condición de nuevos. Verdad es que entonces con el abanico no podrían hacerse aire, ni con los pendientes lucir, ni con los zapatos andar; pero tampoco en su casa pueden verse en los espejos, ni alumbrarse con las arañas, ni ennoblecer su salón con el brocado de sus muebles. Todo tiene sus contras, y la pulcritud más que ninguna otra de las virtudes.

Ponen unos novios su casa, y la madre y la suegra agotan los caudales de su ingenio y de su bolsillo para que el menaje sea del mayor gusto y de la mayor moda. ¡Qué colores! ¡qué matices! ¡qué brillantéz! Las otras pobres madres y suegras que no alcanzan tal fortuna, ¡cómo envidiarán á los novios cuando contemplen el lujo y esplendor de los suntuosos aposentos!—Efectivamente, al penetrar allí se ven magníficos sillones entapizados de lienzo crudo con cantoneras de balduque; los espejos hacen la cara roja ó amarilla, según el color de la gasa que los defiende; los dorados se hallan tristes y como biliosos; las estatuas parecen sacos de ropa vieja puestos de pie; el piano es de hule; los relojes de tul con felpillas, la lucerna, la gran lucerna simula un globo aerostático á medio inflar; todo está feo por el pronto, pero ¡qué encantos no se adivinan bajo aquellas misteriosas cubiertas! ¡Oh! ya se descubrirán el día del aniversario de la boda, aunque por ese tiempo suele haber en la casa otras preocupaciones; ó, si no, el día del bautizo de lo que nazca, aun cuando en este caso se recibe en las habitaciones de la madre; ó cuando la niña haga su primera comunión, ó cuando la p'dan y se case.

Mientras tanto los muebles envejecen sin que ojos humanos los hayan visto. El polvo, con sutil disimulo, se introduce por las aberturas de las cubiertas; la luz taladra débilmente, pero taladra y percude telas y matices; los insectos roedores hacen nido en las concavidades del almohadillado; las maderas se alabea ó se abren; el gato juega con los flecos y los deshilacha; los sirvientes, en ausencia de los señores, duermen sobre los divanes; la humedad, el calor el trasiego de poner y quitar alfombras, las mudanzas, el Almanaque, en fin, con su inflexible curso, que envejece nuestro corazón y nuestros pulmones, tan bien enfundados, ¿cómo no han de mortificar y envejecer telas y esqueletos, colores y barnices?

Llega un día en que se quitan las fundas, y entonces, ¡oh dolor!, los muebles no sólo están ya viejos, sino que están antiguos. ¿Quién enseña rosas y verdura cuando se estilan rayas? ¿Quién muestra flecos y borlas cuando se estilan cordones y agremanes? ¿Quién tiene un salón verde cuando se estila rojo ó amarillo? Además, los bronce se

han puesto negruzcos, las cortinas tienen sombras por los dobleces, los relojes no quieren andar en fuerza de estar parados, las arañas presentan una erupción de desperdicios de mosca, las velas aparecen mustias y cabizbajas, y hasta los tapices causan grima por los diversos tonos que les dieron las bandas de percal con que se tapaban los pasos.

¡Qué desolación la de unos aposentos de casa honesta y bien gobernada!—Cierto que si los muebles no hubieran tenido fundas, su vida habría sido algo más breve, aunque más agradable y ostentosa; pero quiere decir que al reponerlos se les hacen fundas más tupidas, para libiarlos mejor de las asechanzas del uso. Si aquel día que se descubrieron no se hubiese hecho, la mancha que les cayó ó las arrugas que tomaron estarían en las fundas y á la vista, como suele ocurrir, pero no en el interior y tapadas, como sucede ahora. Cierto también que el aire y la luz les habrían producido esa pátina artística que da solemnidad á los salones, diferenciándolos del almacén de tapicero, aunque después se tasarán en algún menos valor para el día de la almoneda. Cierto, por último, que se hubiera excusado entre los amigos la calumniosa especie de que el brocatel era de algodón, ó de que las tallas eran de estuco, ó de que los bronce eran de estaño, ó de que no había semejantes sedas ni oros, sino unas cubiertas muy cucas para tapar asientos de pura lona. Todo esto es nada en comparación del orden que revelan esos aposentos enfundados, cuya vista induce á recordar otros locales, también en orden, aunque en cierta manera estrambóticos.

No intentamos aludir á una trastienda de ultramarinos, donde los géneros de distintas formas y tamaños permanecen ocultos por caperuzas de papel de estraza: otro será nuestro símil, más propio y adecuado, á la vez que más noble.—Penetrad de día en el guardamuebles de un teatro donde se depositan los instrumentos de la orquesta. Las tumbas egipcias de los violones, los sacos mugrientos de las trompas, los estuches despellejados de los clarinetes, las vainas arrugadas de los oboes, y hasta aquella especie de sartenes de cuero en que se guardan los platillos, ¿cómo han de dar idea de que desenfundados y en su orden natural han de ofrecer al oído las dulces lágrimas del violonchelo, la poderosa canturia del violín, la queja humana del córneo inglés, el gorjeo de picolos y flautas, las celestes melodías del conjunto y los sublimes acentos de un acorde afinado y majestuoso?

Pues bien, señoras que enfundáis vuestros muebles: sabed que vuestros salones se asemejan á ese guardarropa de los teatros. Cuando pusisteis vuestra casa y os complaciais en acumular sobre ella todos los caprichos de la industria y del arte, era para que cada objeto respondiese á una nota de música inarticulada. El campestre paisaje de los cuadros, la actitud animosa de las estatuas, la transparencia reproductora de los espejos, la placidez visual de los tapices, el alarde con que arañas y candelabros extienden sus atrevidas ramas prediciendo el torrente de luz que por la noche dará brillo al color, vida al matiz y tonos armoniosos al acorde de aquel conjunto artístico, todo esto que escogisteis y amásteis equivalía á la formación de una orquesta melódica para vuestros ojos y de un jardín-museo para goce constante de vuestros sentidos. Pero al encargar esas malhadadas fundas echáis el telón de vuestro lindo teatro. Hacéis

lo que las cómicas, que se desnudan de reinas para vestir el traje de paisanas; ó lo que los músicos, que al acabar su parte entalegan y atan el precioso instrumento de que sacaron tan armónicos tonos. Os convertís en empresarias de vuestro propio domicilio, y dais á las gentes por funciones lo que nunca disfrutáis vosotras mismas; creéis, en una palabra, vivir la vida de la opulencia, cuando sólo vivís la vida de la vulgaridad.

Oidnos bien.—Los ricos se diferencian de los pobres en que se hallan rodeados de objetos placenteros. Si los tapan con lonas y percalinas, lo mismo da ser rico que pobre; con la circunstancia de que los ricos no pueden burlarse de los pobres desnudos, y los pobres sí pueden mofarse de los ricos enfundados.

CONCLUSIÓN.

Sí, vamos á concluir por ahora, que la materia es larga y ya habrá tiempo de proseguirla sin cansancio del público. ¡Se nos vienen á la imaginación tantos asuntos!

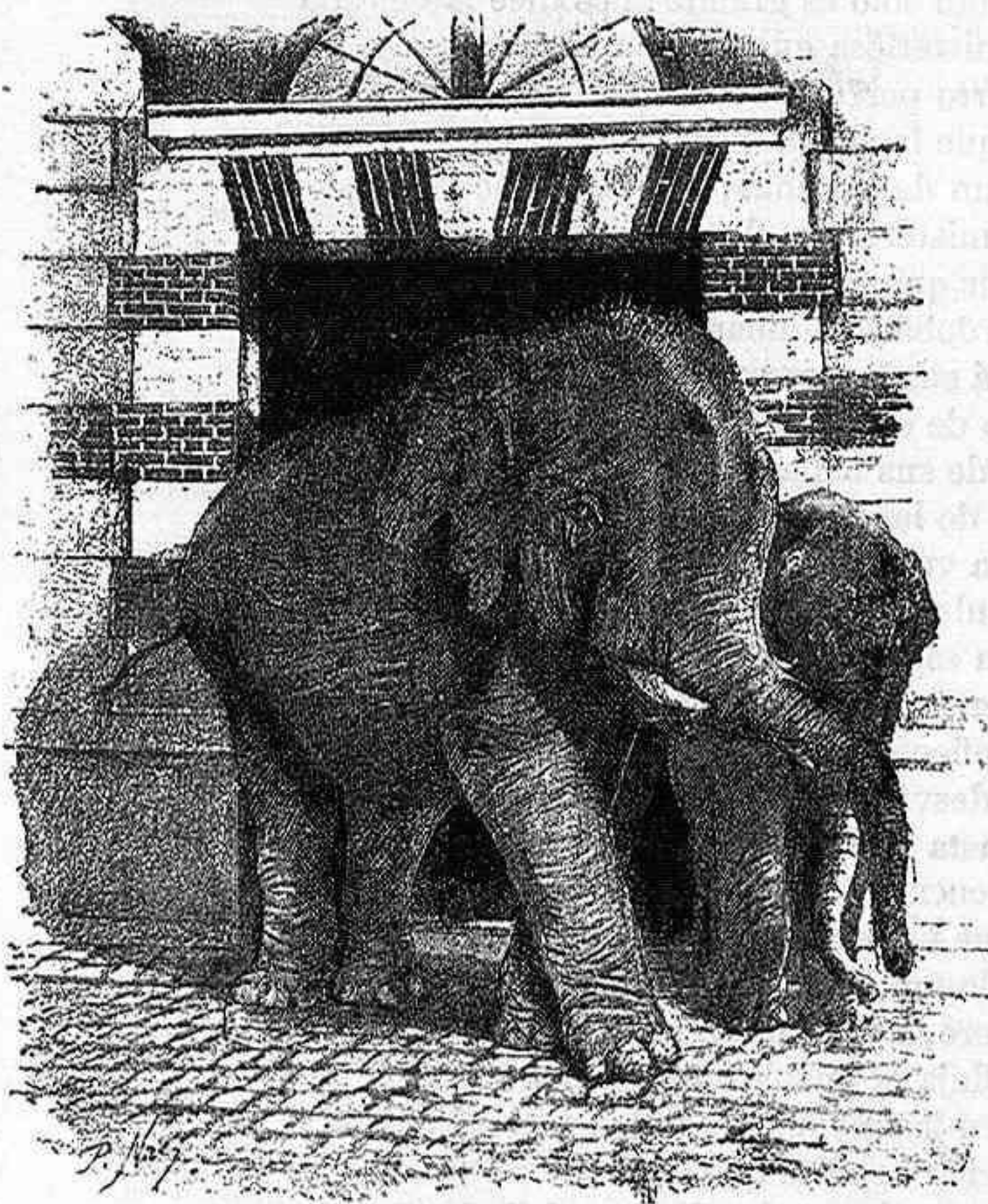
Recordamos esas breves escenas que se suscitan en la calle cuando le preguntan á uno dónde va ó de dónde viene y no le acomoda decirlo; esas solícitas personas que os advierten si estáis en más ó menos carnes, cuando la gordura ó la delgadez tanto os inquietan; esos perspicaces observadores que ven en vuestro ojo la mancha opaca, cuya aparición os tiene tan en cuidado; esos galantes amigos para quienes no pasa día por vosotros, lo que equivale á desear que envejecáis y os lleve la trampa cuanto antes; esos médicos de afición que os dan la voz de alerta sobre vuestra palidez ó vuestro enrojecimiento, presagiando con sus cuidados vuestra tisis ó vuestra apoplejía; todos esos inoportunos, en fin, que no teniendo sabrosas pláticas que emprender, ni frases agudas que proferir, parece que se echan á la calle para reventar al público con sus simplezas.

¡Oh! es muy extenso el catálogo de la estultez humana. Ya irá saliendo.

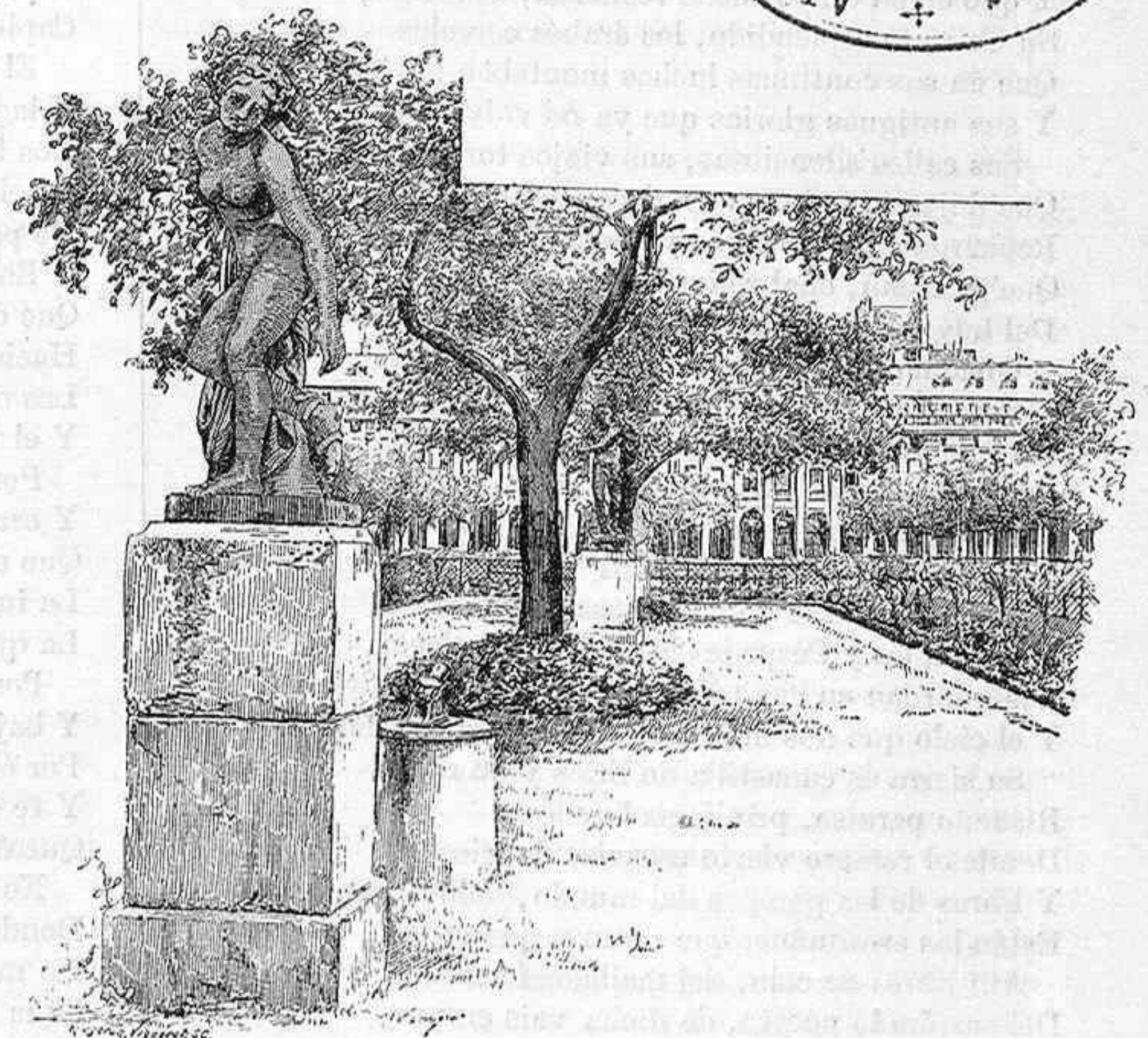
JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



PARIS.



ELEFANTES DEL JARDÍN DE PLANTAS.



GALERÍAS DEL PALAIS-ROYAL.



CÓRDOBA

Bendiga Dios la patria del sol y de las flores,
De los preclaros genios, de la brillante luz,
La patria que alimenta purísimos amores,
Privilegiada cuna de insignes trovadores,
La que venció á los moros con la divina cruz.

Enamorada virgen la que antes fué sultana,
Alfombra, con sus flores, le da el risueño Abril,
Contornos vagorosos la luz de la mañana,
Acentos inspirados la musa castellana,
Plegarias el creyente, perfumes el pensil.

En ella todo admira: su cielo, su poesía,
Sus campos donde vierte su luz brillante el sol,
Sus noches estrelladas en que el amor confía,
Sus mártires gloriosos, su Catedral sombría,
Su historia avalorada en límpido crisol.

Parece que hoy descansa tranquila en sus laureles,
Y que en su dulce sueño recuerda, con afán,
Su Califato espléndido, los árabes corceles
Que en sus continuas luchas montaban los infieles
Y sus antiguas glorias que ya no volverán....

Sus calles silenciosas, sus viejos torreones,
Que dejan la palmera morisca siempre ver,
Recuerdan las gloriosas y añejas tradiciones
Que guardan, cual reliquia, las cien generaciones
Del hoy y del mañana, lo mismo que de ayer.

Guadalquivir undoso la arrulla placentero
Y entona un himno á Córdoba que lo repite al mar,
Un himno que repite también el pueblo ibero,
Porque es el que nos habla de nuestro amor primero,
¡Aquel que nos enseña á bendecir y á amar!

De Góngora y Saavedra los cantos seductores
Parece que aún se escuchan suaves en redor,
Y de Valdés y Céspedes los mágicos colores,
Los guardan en sus pétalos las perfumadas flores
Y el cielo que nos muestra, brillante su esplendor.

Su sierra es canastilla de lirios y de rosas,
Risueño paraíso, privilegiado edén,
Donde el romero vierte esencias deliciosas,
Y libres de las pompas del mundo, bulliciosas,
Están los ermitaños, que rezan y que creen.

Allí libres de celo, del malhadado encono,
Del suspirado puerto, de dicha vais en pos,
La caridad bendita les brinda con su abono,
Y doblan su rodilla ante el cersileo trono
Donde la luz se vierte, donde se asienta Dios.

En esa misma sierra y oculto entre montañas
Gigantes centinelas que amparo fiel le dan,

Se encuentra un santuario cercado de espadañas,
De arroyos cristalinos, de miseras cabañas,
De flores, que por darle perfume se abrirán.

La Virgen de Linares que nuestro pueblo implora
Inunda el santuario de luz y majestad,
De Córdoba fué excelsa, feliz conquistadora,
Y á su divino influjo huyó la raza mora
Abriendo á los cristianos entrada en la ciudad.

Por Ella San Fernando, el Rey bueno y glorioso,
La perla de Occidente libró del yugo infiel,
Y así de Cristo el lábaro fué emblema victorioso
Que en elevado cerro (1) mostrar pudo orgulloso
El santo Rey, un día, cual su mejor laurel.

¡Alah tan sólo es grande! nos dice en la mezquita
Y en el *Mirah* espléndido, la arábica inscripción
Que de la raza mora los tiempos resucita;
Y ¡Dios tan sólo es grande! nos dice la bendita
Capilla misteriosa que guarda la oración.

El huerto perfumado, las cristalinas fuentes
Y lagos que las hadas acaso habitarán,
Nos hablan de sultanas, con ecos elocuentes,
De citas misteriosas, de escenas diferentes,
De palmas que se besan con amoroso afán.

En Córdoba se adunan dos gracias soberanas
Que dan á sus mujeres aspecto encantador
Haciendo de ellas rosas, de las del campo hermanas,
Los ojos de sus bellas y lánguidas sultanas,
Y el tipo de las vírgenes que adoran al Señor.

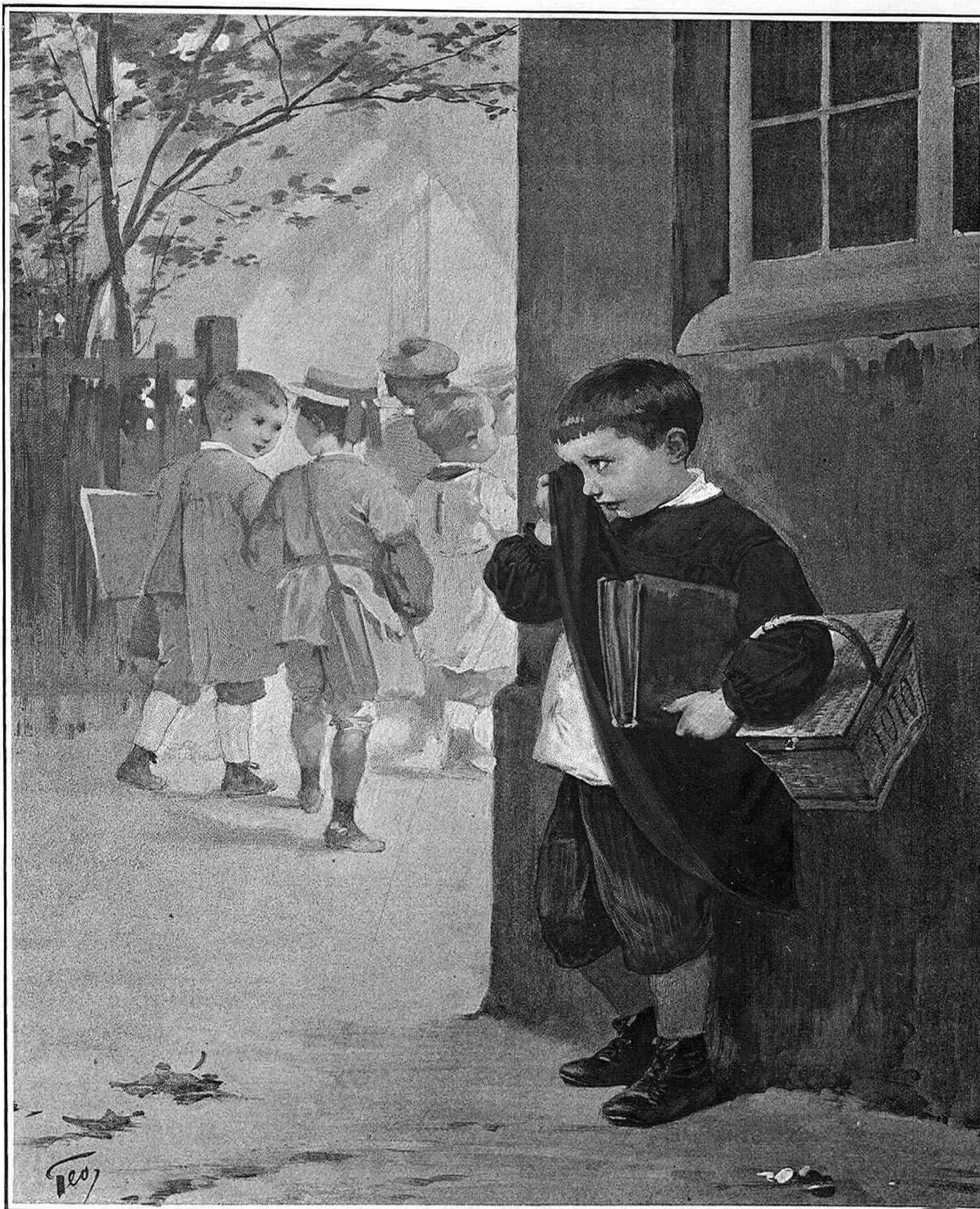
Por ella velan siempre los ángeles de oro,
Y escúdanla, solícitos, del genio de Luzbel,
Que en un sagrado templo esconde, cual tesoro,
La imagen sacratísima que desde niño adoro,
La que defiende á Córdoba ¡su luz, San Rafael!

Por él desvía el rayo su senda enrojecida
Y baja hasta la tierra para enterrarse allí;
Por él encuentra el justo la palma apetecida,
Y fe el que no es creyente, y el moribundo vida;
Que él vela á todas horas ¡oh Córdoba! por ti.

No muere, no, la musa que inspira sus cantares
Donde refleja el pueblo sus penas y su amor;
No mueren las memorias de los paternos lares,
Ni la oración bendita que sube á los altares
Hasta la cruz do pende, divino, el Redentor.

Morir no podrá nunca la inmarcesible historia

(1) El llamado de *Jesús*, frente al Santuario de Linares.



“ CASTIGADO ”

ACUARELA DE GEOFFROY





De que mi patria amada testigo mudo fué,
Mostrándonos, brillante, su fiel ejecutoria
Que vivos mantendremos, por siempre, en la memoria,
Sus héroes legendarios, el triunfo de su fe.

¡Surgid, pálidas sombras de mártires gloriosos,
Que visteis vuestra sangre verter sin compasión,
Aún palmas os ofrecen los campos más hermosos,
Aún hay quien os recuerda, cristianos y piadosos,
Y á vuestros nombres fúlgidos consagra una oración.

Resucitad, colosos y rayos de la guerra,
Que estrechas esas tumbas á vuestra prez serán,
Que es pobre y es mezquina la deleznable tierra
Que ha siglos que los restos con avaricia encierra
De aquellos que en mi Córdoba jamás se olvidarán.

Recuerdos no extinguidos, gratísimas memorias
Que de la patria mía conserva el corazón,
Haced que resuciten sus inmortales glorias,
Contadme, á todas horas, mil bélicas historias,
Los hechos de sus héroes del mundo admiración.

Decidme qué nos cuenta la espléndida morada,
Que fué mansión, un día, de estirpe señorial,
Y qué los torreones, y la fulmínea espada,
Con sangre de los árabes teñida y bien templada
Que duerme en la panoplia con sueño sepulcral.

En misterioso asilo, gallardo se levanta
Como un emblema santo de caridad y amor,
Un templo bendecido, que llaman la Fuensanta,
En donde está la Virgen divina y sacrosanta;
En la que pone el pueblo su amparo y su fervor.
La Virgen milagrosa, del pecador egida,

Á la que mis primeros amores consagré,
La que mantiene puras las fuentes de la vida,
Aquella que á los tristes con éxtasis convida,
La que nos da esperanzas, resignación y fe.

No se oye en tu recinto el eco fragoroso
De la moderna industria que clama en tu favor,
Que el humo de tus fábricas disipa vagoroso,
El perfumado ambiente que baja silencioso
Desde la cumbre altísima del más risueño alcor.

En cambio te dan besos las brisas más suaves,
Esencias esas flores que esmaltan tu pensil,
Y música las fuentes, y las canoras aves,
Y el viento que en los pinos modula notas graves
Y alfombras de colores el perfumado Abril.

El corvo arado sangra las venas de la tierra
Que lleva ópimos frutos, más tarde, al labrador,
Con el tesoro oculto que en su interior encierra,
Tesoro que hoy no extingue la saña de la guerra,
Y que la paz bendice con himnos del amor.

¿Qué importan tus desgracias si el ánimo esforzado
De tus amantes hijas valor te infundirá?
Del siglo los progresos te llaman á su lado,
Y como nuevo Lázaro tu brillo y tu pasado
Resucitar mañana con esplendor podrá.
¡Oh, Córdoba, querida ciudad de mis amores
Donde por vez primera yo vi la luz del sol,
Dios quiera que la suerte te colme de favores
Y duerma el sueño eterno bajo tus frescas flores
En el rincón más bello del ámbito español!

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGAS.

CAMINO DEL INFIERNO

(PENSAMIENTO DE BAUDELAIRE.)

El joyel diamantino en el sombrero,
La espada al cinto, el cuello de oro y blondas,
Surca don Juan gallardo y altanero,
En fúnebre bajel las negras ondas.

Mujeres, peregrinas hermosuras,
De ojos de luz y formas nacaradas,
Abiertas las flotantes vestiduras,
Detrás del seductor, gimen airadas.

Su padre, ensangrentada la mejilla,
A la legión terrible y clamorosa
De los muertos que vaga por la orilla,
Muestra al hijo con mano temblorosa.

La dulce Elvira triste y demacrada,
Oculto el rostro con las trenzas de oro,
Al lado de su amante va sentada,
Vertiendo silenciosa amargo lloro.

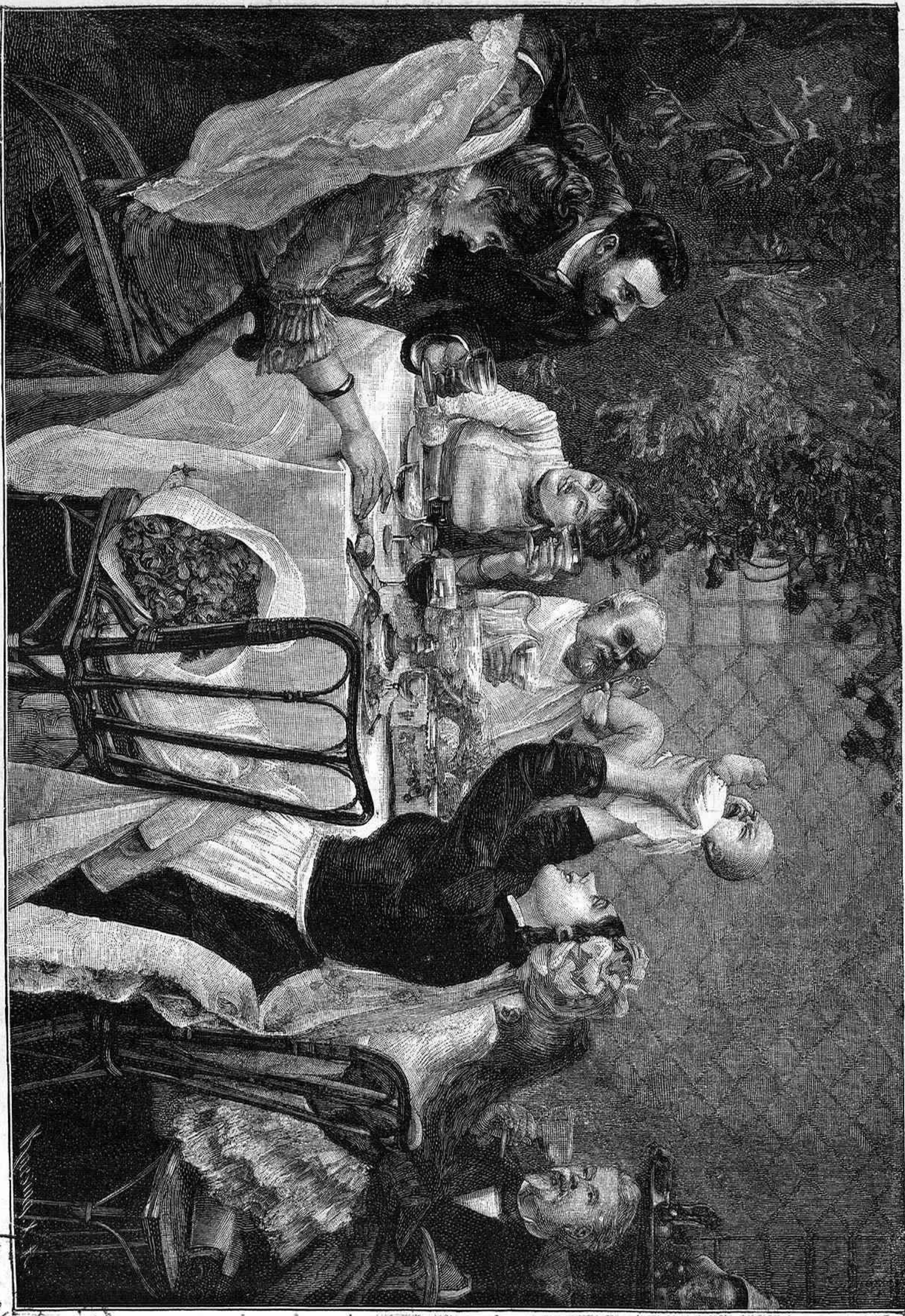
Y en el timón la mano poderosa
Una estatua de mármol, impasible,
Traza, cortando el agua tenebrosa,
De los infiernos el camino horrible.

Mientras don Juan tranquilo, indiferente
A tantas desventuras y dolores,
Los ojos clava en la fatal corriente
Y lanza al viento una canción de amores.

MANUEL REINA.



BELLAS ARTES.—«LA COMIDA DE BAPTIZO.»—Cuadro de H. Brispot, según fotografía de Ad. Braun y Compañía de París.



BIEN
BIBLIOTECA
MADRID
MAY 10 1891



LA NOVELA DE LOS CELOS

I.

INFANTILES.



No hay belleza más interesante que la que iluminan los últimos suaves fulgores de la infancia y santifica el aliento perfumado de la inocencia.

Así era la belleza de Lola cuando cumplía los doce años. Era aquel día un alegre día de fiesta en la familia, que se celebraba bajo la dulce influencia que ejerce en el corazón de los padres el amor de una hija única.

Lola tenía ya entonces su gabinete de tocador, con armario de luna, donde guardaba sus galas, y lavabo de mármol con ovalado espejo y frascos de

pomadas y esencias que cubría un pabellón de hilo y seda, blanco y azul celeste, recogido graciosamente por dos lazos, hechos y colocados allí con todo el esmero de que es capaz el amor de madre.

Aquel día la madre había servido de doncella, y de tales manos la hermosura de Lola había salido, por decirlo así, *hermoseada*. Que una madre artista haga el retrato de su hija, y veréis cómo los encantos del original ganan en el lienzo.

La naturaleza y el arte habían triunfado juntos. En los adornos que acompañaban á la blanca túnica que vestía Lola, ni una cinta, ni una flor que no estuviera en armonía con aquellas espléndidas trenzas de cabellos rubios, con aquellos ojos que desafiaban á la luz porque también la luz nacía de ellos, con aquella frente y aquellas mejillas y aquella garganta en que la nieve y las rosas pudieran verse pudorosa y poderosamente competidas.

Cuando Lola se presentó, apoyada indolentemente en el brazo de su madre, ante el padre, los parientes y los amigos

que esperaban en la sala, todos creyeron á aquella niña una aparición celeste que venía á celebrar el día con promesas de gloria.

Sin salir de su asombro, los menos interesados de aquella reunión familiar rompieron en un alegre y entusiasta aplauso, que la niña recibió escondiendo el encendido semblante en el regazo materno. Parecía una *diva* nueva y glorificada en noche de beneficio.

El rubor que iluminaba su frente le daba el aspecto de un ángel sobrecogido por el rumor de las alabanzas de la tierra. Y aquel ángel guardaba, sin embargo, en su corazón los gérmenes terribles de un verdadero infierno.

Si en medio de los esplendores de aquel día solemne hubiera llegado á verla y adivinarla el poeta inglés famoso, con cuánta razón pudiera haber dicho de ella: «¡Lástima que esta niña llegue á ser mujer!»



En aquella fiesta familiar había también un hermoso adolescente, compañero de la alegre infancia de Lola, hijo de un íntimo amigo del padre de la festejada en su cumpleaños, de la que, burlando, le hacían *novio* todos los bromistas, *Galeotos* de la burla familia y amistades adyacentes, que se habían divertido mucho con los juegos de los dos preciosos niños.

Carlos tenía dos años más que Lola, y á pesar de las diferencias de sexo y de los roces peligrosos de su vida de estudiante, el candor de la niñez acompañaba á todas las impresiones de su vigorosa adolescencia. La vigilancia, jamás impertinente, del amor maternal, había contenido los primeros temerosos movimientos de la edad y estimulado á la formación de aquel carácter dulce y naturalmente simpático, que se reflejaba en las líneas de su rostro varonil y agraciado, y en la abierta y franca mirada de sus hermosos ojos negros.

Allí estaba él, casi tan ruborizado como Lola, al felicitar á ésta entre las graciosas ocurrencias de los que, más por costumbre que por buena intención, se empeñaban en que siguiesen jugando á *maridito* y *mujer* como allá en los primeros años en que la casa era el centro alegre de las expansiones de todos los niños y niñas de las familias unidas.

Aquellas lisonjeras bromas tan en público contrariaban un poco á Carlos como á Lola, que veían en ellas algo mor-

tificante, porque no creían que era justo tratarlos *todavía* como á niños.

Pero en medio de todo, é inconscientemente, el *Galeoto* familiar se iba saliendo con la suya, y estimulados por un tanto de inclinación instintiva y por algo de la fuerza de la costumbre de oirse llamar *novios*, los adolescentes seguían á ratos, y sin darse cuenta de ello, el juego de los niños.

El verdadero amor se reservaba para su tiempo. Las ramas del rosal verdeaban á los tímidos primeros fulgores del sol de primavera; pero las rosadas caritas de los capullos no asomaban todavía, rompiendo las verdes y afelpadas caperuzas.

Las genialidades de la infancia seguían dominando expansivamente en las relaciones de aquellos dos seres interesantes, niños desarrollados, pero niños.

Los caracteres de ambos se revelaban ya en la forma y en el fondo; ligero y un tanto arrebatado el de Lola, reflexivo y demasiado serio para la edad el de Carlos. Y para notar esas diferencias, hubiera bastado seguirlos atentamente en sus movimientos por el jardín de la casa, en aquel mismo día memorable y en alegre compañía de muchachos y muchachas de su edad.

El ascendiente de ambos, la autoridad, por decirlo así, que ejercían en los alborotados chicos que formaban graciosas ruedas ó se dispersaban hollando el musgo y escalando los árboles, obligaba á sus compañeros á considerarlos como jefes indiscutibles del movimiento juvenil, y sus indicaciones eran órdenes que acataban para tomar un juego por otro ó dejarlos todos, según el humor y las impresiones, tan variables en la hermosa Lolilla, que la risa y el llanto pendían en ella de un volante bien devuelto ó de la inesperada fuga de una mariposa que ya creía entre sus manos.



Aquella tarde, casi á la caída de aquel sol de Abril que había iluminado el aniversario duodécimo del natalicio de María de los Dolores, se habían agotado todos los recursos de niñas y niños para sus variados juegos, sin que la fatiga los rindiese ni echasen de ver siquiera la rapidez con que habían transcurrido las alegres horas. Todavía pensaba Carlos en proponer algo nuevo que fuera el encanto de los más infatigables.

Pendientes estaban todos de la idea que había de salir de aquella cabeza preciosa que se inclinaba dulcemente, mostrando en los labios una maliciosa sonrisa, como desafiando á la penetración de los más impacientes.

La inocente coquetería de una atrevida compañera de colegio de Lola dió al traste con las cavilaciones de Carlos, con la espectación curiosa de los muchachos que le observaban y con todos los proyectos de nuevas y alegres expansiones.

Aquella niña había aprovechado el ligero descanso para ir haciendo un ramito de violetas, que concluyó por atar con una cinta azul, formando un lazo tan diabólico como el que une en nombre de Dios los destinos de algunos corazones.

La niña se adelantó gentil, graciosa y resuelta hacia donde estaba Carlos tan preocupado, colocóle habilísimamente en

la solapa izquierda de la chaquetilla el ramito de flores, y haciéndole una cómica reverencia se retiró palmoteando, satisfecha de su obra ante la turbación de su condecorado caballero y entre las risas de las compañeras que habían observado el juego.

La única que no reía era Lola. Veía en aquel arranque de su compañera, más el deseo de mortificarla que el de honrar con una distinción al niño mimado por superior en edad y gobierno en aquellas horas de franca alegría. La actitud de Carlos, que en su turbación miraba y remiraba como un bobo el ramito, sin reparar en que su aroma se le había subido á Lolilla á la cabeza, acabó de exasperar á la del cumpleaños.

Esta se hallaba acostumbrada á no partir con nadie agasajos ni juguetes, y en aquel momento le pareció como que inopinadamente surgía una hermana que le arrebatara una parte de sus derechos.

La niña de las violetas era para ella una envidiosa, y Carlos, el *maridito* de antaño, un cómplice pasivo que se gozaba en acariciar con la vista y el olfato el cuerpo del delito.

El ramo, arrancado por mano airada, aunque pequeña y suave, del pecho del inocente, fué rodando á parar á los pies de la atrevida autora del atentado.

El genial arranque de Lola tuvo su éxito. Los niños dan también su valor al juego del noviazgo, y aquel brusco final de todos los juegos de la tarde fué acompañado de risas estrepitosas.

Dispersáronse los turbulentos niños, y con ellos dejó también la casa, avergonzado y pesaroso sin culpa, el pobre Carlos, mientras Lola, deshecha en lágrimas, como antaño al ver descabezada su muñeca más linda, se refugiaba en los brazos de su madre.

Pero aquella noche durmió al fin con la misma tranquilidad que en las más apacibles de sus primeros años, sin preocuparse de que alguien pudiera recordarle aquellos *celos infantiles*, como una acusación en horas más solemnes de su vida.

II.

LOS DEL AMOR.

La niña era ya mujer. Había realizado hacía tiempo uno de los sueños más hermosos de todas las niñas. Muchas veces, con pretexto del carnaval, había ensayado ya la realización de aquel sueño, luciendo traje de larga cola, como dama de la corte de los enamorados Luises de Francia, con su graciosa peluca gris, su gargantilla de perlas y su abanico de plumas, y la Vallière y la Pompadour hubieran envidiado la gracia y la gentileza con que Lolilla recordaba los mejores tiempos de la galantería.

Pero *ya* lucía el vestido largo por derecho propio, por privilegio de la edad, de cuya tristeza no puede darse cuenta la mujer hasta que, pasadas las alegres horas del baile, las espléndidas noches del teatro, las tardes serenas del paseo, las venturosas citas del amor, se encuentra con las preocupaciones y serias responsabilidades de la *mujer de su casa*, auto final de todas las vanidades é ilusiones femeniles.



MADemoisELLE DEPOIX,
ARTISTA DEL TEATRO DEL GYMNASE, DE PARÍS.

La belleza de Lola se había modificado, pero no había perdido. El oro de sus cabellos se iba ocultando avaramente bajo tonos oscuros, y las trenzas, que antes caían sueltas por la espalda, levantábanse á formar una corona en que, con los movimientos de la gentil cabeza, se descubrían algunos destellos de aquel precioso metal bruñido.

En sus ojos rasgados era la luz más intensa; pero velada á veces por no sé qué tinte de melancolía que jamás aparece en la mirada de la mujer que no lleva dentro de sí las ansias de un sentimiento á todas horas acariciado, entre temores y esperanzas.

En lo que más seguía pareciéndose á la niña era en los movimientos de su voluntad virgen, y aun á solas, delante del tocador ó delante del piano, no podía contener los impulsos de ideas á veces encontradas.

Era curioso espectáculo el que ofrecía ante la luna del espejo, enojándose con su propia imagen, abandonando la compostura de un rizo para deshacerse un lazo; ó en el piano, pasando con rapidez extraña de los compases de un vals alegre á las notas melancólicas de la más suave melodía.

El sonido de un timbre, el ruido de un carruaje, le hacían abandonar el piano ó el tocador para ir á asomarse al balcón ó á atisbar tras de la puerta del pasillo, ansiosa de sorprender una aparición deseada.

Cada burla de aquel deseo íntimo la afectaba tan hondamente, que ni el piano, ni el tocador, ni el libro curioso, ni la anunciada ópera, ni el esperado baile, eran bastante á distraerla del sentimiento sincero y á dulcificar la amargura de sus lágrimas. Y no las vertía ya en el regazo de su madre, de quien más bien procuraba ocultarlas, porque no se trataba ya de muñecas rotas ni de ramitos hechos por la infantil envidia, y el entrañable afecto de su corazón hacía avaro de las tristezas como de las alegrías en que vivía envuelto.

¡Qué poema tan vulgar, pero qué poema tan hermoso el de los movimientos íntimos del corazón de una mujer de diez y ocho años!

Y ¡qué satisfacción la de Lola cuando, en uno de esos movimientos, en que á sí misma se sorprendía contemplándose al espejo ó traduciendo la poesía musical de Rossini, lograba que el deseo se realizase con la aparición de sus esperanzas de todos los días y de todas las horas!



Esta vez, no cabe duda, se ha apeado del coche que paró á la puerta; sube precipitadamente la escalera, toca el timbre y, un minuto después, sus manos estrechan tiernamente las de Lola.

Es el mismo, el mismísimo Carlos. El adolescente está hecho todo un hombre, y el estudiante casi todo un jurisconsulto; notable en gallardía juvenil y sobresaliente *in utroque jure*.

Con tales notas, la creciente atractiva dulzura de su carácter y aquellos hermosos ojos que se miraban en los de Lola, no era de extrañar que el juego caprichoso de los niños se hubiera convertido en vivo y hondo sentimiento de los jóvenes.

Arroyos nacidos de dos vecinos manantiales, habían co-

rrido por la florida campiña, evitando troncos y esquivando pedregales, tocándose casi en su curso bullicioso, riéndose de sus locos arrebatos y de sus graciosos murmullos, esperando el momento feliz de confundirse en el camino, como co-tributarios del gran río de la vida.

¿Llegarían al mar juntos? ¿Quién había de oponerse? Los padres estaban ya acostumbrados á la lisonjera idea de que la unión santa de aquellos muchachos fuese como la consagración de la amistad vieja y fraternal de ambas familias. Los íntimos *Galeotos* habían ya enmudecido, y así, como satisfechos de sus bromas pasadas, convertidas en felices pronósticos, se reducían á mutuas guiñaduras de ojo, como diciéndose: «¡Eh! ¿qué tal? la cosa prospera..... ¡Cuando nosotros decíamos!»

Lola y Carlos sorprendían alguna vez aquellas mudas alusiones maliciosas, y lo que ayer, hablado á gritos y entre risas, no les hacía efecto, inarticulado ahora y con reserva, los sobrecogía y encendía de rubor; sin que resultaran menos vivos los colores del aprovechado estudiante que los de su adorada.

Y en medio de todo, ¿qué cosas se decían aquellos dos inocentes corazones, que se hallaban en un salón, á solas, de una manera imprevista, por la fuerza única y amorosa de la atracción, no de los cuerpos, de que habla Eugenio Nus, sino de las almas, de que hablan los artistas, los poetas y hasta los santos?

Pues lo que se decían eran tontadas para todos menos para ellos. Porque los amantes ven cosas graves en el color del vestido que *ella* elige, ó en los dos únicos minutos que *él* ha tardado en presentarse á decirle lo de todos los días.

¿Juramentos? ¿Para qué, si todo se lo tenían ya jurado? Pero aquello de los minutos de tardanza, era siempre el principio de las obligadas, dulces reconveniones de Lola. En el fondo confiaba ciegamente en Carlos; pero, quizás por temperamento, necesitaba ella un poquito de lucha, y hacía como que no daba fe á las disculpas francas y sinceras del estudiante, que había prolongado un poco el repaso con el compañero, ó había sido retenido por el catedrático, ó había meditado sobre los próximos ejercicios de la Licenciatura.

¡La Licenciatura! He ahí una cosa en que Lola no pensaba, y, sin embargo, podía, debía ser el término dichoso de sus amores. Ni con su madre había hablado nunca *del fin*, divertida, preocupada sólo con aquel hermoso medio ambiente en que su vida se deslizaba.

Amar y atormentarse alguna vez con su mismo amor; ese era el ideal de su existencia. Y el tormento nacía siempre de la misma intensidad del cariño, no de la falta de fe en quien lo inspiraba.



El verdadero sentimiento desnaturalizaba á veces el carácter voluptuoso y un tanto irascible en que su educación de hija única y rica había influido tanto.

La noche más triste de su vida de amores con Carlos, debía tener cierta relación con la tarde más llorada de sus expansiones infantiles.

Se hallaba admirablemente prendida y prodigiosamente bella en uno de esos salones en que la aristocracia se da cita

para celebrar fiestas en que, según los revisteros, la música es una ocasión de intrigantes y el baile un pretexto de gastrónomos.

El salón estaba literalmente lleno de la que, en letras de molde, se distingue todos los días con el título de *buena sociedad*, aunque algunas veces, ó por complacencias de la cortesía ó por indisculpable adulación al *Dios éxito*, abriga cariñosamente á señoras de dudosa conducta y á caballeros que bien merecían un *alias* y la vigilancia de la autoridad, como los *timadores* de oficio.

El salón estaba lleno y, en medio de tanta y tan bulliciosa concurrencia, nuestra heroína se juzgaba sola. Ni las atenciones cariñosas de su madre, ni los finos obsequios de la dueña de la casa, ni la admiración envidiosa de las damas, ni los requiebros de los galanes que la requerían para el baile, lograban distraerla. Sus miradas estaban fijas, siempre fijas en la puerta del salón.

Por fin apareció en aquella puerta un hombre; su único sueño, Carlos. Y valiera más que no hubiera aparecido. Porque el presunto letrado entraba en el salón dando galantemente el brazo á una hermosura deslumbradora, americana por su aire de indolente y la cadencia de su acento. Aparecían detrás una señora y un caballero, que debían de ser los padres.

Aquella aparición tardía y con acompañamiento, no estaba consignada en el programa íntimo de los dos amantes.

Era un número improvisado por la fatal casualidad á *última hora*, por la circunstancia, fatal también, del inesperado empeño del padre de Carlos, antiguo amigo de aquella familia cubana, recién llegada á la Península. Aunque contrariado, Carlos, fiel cumplidor de todas las leyes de la cortesía, obedecía á su padre presentando galantemente en el gran mundo á la preciosa criolla, *stella matutina* del espléndido cielo antillano.

Sin eclipsar á Lola, ésta se sintió herida por la aparición de aquella estrella, no más que por la conjunción con su adorado lucero. De otro modo hubiera pasado para ella desapercibida en el cielo de aquella noche triste.

Todas las explicaciones ingenuas del pobre Carlos sobre aquel caso imprevisto fueron inútiles. ¡Vaya usted á convencer con razones á la sinrazón de un afecto que reina despóticamente en un corazón tan ciegamente enamorado!

Aunque con toda la pena de su alma, Carlos cumplió su deber de caballero, representando dignamente á su padre, á quien compromisos de hombre político alejaban de aquellos salones.

En honor del sufrimiento egoísta del verdadero amor de Lola, debo declarar que ésta no hizo ni un *desplante* que pudiera afectar á Carlos. Ni siquiera aceptó una de las mil invitaciones, para darle en cara, frente á frente, con un galán que la vengara de las obligadas preferencias.

Sonriendo, pretextó á su madre una indisposición ligera por el calor de la sala, con lo cual abandonó á su adorado en brazos de la criolla y en el vértigo de un vals, que no había de tener las consecuencias de aquel otro que en su *Amaury* nos pinta el célebre Dumas.

Lola se abrazó desesperadamente á su dolor injusto para espantar al sueño, enemigo declarado de los celos del amor, que son los más hondos, los más tristes, los más dados al desvelador monólogo dramático.

¡Cuánto habló y lloró á solas en aquella larga noche, viendo dibujarse en las cortinas de su lecho, abandonada en los fuertes brazos de Carlos, la figura ligera, cuanto odiosa, de la dulce cubanita!

III.



LOS DEL AMOR PROPIO. +

Bien puede decirse que las tristes impresiones de aquella noche memorable se reflejaron en el rostro de Lola hasta algunos meses después de ser Carlos abogado y casi padre de la patria.

Y digo casi padre de la patria, porque la figura política del padre de Carlos era de tal importancia en su partido, que daba desde luego al hijo seguro derecho á uno de los muchos distritos de que dispone la gran máquina electoral de nuestros gobiernos.

La *yernoeracia*, triunfadora hoy en los comicios, no podía ser de mejor condición ni dueña de mayores privilegios que la *fliocracia*.

Verdad es que Carlos que, apenas se case, será ya todo un *hombre de estudio*, no necesita ser hijo de su padre para lograr una posición que su clarísimo talento y el éxito de sus estudios le conquistan desde luego. Así la merecieran como él todos los que la gozan por herencia anticipada ó por audacia ingénita.

Ello es que nos encontramos en plena preparación de la vida conyugal, con *toma de dichos* y todo, á cuyo acto solemne han asistido los íntimos de ambas familias, incluyendo, aunque ustedes lo vean extraño, á Belén, aquella linda criolla que tanto dió que hablar y *no dormir* á la heroína de nuestro escrupulo de novela.

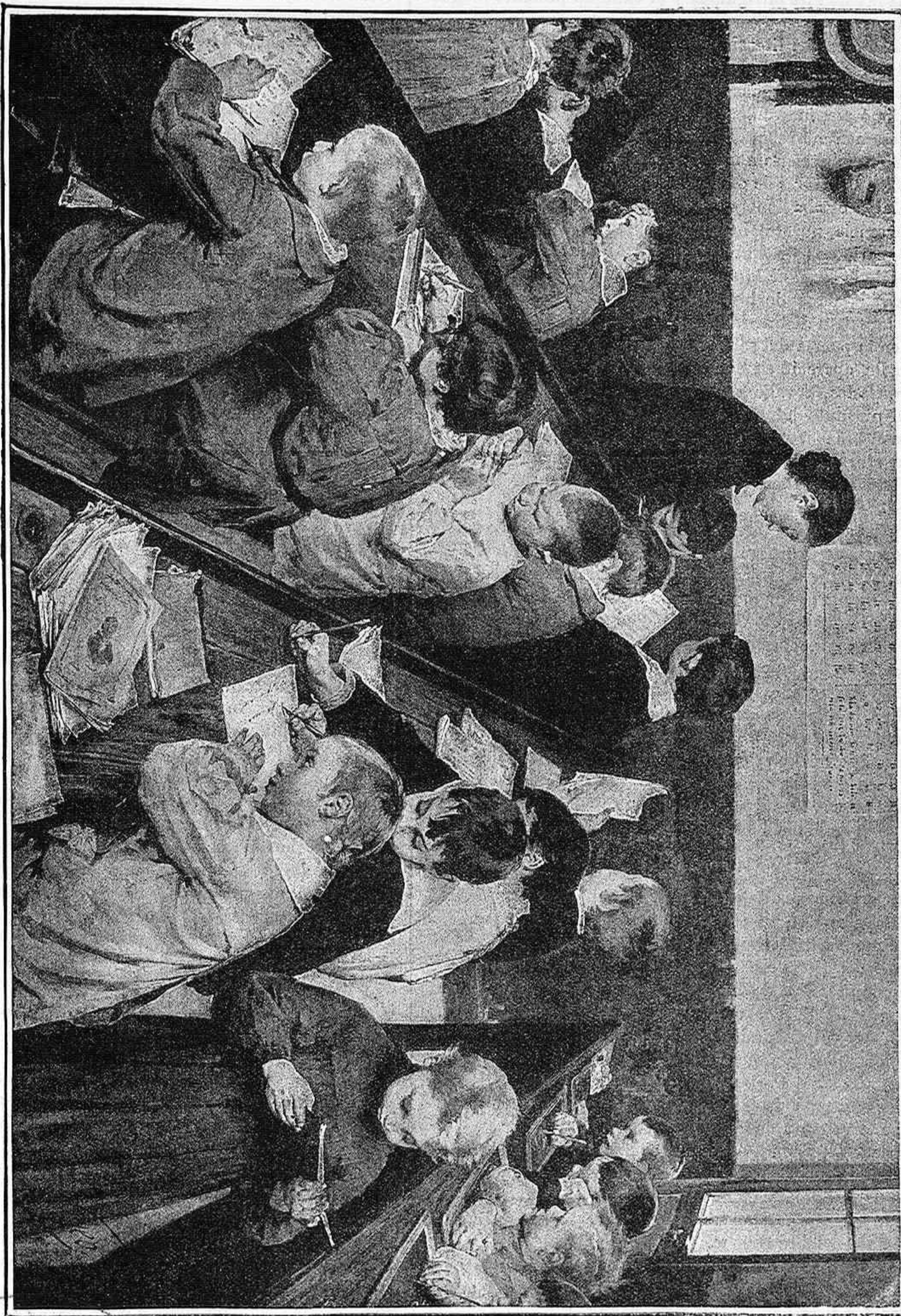
En la solemne ceremonia de *los dichos*, todavía le punzaba el recuerdo á Lola, porque del *dicho* al *hecho* mediaba todo el trecho de sus celosas preocupaciones, á pesar de la infantil é ingenua simpatía de la cubana.

Pero *el hecho* vino pronto. Y cuando, oída ya, casi como quien oye llover, la nunca bastante comentada epístola de San Pablo, se presentó Lola á recibir parabienes con la oliente corona de azahar sobre el cabello, que aún no pasaba de castaño obscuro, apoyábase en el brazo del esposo con la arrogancia de la posesión exclusiva, como desafiando á todas las americanas que los cuatro vientos pudieran traer contra ella *del otro mundo*.

Y pronto vamos á ver hasta dónde había de llegar la trascendencia de aquel desafío inocente, cuando ni americanas ni peninsulares influyesen en los acontecimientos ni en las circunstancias de la vida de Lola.

Todo marchó á las mil maravillas mientras la luna de miel presidió luminosa y dulcemente los días y las noches fugaces de los jóvenes esposos. ¡Qué dolor! Aunque parezca una crueldad á primera vista, yo suprimiría esa luna del sonriente cielo de la vida conyugal, porque no hay amor humano que evite el *cuarto menguante*, ni á veces, la pena de quedarse completamente á oscuras.

Estas transiciones violentas son de un efecto desastroso



LA ESCUELA DE PRIMERAS LETRAS.
Cuadro de Geoffroy.



y traen unas consecuencias lamentables. Nada; cielo sereno y manto azul y estrellitas en toda la extensión del manto, sin faltar Júpiter espléndido y Venus rutilante. Pero nada de luna, que á veces provoca los ladridos de los perros, turbando el silencio augusto de la noche y el reposo y la calma de los amores castos.

Porque ¿quién ha de dudarlo conociendo á Lola? Su viaje de novia rica y mimada fué una serie no interrumpida de íntimos triunfos.

Los cambios de decoración no la importaban. La veriais sonriente y encantada como un niño en función de gran espectáculo, paseando por solitario vallecito de Suiza, oyendo á Carlos descripciones pintorescas de todos los valles célebres del mundo, tarareando ella misma los aires más deliciosos de la *Linda* de aquel valle de Chamounix que hizo famoso Donizetti.

La veriais siempre viva, siempre alegre y dichosa cruzando las bulliciosas callès de París, asistiendo á la Grande Ópera, cruzando el Bosque entre la gente privilegiada, visitando museos entre los artistas, contemplando monumentos entre los curiosos.

Carlos estaba con ella en todas partes, y esta era la clave de sus satisfacciones y alegrías. Lo veía todo con los ojos de Carlos; su cuerpo gentil se abandonaba colgado con gracia del brazo del esposo, con esa languidez y esa fatiga deliciosa que simula tan bien el amor con su inocente coquetería.

¡Ah, si aquella vida de dos, siempre en uno, durase como un sueño eterno! Si no llegase traidoramente la prosa de los negocios y de las relaciones sociales á matar aquella poesía renovada, transformada, iluminada un día y otro por el estro fecundo del amor durante los fugaces meses de *la luna*.....

¡Pícara luna! Si fuera tan rica como Lola, no se notaría la *mengua* de sus *cuartos*. Pero palidece, se borra, huye púdicamente entre las impalpables gasas de los sueños de color de rosa apenas alborea el sol de un día, tantas veces aplazado, que señala la hora de las compensaciones, el momento de los deberes impuestos y de los compromisos contraídos.

El bufete abandonado reclama á Carlos. La voz del padre habla al hijo de los grandes destinos que le esperan. El mismo hijo comprende que se debe á las glorias de su nombre y de su familia.

Y el viaje de novios ha concluído, notándose ya en Lola algo de lo que se descubre á primera vista en el niño que, detrás de las alegres vacaciones, se prepara á volver de nuevo á la clausura del colegio y á las reglamentarias horas del estudio.

Y eso que ella no sabía nada de lo que había de ser el colegio, y quizás no tenía una idea de que á un tiempo podía ser alumna y directora en la vida interior de su casa; alumna, por la superioridad rectoral del esposo; directora, porque ¿qué mujer no lo es, aun en relación con el superior en gobierno, si la cabeza ayuda un poco al corazón á levantar á la esposa hasta donde piadosamente quiso sin duda colocarla San Pablo?

¡Pobre santo, y cuán olvidado ó mal interpretado te tienen los que no te entendieron ó te oyeron como quien oye llover al pie del altar sagrado, al pronunciar aquel *sí* fermentado, para el que se necesita más pecho que para el sublime *do* de los más celebrados tenores!

La vida del foro y de la tribuna empezó para Carlos con una serie de triunfos que le dieron una celebridad envidiable.

Envidiable para el que no estuviera en los secretos de su vida íntima; porque aquella celebridad fué la terrible enemiga de su dicha y su reposo.

¿Y sabéis por qué? Pues sencillamente porque Lola era enemiga declarada y á todas horas implacable de la gloria de su marido, en la que veía una rival odiosa.

¿No es verdad que parece inverosímil? ¿No es cierto que toda mujer sencillamente enamorada de su esposo, hace de los triunfos públicos de éste una corona, cuyos destellos la deslumbran acariciándola hasta en su trono del hogar doméstico?

¡Ah! pero Lola no es, desgraciadamente, un ejemplar caprichoso de novela. En ella, como en otros ejemplares de la vida real, preciso es buscar la causa de la inverosimilitud en vicios de la educación, en la pobreza intelectual y en arrojos temerarios de carácter ó de temperamento.

Ello es que Lola, que, en los primeros meses de la vida normal del matrimonio, terminado el idilio selénico del noviazgo, parecía transigir pasivamente con las obligadas ausencias de Carlos; apenas el nombre de éste empezó á preocupar á la opinión pública, se dió, en sus horas de soledad, á forjar en su imaginación armas que poco á poco habían de destruir la paz interior, de que tan necesitado estaba Carlos cuando volvía, vencido ó victorioso, de las inevitables batallas de los partidos políticos.

Los informes ante los tribunales y los discursos en el Parlamento llegaron á ser ya para el esposo una necesidad del espíritu, fatigado y entristecido en la lucha estéril con las perturbaciones celosas de las que siempre veía algo hiriente en todo lo que debía constituir su alegría y su más legítimo orgullo.

Ya no eran los celos de la enamorada, que había ido, evitando á su misma madre, á ocultar su dolor egoísta entre las sombras de una noche entera de insomnio. Más parecía entonces la niña voluntariosa y consentida y soberbia, á quien á todas horas se le antojaban ramitos de violetas puestos por envidiosas enemigas en el pecho del orador triunfante.

Pero aquella niña, ya sin la inocencia; la mujer, casi despojada del amor, casi armada por el odio; con los celos de un amor propio desatentado y ciego.

Ya no traducía ante el piano sus impresiones, porque hasta las armonías musicales la irritaban. Sufría ella; pero, cuando no podía martirizar á su esposo, martirizaba á su madre porque iba á defenderle.

En el matrimonio no hay término medio; no hay más que atracción ó repulsión; y el pobre Carlos llegó á tener que huir de aquel hogar que debió ser su refugio.

No veía Lola su culpa y su castigo en el alejamiento de

Carlos. Veía siempre lo que le pintaba el tenaz empeño de su imaginación enferma. Y en el mundo, sobre todo en la esfera en que ella se agitaba, nunca faltan ociosos vilmente interesados en ayudar á la imaginación extraviada de una mujer hermosa, y con más punzante interés si á su hermosura acompaña la notoriedad gloriosa del marido.

Los celos del amor propio son los únicos dispuestos ciegamente al placer de la venganza. ¡Triste placer que, pasado el delirio, deja forzosamente el remordimiento!

Por providencial fortuna de la misma Lola, Carlos tenía una suegra como merecían su talento, su bondad y su infor-

tunio, nunca por él provocado. De esas que desmienten á los poetas satíricos; de esas que desecha el diablo en los infiernos conyugales.

Espantada la madre de Lola ante la situación, no perdía de vista á la hija, y, con exquisito tacto y celo cariñoso, quizás evitó que deshonrase á quien tanto la honraba.

Pero, menos el honor, todo estaba allí definitivamente perdido. Porque, sin la confianza y la paz, ¿de qué sirven en el matrimonio la gloria y el dinero?

EDUARDO BUSTILLO.

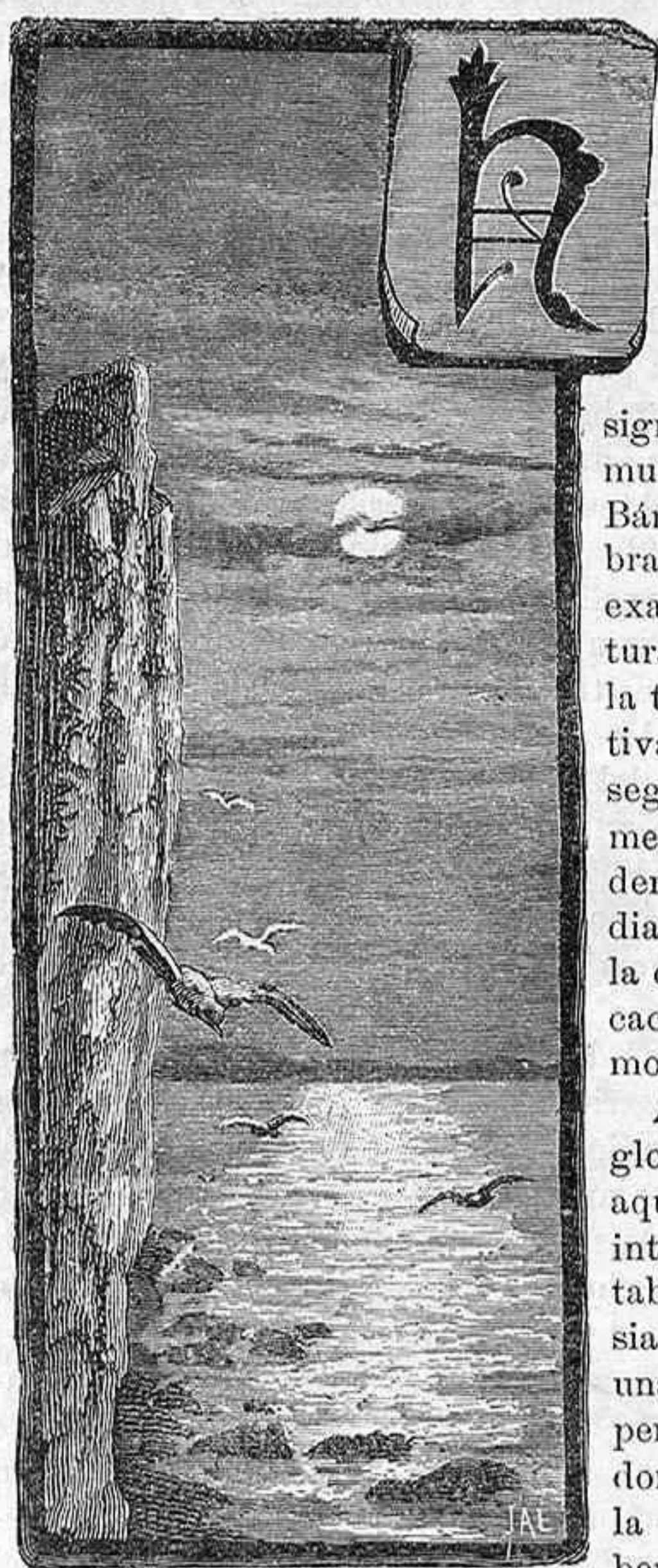
30 de Junio de 1889.



«ESTUDIO DE COLOR.»—POR C. REICHERT.

UN GRADO DE LICENCIADO A LA ANTIGUA

LA CENA



HAY en el claustro de la Catedral vieja de Salamanca, á la parte oriental, dos capillas de notable significación; la del Rito muzárabe y la de Santa Bárbara, donde se celebraba el acto solemne del examen para la Licenciatura: la primera conserva la tradición de la primitiva iglesia española; la segunda enlaza históricamente los tiempos modernos con la Edad Media en lo concerniente á la ciencia, y es la explicación de la antigua famosa Universidad.

A mediados del siglo XII y del fondo de aquellas tinieblas de la inteligencia humana, brotaba en la Catedral ó Iglesia Mayor de Salamanca una luz todavía débil, pero hermosa y consoladora, porque era la luz de la esperanza para el saber: allí se establecieron,

al amparo de la Religión, los primeros *Estudios*, que tiempo adelante habían de ser lumbrera del orbe y gloria impeccedera de España.

La Universidad, ó sea la enseñanza y difusión universal de conocimientos, no fué más que la ampliación de los modestos Estudios de la Catedral.

De ahí aquella íntima unión, aquella solidaridad que siempre hubo entre la Catedral y la Universidad; entre la Religión y la ciencia en Salamanca: eran la madre y la hija, unidas por un eterno y santo amor.

De ahí, de esa cordial unión, el afecto y la predilección paternal de los Pontífices por aquella Universidad y sus grandes privilegios: de ahí, como de natural fuente, aquel asombroso claustro de Teología, admiración de los siglos; de ahí el renombre inmenso de Salamanca; de ahí, por último, su glorioso escudo, sello de todos sus diplomas, con un Pontífice enseñando á los doctores y la leyenda: *Omnium scienciarum princeps, Salmantica docet*; Soberana de todas las ciencias, Salamanca enseña.

Esa íntima unión de la Religión y la ciencia se revelaba en dos hechos muy singulares y significativos: el estudiante había de recibir el grado de Licenciado en la Catedral Vieja, en la capilla de Santa Bárbara, y el de Doctor en la Catedral nueva, en la nave lateral izquierda; y el jefe supremo de la Universidad, para todo lo concerniente á la ciencia, había de ser siempre el Cancelario, dignidad del Cabildo catedral, que llevaba agregado á aquel título el bien claramente significativo de Maestrescuela: había sido el primer jefe de los antiguos Estudios y conservó su originario cargo en la Universidad.

Los grados de Licenciado y Doctor se diferenciaban esencialmente: el primero era el sacrificio; el segundo, la corona: uno el martirio, otro la gloria.

Hoy no se puede comprender lo que en Salamanca era el rigor de un examen para obtener el grado que habilitaba para el ejercicio de una profesión; la ruda prueba por que se había de pasar; ni es tampoco fácil imaginar siquiera la pompa y magnificencia verdaderamente regias con que se recibía la borla de doctor y se celebraba el advenimiento de un nuevo maestro para la Universidad. Las modernas fiestas Reales no son más que un pálido reflejo de aquella suntuosidad y grandeza: el día del grado, no sólo la Universidad, sino también la ciudad, pertenecían al nuevo doctor: las fiestas eran espléndidas, y una de ellas, con arreglo á los Estatutos universitarios, la corrida de toros en la Plaza Mayor.

Compárense aquellos grados, aquella apoteosis de la cien-

cia con lo que hoy sucede, y se verá cuánto se ha descendido: presencié hace pocos años una imposición de borla: la encontré muy parecida al acto de encasquetarse una gorra de viaje.

La capilla de Santa Bárbara presentaba un aspecto que de todo podía tener, menos de halagüeño para nadie: su ornamentación era de lo más extraño que se habría podido imaginar, habida atención á los actos que en ella debían celebrarse. En el fondo, en frente de la puerta, aparecía el altar, de sencilla y severa arquitectura, y en su centro la imagen de la Santa titular. Desde el mismo retablo sale á uno y otro lado, y elevada unos cinco pies sobre el pavimento, una sillería de coro, que se adelanta casi en media luna en toda la extensión de la capilla.

Allí se sentaban los doctores.

Al entrar el bachiller, para permanecer encerrado toda la noche y el siguiente día, se encontraba con la tétrica decoración de aquel recinto. En el altar lucían seis grandes velas verdes, alumbrando á un crucifijo: en el pavimento del hemicíclo se alzaba un túmulo, con su paño mortuorio negro y una cruz de terciopelo morado que descendía hasta el suelo.

Sobre el túmulo había cuatro velas verdes: al pie una mesa, y delante de ésta una silla: este era el puesto del graduando.

¿Era que se había querido demostrar al joven orgulloso ó henchido de vanidad por la ciencia, que la gran verdad de la vida es la muerte y que ésta es el término de la más brillante carrera? ¿Se pretendía que en la impresionable imaginación del joven se grabasen honda y simultáneamente las dos ideas, la de su entrada en el mundo y la de su salida para la eternidad? Indudablemente aquel símbolo era el más á propósito para demostrar y hacer que siempre se recordase la nada de la vida y de las glorias del mundo; mas preciso es convenir en que era también lo que menos podía contribuir á dulcificar las amarguras de aquellas veinticuatro horas, siempre angustiosas para el aspirante al grado.

Cuando éste entraba en la capilla, la campana mayor de la Catedral lo anunciaba á toda la ciudad, tocando con solemnes y acompasados golpes á oración; y era tal la idea, generalmente recibida, de las torturas morales que iba á experimentar el que entraba en Santa Bárbara, que todos los habitantes, y muy especialmente las mujeres, rezaban fervorosamente al oír la campana por el que entraba en capilla, como pudieran hacerlo por uno que hubiese de ser ajusticiado al siguiente día. ¡Bello y conmovedor espectáculo el de aquella campana llamando con la voz de la Religión á todo un pueblo á orar, para que Dios iluminase y fortaleciera á aquel joven, á fin de que su inteligencia llegara á ser gloria y ornamento de la humanidad!

Las tres de la tarde en invierno y las cuatro en verano era la hora en que el graduando había de hallarse en el claustro de la Catedral, esperando la llegada de los doctores encargados de señalar los puntos para lo que se llamaba la lección ó discurso, que sobre el tema elegido habría de componer en latín y término de veinticuatro horas. A las cuatro y cinco respectivamente se presentaban los cuatro catedráticos ó maestros más modernos de la Universidad acompañando al señor Cancelario Maestrescuela y seguidos del escribano de claustro, alguacil y dos bedeles.

Los Estatutos de la Universidad eran por demás rígidos y prolijamente minuciosos en lo concerniente al señalamiento de puntos. El libro, que había de llevar el escribano, se colocaba encima de la mesa y era atenta y cuidadosamente examinado por el Cancelario antes de proceder á dar los piques. No podía tener papel alguno, ni signo ostensible de haber sido abierto recientemente: ninguno de los doctores podía abrirle y mucho menos meter el dedo entre las hojas, de suerte que quedara la más leve abertura por donde el graduando comprendiese había de dar el pique. En este particular, como en todos, el Cancelario era más rígido que los Estatutos.

Llegado el momento, después de la espera reglamentaria de una hora por parte del candidato, como debido acatamiento á la superioridad del Cancelario y de los doctores, entraban éstos en la capilla, se hacía una corta oración y se procedía á la elección de punto ó tema.

El Cancelario y los doctores, sentados en la sillería superior, presenciaban el acto con severa gravedad: el estudiante tomaba el libro, colocándole de canto sobre el tapete negro de la mesa y sin levantarle: abría por un punto, y el epígrafe de aquel capítulo era uno de los temas. El escribano extendía por diligencia y con la mayor solemnidad de fórmulas todo lo ocurrido y copiaba literalmente el tema.

Repetíase la operación otras dos veces, y el escribano actuaba en la misma forma. Entonces elegía el graduando, y el escribano daba fe de la elección, entregando al estudiante copia autorizada de la proposición elegida. El Cancelario y los doctores se levantaban; pasaban por delante del graduando sin saludarle ni aun mirarle y sin contestar al reverente saludo que aquel tenía que hacerles, pues así se hallaba prescrito en los Estatutos; el escribano recogía el libro, saludaba al estudiante y salía de la capilla; algunos momentos después cerraba la puerta del claustro, entregaba la llave al más moderno de los cuatro doctores y seguía hasta dejar en su casa al Cancelario Maestrescuela.

La incomunicación del graduando era rigurosa: no podía salir sino por causa justificada de grave enfermedad que sobreviniese, en cuyo caso se abría la puerta del claustro y en seguida la del Hospital de la Universidad para recibir al enfermo: saliendo por otra causa, perdía el grado durante aquel año.

Por una singularidad de las muchas que se advertían en los Estatutos universitarios, el actuante, que había de estar rigurosamente incomunicado, podía tener en su compañía para asistirle, ya como amanuenses ó ya para cualquier otro servicio personal, hasta seis pajes, aun cuando fueran estudiantes, con tal que no lo fuesen de la Facultad del que se iba á graduar.

Prescindamos de la parte científica ó académica del examen que principia al toque de oración y termina á la una de la noche. Consignemos, sin embargo, un hecho notable en aquellos tiempos y que pudiera servir de ejemplo en los presentes; el de la libertad absoluta de discusión durante el ejercicio. Ni el que era examinado podía hacer observación alguna al doctor mientras hablaba, lo cual se consignaba en la frase reglamentaria de «no poder entrar por el argumento», ni el doctor tenía derecho á contradecir en lo más mínimo al examinado hasta que concluyese, y esto se expresaba con la frase de «no poder entrar por la contestación».



TARDE DE PRIMAVERA.—Composición y dibujo de Riudavets.



El Cancelario presidente mantenía con inexorable rigor á uno y otro en su omnimoda libertad de palabra.

Tratemos de una singularidad de aquellos tiempos y aquellas cosas; de la cena que, según prescripción de los Estatutos universitarios, tenía que dar el examinado, al mediar el ejercicio, á sus jueces los catedráticos y maestros: episodio al parecer no muy en consonancia con los ideales de la ciencia y transacción nada poética entre el espíritu y la materia.

Poseo una descripción de los ejercicios y la cena en grado de persona rica: hay que perdonar al autor ciertos atrevimientos en gracia de la exactitud y viveza de colorido en la narración.

Copio literalmente:

«A la mitad de la galería izquierda del claustro, un gran tapiz impide á los ojos dirigir curiosas miradas sobre lo que hay detrás. Desde la capilla muzárabe hasta el tapiz y por delante de la de Santa Bárbara, pasean con paso lento y cuidadosamente silencioso dos bedeles, con sus largas varas, arrastrando sus manteos y luciendo blancas y bien almidonadas golas.

»El escribano de claustro se halla reposadamente sentado en un gran sillón de vaqueta y parece prestar alternativamente atención á lo que se dice en la capilla y se oye, aunque la puerta está cerrada, y á lo que á media voz se conversa al otro lado del tapiz. Conócese que le llama y atrae lo que hay detrás de éste, porque al fin, como vencido de mayor curiosidad, se levanta y entra en el medio claustro que constituye aquella separación.

»El espectáculo es más agradable y llamativo que el de la capilla, en aquellos momentos cubierta con el negro velo de la vestimenta de los doctores. Aparece aquella media galería cubierta de ricos tapices y en el centro una larga mesa, sobre cuyo blanco mantel brilla con profusión la plata de los cubiertos, de grandes y bruñidas tazas, de enormes bandejas, de candelabros y platillos para las botellas, copas y saleros.

»El servicio, para diez y ocho personas, es de blanca y finísima porcelana: cada uno se compone de cuatro platos sobrepuestos, la servilleta, cuatro cubiertos, un trinchante, un gran cuchillo de trinchar, otro más pequeño, un vaso, dos copas y un salero. Enfrente de cada servicio hay una caja circular de madera y un enorme tazón de porcelana, cubierto con su tapa: la primera contiene dulce; el segundo, manjar blanco: dos botellas de vino, una de agua, un pan al lado del servicio y cuatro grandes candelabros sobre círculos de grana bordados de oro, completan el adorno y batería de la mesa, á cuyo rededor se ostentan, graves y majestuosos, diez y ocho sillones de roble, primorosamente labrados, de verdadera filigrana, con asientos y respaldos de terciopelo carmesí.

»En el ángulo del claustro, extremo de aquella sala provisional, hay otras dos mesas, pequeños veladores, con análogo, aunque más modesto servicio: la una es para el escribano, y la otra para el alguacil y los bedeles.

»Los seis estudiantes que, en virtud del permiso concedido por los Estatutos, han entrado para servir al graduando y á los doctores, conversan en voz baja para que el rumor de sus palabras no llegue hasta la capilla, y aplican á veces el oído para escuchar los silogismos de los argumentantes.»

(Refiere algunas particularidades del ejercicio en la capilla de Santa Bárbara, y continúa):

«Á este tiempo sonaron dos suaves golpes en la puerta de la capilla, que en seguida se abrió, dando paso á uno de los bedeles. Saludó severamente al claustro de doctores, y dirigiéndose al más joven, que era el encargado de la llave, le dijo en voz baja que los sirvientes del graduando, encargados de la cena, habían llamado á la puerta del claustro y urgía que entrasen, pues en otro caso toda la Catedral vieja olería y no á incienso. El Doctor salió con el bedel, saludando previamente al Cancelario y entornando la puerta de la capilla.

»El graduando proseguía en su contestación, cuando de pronto se advirtió un movimiento general en los doctores, ninguno de los cuales pudo conservar su actitud grave y reposada que se creía indispensable en aquel acto, uno de los más serios para quien deseara representar bien su papel de doctor. Había penetrado en la capilla una ráfaga que trastornaba todos los cerebros, impregnando aquella atmósfera de los principios y sustancias más letales para la ciencia. Un olor fuerte, subido, estimulante, de aves asadas había venido á interponerse entre los argumentos en pro y en contra.....

»Todos aspiraron con fuerza, y no hubo nariz que no se abriese para absorber aquel aroma: comenzó la inquietud, y todas las miradas se fijaron atentamente en el Cancelario, presidente del acto, y en el Catedrático, que podía prolongarle si, usando de su derecho, entraba en otro argumento. Los doctores que estaban á su lado le codeaban y tiraban del manteo para que no prosiguiera al concluir su contestación el graduando; mas no era del todo necesario: á pesar de sus arrobamientos jurídicos, el Catedrático de Digesto viejo, entonces argumentante, había dado su correspondiente sorbo de olor, y en aquel momento creyó que valía más una pechuga de capón asado que todas las novelas de Justiniano y los sabios conceptos de los jurisconsultos de Roma. Lo cual prueba cuán fácilmente cambian las ideas y cuán avasallado está el espíritu por la materia.

»No se hizo mucho de rogar por el codeo y tirones de los doctores sus adláteres, y tan pronto como el examinado concluyó su respuesta al argumento, dijo, en extremo complacido: *Sufficit: amplius non arguam: optime dixisti.*

»El Cancelario declaró suspendido el acto, y precediendo á los doctores, se dirigió á la sala que formaban los tapices, donde todos ocuparon sus asientos por orden riguroso de antigüedad. Los seis estudiantes, encargados del servicio de la mesa, fueron descubriendo las redondas cajas de dulce ante cada uno de los doctores.

»El rígido Cancelario se creyó en el caso de mandar que se suspendiese hasta la más insignificante probatura, pues dijo ser aquel principio de cena contrario á lo dispuesto en los Estatutos, según los cuales había de comenzar con una fruta y concluir con otra; á cuya observación repuso el teólogo Peral, uno de los sirvientes, que era muy cierto que los Estatutos prescribían lo dicho por el muy respetable y respetado señor Cancelario, pero que era no menos evidente que no habiendo en primavera fruta alguna, ni aun siquiera ciruelas de las llamadas sanjuanejas, habían de interpretarse los Estatutos en el único sentido de posible aplicación

á los grados que se celebrasen cuando menos antes de San Pedro; esto es, que la fruta fuese y se entendiera ser en conserva, y que no había de entenderse por tal fruta unas áridas nueces secas ó unas castañas pilongas, ni aun siquiera pasas, higos ni orejones, todo lo cual era una adulteración de la verdadera fruta: que lo que el señor Cancelario imaginaba ser dulce era un agrio, pues se componía de limón y otros ácidos altamente aperitivos, compuesto *ad hoc* por las monjas ursulinas, que tenían unas manos como unos ángeles para semejantes adobos y confituras.

»Todos los doctores fueron de parecer de que el buen teólogo había interpretado rectamente los Estatutos y procedido como hombre de conciencia.

»Siguió el manjar blanco, al cual también opuso el Cancelario el reparo de que no era el manjar blanco de que hablaban los Estatutos; mas el teólogo Peral salió al encuentro diciendo que acataba profundamente la opinión del señor Presidente; pero que si era porque veía predominar las pechugas de gallina entre el azúcar, la leche y la harina de arroz, el señor Cancelario sabía muy bien que aquel era el manjar blanco, llamado también manjar real; que éste y no otro debía de ser el mencionado en los Estatutos, por corresponder á la augusta majestad del claustro, y no el manjar blanco vulgar, compuesto de leche, almendras, azúcar y harina de arroz, pues sobre ser notoriamente un plato de postre, su misma diferencia esencial del otro manjar apellidado real, le excluía del número de los manjares á que se referían los Estatutos.

»Los doctores se dieron por convencidos; condescendió, aunque no de buen grado, el Cancelario, y todos emprendieron cada cual con su taza, estableciéndose el movimiento general de cucharas, sin grande escrúpulo acerca de la mayor ó menor procedencia de aquella interpretación.

»Terminó el segundo acto de la cena y se preparaba el tercero: despejada la mesa de las cajas y tazas, cada estudiante se presentó con una ave asada, de tamaño descomunal, sobre una grande y blanquísima fuente de porcelana.

»Aquí fué donde y cuando el Cancelario, á pesar de su inusitada benevolencia, no pudo en manera alguna transigir ni consentir. Diez y ocho eran los comensales, y la mesa apareció casi instantáneamente con diez y ocho pavos, admirablemente asados, rojos, calientes, lustrosos, con una fragancia capaz de resucitar á diez y ocho muertos.

»El Cancelario dijo resueltamente que no podía autorizar semejante cena, pues se presentaba una ave expresa, categórica, literal y nominativamente excluída por los Estatutos; y que para que se viese cuán cierta era su afirmación, se trajera el libro forrado en pergamino, que se hallaba detrás de su asiento en la capilla, pues le había llevado para resolver cualquier duda ó dificultad que acerca del grado ó sus incidencias se pudiera suscitar.

»Los Doctores sintieron en lo íntimo del alma aquel contratiempo: los Estatutos podrían estar muy claros en su espíritu y letra, pero los pavos estaban allí más claros, y tan bien asados y provocativos, como bien pensados y expresivos pudieran estar los títulos del Código universitario. Era un suplicio para los ojos: hasta el Catedrático de Digesto

viejo mostraba su disgusto por aquella tan rígida observancia de la ley escrita, y revolvía en su mente y memoria para encontrar algún texto de interpretación evasiva de lo que el Cancelario había dicho estar perfectamente definido en las ya abominadas constituciones de la Universidad. Uno de los doctores se atrevió á insinuar, aunque en voz muy baja, que tal vez fuera conveniente llevar los Estatutos al horno en que habían sido asados los pavos, y cuando estuviesen tan bien asados, rojos y atractivos como éstos, se podría discutir mejor sobre el asunto, sin perjuicio de seguir adelante en la ejecución de los pavos, hasta hacer trance y remate con arreglo á las leyes, aunque fuese preciso prestar la fianza de la de Toledo por ante el escribano que allí se hallaba presente y serviría para el caso.

»Por su parte, el bachiller en Medicina Juan de los Llanos, que era de los sirvientes, indicó respetuosamente que los que habían tenido la muy alta honra de concurrir á los preparativos de la cena, eran personas conocedoras de los Estatutos y temerosas de Dios; razones por las cuales debía suponerse que no habrían querido quebrantar en lo más mínimo las prescripciones universitarias y mucho menos defraudar las esperanzas de los señores doctores, presentándoles una vianda que no les fuere lícito aceptar, pues en tal caso habría sido una reproducción del convite de la cigüeña; que ya vería el señor Cancelario Maestrescuela que no se habían quebrantado en su espíritu ni en su letra los Estatutos al ofrecer á los muy respetables señores catedráticos y maestros aquella cena, por más que las apariencias estuviesen en contrario.

»Al llegar á este punto el bachiller, se presentó el bedel con el libro apergaminado de los Estatutos: el Cancelario se caló sus anteojos, abrió el libro en medio del más profundo silencio y ávida atención de los doctores, y después de haber ojeado algunas páginas, leyó con toda solemnidad:

»Título xxxii.—De los grados de licenciamiento y doctoramiento.

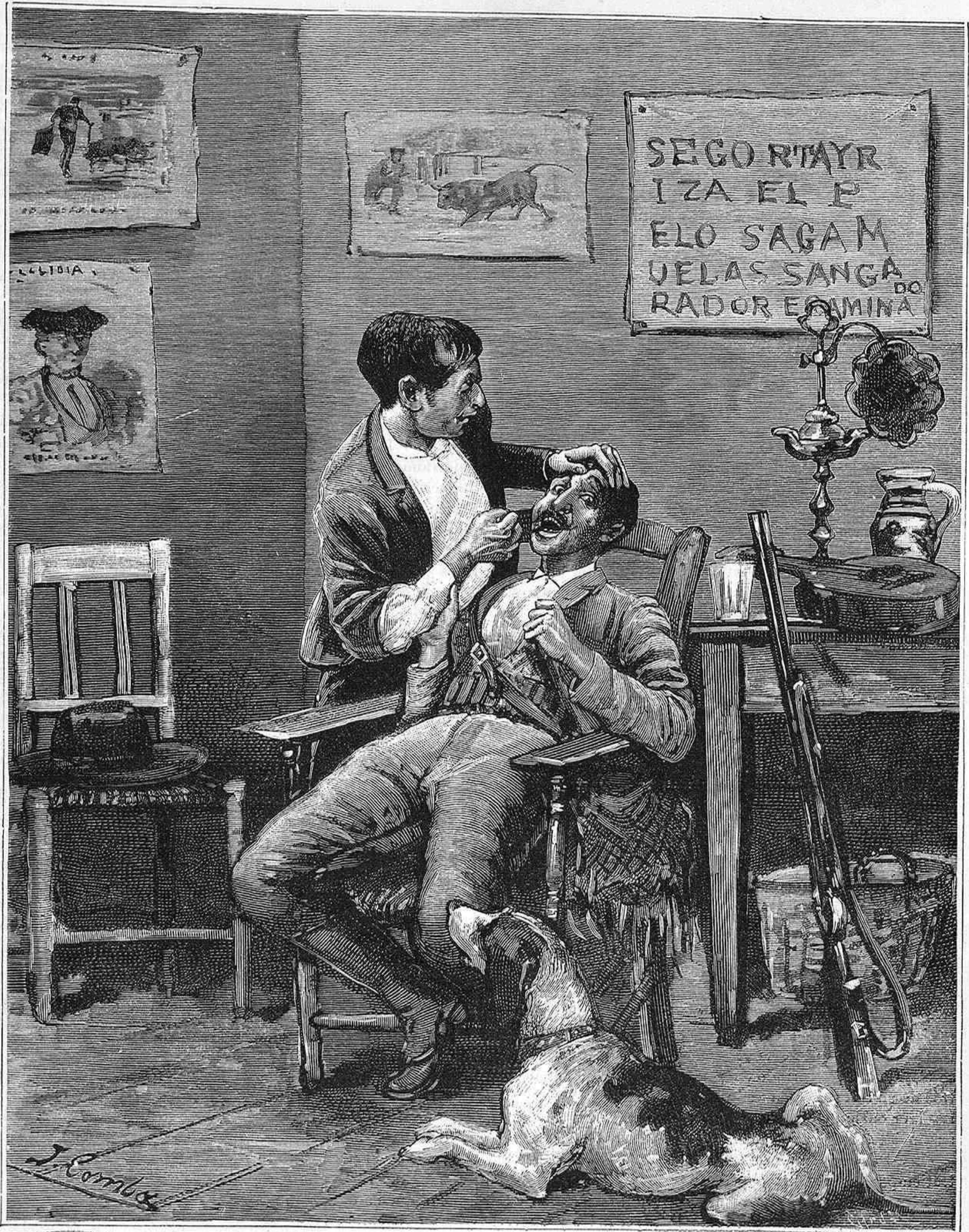
«Párrafo 31.—El que se oviere de examinar, sea obligado á dar á cada uno de los examinadores, doctores ó maestros que presentes fuesen de su facultad, dos doblas de cabeza ó castellanos y una hacha y una caja de diasiton y una libra de confites y tres pares de gallinas. Y porque el tiempo es largo del examen, sea obligado á dar una cena, con tanto que no sea obligado á dar más de una ave, con que no sea pavo ni gallina de las Indias, y una escudilla de manjar blanco y una fruta antes y otra después y su vino y pan.....»

»Los doctores quedaron mohinos; el Cancelario prosiguió: «Ahora, señores, viene la sanción penal; dice más adelante:

«Y si lo contrario se hiciere, al que lo diere no le sea dada la carta por un año y además pague diez ducados y el Maestrescuela y Doctores que lo recibieren pierdan los dineros de aquel grado.....»

»Véase si puedo autorizar una tan manifiesta transgresión de los Estatutos é imponer al graduando y á los Doctores la pena que en el mismo párrafo se establece.

»El bachiller Peral, de sagrada teología, pidió la venia para hacer algunas observaciones sobre el caso; concedida por el Cancelario, dijo:



SEGO RIAYR
IZA EL P
ELO SAGAM
VELAS SANGA
RADOR EGMINA^{DO}

EL PRIMER CLIENTE.—Composición y dibujo de Comba.



—»El muy respetable señor Cancelario será servido de observar, que cuando se escribieron los antiguos sabios Estatutos de la Universidad, eran muy escasos los pavos y no menos las gallinas de Indias en esta tierra; por cuya razón y motivo, sin duda, para la más fácil y rápida propagación de tan útiles especies, se excluyó á sus individuos de las mesas del claustro de esta Catedral; mas ahora, multiplicados los pavos más que los gorriones en el campo de Salamanca, aunque no tanto las gallinas de las Indias, pudieran muy bien haber creído los encargados de la cena que, no existiendo aquella razón, no existiría en vigor la disposición de derecho, que fué su consecuencia; por la sabida regla de interpretación: *ubi eadem est ratio, ibi eadem debet esse legis dispositio*.....

—»Y la de *sublata causa, tollitur effectus* —añadió el catedrático de Digesto viejo.

—»Mas prescindiendo de esta muy atendible consideración —continuó con la mayor gravedad el socarrón bachiller— hay otra que convencerá al muy ilustre señor Cancelario de que las aves presentadas no se hallan comprendidas en la prohibición de los Estatutos. Dicen ó prescriben éstos, que en la cena se dé una ave, *con que no sea pavo*; pues bien, entre las aves presentadas no hay un solo pavo: todas son *pavas*.....

»Los doctores rompieron en una estrepitosa carcajada; Peral continuó:

—»Nos hallamos, pues, dentro de los Estatutos, porque la pava es una ave y no es pavo; ni más ni menos que nos hallaríamos si se hubieran presentado, como se había querido presentar, gallos de Indias, que tampoco son gallinas, único individuo que, en unión del pavo, excluyen los Estatutos; no creo que proceda una interpretación estrecha y rígida, como sería la de comprender á las pavas en la palabra pavo, porque sería odioso; y para interpretar *odiosa sunt restringenda*.....

—»Y *favorabilia amplianda*—añadió el catedrático de Digesto, que no había apartado sus ojos de la pava que tenía delante.

—»Sí, sí—exclamaron todos los doctores, y cada cual enderezó resueltamente el trinchante á su ave respectiva.

»El Cancelario extendió rápidamente sus manos hacia adelante, y dijo profundamente alarmado:

—»*Sistite!* Aun admitiendo como precedente esa interpretación, todavía creo que hay aquí una infracción muy violenta de los Estatutos. El párrafo que he leído dice textualmente: «con tanto que no sea obligado á dar más de una ave.....» pues bien, aquí hay diez y ocho aves.....

—»Creo, señor Cancelario—dijo Peral—que el párrafo de los Estatutos se entiende y sobreentiende que habla de una ave para cada uno de los señores doctores, y entre otras consideraciones, expondré en apoyo de mi opinión una muy sencilla: el párrafo dice también que se dé «una *escudilla* de manjar blanco»; y es evidente que no pudo ser el propósito de los sabios autores de los Estatutos, que se presentara sólo una escudilla para diez y ocho, veinticinco ó treinta señores, á menos de dar á la palabra tal latitud ó tales dimensiones á la escudilla, que viniera á ser otra muy distinta vasija. Opino, pues.....

—»Sí, sí—dijeron los doctores.—*Sufficit*.....

»Y sin más escrúpulos arremetieron con las pavas, trin-

chante y cuchillo en mano, sin que ante una tan impetuosa decisión ocurriese al Cancelario otra dificultad, que oponer una de las prescripciones de los Estatutos.

»El movimiento de brazos y cuchillos era prodigioso, y en pocos segundos cayeron los alones á derecha é izquierda, apareciendo las blancas pechugas de las diez y ocho pavas. Cada cual se sirvió su no módica ración, y todos comenzaron á saborearla, haciendo grandes elogios de los encargados de la cena, y de la oportuna y perfectamente arreglada interpretación que habían dado á las Constituciones universitarias.

»Los seis estudiantes llenaron las primeras copas de punzante vino de Rueda, y la mayoría de los doctores las ocuparon en seguida de la manera más natural del mundo. Repetíanse los tajos á las pechugas y los viajes á las copas; sobre todo el catedrático de Digesto viejo menudeaba los latines, y cada latín valía un sorbito de Rueda.

»Al concluir la faena, que duró tanto como el más largo argumento de los que se habían opuesto á la proposición, los semblantes estaban muy animados; mas no se advertía en los ojos ninguna alegría perturbadora ó trascendental; hasta el mismo Cancelario había perdido su habitual serenidad, y no le asaltaba el más leve escrúpulo acerca de la inteligencia de los Estatutos.

»Los escolares pajes retiraron las fuentes con los abundantes restos de las aves, y presentaron la segunda fruta: eran exquisitas cajas de pera en dulce, y daba la casualidad de que casi todos los doctores eran golosos. Fué preciso que el bachiller Juan de los Llanos repitiese la protesta hecha al presentar la primera fruta, para ocurrir á los inconvenientes que pudiera oponer el señor Cancelario; lo hizo con la verbosidad y erudición más á propósito para acrecentar el buen humor de los doctores.

»Las botellas de vino de Rueda habían desaparecido, y en su lugar colocaron los sirvientes otras de Jerez, capaces de producir los más desastrosos efectos en todos los comensales. El catedrático de Digesto y el de Volumen lo comprendieron; mas les importaba ya muy poco, pues habían concluido sus argumentos y no temían que se les confundieran las especies.

»El Cancelario suscitó nuevas dudas acerca de si procedía ó no servir dos clases de vino, porque los Estatutos sólo hablaban de vino y de pan. El teólogo Peral, que en aquella noche se acreditó como intérprete de leyes, aunque no las había estudiado, resolvió la dificultad, diciendo que los Estatutos hablaban de dos frutas, de manjar blanco y de una ave, y que después añadían «y su vino y pan», con lo cual habían querido significar que para cada cosa debía haber *su vino*, ó el vino que les correspondiera; para lo asado, el seco, y para lo dulce, el dulce; que el de Rueda estaba indicado para la carne de pluma, ni más ni menos que el Jerez venía sobre toda golosina, como la bendición de Dios sobre los buenos.

»Fué el último escrúpulo del Cancelario desvanecido por el teólogo Peral; los demás, si algunos le asaltaron, se desvanecieron por sí mismos.

»La animación que se advertía en todos los doctores, el brillo de sus ojos, la abundancia de citas en latín, no muy pertinentes al asunto de que se trataba en el grado, y la frecuencia con que los sirvientes llenaban las copas vacías tan

pronto como llenas, obligaron al Cancelario á poner término á la sobremesa para evitar algún grave inconveniente en el ejercicio.

»Santiguóse con gravedad; se santiguaron los doctores; rezó la oración de costumbre en acción de gracias, y se levantó dirigiéndose á la capilla, seguido de todos los examinadores.

» Los escolares que habían servido se sentaron á la mesa, y el alguacil les presentó los restos de dos pavas, ó por mejor decir, dos pavas ligeramente mutiladas: tenían más apetito que los doctores, porque las dos aves fueron devoradas en menos tiempo que el que se había invertido en pelarlas.

—»¡Poco á poco con el vino!—dijo Juan de los Llanos.—Una copa de lo de Rueda y otra de Jerez y *satis*: no es cosa de que se pierda el tino y el camino: tenemos que acompañar á los catedráticos y maestros.....

»¡Qué silogismos harán en estos momentos!—decía Peral.

—»Yo—exclamó uno de los escolares—no me inquieto por los argumentos: lo que me causa cierta inquietud..... He visto que algunos doctores han trincado de lo lindo.....; este vino de Jerez conduce á unos extravíos..... Digo que lo principal, lo que yo temo es que al tiempo de votar se equivoquen, y salga la urna de las A A con diez ó doce R R.

—»No puede ser—le interrumpió Peral—todo está previsto: ya sabéis que en la capilla las urnas están detrás de la cortina, que para el mayor secreto é independencia en la votación entran uno á uno los doctores por la derecha y salen por la izquierda, y que no puede entrar ninguno sin que haya salido por el lado opuesto el que le ha precedido; pues bien, la cortina es negra y no hay otra luz que la de las hachas de la parte de afuera: es muy opaca; esto pudiera ser caso de compromiso y muy fácil una equivocación de urnas; pero teniendo en cuenta lo que probablemente sucedería, he hecho forrar la urna de las A. A. con papel blanco, diciendo que se ha hecho para que se distinga en aquella obscuridad, dejando la de las R. R. con su primitivo color obscuro de roble viejo. ¿Habéis caído en la cuenta de lo

que esto significa? Los doctores entran medio encandilados, se encuentran con aquella relativa obscuridad, llama su atención la urna blanca, y allá va la tablilla de la A. Para ello ya está en autos el buen Nostradamus..... ¿No es verdad, querido Nostradamus?

»El viejo bedel Nostradamus contestó con una bondadosa sonrisa, mientras saboreaba un alón del ave que se le había servido.

—»Digo—continuó Peral—que el buen Nostradamus, con esa sonrisa, que tiene atractivos hasta en sus mayores desórdenes.....

»Los estudiantes reían, poniéndose en la boca la servilleta para no soltar la carcajada é interrumpir á los doctores de la capilla.

—»Digo que Nostradamus les pondrá, al repartir las tablillas para la votación, la de la A en la mano derecha y la de la R en la izquierda; y como el que está inspirado por el Jerez apenas puede hacer uso de la mano izquierda y cree que aquella no es su mano, sino la mano del que viene detrás.....

»Los comensales continuaban riendo.

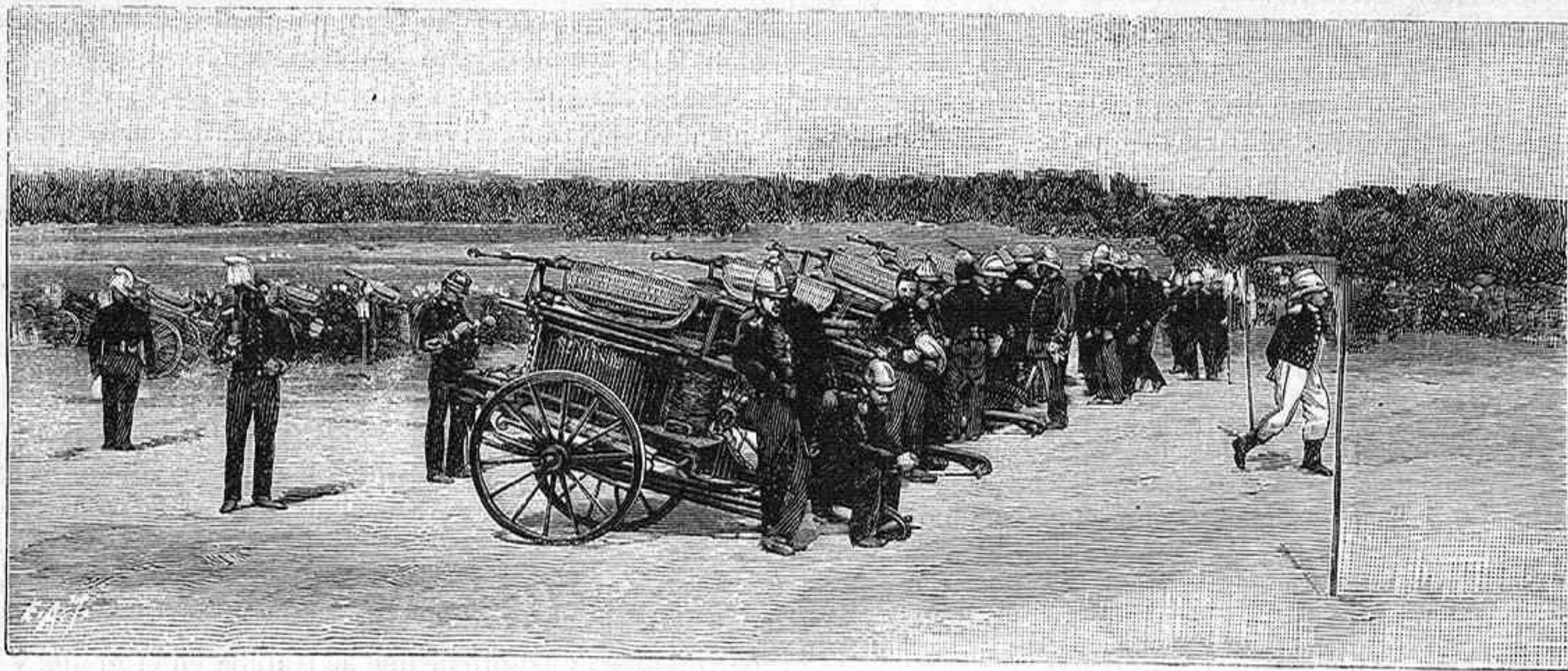
—»No es decir—prosiguió á media voz—que yo crea que los doctores vengán tan caídos del ala izquierda, sino que tengo por seguro que depositarán en la urna blanca la A, y dejarán caer la R. hasta la orejera del zapato.»

Y basta de diálogo, poco respetuoso, de los escolares.

Al salir de la capilla los doctores, después de la votación, no saludaban ni aun miraban al graduando, que había de estar á la puerta, como mendigo en la de una Iglesia, haciendo profunda reverencia á los maestros.

Lo disponían así los Estatutos. Sin embargo, cuatro días después podía ser doctor y habría de recibir el abrazo de los que, siendo ya licenciado, le trataban con aquel altivo desdén, obedeciendo lo prescrito en la ley universitaria, según la cual, cuando se le impusiera la borla, sería tratado con la grandeza y homenajes de un rey.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.



PARÍS.—CONCURSO DE BOMBEROS.

METEMPSICOSIS



Lluvia de excelso fuego derramando,
Gira la nebulosa; mil estrellas
De su vívido foco se desprenden:
Blancas, áureas, azules, todas bellas;
Y sus gases fecundos
La vida llevan á infinitos mundos.

Un átomo impalpable va flotando
En la atmósfera pura de un planeta,
Que de espléndido sol divina lumbre
Baña en efluvio blando.

Sobre campos hermosos que engalanan
Espesos bosques, mágicos verjeles,
Plácidos lagos, cristalinos ríos,
Cruza el átomo, y llega á la ribera
De inmenso mar, cuyas cerúleas ondas
El alígero viento

Extiende y dobla en calma placentera.
El átomo desciende

Y penetra en las aguas; hasta el fondo
Baja, y encuentra nacarada concha
Que en su seno castísimo le prende.

Queda el átomo en perla convertido:

En perla brilladora,
Que en el fondo del mar oculta mora.

Tras largo tiempo de reposo inerte
El manso movimiento de las aguas
La concha lleva á la menuda arena,
Que forma el suelo de tendida orilla,
Do contempla la líquida llanura
Una mujer de célica hermosura.

Fija la hermosa su vivaz mirada
En la concha, se baja á recogerla,
La abre, y se siente en gozo enajenada
Al descubrir la encantadora perla.
Cerca del mar elévase un palacio
De blanco mármol y dorado techo,
Que floresta bellísima circunda.

Allí penetra con ligera planta
La hermosa; lleva en el cabello blando
La perla: alegre, esplendorosa fiesta
Celebra hermosa juventud, y canta,
Y danza en el palacio y la floresta.
Galán mancebo, cuyo ardiente pecho
De amor palpita, con deleite ofrece
Rico y dorado cáliz á la hermosa;

Espumante licor en él rebosa.
Ella á sus labios purpurinos lleva
La áurea copa, y después la blanca mano
Llévase á la cabeza peregrina.
Echa la perla en el preciado cáliz;
Vuelve á mojar sus labios, y la copa
Deja en marmórea mesa; ciñe el brazo
Al del galán mancebo, y á la danza
La pareja amantísima se lanza.
La perla se disuelve
En el líquido; el aire vagoroso
En rauda giro y caprichoso vuelo
Recoge la sustancia misteriosa
Que la perla formó, y en la floresta
La deposita sobre el fértil suelo,
Do se convierte la sutil sustancia
En flor de dulce y sin igual fragancia.

Abre la flor sus perfumadas hojas,
Y embalsama el ambiente; la acarician
La luz del cielo, el canto de las aves,
La sombra de los árboles, el beso
Del céfiro fugaz, el manso ruido
Y la frescura de cercana fuente,
Que sumergen su espíritu inconsciente
En íntimo embeleso.

Vive la flor un día,
Embriagada de luz y de armonía.
Llega la noche: la floresta envuelve
Profunda oscuridad: la flor despide
Ya por última vez el dulce aroma;
Con él exhala su vital esencia,
Y el céfiro su espíritu conduce
A nido oculto de torcaz paloma.

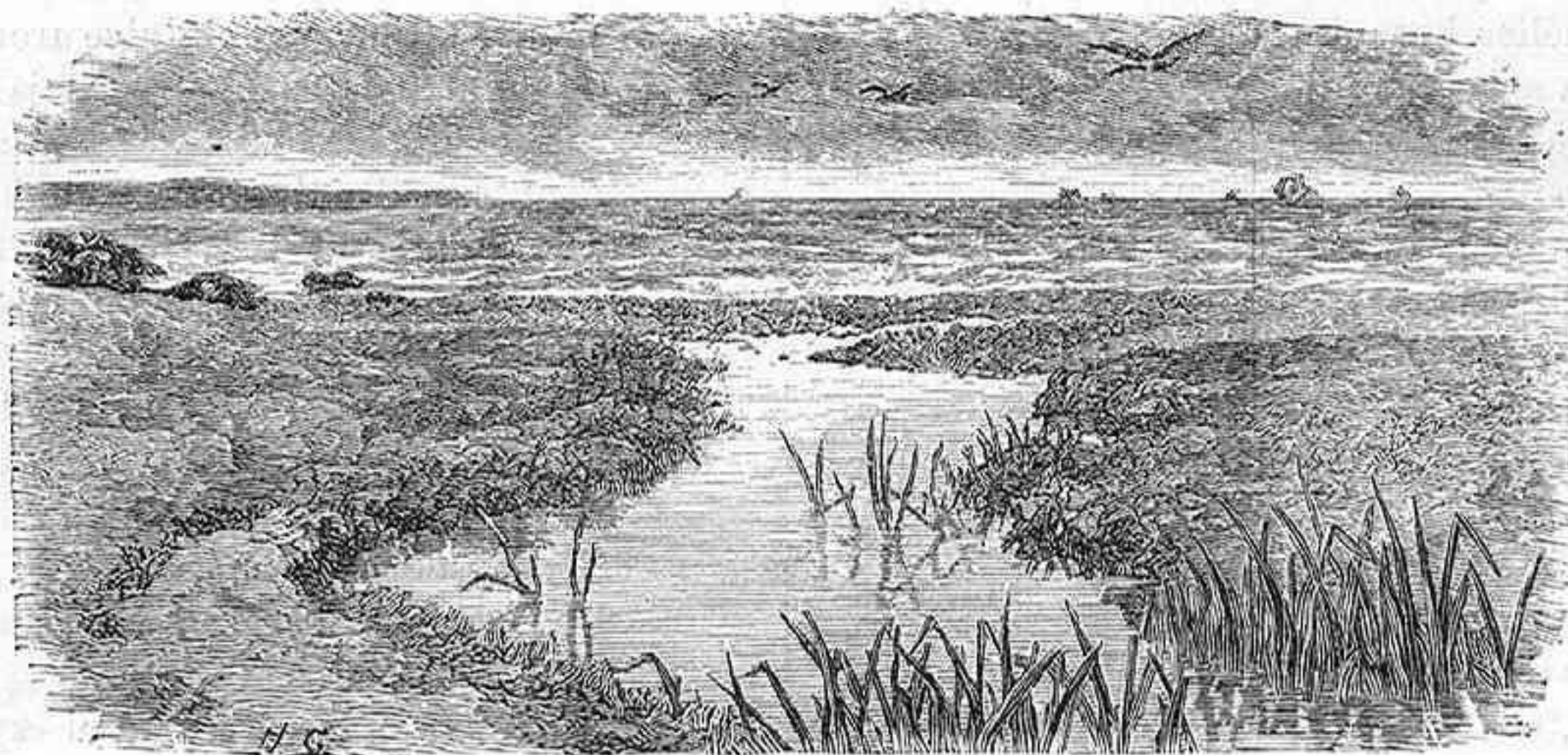
Allí en la copa de frondoso tilo,
Bajo las alas de la tierna madre,
En ave se transforma: nace y crece,
Tibio calor sintiendo, protegida
De red temible y de espantosa bala
Por el materno amor, hasta que llega
Por ley del hado el venturoso instante
De alzar el vuelo y palpitar amante.
La paloma inocente
Surca el aire, se eleva en el espacio;
Valles y montes á sus pies divisa:
Inefable placer su pecho siente.

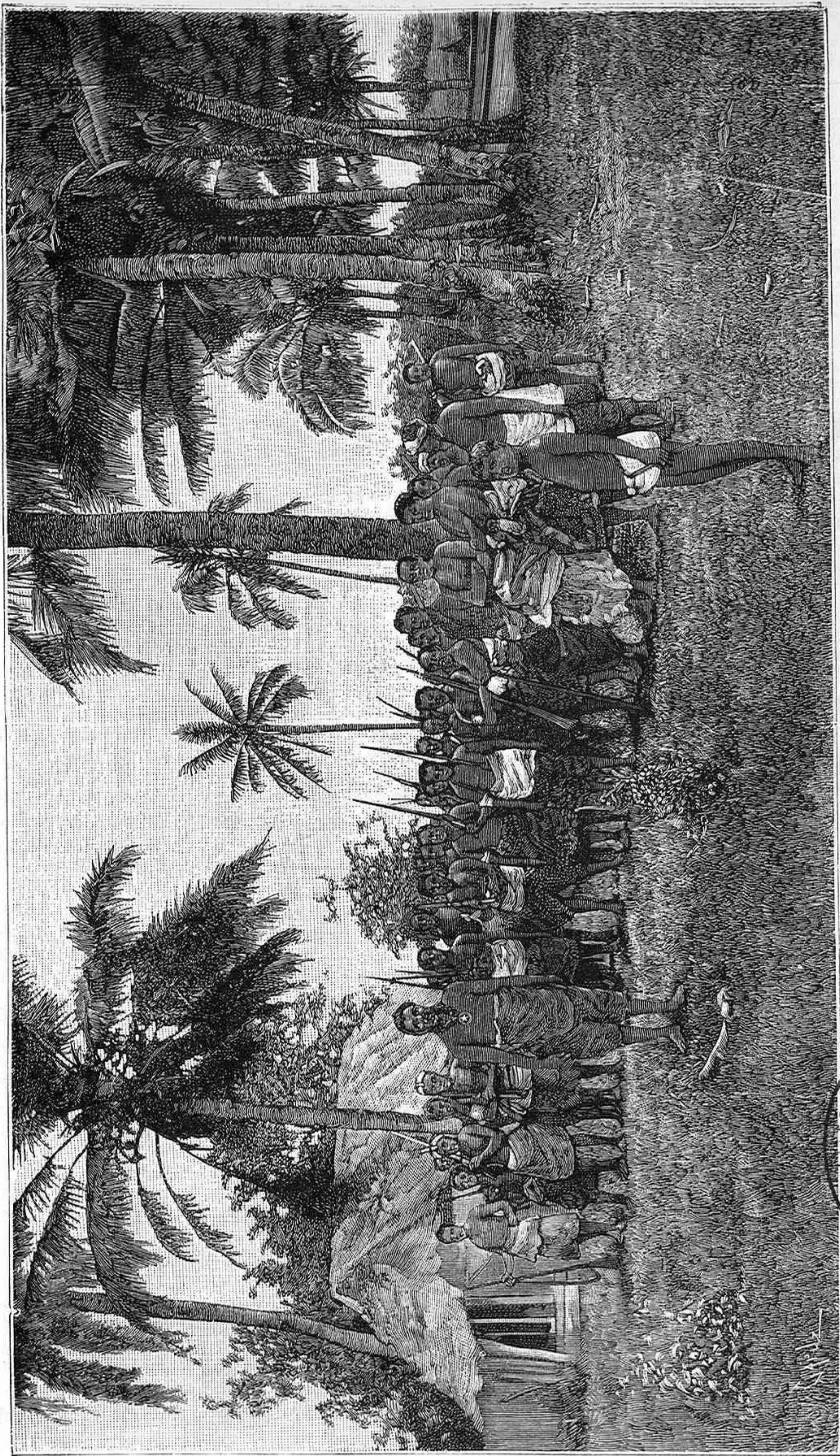
En un bosque de rosas y de mirtos
 Oye sonoro arrullo; el vuelo abate;
 En la margen de arroyo transparente
 Halla al amante que la espera, y ambos
 Se miran dulcemente,
 Y entre mirtos y rosas
 Se prodigan caricias deleitosas.
 El ave enamorada
 Vive feliz en el florido bosque;
 Y después de existencia dilatada,
 Junto al arroyo, entre la hierba verde,
 En espasmo de amor la vida pierde.
 El alma sensitiva
 Vuela, y se encarna en el nevado seno
 De bella niña, que al nacer la aurora
 Entra en la vida, y blandamente llora.
 Presagio es el vagido,
 Presagio lastimoso de pesares
 Que al sér recién nacido
 Aguardan en el mundo; mas sucede
 La primera sonrisa al primer llanto,
 Cual símbolo de célica esperanza,
 Que acompaña al mortal desde la cuna
 Hasta el sepulcro, en misterioso encanto.
 En mansión elegante, que semeja
 Griego templo á las Gracias erigido
 Y en jardín pintoresco se levanta,
 Su tierna edad entre inocentes goces
 Pasa la niña. La transforma el tiempo
 En bellísima joven. Hechicera
 Es su hermosura; dulce, deliciosa
 La expresión de su rostro: pareciera
 Huri en la Arabia, en el Olimpo diosa.
 Su espíritu sensible
 Ama el bien, la virtud; culto ferviente
 Rinde al Supremo Sér; contempla el mundo
 Cual mágico y brillante panorama,
 Do la mano de Dios omnipotente
 Ricos tesoros de placer derrama.
 Una tarde, vagando en la ribera

De manso río, cerca de la orilla
 Ve una barca ligera.
 Van dos amantes en la barca, solos,
 Olvidados del mundo: se dirigen
 Tiernas sonrisas y palabras dulces.
 La luz crepuscular á aquel paisaje
 Da fantásticas tintas: se desliza
 La barca sobre el agua, y en el río
 Alejándose va: fijos los ojos
 Tiene la hermosa joven en la barca;
 La pierde al fin de vista, y suspirando
 Doblega la cabeza. Aquel instante
 Decidió de su vida. El alma siente
 Llena de amor inextinguible, ardiente.
 Pasan los días, y la joven bella
 Lleva presente siempre en la memoria
 El recuerdo de aquel desconocido
 Que vió en la barca, del feliz amante
 De otra mujer, y aunque olvidar le ansia,
 Ni un momento su imagen da al olvido.
 Infinita tristeza
 Siente: pierde la flor de su belleza,
 Y al fin muere. Su espíritu sublime
 Ascende entonces á una estrella, y oye
 Himnos de paz celeste; se transforma
 En ángel de flotante vestidura
 Y alas inmaculadas; le sonrien
 Sus hermanos los ángeles: mil rayos
 Le inundan de luz viva, y su alma enciende
 El santo fuego del amor divino.
 ¡Oh glorioso destino!
 El átomo de cósmica materia
 Convierte Dios en perla primorosa,
 En perfumada flor, en ave mansa,
 En hermosa mujer, en ángel puro,
 Que de su metempsicosis descansa
 En inmortal seguro.

JOAQUÍN DE FUENTES BUSTILLO.

Puerto-Príncipe, Junio de 1888.

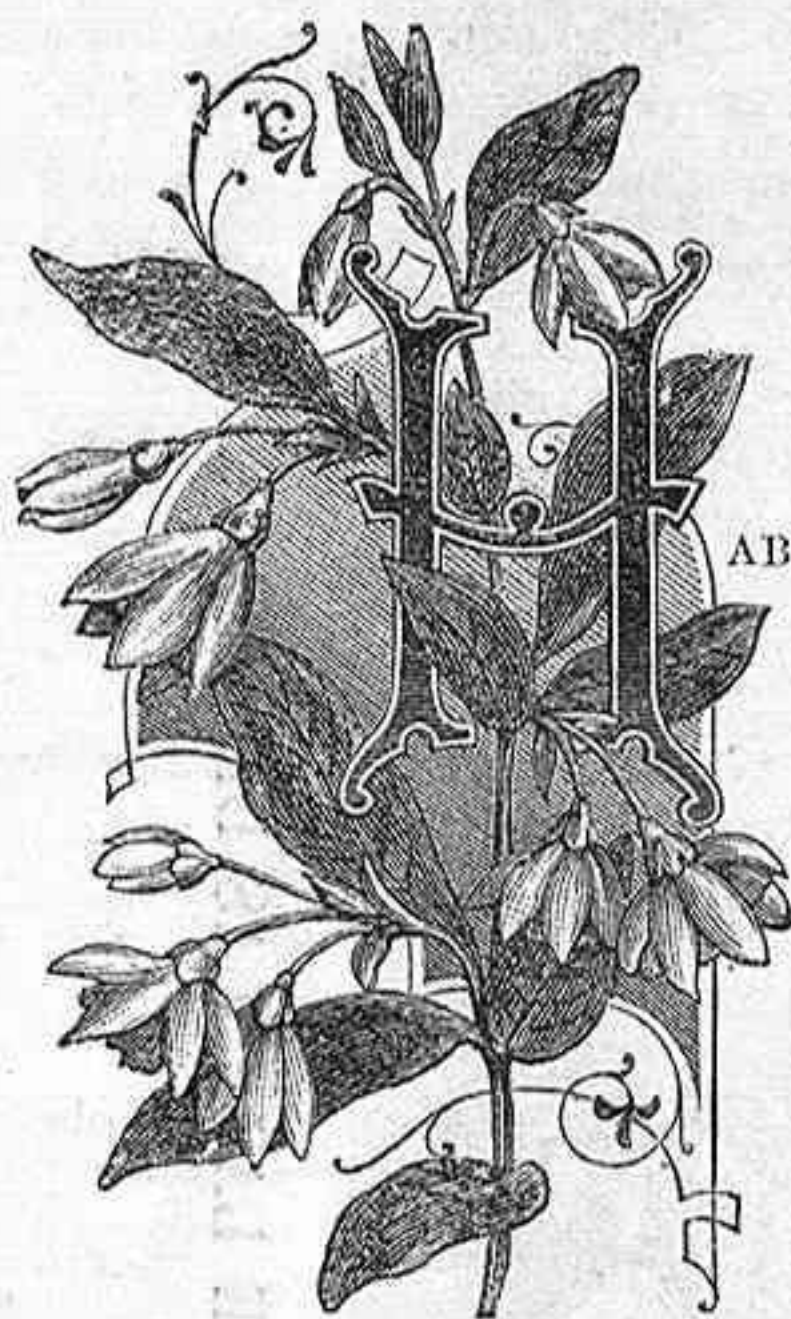




INDÍGENAS DE LAS ISLAS DE SAMOA.



EL LIBRO DE LOS SUEÑOS



ABÍA llevado la conversación el ama de la casa hacia su tema favorito, y se habló por consiguiente de los sueños: expuse mis ideas acerca de ellos, y el respetable don Anacleto las combatió con encarnizamiento; recuerdo que le dije entre otras cosas:

—No hay persona razonable que dé importancia á lo

que sueña cuando duerme: y sin embargo, uniendo á ello lo que soñamos despiertos, resulta que todos nos pasamos soñando la mayor parte de la vida. Hay quien abusa de la imaginación durante el día: ese generalmente no sueña con exceso al quedarse dormido; pero al que no usa de la fantasía para nada, de esa propensión del espíritu á volar hacia otros mundos, la naturaleza le obliga todas las noches á hacer saludables ejercicios por las regiones ideales. Sí, Sr. D. Anacleto; usted que me llama soñador, hoy, sábado, á las doce de esta noche, la hora legendaria en que las brujas se unían con el sebo maldito para volar al aquelarre, dejando el cuerpo tendido en una estera, sentirá usted que le envuelve una especie de grasa entorpecedora; se despojará usted de su levitón y demás prendas, que le dan una apariencia tan correcta, y mientras su cuerpo queda sordo, ciego y mudo, revolviéndose entre las sábanas, en las posturas menos graves, volará usted, como las brujas, por sitios y regiones ignorados; saltará usted como un chico y volará como un vencejo; caerá en abismos, hablará y vivirá con los ausentes y los muertos; hará locuras, sentirá grandes placeres ó terrores imaginarios, cometerá crímenes, oirá aplausos, le amarán ó le ahorcarán en un mundo interior, que desaparece cuando cesa la acción del narcótico nocturno. Mientras duerme usted sus ocho horas diarias, la tercera parte de la vida, Sr. D. Anacleto, todas las serias ocupaciones que le absorben durante el día, como el fomento de sus bienes, la cotización de los valores, los asuntos públicos y el régimen de su familia, no existen para usted, y si se mezclan alguna

vez entre los sueños, es en forma tan disparatada y ridícula, que á veces verá usted á su padre empollando como una gallina clueca, y saldrá usted á cazar billetes de banco con hurón. Y no diga usted que son reminiscencias de la vida real barajadas sin concierto por una función mecánica del cerebro: la reminiscencia no es en ellos sino el punto de partida, ó el agente que provoca hechos ajenos al modo normal con que en la vida se verifican los sucesos: los sueños se producen con lógica, y si hay en ellos mutaciones y transformaciones rápidas, las hay también en el pensamiento del que discurre despierto y que pasa vertiginosamente de los recuerdos á la realidad, y de unas materias á otras, eslabonándolos con un hilo invisible: los sueños son la representación corporea de pensamientos íntimos, tan natural y plástica, que tenemos conciencia de existir dentro de ellos mismos: cuando pensamos despiertos, las ideas se deslizan sin relieve por nosotros, distraídos é impresionados por los objetos exteriores; pero cuando al dormirmos quedamos aislados del mundo externo, vivimos en nuestro círculo y esfera más propia y personal; y entonces los pensamientos no son abstracciones ó signos, sino realidades en que nos sentimos envueltos y en acción; tan reales como la historia que pasó ó ha de venir: realidades mal estudiadas y peor comprendidas todavía.

—No hay en los sueños nada nuevo: todo es recuerdo y repetición mezclada, y en desorden, de cosas conocidas.

—¿Y hay en la vida real mucho nuevo, para que exijamos á lo soñado lo que en el Eclesiastes ya se negaba á lo que usted llama positivo? Los relámpagos más vivos de originalidad entre sueños se producen. Lo que al despertar llamamos absurdo, y que durmiendo no lo era, preciso es que se aparte de lo sabido y se verifique de otro modo.

—¿Niega usted que cuando se sueña hay relación con lo que nos sucede en estado de vigilia?

—¿Cómo he de negarlo si llevo á sospechar que hay relación con lo vivido antes de nacer? Voy á ponerle á usted un ejemplo. Un ministro, absorbido por los negocios públicos, impresionado viva y continuamente por ellos, ¿tiene calma y ociosidad para pensar en los juegos de su infancia? Entregado en absoluto á la política y los negocios, no puede dejar de ser ministro sino cuando duerme. ¿Cree usted que no haya en sus sueños reminiscencias de esa niñez que para él dejó de ser una realidad de su existencia? El hombre desde

que viene al mundo, de tal modo es influido por lo que ve, oye, palpa y saborea, por el magnífico panorama de la naturaleza terrestre, las sorpresas de que se halla rodeado, las necesidades de la vida, las exigencias del organismo y la lucha de sus pasiones, que todo hombre es un ministro que necesita para vivir, regirse y luchar y enterarse de lo que le afecta, toda su atención y entendimiento. ¿Qué mucho que absorbido por tan imperiosas fuerzas é impresiones olvide lo que fué antes de existir? Pero si existió antes realmente esa experiencia extracorporal, debió dejar compenetraciones en su alma, sombras y claridades que el ruido del mundo no deja revelarse, como la luz del sol no permite ver la claridad de una llama débil; pero esa luz vuelve á verse entre la obscuridad; así cuando cesa la acción de los sentidos el espíritu vuelve á su vida natural, continuación de toda su existencia.

—Pero durmiendo no cesa por completo la acción de los sentidos.

—Es verdad; sólo está amortiguada: por eso no es el descanso absoluto: y los rumores que zumban en nuestros oídos al dormir, el frío y el calor que impresionan nuestra piel, los golpes de la máquina que funciona en nuestro corazón y en nuestro estómago, las palpitations de los órganos y la elaboración de los tejidos, llevan á nuestros sueños las influencias de la vida corporal, que se mezclan con las reminiscencias anteriores; por eso hay confusión en los sueños de la existencia actual y la pasada; y de esta última es lo que nos parece absurdo en esta vida, y es una mezcla de abismos que hemos traspasado, mundos que hemos recorrido, seres que han tejido, no recordamos dónde, su existencia con la nuestra. Fantasmas y organismos sobrenaturales, leyes y encadenamientos de sucesos que nos parecen incomprensibles al despertar, y lógicos y verdaderos en sueños dentro de nuestra conciencia; y hacemos movimientos y disfrutamos cualidades y sentimos inclinaciones extrañas en nosotros, que pueden ser de hábitos ó transformaciones y conocimientos experimentados, sabiduría innata, pasiones y rugidos de monstruos, claridades de otros soles, despeñamientos de otros mundos y vuelos y aletazos de ángel.

—Entonces ¿qué supone usted que será la muerte?

—Yo calculo que el sueño no interrumpido entonces por la obsesión del organismo, será la vida eterna y la realidad.

—Y todo eso ¿lo ha soñado usted?—dijo D. Anacleto levantándose con indignación tan cómica que todos los contertulios nos echamos á reír al ver su aspecto.—Sostengo y declaro que no hay en el sueño, y así lo afirman los biólogos, sino un funcionamiento imperfecto de la memoria, que parece real, porque no hay conciencia del momento presente: y me atengo á lo que leí en Beclard cuando estudiaba.

—Beclard, Sr. D. Anacleto, se detiene en los límites del sueño, asegurando que se desconoce la causa próxima que le produce; pero á pesar de su parsimonia en asegurar lo que no puede comprobarse experimentalmente, dice que la memoria del sueño no se refiere á hechos, solamente á hechos, sino á ideas, y que el juicio funciona con gran exactitud en aquel estado de aislamiento. Y si el juicio funciona, ¿no hemos de dar importancia á lo que sucede bajo su dirección y sin influencias extrañas, cuando es el faro interior que guía

nuestros actos y nos separa del error? Recuerde usted que ha habido filósofos que, buscando la verdad, han empezado por procurar el aislamiento y el olvido absolutos, para huir de la mentira que ofuscaba todo conocimiento y hallar la verdadera filosofía en las íntimas claridades del espíritu.

—Y si los sueños tienen importancia seria para el hombre—repuso D. Anacleto ya suavizado, creyendo haber dado con una idea luminosa—explíqueme usted por qué se borran tan pronto al despertar como cosas inútiles.

—Se borran, en efecto, casi en totalidad; pero también se borra de nuestra memoria la mayor parte de lo que hacemos en la vida. ¿Puede usted decirme lo que hizo el día 1.º del mes? Estoy seguro de que aun ayudado por un hecho notable, casi todos sus actos reales quedaron borrados y destruidos para siempre como si no hubieren existido y como desaparecen los sueños. ¿Acaso es lo más útil lo que más se fija en nuestra memoria?

D. Anacleto, por única contestación, sacó la cartera.

—¿Qué busca usted en ese libro?—le preguntó la dueña de la casa.

—Voy á decir á este señor lo que hice el 1.º de mes: yo apunto todo lo que hago.

—Alto ahí—respondió D.^a Rosa;—eso no tiene gracia, y si usted saca ese libro, saco el mío.

—¿Cómo, señora—dije con curiosidad—usted también escribe su diario?

—Sí, señor; yo apunto todo lo que sueño.

Hubo en la tertulia una verdadera algazara y gran expectación.

—¡Que se lea ese libro! ¡que se imprima!—dijeron varios contertulios.

—No puede ser—contestó vivamente D.^a Rosa.—Es un libro escrito para mí y le destino á ser quemado por mis albaceas el día de mi entierro.

—¿Cree usted que cumplirán esa disposición tan odiosa? Todos debíamos escribir esos apuntes: es incomprensible que no haya asociaciones de individuos que se reúnan para contarse lo que sueñan y extender en las actas lo más interesante. Yo he de crear la Sociedad internacional de Soñadores.

—Usted quemará mi libro, si me sobrevive, porque es usted uno de mis testamentarios.

—¡Señora!

—¡Que nos lean una página siquiera!

—Ni una línea.

Así acabó la reunión aquella noche.

Dos años después murió D.^a Rosa y hubo necesidad de cumplir su testamento: en vano supliqué á mis dos colegas: uno de ellos era D. Anacleto, y fué inflexible: entregamos á las llamas doscientos cuadernos de letra muy clara y muy menuda: sólo pude salvar, en un momento de distracción de los otros albaceas, uno de los legajos más pequeños y muy mermado por el fuego.

Han muerto los dos testamentarios, y voy á cometer la deslealtad de publicar esos apuntes: sé que me pedirán cuentas algún día, no sé en qué mundo: me defenderé como pueda. Pero si esto sucede, quisiera ver cómo sigue sosteniendo allí D. Anacleto la poca importancia de lo que se aparta de las realidades de la vida.

FRAGMENTO DEL LIBRO DE LOS SUEÑOS.

(Hay cinco páginas ilegibles y casi destruidas por las llamas. Sigue la conclusión de un sueño, que no se entiende por faltar el antecedente de los hechos que se refieren. Sólo resulta claro este final.)

Mi doncella me dice que he roncado mucho. ¿Recordaré tan mal por eso lo que he soñado? La práctica de apuntar, al despertarme, lo que sueño cada noche, me ha acostumbrado á acordarme de casi todo con bastante claridad cuando al principio lo hacía de un modo vago é incompleto. ¿Por qué tendré el defecto de roncar? No puedo casarme sino con un hombre que no me lo eche en cara. Roncaremos á dúo ó moriré solterona.

Día 7.

He volado mucho: como que me perseguía no sé quién: tropezaba á menudo con las casas y montañas, pero las rompía con mi cuerpo como si fueran de cartón: por fin me pude esconder debajo del agua, que estaba deliciosa. Poco á poco fui asomando la cabeza y vi que estaba delante de la playa de Biarritz.

—¿No sale usted, señora?—me dijo la bañera con amabilidad.

—Es imposible—respondí desconsolada;— como vengo de tan lejos, he dejado á jirones mi ropa en el camino y la playa está llena de gente.

—¿Podrá usted aguantar la respiración hasta la noche?

—Creo que sí.

—Va usted á tener hambre.

—Comeré pescados vivos.

A la bañera le pareció muy natural. Yo me puse á pescar como si fuera un tiburón, pero los peces resbalaban por mis dientes: he luchado á bocados con una merluza que se ha llevado en su boca mi nariz: me puse furiosa y nadé como si volase: he hecho presa en un pez grande y me he puesto á devorarlo. ¿Qué he hecho? ¡Dios mío! Me he comido el pie de un niño que se estaba bañando. No tiene remedio; estaba empezado y me he tragado todo el angelito: era de dulce. Noto que sus padres me persiguen; me cortan la retirada; estoy pescada: van á sacarme á la playa y estoy sin ropa y sin nariz. ¡Ay!

Aun me late el corazón. ¡A qué tiempo he despertado!

Día 8.

No me explico bien el sueño. Dormida, he estado tomando apuntes de otros sueños más hondos que se eslabonaban unos entre otros, y tenía conciencia de soñar, despertándome sucesivamente sin hacerlo en realidad. Y soñaba cosas agradables, tanto, que no podía creer en ellas y conocía que eran falsas de puro inverosímiles y absurdas. Y en cada sueño nuevo me reía de los anteriores, y á cada despertar imaginario me parecía lo nuevo, real y positivo. Y en la última etapa, estaba sentada en un banco del colegio, bordando unas orejas de burro en el pescuezo de otra cole-

giala, á quien había castigado á sufrir esa vergüenza. Y yo decía entre mí al oír los chillidos de la muchacha á cada pinchazo de la aguja:—Estos gritos sí que no se sueñan.

Día 9.

¡Dios mío! No quiero recordarlo.

Día 10.

¡Qué sueño tan soso y tan tranquilo! He cosido catorce camisas para los pobres: nunca he estado tan absorbida en la labor y tan satisfecha, ni la maquinilla se ha movido con tanta rapidez: sólo ha tenido de notable mi trabajo, que la tela ensanchaba y encogía á medida de mi gusto. ¡Ah, sí! Empiezo á recordar la hechura singular de aquellas camisas que en mi buena intención debían servir de traje entero. Eran camisas con gorra y alpargatas.

Día 11.

¿Por qué habré vuelto á soñar con ese hombre, y quién es? Porque no me parece un desconocido, y esta impresión se reproduce siempre que despierto. Me trata como un amo, y le obedezco con cariño: ¡con qué descaro le hago el amor, y qué colorado se pone el pobrecillo! ¡Qué cosas se sueñan! Yo iba á hablarle á su reja y le amenazaba con entrar: entonces salió á la calle, y vi que tenía la barba verde: ¡vaya una locura! era de hierba, y me parecía elegantísima. Me dió una paliza en medio de la calle, y lo sufría sin quejarme: creo que me gustaba, porque luego le hice gazpacho. ¡Qué serie de incoherencias! Le pedí la sortija que llevaba, y que tenía por piedra un ojo vivo: se arrancó el dedo y me le dió con la sortija. No pude menos de abrazarle. No quiero soñar con ese hombre tan raro, que me asusta al despertar y me domina cuando sueño.

Día 12.

He sufrido una horrible pesadilla: tendría que anotarla musicalmente para dar idea del tormento que he experimentado: he escuchado ruidos espantosos, gritos salvajes, encerradas y estrépitos inaguantables: no hablo propiamente al decir que los escuchaba, porque los sonidos discordantes me arrastraban, haciéndome girar dentro de una tromba musical. Y unas veces descendía con ellos sin aliento, como si cayera de una torre, y entonces los sonidos se iban apagando, ó subía como en un columpio inmenso, y la gritaría iba en *crescendo* hasta concluir en una explosión horrible, como si la creación se deshiciese en un estampido final.

Y cada vez que esto acababa, una voz me advertía diciéndome interiormente:

—Esto no es nada: prepárese usted, que va á venir lo bueno, y apriétese usted el corsé para no estallar cuando lleguen las frases más violentas.

—¡Pero esto es una tempestad de sonidos!

—No: hemos caído dentro de una ópera del porvenir, y sólo podemos salir pulverizados.

Yo gritaba con toda mi laringe. Y la voz me decía:

«¡Bravo, bravo! Volamos hasta el cielo. No ahorre usted pulmones, que ahora los hacen muy baratos.»

Estoy sorda y mareada. Tengo sueño, y no me atrevo á dormir, porque no se repita mi tormento.

Día 13.

Me pasé la noche en vela, temiendo que se reprodujera la pesadilla musical.

Día 14.

He soñado con mi padre, con mi amiga Elena, que murió hace diez años, mi maestro de dibujo, también difunto, y otras personas que no sé si viven todavía. El pasado y el presente estaban confundidos con una naturalidad tan extraordinaria, que ahora me hace cavilar. Comíamos todos juntos para celebrar la boda de Amelia, que se casó hace cuatro días. No ocurrió nada de particular: hablamos mucho, y sólo me sorprende la unión familiar y tranquila de personas tan separadas por la muerte, los años y la ausencia. ¿Volveremos á reunirnos?

Día 15.

Pocos sueños he tenido tan disparatados como el de anoche. Yo había llamado al médico, y me dijo con voz imperiosa:

—Saque usted la lengua, señorita.

Yo obedecí de mala gana.

—Sáquela usted más—repuso muy incomodado.

—¿No hay bastante todavía?

—No.

—¿Cuánta lengua quiere usted que saque?

—Medio metro. ¿Cree usted que pueden conocerse las enfermedades interiores en la punta de la lengua?

Y tirando de ella con rudeza, la examinó como si leyese en un papel escrito.

—No hay peligro—dijo por último;—el parto se presenta natural.

—¿Qué ha dicho usted?—exclamé con indignación.—Está usted hablando con una señorita.

—Tranquílese usted; no hay deshonra en ello: es una epidemia. Medio Madrid está en la misma situación.

La explicación me satisfizo, y sólo me preocupé de los dolores que empezaron en el acto: sentí como que daban un baile dentro de mi cuerpo, y empezaron mis quejidos.

—Aguántese usted—dijo el doctor—que voy á sacar los instrumentos.

Y de una funda como de violín sacó un gigantesco tirabuzón de acero.

—¿Qué va usted á hacer?

—Vamos á ver si es fraile ó monja—dijo con mucha seriedad.

—¿Qué cree usted que tengo dentro?

—Tal vez una serpiente: voy á barrenarla á usted.

Me sujetaron la doncella y la criada, y la operación fué tan instantánea, que nada sentí.

El médico guardó una cosa en la funda de violín, y salió sin despedirse.

—¡Señorita! ¡señorita!—dijo mi doncella:—que el médico se lleva un bulto.

El médico volvió á entrar muy furioso, y dijo tirando al suelo la funda en que lo ocultaba:

—Tome usted lo suyo. No tenía usted nada dentro, y la he sacado á usted las tripas: cualquiera se equivoca.

Día 16.

Estuve de visitas. ¡Qué amigos tiene uno en sueños! Primero salí en silla de manos, y entré á buscar no sé á quién en un guardillón que tenía muchas piezas. El portero me decía desde lejos: «¡Más adelante!» Y aquella guardilla no acababa nunca. Por fin llegué á un salón que no tenía suelo, y en el cual todos se sentaban en columpios que pendían de las bóvedas. «¿Quiere la niña que la enganche á una mecedora?» me dijo un lacayo negro. Y en efecto, acercó un columpio, tomé asiento y quedé meciéndome y colgada. Sólo recuerdo que los amos de la casa no salieron á recibir, porque era la moda no hacer caso de las gentes; y todos elogiábamos la costumbre, y sobre todo la comodidad de los asientos. Allí estaban las gentes que se ven en todos los salones, y nadie quería retirarse. De pronto gritó una voz: «¡Fuego en el techo!» Dí un grito horroroso, y todo desapareció.

Poco después estaba contando á otra amiga lo ocurrido, y ésta me decía:

—Gracias á Dios, en mi casa hay suelo: no sé dónde bailan esas buenas gentes.

—Yo también le tengo—decía con orgullo;—prefiero quitármelo de la boca, con tal de que no falten baldosas ó ladrillos debajo de mis pies.

—Y es que hoy todo está en el aire y carece de cimientos. ¿Y eso de que no se presenten en la visita los dueños de la casa, qué le parece á usted?

—Una falta de atención.

—Yo soy esclava de las gentes. Vea usted: para no dejarlas ni un instante, he hecho que me cosan el vestido á la tela del sofá.

—Señora: su murmuración de usted es grata, pero tengo que hacer otras visitas.

Y entré á dar un pésame: la viuda me decía riendo á carcajadas:

—¿Ve usted mi risa? Es sardónica. Quise enterrarme con él y no me lo permiten.

—Señora: no cabrá usted en el nicho.

—Si tenemos panteón.

—Entonces no comprendo la oposición de la familia, dije de buena fe y escandalizada.

Días 17 y 18.

No he soñado.

Día 19.

No vuelvo á hacer caricias á mi gato Morrongo después de lo que ha pasado en sueños: lo que me preocupa es la realidad de aquella ficción y lo natural que me parecía. He soñado que era gata. ¿Lo habré sido en otra época? He

dados saltos maravillosos con gran facilidad: he cazado un ratón y he salido á pasear por el tejado, me he lavado la cara humedeciendo mi mano con la lengua y he maullado para que me abriesen la ventana. A mis maullidos salió Morrongo y me bufó: quise arañarle y maulló también: le repliqué maullando y nos entendimos los dos perfectamente. No lo quiero recordar. Morrongo me decía con imperio:

—Yo te puedo arañar; soy tu marido.

Voy á regalar ese gato.

Día 20.

Es indudable que en mi sueño de esta noche hay un fondo de verdad, bajo forma extravagante.

Me había pedido dinero mi ahijado y le aconsejé que no jugase: para convencerle, le llevé á un salón en donde había una ruleta.

—Ahora que no hay nadie examinemos la rueda que da vueltas. ¿Lo ves? Es una muela de molino. Eché un puñado de trigo y se hizo polvo. ¿Qué te parece? Ya nos hemos quedado sin un grano.

—Pero se habrá convertido en harina, dijo Joaquinito.

—Es verdad; pero la harina cae en el cajón de los banqueros.

—Allí hay otro juego que no tiene rueda ninguna, replicó mi ahijado.

—No te acerques; es una máquina que abrasa al que se acerca.

—Tiene un calorillo que atrae.

—Echa un duro en ella: ¿qué sucede?

—Que el metal se derrite en esa máquina.

—Ahora echa un papel: ¿qué ocurre?

—Se ha convertido en cenizas.

—No juegues, hijo mío. Todas las máquinas de jugar son hornos ó molinos.

Debo declarar que no tengo ahijado, aunque soñando le tuviera.

Día 21.

He soñado mucho con gigantes y peñascos; pero no recuerdo sino sus formas monstruosas.

Luego soñé con la pobre Tomasa; como es tan torpe y equivoca los recados, la dije: ¿Sabes leer?

—Sí, señorita.

—Pues voy á escribirte el recado en la frente; cuando llegues á casa de mi amiga, te miras al espejo y lees lo que estoy escribiendo en tu frente; así no te confundirás.

Aun así, Tomasa dió el recado al revés.

—Pero, ¿no te dije que leyeras delante de un espejo lo que escribí en tu frente?

—Y lo he leído, señorita.

—¿Cómo has leído todo lo contrario?

—Es que en el espejo todas las cosas resultan al revés. Usted tuvo la culpa.

Día 22.

No pude dormir.

Día 23.

Me llevó un amigo á ver su establecimiento de aguas ferruginosas, que me había ponderado mucho.

—¿Ve usted? Todo el que bebe mis aguas se fortalece. Tienen tanto hierro—decía llenando un vaso en el manantial—que beberse este medio cuartillo equivale á tragarse un aldabón.

—¿Dónde están los bañistas?

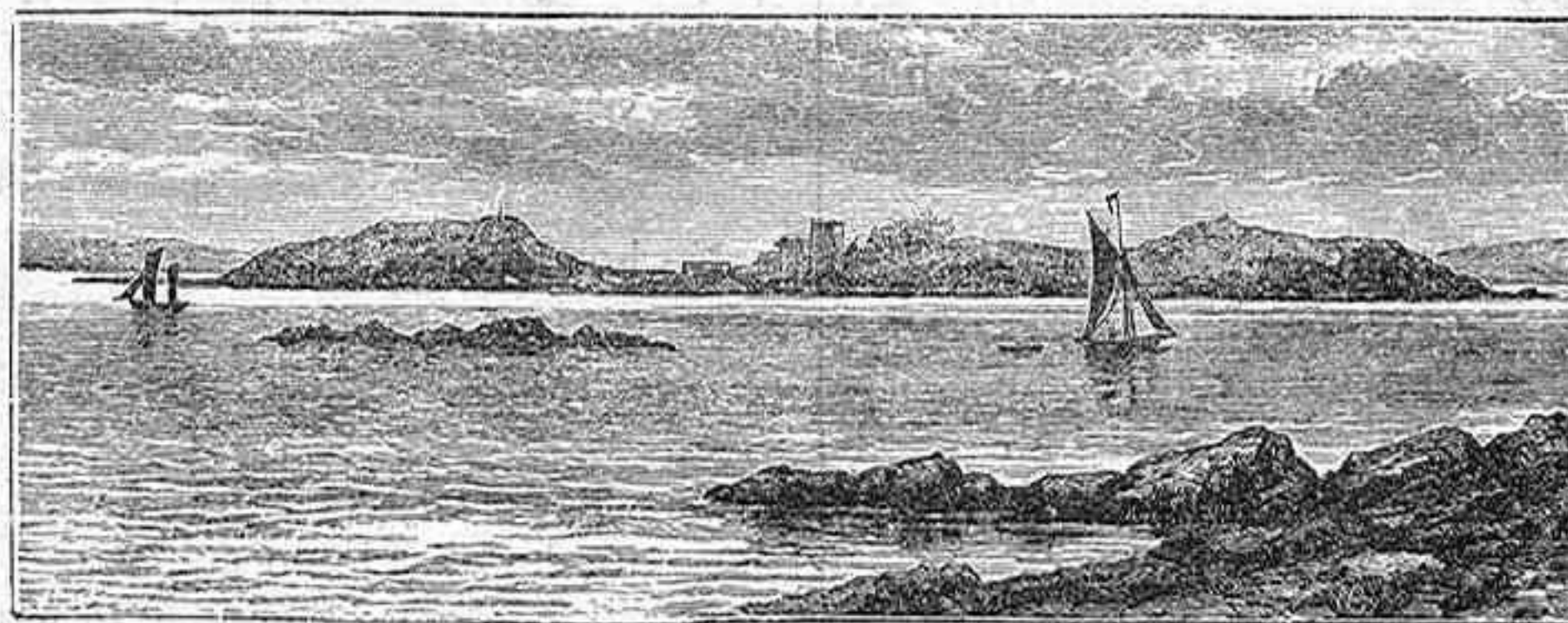
—Ablandándose en la fragua. Todo el que se lava en esta fuente sale con máscara de hierro. Mi negocio está en convertir á los bañistas en lingotes.

Como el arroyo de la fuente era un poco ancho, me descalzé para pasarle. Pero apenas hube metido los pies en el agua, mi amigo dió un grito, y dijo arrancándose los pelos:

—¿Qué ha hecho usted, desgraciada? ¿No la advertí los efectos de mis aguas? Mírese usted los pies. Tiene usted herraduras para siempre.

.....
Aquí termina el fragmento de aquel libro curioso. Cuando se haya vulgarizado la costumbre de escribir lo que se sueña, como se escribe la historia real, las páginas salvadas por mí serán una de las fuentes de la *Historia de los sueños*.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.





MELBOURNE (Australia).—El llamado «Coro angélico» de la catedral de San Pablo, recientemente instituido.

BIBLIOTECA
MUSEO
NACIONAL
DE HISTORIA
Y GEOGRAFIA

RECUERDOS DE BRETAÑA



UNA VISITA Á LA TRAPA

(A mi respetable amigo y querido compañero D. Vicente de la Fuente.)



DESPUÉS de visitar los principales monumentos de Nantes, y de terminar mis estudios en sus Bibliotecas y Museos, pensaba embarcarme para Saint-Nazaire y disfrutar del espectáculo que ofrece la navegación por el Loire hasta su entrada en el Océano, que es de lo más bello que cabe imaginar, cuando mis compañeros de fonda, el ingeniero monsieur Fournier y su hermosa hija Emilia,

me hicieron aplazar la proyectada excursión para emprender otra no menos interesante y curiosa.

—¿Por qué, ya que está usted tan cerca, no visita el primero de los monasterios bretones y uno de los más renombrados de Francia, la Abadía de la Gran Trapa?—me decía M. Fournier.

—Vaya usted—añadía Emilia—y satisfará no sólo su curiosidad, sino también la mía. Ya sabe usted que á las señoras nos está prohibida la entrada en los monasterios trapenses. Ni aun acercarnos á corta distancia nos está permitido. Vaya usted, y á la vuelta podrá contarme las impresiones de su visita. No puede usted figurarse cuánto deseo conocer el interior de esas abadías tan célebres por el rigor de sus penitencias.

—También yo—repuse—ardo en deseos, desde mi niñez, de visitar uno de esos claustros, donde se pasa la vida pensando en la muerte, donde los monjes, según dicen, abren por sus propias manos las fosas que han de recibir sus cadáveres, y en los que el silencio es tan absoluto, que no se rompe sino para saludar un religioso á otro, al encontrarse, con las fatídicas palabras: ¡Hermano, morir habemos!

Me habían ponderado tanto la Trapa cercana á Tolosa, que era éste el monasterio que me proponía visitar á mi paso por la famosa capital del Languedoc. Esto no obsta para que vaya, como iré ahora, á la Abadía de la Melleray, aunque no fuera más que para justificar la idea que usted tiene de la galantería española, bien grata de practicar en este caso.

Faltaba señalar el día, y éste le escogí yo, eligiendo el domingo inmediato, 12 de Septiembre, día del Dulce Nombre de María, que es el nombre de mi madre. Era ésta la primera vez en mi vida que estaba lejos de ella en tal día: ¿en qué lugar más de su gusto podría pasar las amarguras de la separación, más vivas en aquel que en ningún otro día, que en la casa del recogimiento y la tristeza?

Cerca del camino de Nantes á Chateaubriand, á dos kilómetros de la Melleray, aldea de trescientos vecinos en el partido de Maisdon, en las inmediaciones de un lago, rodeados de vastos encinares, se alzan los extensos muros de la Abadía que lleva por nombre: *N. D. de la Trappe de Melleray* (Mellearium).

Para poder pasar allí el domingo por entero, tuve que emprender mi viaje en la noche del sábado. Llegué á las puertas cerca de las diez. La obscuridad era inmensa. Ni una estrella en el cielo, ni una luz en el campo. Había comenzado á llover. A la escasa claridad de un farol medio apagado, que se columpiaba mecido por el viento sobre la puerta principal, veía dibujarse en la sombra tres grandes estatuas que coronaban el muro: en el centro, la de la Virgen María, titular del Monasterio, y á los lados, las de los Padres de la Orden, San Bernardo y San Benito, con sus largos hábitos, aquél todo negro y éste todo blanco. A los pies de la Virgen, con grandes letras, hay una inscripción que no me fué dable leer entonces. Es como el título de la Abadía y de la religión de los trapenses. «*Qu'il est bon, qu'il est doux de vivre en frères sous le même toit!*» dice, traduciendo el primer versículo del Salmo 132: «*Ecce quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum*», esto

es: « ¡ Oh, cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión! »

Llamar á la puerta, abrirla el portero, penetrar en el gran patio, salir á recibirme el Padre Hospedador é instalarme en su celda, todo fué obra de pocos instantes.

La hora de mi llegada me privó del solemne recibimiento que los trapenses dispensan al que va á visitarles por primera vez, y cuyo ceremonial me fué refiriendo punto por punto el Padre Hospedador mientras me encaminaba á la celda que se me concedía. Dos religiosos de hábito blanco se acercan al huésped y se echan á sus pies hasta tocar con las frentes el duro suelo. Después, le indican con un gesto que los siga, y lo conducen á la iglesia. Luego, vuelven á la hospedería, y uno de ellos lee un pasaje de *La Imitación de Cristo*. Terminada la lectura, se arrodillan de nuevo, entona el más anciano: « *Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui* », y se retiran, confiando el viajero al Padre Hospedador para que le conduzca á su celda.

La mía, la primera á mano derecha al extremo de la escalera, tenía por nombre el del fundador de la vida monástica de Occidente, *San Benito*. Me dijeron que en esta misma celda se había hospedado, en 1845, el Duque de Aumale. Consta de dos piezas, sala y alcoba, ésta muy reducida, y aquélla algo espaciosa, con ventana al patio, reclinatorio, lavabo, dos sillas y un estante con libros.

A pesar de lo molido que me sentía, por efecto de las cuatro leguas recorridas en la calesa-correo de la Meilleray, mis aficiones literarias pudieron más que el cansancio, y antes de recogerme no pude menos de examinar los libros de la pequeña biblioteca. ¡ Cuán agradablemente sorprendido quedé al encontrar entre aquellos treinta y ocho volúmenes dos obras magistrales de ascetas españoles! Eran éstas la *Guía de Pecadores*, de Fr. Luis de Granada, y la *Práctica de la Perfección cristiana*, del P. Alonso Rodríguez, traducidas al francés, la primera por M. Girard (edición de Saint Briec, 1837), y la segunda por el P. Regnier Desmarais (edición de Perisse frères, 1841).

Si grato me fué, á tan larga distancia de la patria, el encuentro de aquellas obras españolas, aunque hablando otra lengua que la suya, considérese lo que me sería, á la mañana siguiente, oirme dar los buenos días y preguntarme por mi salud en el idioma mismo en que hablaron y escribieron Fr. Luis de Granada y el P. Alonso Rodríguez.

Era un religioso que me dijo llamarse el Hermano Estanislao. Podía representar unos setenta años. Tenía su figura la severidad ascética de los monjes de Zurbarán ó Le Sueur. Era alto, huesudo, delgado en tal manera, que podría decirse de él lo que Santa Teresa de San Pedro Alcántara, que « *no parecía sino hecho de raíces de árboles* ». Sus ojuelos negros, dotados de la vivacidad propia de la juventud, contrastaban con las hondas arrugas de su frente y la blanquísima barba que caía sobre su pecho, publicando lo avanzado de su edad. Vestía un tosco sayal pardo de jerga, y una capa de igual clase y color.

—Vengo—me dijo—por encargo del reverendo padre Abad, á ponerme á las órdenes de usted, para enseñarle el monasterio.

Hablaba con tan puro acento castellano, que cualquiera, al oírlo, lo habría tomado sin vacilar por español, como yo lo tomé desde luego. Iba á preguntarle por el lugar de su

nacimiento en tierra española, cuando, conociendo sin duda mi engaño y adelantándose á mi pregunta, me dijo sonriendo:

—No soy español, como usted se figura, sino francés y muy francés, bretón de este mismo departamento del Loire inferior, nacido á pocas leguas de aquí. Lo que tiene es que he estado años enteros en España, y además he tratado mucho á los monjes españoles de este monasterio.

Mientras esto decía, se había ido acercando á la ventana, y asomándose á ella é indicándome que le siguiera, añadió:

—Va usted á ver dónde están.

Y señalando con el dedo hacia un pequeño espacio cercado de flores y sembrado de cruces, siguió diciéndome:

—Allí están todos; allí, en el cementerio. Venga usted conmigo, y le señalaré uno por uno los sitios donde yacen.

Por el camino, mi acompañante, sin esperar á mis ruegos, me fué dando noticias del monasterio.

La Trapa de Melleray fué fundada en 1142 por monjes cistercienses de Pontrond (Anjou). De la primera fábrica sólo quedan la puerta de entrada y una parte de la iglesia. Lo demás es obra del pasado y del presente siglo.

Pertenece á la tercera de las congregaciones en que están repartidos hoy los trapenses, y se diferencia de las otras dos en que sus religiosos se rigen por la Regla de San Benito y las primitivas Constituciones del Císter. De dos clases son estos religiosos: unos, *Padres de coro* (*Pères de chœur*), y otros, *Hermanos conversos ó donados* (*Frères convers ou donnés*). Los primeros, personas de instrucción, á quienes, entre otros conocimientos, se les exigen los de la lengua latina, cantan los oficios de seis á siete horas diarias, y emplean las demás en la meditación ó lectura, ó algún trabajo manual, ni más ni menos que los antiguos monjes. Los Hermanos conversos proceden, por lo común, de familias humildes, y están dedicados á oficios y labores, especialmente las de la Agricultura, en las cuales la Trapa de Melleray compite con las mejores colonias agrícolas de Francia y del extranjero. Todos los adelantos de la industria han sido allí recibidos y aplicados.

Diríase que si los *Padres* representan la vida monástica de los siglos medios, los *Hermanos* son fiel expresión de la vida moderna. Una y otra coexisten allí al amparo de la Cruz, que igualmente patrocina y enaltece lo viejo que lo nuevo, el ascetismo contemplativo que la industria activa y fecunda de nuestro siglo. *Oración y Trabajo*: he aquí la divisa común de Hermanos y Padres de la Trapa entera.

La humildad y el silencio son las penitencias que con mayor rigor se observan. Por lo que toca al silencio, bastará decir que á los religiosos todos, Padres como Hermanos, les está vedado conversar unos con otros. Tienen que comunicarse con gestos y señales convenidas, que constituyen un verdadero lenguaje, en el que se entienden á maravilla. Los Hermanos disfrutaban de alguna más libertad, y asimismo pueden conversar con las gentes de fuera (cosa solo permitida entre los Padres al Hospedador), si bien por mandato ó con aprobación de los superiores, como en mi caso acontecía. La humildad es en tal grado exigida, que todo religioso debe acusarse en alta voz ante sus Hermanos, reunidos en capítulo, de toda falta exterior cometida

contra la observancia de la Regla, y sufrir, también en público, la reprensión á que por ella se hubiera hecho acreedor, según las Constituciones de la Orden. Es lo que se llama en ésta la *Proclamation au chapitre des coupes*.

Al llegar al cementerio, el Hermano Estanislao se detuvo á la entrada y me dijo:

—Los religiosos españoles que están aquí enterrados pertenecían todos á Santa Susana, abadía trapense de Aragón, y eran por la mayor parte aragoneses. Cuando la excomunión de 1835, los monjes de Santa Susana, unos abandonaron desde luego su patria, y otros, que se quedaron en ella combatiendo en las filas del Pretendiente, lo hicieron más tarde, llegándose á reunir aquí, de donde algunos salieron para la fundación de Divielle (Dei villa) en el Departamento de las Landas y de Bellpuig, en la diócesis de Urgel. Esta última fundación fué obra de los PP. José y Benito, á quienes yo acompañé, con otros religiosos, y con los cuales pasé algunos años. A esta circunstancia debo el conocimiento y manejo de la lengua castellana.

Y entrando en el cementerio, añadió:

—Ocho son los religiosos españoles que aquí descansan. No podré decir á usted los nombres y apellidos que llevaron en el siglo, porque sólo conozco los que tuvieron en la religión. En la nuestra, como en otras, todo religioso toma por nombre el de un santo, y este nombre, seguido á veces del de la Virgen María en alguna de sus advocaciones, y precedido del de *Padre ó Hermano*, es lo que le distingue de los demás. El único que conserva su apellido es el reverendo Padre Abad del monasterio.

Los vínculos sociales quedan desatados de tal modo al anudarse los que la religión engendra, que cuando ocurre el fallecimiento de algún pariente, por cercano que sea, el Superior lo anuncia en capítulo á los religiosos con estas palabras: «Hermanos míos, uno de nosotros ha perdido su padre, su madre ó tal pariente», y todos oran del mismo modo por el muerto, sin saber de quién se trata.

Luego, deteniéndose ante una tosca piedra sepulcral:

—Aquí yace—dijo—el Abad de los trapenses españoles, D. Fulgencio José Mora. Este santo sacerdote vivió en Burdeos desde la excomunión hasta mediados de 1861, en que se vino con nosotros.

Me acerqué, y sobre la modesta losa leí la inscripción siguiente:

CI GIT
R. P. D. FULGENCE
JOSEPH MORA ANCN ABRÉ DE
STE SUZANNE ESPAGNE
PROFÉS EN 1806
ABBÉ EN 1825
MORT LE 6 NOVRE
1864
AGÈ DE 80 ANS
REQUIESCAT IN PACE

—¿Y los otros religiosos españoles?—pregunté á mi acompañante.

—Esos—me respondió—no tienen, como los abades, losa

ni inscripción, sino cruces de madera con el nombre en un brazo y la fecha de la defunción en el otro. Entonces, acompañando el ademán con la palabra, me fué indicando una tras otra siete cruces, en las cuales fui leyendo sucesivamente los nombres de *Gaspar, Mariano, Edmundo, Malaquías, Simón, Modesto y Zacarías*, con las fechas de sus respectivos fallecimientos. La más antigua era la del *Hermano Simón*, muerto el 26 de Noviembre de 1835, y la más reciente la del *Hermano Zacarías*, ocurrido el 27 de Febrero de 1880.

Acababa de registrar esta fecha, cuando el Hermano Estanislao, visiblemente conmovido, me dijo estas palabras:

—¡Conocí mucho al Hermano Zacarías! Era herrero, y tenía unos alientos y unas fuerzas verdaderamente hercúleas. Hizo toda la Guerra de los Siete Años. No he visto en mi vida persona de mayor entusiasmo por su tierra. Aquel Goliath aragonés, capaz de derribar un buey de un puñetazo, lloraba como un niño al solo nombre de España. Asistí á su muerte. Amortajado con sus hábitos, tendido sobre paja y ceniza, esperaba su última hora con una fortaleza y un fervor que nos dejaron edificadas. ¡Cuánto se hubiera alegrado de haber visto aquí un compatriota y hablar con él en su lengua!

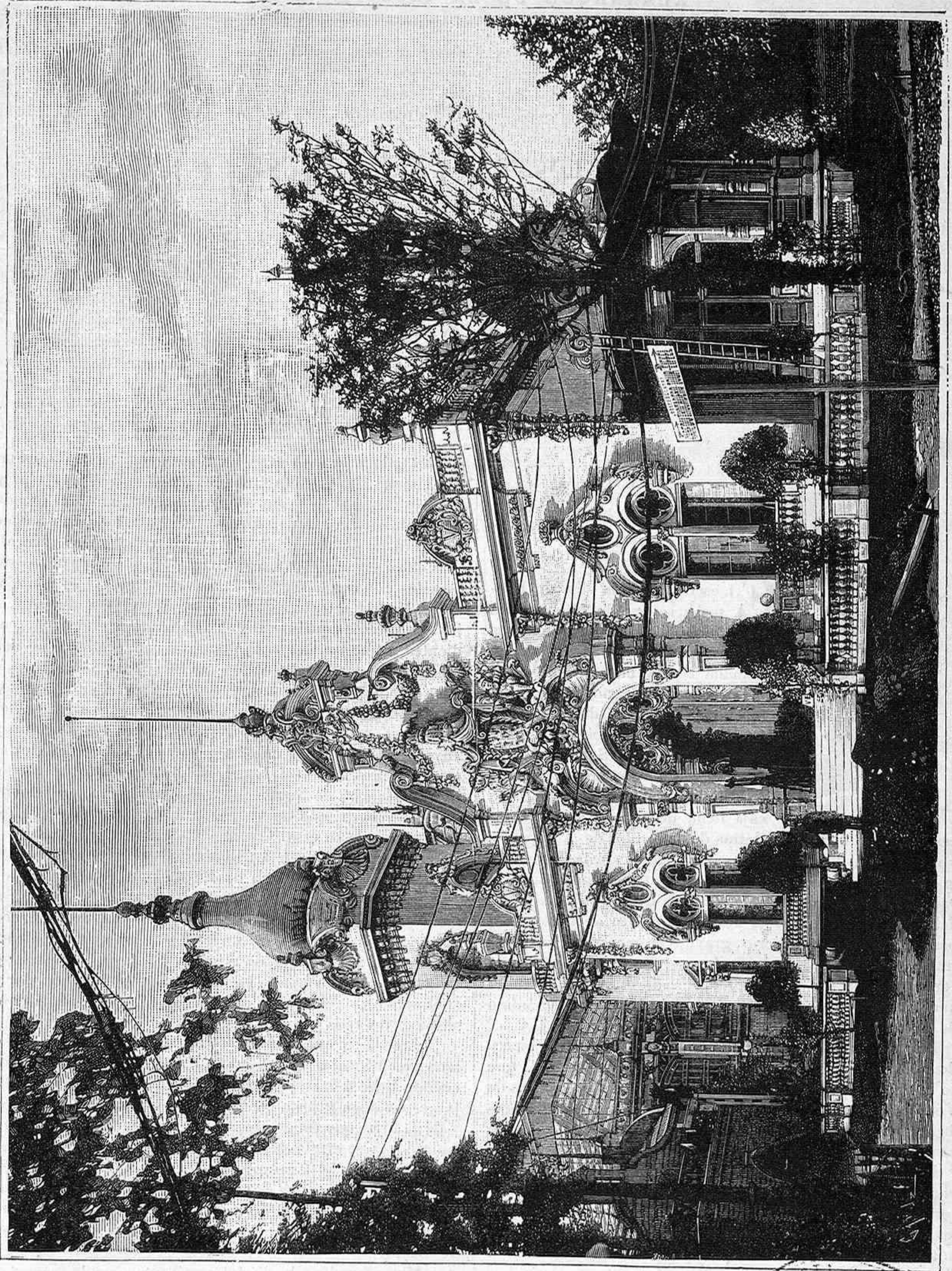
Las campanas de la iglesia, anunciando la celebración de la misa, cortaron nuestra conversación. Continuó por la tarde, en que el Hermano Estanislao me fué enseñando las dependencias de la Abadía, especialmente sus huertas y prados, cultivados con arreglo á los últimos progresos agrícolas. Pasan de quinientas las hectáreas de labranza. No cabe imaginar granja modelo más digna de este nombre. Al menos, á mí en mi ignorancia de estas cosas, me lo pareció sin duda.

Á la mañana siguiente visité el claustro, el capítulo, el refectorio y demás partes de la Abadía. Todo respiraba soledad y tristeza. Las inscripciones estampadas en los muros, los Padres que acá y allá veía al paso, orando ó leyendo; el silencio verdaderamente sepulcral que en todas partes reinaba, lo digo con franqueza, me infundían más miedo que devoción. Sin las celestiales virtudes de un San Bernardo, ó los tormentosos remordimientos de un Rancé, no comprendo que puedan vivir allí, como en casa propia y adecuada, los que, como yo, carecemos igualmente de las virtudes del primero y los dolores del segundo.

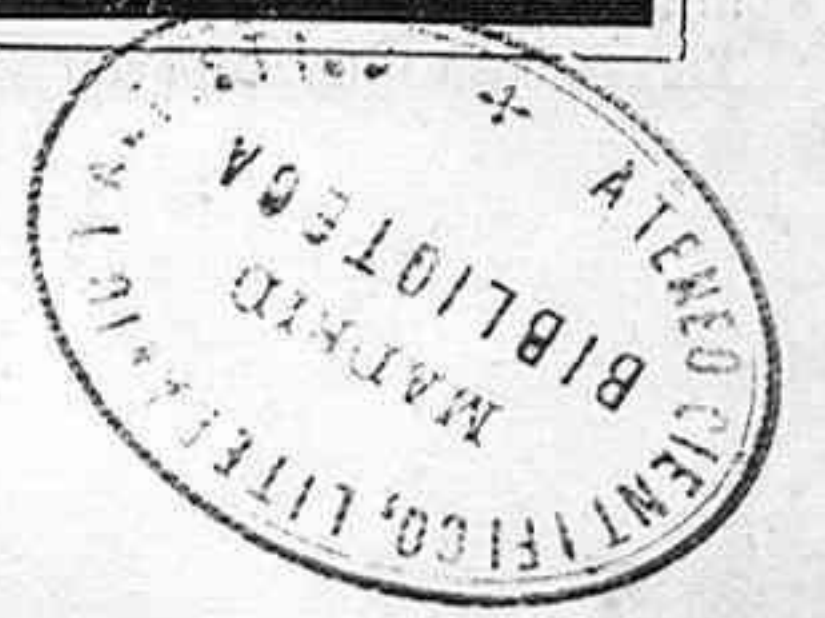
El sencillo y amigable Hermano Estanislao ¿en qué caso se encontraba? ¿Había ido á la Trapa buscando el perdón ó el olvido? No sé; pero, en ocasiones, al oírlo, me parecía que en aquel esqueleto viviente dormía un corazón vigoroso como el del hermano Zacarías, tan recordado y querido por él, que debió latir con vehemencia al contacto de las pasiones del mundo.

Mlle. Emilie, al oír, á mi regreso, el relato de mi viaje, me interrumpía á menudo con esta exclamación, que revelaba la nobleza de su alma y que sintetiza al mismo tiempo las impresiones que dejó en la mía aquella visita: «*Pauvres trappistes!*» Si, ¡pobres trapenses! ¡Y más pobres todavía los olvidados monjes españoles que allí descansan para siempre!

ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL.



PARÍS.—Pabellón de los Estados Unidos de Venezuela, en la Exposición Universal.



”.....ESTO, ESTO, Y ESTO.....”



MEDICINA NATURAL



I.

EL escribano de la villa de Fontecha, señor Salcedo, guardaba en su casa, á los sesenta años, dos tesoros, á saber: una hija de veinte llamada Teresa, buena moza y hermosa sobre toda ponderación, y un infolio de acciones del Banco de España, que le producían una renta de veinte mil duros. Sobre si heredó ó no heredó á unos tíos que tenía en Filipinas, sobre si descubrió una caja llena de onzas que los franceses dejaron enterrada detrás de la ermita de Antepardo, y sobre si con su pluma y sus uñas había escarbado más de lo debido en algunos famosos testamentos, sobre todo esto hablábase mucho en aquellos pueblos alaveses de la ribera del Ebro, para explicar el amontonamiento de su fortuna; pero Salcedo, hombre serio, grave, ceremonioso é impenetrable, no dió nunca su brazo á torcer, no tuvo amistades ni confianzas con sus vecinos murmuradores, y no permitió que ni chico ni grande se le subieran á las barbas, con ánimo de husmear de dónde había sacado tanto dinero.

Preocupóse tan sólo de asegurarlo y administrarlo bien y de cuidar con todo esmero de la educación de su hija, que se había quedado sin madre á los ocho años. Las monjas de Vergara primero, y las sabias y empingorotadas profesoras de la *Pensión Condé*, en Villefranche, cerca de Niza, hicieron de aquella simpática criatura una muchacha inteligente y despierta, *buenaza como el pan*, según decía el ama de gobierno del escribano de Fontecha, y tanto más cariñosa y corriente, cuanto más la habían pulimentado y enaltecido los estudios nacionales y extranjeros y las habilidades de la música y de la pintura, en cuyos adornos de la educación era Teresa cosa muy superior y ponderada.

Con todo se avenía su padre, menos con la idea de que un día viniera algún pirata mundano, en figura de señorito y con aspiraciones de yerno, á robarle aquella deliciosa prenda de su alma; y con nada soñaba la hermosa doncella más que con la dicha de que, de un momento á otro, la solicitara algún chico guapo, bien nacido y bien criado, que por sus especiales condiciones fuera digno de conquistar su corazón.

En Madrid, donde Salcedo y su hija vivían durante el invierno, tenía aquél necesidad de andar espantando pretendientes, como quien espanta moscas que acuden á la rica miel, y sólo descansaba de tan molesta faena desde Mayo á Noviembre, en cuya temporada residían en su magnífica finca á orillas del Ebro. Algunos ricos aspirantes de aquellos contornos, que se habían atrevido á mirar con asombro y envidia á la chica, y que bosquejaron, nada más, ciertas transparentes insinuaciones cerca del escribano, cobraron tal horror á la cara de Nerón que encontraron en la cabeza del deseado suegro, que no volvieron á parecer jamás por los alrededores de su casa.

Llegó un día á Fontecha un ingeniero de montes, recién salido de la Escuela, Juan de Luyando, hijo del valle de Ayala, recomendado al escribano por el señor Deán de Salamanca, antiguo condiscípulo suyo y tío del muchacho, con el ruego de que le buscará un guía y le diera instrucciones para recorrer las sierras de Arcena, Santiago y Salvada; y tal y tan grande simpatía logró despertar por su carácter y sobresalientes prendas en el padre y en la hija, que ésta se sintió enamorada y aquél muy decidido á ser su suegro.

El ingeniero, que conocía por la fama la hermosura y demás excepcionales cualidades de Teresa, se quedó *tamañito* cuando llegó á verla; y sin andarse en rodeos, hizo de ella tan espontánea y justa ponderación, en presencia del padre y de la hija, que éstos comprendieron inmediatamente que aquel joven se atrevería en el mundo á cosas muy grandes, cuando de buenas á primeras se había atrevido á decirles, *en su propia cara y en su propia casa*, lo que otros suelen expresar á fuerza de largo tiempo con sus miradas, con sus suspiros, con sus obsequios, con sus cartas y con toda clase de rodeos.

—Mira, Juanito—le dijo el escribano, cuando regresó el

ingeniero de su expedición á los montes — déjate de servir al Gobierno, y de andar trepando por cerros y vericuetos: mi hija te gusta, ella te quiere y yo también. Casaos: disponed de mi fortuna, vivid á mi lado tranquilamente y Dios te lo pague.

Y así lo hicieron. Luyando abandonó su carrera, y se dedicó á cuidar de su cara mitad, de su generoso suegro y de la pingüe hacienda de Fontecha. Utilizó en el arreglo y perfeccionamiento de la casa y de la huerta, del vivero de árboles, de la conducción de aguas, de los invernaderos, de las colmenas, de los grandes plantíos que abrió en la ribera, y de las labores de la labranza, cuanto había aprendido en su carrera y en sus meditadas lecturas; y más, mucho más que á este inteligente cuidado y explotación de la Naturaleza, se dedicó, con alma y vida, al culto y adoración de su amante compañera, cuyo natural talento bien cultivado y cuyo pecho amorosísimo, constituían tan atractiva y placentera armonía, que el ingeniero se creyó de veras, así como transportado á la gloria, y ensimismado en absoluto al vivir en compañía de aquella mujer, en la que el espíritu y la conciencia, limpios de toda picardía y maldad y abiertos á todas las ideas sencillas, generosas y dignas, reflejaban su perfecto y placentero equilibrio en la dulce majestad y fijeza de su mirada y en la encantadora sonrisa que constantemente bullía en sus labios.

Siguió entretanto el escribano aumentando los pliegos de su cartera de valores, y tanto como en la tarea de ir cortando los cupones, gozó durante los últimos años de su vejez en contemplar la felicidad de sus hijos y en correr por la huerta, montado en una caña, enseñando el arte militar y la equitación á los dos nietecillos, que vinieron á completar la ventura de aquella casa en los ocho primeros años del matrimonio. Al fin llegó un día en que le tocó á la muerte cobrar su interés completo en la existencia de aquel hombre, y para ello, disfrazándose de catarro pulmonar, se acercó á él, le cortó el cupón con su guadaña y se fué á hacerlo efectivo Dios sabe dónde, después de dar con la lámina de su cuerpo en la tierra miserable.

Pasados los lutos y habiendo ido á reforzar á aquella familia dos hermanas del ingeniero, volvieron á reinar la abundancia y el regalo en la casa de Fontecha, pero no la felicidad completa.

II.

Largo tiempo hacía que Luyando no sosegaba, ni se sentía satisfecho, aunque aparentemente continuaba mostrándose ante Teresa como el más dichoso de los hombres. La causa era bien grave por cierto. Su mujer corría inminente peligro de perecer el mejor día, víctima de su extraordinaria obesidad. Alta y medianamente desarrollada en su juventud, había ido su físico adquiriendo tan poderoso desenvolvimiento durante el matrimonio, que su contemplación admiraba y sorprendía á todos. Nada perdió en cambio en su espléndida belleza, sino que, al contrario, parecía que un artista de gran genio, un escultor como Miguel Angel, había ideado el

titánico desarrollo de las líneas, de las sinuosidades y del conjunto total de aquel cuerpo. En su majestuosa altura cabían bien aquellos hombros redondos y anchurosos; la prominente y avanzada curva de su pecho, y la dilatada y suave rotundidad de sus caderas. En su rostro alabastrino dibujábanse y resaltaban con delicada perfección la nariz aguileña, los breves y redondeados labios, las pobladas cejas y los negros, grandes y penetrantes ojos, y sobre sus amplias mejillas desvanecía el encantador tinte sonrosado, que daba finísimo matiz á todo aquel busto, asentado sobre arrogante garganta, á la que servían de unión con la diminuta y redonda barba, ondulada por encantador hoyuelo, triple moldura de suavísimos pliegues.

Con harta pena de Luyando y de cuantos rodeaban á Teresa, el desarrollo de su robustez continuaba en aumento, y llegaba ya á impedir que pudiera pasear y hacer ejercicio alguno de ligera violencia. Ni la vida de Madrid, ni la de Fontecha alteraban su manera de ser. Teresa resultaba cada vez más inmensa.

— ¡La señora va á reventar como el navío de la Santísima Trinidad! — decía en el pueblo el cirujano don Blas de Amochategui, visitante perpetuo de la casa, antiguo amigo del escribano y compañero de excursiones montaraces de Luyando.

Maravillábase el cirujano del sinnúmero de opiniones y remedios que el protomedicato de la corte había emitido y propinado á Teresa, á propósito de su gordura y de su curación, sin obtener resultado beneficioso alguno; y no le extrañaban las apreciaciones y tristes augurios que las gentes hacían acerca del estado y fin de tan buenisima, cariñosa y excelente dama y amiga suya. Lo que nunca pudo entender, aunque lo rumió muchas veces, fué lo que oyó afirmar á un maestro de obras, muy redicho é inflado, que vino á Fontecha á arreglar unas reparaciones de la fachada de la casa de Luyando, y el cual, fijándose en la hermosa sobrebarba de Teresa, dijo en un corro de amigos:

— ¡Esa señora es del orden corintio, porque tiene tres fajas en el arquitrave!

Una tarde que don Blas y Luyando paseaban á orillas del Ebro, el cirujano, muy decididor como siempre, y el ingeniero, cabizbajo y callado, exclamó éste:

— No adelantamos nada, amigo don Blas; el mal continúa adelante. ¿Cuánto le parece á usted que pesó ayer Teresa, cuando al pasar al jardín hice que se detuviera, sin que ella lo notara, en el plano de la báscula de la fruta?

— ¡Qué sé yo, señor don Juan, qué sé yo!

— ¡Ciento treinta y dos kilogramos!

Don Blas se santiguó y dijo:

— ¿Y qué le ha aconsejado á usted desde Madrid el doctor Herrando, á consecuencia de su última consulta escrita?

— Pues, lo de siempre; que continúe tomando el cloromato de tetrametilfosfina y que vayamos en breve á las aguas de Münster-am-Steim, cerca de Mayenza en Alemania, que son maravillosas para el caso.

Volvió á santiguarse el cirujano y añadió:

— Lo mismo le han dicho á usted de las demás que ha tomado hasta aquí.

— Lo mismo. Solamente las de Brides les Bains, en Saboya, le estuvieron bien al principio; pero ni las de Saint Royet, ni las de Kragts en Berna, ni todas las que ha tomado



en España, que son dos docenas por lo menos, le han producido efecto alguno.

Teresa y su marido partieron para Alemania á mediados de Mayo. El médico, director de Münster-am-Steim, les aconsejó que no hiciera uso de aquellas aguas y que salieran para las de Spa. Allá se fué el matrimonio, con la misma fe y valentía que si les hubieran enviado al Cabo de Buena Esperanza. En Spa tomó Teresa una preparación especial, que propinaba uno de los más afamados doctores de la localidad, y con la cual había curado radicalmente de la obesidad á media docena de reyes y príncipes. Sus efectos deberían sentirse á los cincuenta días, es decir, en Fontecha. Mientras tanto, durante la permanencia de los alaveses en el gran establecimiento, hubo aristocráticas reuniones, bailes de gran lujo y giras campestres. Teresa no pudo bailar ni girar, pero cuando se presentó descotada en los salones, produjo una revolución general, lo mismo entre los caballeros que entre las damas; y no se habló de otra cosa durante mucho tiempo, que de su hermosura, de sus arrogantes formas, y de su simpático, bondadoso y sencillo carácter.

Estaba anunciado en aquellos días un concurso de belleza, con tres premios, á cuya conquista acudieron hasta cuarenta buenas mozas de seis naciones diversas, pero ninguna optó al primero, que el jurado lo otorgó por unanimidad á Teresa, aunque ni á ella ni á su marido se les pasó por la imaginación el figurar en el certamen. No consintieron en que la retrataran, y, sin embargo, un hábil dibujante lo hizo á escondidas, en cuatro rasgos, y apareció quince días después su hermoso busto en *The Illustrated London News* (Wednesday, March 20..... 18.....) y en *The Graphic* (Friday, April 4, 18.....)

Cuando regresaron á Fontecha pesó Teresa 136 kilogramos.



Jamás se les había ocurrido á ambos esposos el encomendar la asistencia y tratamiento de la enfermedad de Teresa al cirujano D. Blas, que en todos los demás conceptos disfrutaba, como administrador y consejero, de la omnimoda confianza de la casa. ¡Cómo poner la suerte de la salud de la millonaria y muy distinguida señora de un sabio ingeniero en las inexpertas manos y romas facultades de un cirujano romancista! De esto no se había tratado nunca, ni aun en hipótesis. Don Blas, por su parte, comprendiéndolo así bien claro y sin ofenderse, al parecer, por semejante preterición, nunca dijo *esta boca es mía*, sino cuando por casualidad oyó á Luyando ponderar su desventura, y aun entonces lo hizo en las frases más lacónicas que le fué posible.

En cambio, allá en sus soledades y monólogos, mientras apuraba un litro de clarete de Labastida y consumía sus antisépticas tagarninas de á cuarto, decía guiñando un ojo, y sin soltar el humeante cigarro de entre sus colmillos:

—¡Psh! es claro: ¿por qué han de consultar á este badulaque de Don Blas? Yo no tengo título, ni borla, ni sortija de diamantes en el dedo anular. Fui barbero y luego san-

grador allá en mi pueblo de Elguea, y después practicante y operador, ¡ya lo creo!, operador en el tercero de Alava, en tiempo de la guerra, á las órdenes de mi paisano el Cid de aquellos tiempos, el general Villa Real. Allá en las alturas de San Adrián y de Arlabán, allí aprendí yo más que lo que enseñan en San Carlos; ningún doctor me vence á mí con el cuchillo en la mano, ninguno; ¡ni á ninguno le tengo miedo en *afectos externos*! ¡Qué vale estudiar mucha medicina, si no se tiene cerebro y ojo clínico! Á Teresa no la cura ningún médico, porque tienen ojos y no ven. Y lo peor es que, como se descuiden, revienta como la Real Trinidad. ¿Qué tiene Teresa? ¡Ah! eso no lo sabe nadie más que yo, es decir, lo sabe todo el que tenga sentido común, que es cualidad que escasea mucho. Además, ¡hombre, esto no se puede resistir! la gente aristócrata dice que yo no poseo ciencia, que no he estudiado; pues conste, que mienten como unos bellacos. Hoy no estudio, porque soy viejo; pero allá en mis tiempos, después de la guerra adquirí esos libros que he apilado en la campana de la chimenea, y cuyos textos me sé de memoria. Ahí están los *Remedios preservativos y curativos* de mi colega el gran cirujano Miguel Martínez de Leiva, de Santo Domingo de la Calzada; y la *Polianthea medicio speciosa*, de Gómez de la Parra, que me tradujo el guardián de Aranzazu, con la otra *De morbis in sacris litteris*, del valenciano Moles, y las *Reflexiones anticólicas y experimentos médico-galénicos* del doctor Ribera, y el *Tratado completo de cuartanas* de Curriel, el de Ponferrada, y ¡qué demonio! respecto á gorduras y sus peligros, ya lo dijo el médico, ó médica, ó lo que fuese, Doña Oliva del Sabuco (que esto nadie lo sabe), que *es gran peligro engordar, porque luego tiene de malo el gran cremento, gran decremento, que es gran enfermedad*. En fin, venga otro trago y otro cigarrillo, y si Teresa revienta, yo me lavo las manos, como el gobernador de los judíos, que el diablo haya.

La dura necesidad, que todo lo autoriza y acomete, hizo al fin que Luyando, viendo marchar á su mujer de peor en peor, se decidiera á *dar un salto en las tinieblas* (así lo creyó muy serio para sí mismo), al tratar con Don Blas del estado de aquélla, y de la manera de hacer el milagro de salvarla.

—Nada nos falta en este mundo, como usted ve, amigo Don Blas—dijo el ingeniero;—tenemos riquezas, comodidades, hijos hermosos, nombre respetable, muchos y buenos amigos; nos idolatramos como el día en que el cura nos echó la bendición, y más aún si se quiere: vivimos en la mayor de las venturas, el uno para el otro; y ¡oh dolor! esa obesidad progresiva, ese desbordamiento de la naturaleza de Teresa destruye nuestra felicidad y nos amenaza con la más tremenda de las desgracias, con su pérdida.

El cirujano encendió una tagarnina, miró frente á frente á Luyando, y dándole un par de golpecitos en la espalda le dijo:

—Si usted quiere que la cure, la curaré: el problema es fácil, pero necesita pensarse bien, porque hay que practicar una operación espantosa y muy larga, para la cual no sé si tendrá usted valor. Esta tarde, señor Don Juan, iremos solos de paseo, y allí hablaremos.

El ingeniero, al oír esto, se arrepintió de haber apelado á Don Blas, porque, según lo presumía, le iba á proponer éste alguna solemne barbaridad. Quiso replicar, pero el cirujano, adelantándose, continuó:



EXPOSITION UNIVERSELLE DE PARIS.—Pabellón de la República de Bolivia en el Campo de Marte.

—Con que, hasta la tarde. Aquí—añadió, dándose con el puño en la frente—hay mucho cerebro y mucho ojo clínico. Yo sé lo que tiene Teresa, y respondo, por consiguiente, de cómo ha de curarse. No hablemos más.

Aquella tarde, desde las cuatro hasta las siete, duró el paseo de los dos amigos. Don Blas habló mucho y muy bueno, tanto y tan bien, que el ingeniero se quedó como quien ve visiones, conformándose en absoluto con la opinión de aquél. Cuando en diferentes ocasiones vaciló, le dijo el cirujano:

—¡Nada, señor mío, ó la vida ó la muerte!

—Pero.....

—¡Nada, ya lo sabe usted! Hagamos *esto, y esto, y esto*, y tiene usted mujer para siempre.



Profunda melancolía se apoderó del espíritu de Luyando desde aquella fecha; ni durmió con sosiego, ni pudo encontrarse bien en ninguna parte. Encerrábase largas horas en su gabinete de estudio, y allí permanecía inmóvil, con la frente apoyada entre las manos, hasta que Teresa le sorprendía y le acosaba, tratando en vano de averiguar la causa de la súbita transformación de su carácter y de sus habituales ocupaciones. Otras veces, al cabo de larga meditación, prorumpía en sonoras carcajadas y dejaba á su mujer tan aturdida, como cuando le veía preocupado y triste. Así pasaron quince días; él, ensimismado en sus reflexiones; Teresa, suspirando y afligida, creyendo que su marido se volvía loco, y Don Blas diciéndole al oído, siempre que le encontraba á solas:

—¡Ó la vida ó la muerte! ¡Ánimo!

Para distraer sus tristezas, montó Luyando á caballo varias tardes y se fué de paseo por los pueblos inmediatos. Con gran sorpresa de la gente de su casa, en vez de regresar al anochecer, lo hacía muy tarde, allá cerca de la media noche, y algunas veces una hora después.

—¿Dónde te metes, Juan de mi vida?—le preguntaba Teresa al verle llegar.—¿Por qué me haces esperar tantas horas? ¿Cómo quieres que cenemos á las doce de la noche?

—Déjame en paz, Teresa—contestaba el ingeniero mal humorado;—vengo del monte, de espera de ciervos y rebecos. Yo ya he cenado.

—¿Dónde?

—En una venta de la carretera de Orduña.

Y sin dar á su esposa el tradicional beso de despedida, se iba á su alcoba y roncaba como un órgano desafinado.

Teresa encargó á las hermanas de Luyando que le aconsejasen que no perseverara en aquella vida irregular; y éste, al oírlas, las echó de su cuarto con cajas destempladas.

Un día recibió su esposa la visita de unas amigas íntimas, que tenía en el inmediato pueblo de Bergüenda, unas *mayorazgas* de muchas campanillas, consumidas de envidia desde que se había casado con el ingeniero. Hablaron de mil cosas corrientes, y cuando estuvieron á solas con ella, dijo la mayor de aquellas solteronas:

—Por cierto, Teresa, que hemos sabido con gran dolor lo que ocurre con tu marido.

Teresa, á pesar de sus muchas arrobos, saltó de su asiento y exclamó:

—¡Con mi marido! Pues ¿qué le pasa? Estáis equivocadas sin duda: á mi marido no le ocurre nada.

—¡Cálmate, mujer!—añadió la otra hermana;—la cosa no es nueva, ni tiene nada de extraño; pero lo cierto es que no hay otra conversación en todos estos pueblos.

—Pero ¿qué es ello? Por Dios, ¡no me atormentéis! ¡Decídmelo!

—Nada, chica, nada: cosas de los hombres; percances á que estáis expuestas las casadas.

—¡Imposible! Juan es incapaz de faltarme; me insultáis villanamente, y os ruego que no volváis á visitarme: ya lo sabéis—exclamó Teresa enfurecida, señalando la puerta con ambas manos.

—Perdónanos, amiga; nosotras veníamos á consolarte, y vemos que nos hemos equivocado. Adiós, pero conste que parece mentira que no sepas lo que sabe todo el mundo: que tu marido está perdidamente enamorado de la molinera de Puentelarrá, y que han estado juntos hace ocho días en la feria de Miranda.

Teresa lanzó un grito y cayó en el suelo desvanecida. Las mayorazgas se fueron, y como Luyando no estaba en casa, llamaron sus hermanas á toda prisa á D. Blas, el cual acudió solícito y logró muy pronto que el ataque se desvaneciera. Nadie supo darse cuenta de lo que había pasado. Teresa, una vez vuelta en sí, prorumpió en profundo llanto, y en él continuó hasta las once de la noche, en que llegó su esposo. Negóse á recibirle, y ambos pasaron la noche en vela, cada cual en su cuarto, maldiciendo de su pícara fortuna. Cuando al día siguiente se vieron á solas, desató Teresa toda su furia contra Luyando, que escuchó sin chistar el desarrollo de aquella formidable tormenta que caía sobre su cabeza, fumando impávido media docena de cigarrillos mientras el chubasco terminaba. Al fin, su esposa, rendida de hablar, se calló, y él dijo gravemente:

—Cambiaré de vida, te lo prometo; no volveré más á Puentelarrá, ni á ninguna parte.

—¡Vete á donde quieras, infame!—repuso ella,— porque ya entre nosotros todo ha concluido. Cogeré mis hijos y me iré á Madrid; lejos, muy lejos; donde no nos veas más.

Luyando empezó á cumplir su palabra, pero á los quince días, con motivo de realizar unos negocios en Haro, salió de nuevo de casa. Al siguiente se presentó D. Blas á Teresa, y llamándola á un gabinete separado, la dijo:

—Señora mía, veo con sentimiento que Juan está dado al mismo demonio; aquí tiene usted una carta suya, que acabo de recibir, en la que me dice que anoche perdió seis mil duros en la banca en el casino de Haro, y que le envíe cuatro mil que debe y otros seis mil para desquitarse. Tenga usted resignación, señora, y vamos á ver cómo arreglamos esta desgracia del mejor modo posible. Los hombres somos muy malos, rematadamente perversos, y hay que tomarnos tales cuales somos.

Teresa creyó volverse loca de dolor. Entregó las llaves de la caja de fondos á D. Blas, y contestó:

—¡Hágase la voluntad de Dios! Envíele usted ese dinero

y dígame, de mi parte, que no vuelva á esta casa. ¡Pobres hijos míos!

Trémula y delirante sufrió varios amagos de congestión, que el cirujano corrigió á tiempo con solícito esmero y magistral acierto. Entretanto, Luyando anunció á D. Blas que había perdido cuanto le envió, y que se iba á las ferias de Burgos á distraerse, para lo cual necesitaba alguna fuerte cantidad más.

Como pudo, enteró á Teresa el cirujano de esta nueva hazaña, cuando, ya convaleciente, la recomendó que saliera á pasear por el jardín. Don Blas, al contestar al ingeniero, puso esta nota á la terminación de la carta:

Ciento diez y seis.

Teresa vistió de luto como si hubiera enviudado, y se dedicó á pasar algunas horas en la iglesia todas las mañanas, lo mismo en los días serenos y despejados, que en los crudos y lluviosos. Un día, al volver de la iglesia, oyó á unos mozalbetes, que decían en un corro:

—Ahora dicen que se ha marchado á Sevilla con una bailarina.

Aquello era una nueva puñalada dirigida contra su corazón. Con ánimo esforzado preguntó á D. Blas, al llegar á casa, si tal noticia podía referirse á su marido.

—Sí, señora, por desgracia. Ocho días hace que me escribió pidiéndome más dinero, y diciéndome que salía para Andalucía: lo de la bailarina no lo sé, pero de seguro que solo no se ha marchado. Y el caso es que ya ha consumido todos los fondos disponibles y pide más dinero. Yo creo, mi Sra. D.^a Teresa, que podíamos vender algunas acciones del Banco.

—Véndalo usted todo—exclamó la acongojada esposa;—venda usted mis alhajas y luego las fincas, y que lo consuma todo, en justa expiación y castigo para mí, por haberle querido. Yo me retiraré á Vitoria; sacaré á mis hijos del colegio y, si no tenemos más, nos iremos al Hospicio.

—Bueno, señora mía; haremos lo que usted disponga.

La señora no salía de casa sino para ir á la iglesia, y únicamente paseaba por el jardín acompañada de sus cuñadas, de D. Blas y del cura del pueblo. Jamás quiso leer una sola de las cartas que éste recibía de su marido, y llegó á no pronunciar nunca su nombre. Á los once meses de su ausencia puso el cirujano al pie de su firma, en la carta al ingeniero, esta cifra:

Noventa.

Pasado el triste, tristísimo invierno en Fontecha, sin que ni un solo día dejase de ir muy de mañana á la iglesia, cuando llegaron los hermosos días de Mayo pudo Teresa alargar sus pasos hasta las cercanías del pueblo. El cirujano se lo participó así á su esposo, añadiendo en la postdata:

Ochenta y cuatro.

Al aproximarse de nuevo el mal tiempo, notó D. Blas algunos síntomas de ictericia en la señora, pero no le alarmó esto tanto como la nota final de una carta de Luyando, que decía:

Yo sesenta y ocho.

—¡Diablo, esto es grave!—exclamó.—Yo no había pensado en semejante peligro. ¡Qué majadero soy! Aquí ha hecho carambola mi medicina natural. Preciso es pensarlo bien, señor cirujano, y prevenir mayores males.



El día de Santa Teresa se celebró siempre en la casa de la señora con gran regocijo, pero en aquellas tristes circunstancias nadie se atrevió á proponer que hubiera solemnidad alguna. Ella, sin embargo, llamó de víspera á D. Blas y al cura, y les dijo:

—Mañana es mi santo; los pobres no tienen la culpa de lo que á mí me ocurre, y no quiero privarles de la limosna anual con que lo celebran. Por la mañana temprano visitaré á los enfermos del pueblo, y al mediodía se dará comida á cuantos acudan al portal. Y por si es, como será, el último año en que vivo en esta casa, yo les invito á ustedes á comer conmigo.

Con entera exactitud se cumplieron sus órdenes. Visitó muy de mañana á ocho enfermos y ancianos, dejándoles una corta limosna; dióse de comer á treinta menesterosos que acudieron de toda aquella comarca, y los dos convidados honraron la mesa de la señora y de sus cuñadas. La comida fué triste y silenciosa. Después del café, el cura se marchó á la iglesia, las hermanas de Luyando al jardín, y D. Blas quedó solo con la dueña de la casa.

—Me parece, señora—dijo el cirujano—que no estará mal el que, aprovechando este día, le dé á usted noticia del estado de las cuentas que yo administro, por su bondad de usted, desde hace algún tiempo.

—Se lo iba á proponer á usted, Sr. D. Blas, por que hoy mejor que nunca, debo yo apurar el cáliz de mi amargura—contestó Teresa.

—La tarea es muy fácil—añadió el administrador, sacando una gran cartera del bolsillo, y trayendo á la mesa un paquete, que había dejado debajo de su sombrero en una silla; detalles que sorprendieron grandemente á la señora.

—Estos son los justificantes—continuó diciendo D. Blas; dígnese usted, pues, oír, señora.

—Estoy á sus órdenes de usted, amigo mío.

El cirujano desdobló un pliego y leyó:

—Cantidad perdida por Luyando en Haro, seis mil duros; cantidad que exigió que se le remitiera además, otros seis mil; cantidades enviadas á Burgos: primero tres mil, luego dos mil; cantidades enviadas á Madrid y Sevilla, en dinero, cuatro mil; de modo que: seis y seis doce, y tres quince, y dos diez y siete, y cuatro, veintiún mil duros. ¿No es esto?

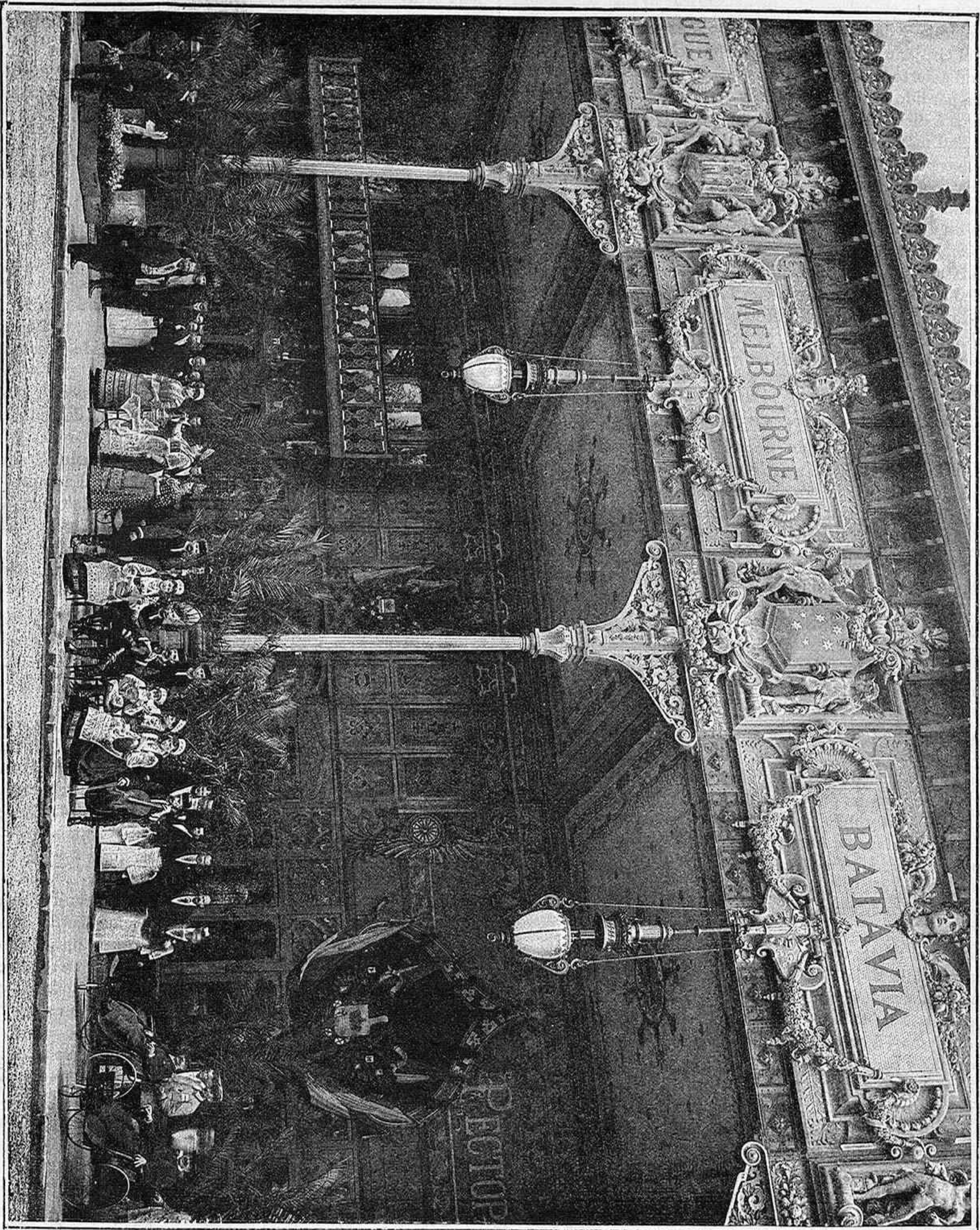
—Sí, señor.

—Bueno, veintiún mil duros; bueno; pues aquí tiene usted: mil, dos mil, tres mil, cuatro mil....—y conforme contaba iba sacando de la cartera y poniendo ante la señora, en fila, paquetes de billetes del Banco de España por el valor que decía, hasta completar aquella suma.

Teresa, sin saber lo que le pasaba, y mirando alternativamente y con espanto al cirujano y los billetes, dijo:

—Pero, Sr. D. Blas, ¿qué es esto?

—¡Calma, señora, calma! permítame usted que termine la liquidación general. Bueno. Además de ese dinero me entregó usted sesenta acciones del Banco. ¿No es verdad?



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS.—El «Restaurant» ruso en el Palacio de Bellas Artes.



—Sí, señor.

—Sesenta acciones; pues bien, tómelas usted — añadió el cirujano abriendo el paquete y poniéndolas ante la vista de Teresa.

—¡Pero, Sr. D.....! — exclamó ésta.

—¡No me equivoque usted, señora, y déjeme que siga contando! Me dió usted luego un collar de brillantes; bueno; un aderezo de oro y brillantes, bien; ochenta onzas de oro de Carlos IV; bueno; y..... ¿nada más?

—Nada más.

—Pues aquí están — continuó D. Blas sacando del paquete los estuches correspondientes y cuatro rollos de oro.

Teresa se había puesto en pie movida por terrible agitación nerviosa, y diciendo con voz entrecortada:

—¡Pero Dios mío!..... ¡pero Sr. D. Blas!..... por favor..... ¡Yo creo que me vuelvo loca!..... ¡Yo no puedo recibir esos valores!.....

—Siéntese usted y oígame, señora mía. Estos valores son de usted, y jamás han salido de su casa. ¿Desea usted descifrar este misterio?

—Sí, amigo mío; pero sin perder un momento.

—Eso no puede ser, porque sólo Luyando podrá descifrarlo.

—¿Él?

—Él.

—Yo he jurado que jamás volveré á verle.

—Déjese usted de juramentos. ¿Cree usted que es verdad que éstos valores que tiene usted ante sus ojos son los suyos?

—Indudablemente.

—¿Cree usted que esto es verdad?

—No puedo dudarlo.

—Pues conste, Sra. D.^a Teresa, que tan verdad como es esto, es el que su marido no la ha faltado á usted jamás.

Teresa, al oír al cirujano, se apoyó en la pared para no caerse, y gritó, con los ojos casi fuera de las órbitas:

—¡D. Blas, usted miente! ¡usted quiere burlarse de mí!

—Gracias, señora. Muy pronto se convencerá usted de lo contrario.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo; cuando su esposo se lo cuente todo.

—¿Él?

—Él, porque creo que no se negará usted, ante la prueba que tiene delante, á someterse á la otra que él le dará.

—Pues entonces ¿qué ha pasado aquí?

—La cosa más sencilla del mundo.

—Pero ¿sostiene usted que mi marido es inocente?

—Se lo juro por la memoria de su padre de usted. No hablemos más, porque las señoritas se acercan.

Teresa, no pudiendo contenerse, cogió de las manos á don Blas y le dijo en voz baja:

—¿Cuándo llegará Juan?

—A las siete de la mañana. Esta misma noche enviaré un propio á Miranda, donde aguarda mi aviso.

Pasáronse las primeras horas de la noche en la tertulia haciendo el gasto el cirujano, con sus cuentos interminables y sin que Teresa pronunciara una palabra. ¡Tan violenta era la conmoción que sentía! Se retiró muy temprano á su gabinete, y allí cayó de rodillas y lloró, al entrever en las tinieblas de su amarga existencia el rayo de luz de la

esperanza. Después, en vez de acostarse, abrió las puertas del mirador que da á la carretera de Miranda y fijó sus ojos en los lejanos horizontes, en aquella noche oscura cubiertos de nubarrones, que el viento empujaba, dejando ver de cuando en cuando algunas estrellas entre la tenebrosa inmensidad del cielo.

Allí estuvo toda la noche, sin apartar la mirada del final del camino, pidiendo á Dios que no destruyera sus esperanzas y pronunciando entre sollozos el nombre de su marido. Poco antes de las seis de la mañana lucieron los primeros resplandores de la aurora, y mucho antes de las siete vió aparecer un coche en la revuelta del camino. Abrió las vidrieras del mirador, quiso gritar y no pudo; la emoción detuvo la voz en la garganta, sintió que una nube pasaba por sus ojos y cayó en el gabinete sin conocimiento.

A la entrada del pueblo esperaba D. Blas al coche, agitando su pañuelo. Luyando se precipitó en sus brazos, y el cirujano, apartándole con cariño y mirándole con atención, le dijo:

—¡Pero D. Juan, usted no es el mismo! ¿Dónde están aquellas carnes y aquellos colores? ¿Qué canas son esas que cubren su cabello y sus barbas?

—Amigo D. Blas—repuso el ingeniero abrazándole de nuevo—¿cree usted que se pueden sufrir impunemente ciertas operaciones de la medicina ó de la cirugía natural? ¿Y Teresa?

—Ahora la veremos; vámonos, vámonos aprisa, porque la pobre está de seguro más muerta que viva. No sé lo que va á suceder aquí.

La señora, que excitada por su agitación nerviosa, había vuelto rápidamente en sí, se precipitó hacia la escalera cuando su marido entraba en el portal.

—¡Ahí la tiene usted curada!—exclamó D. Blas—¡ahí tiene usted la mitad de la mujer que usted dejó al marcharse! Apenas pesa ochenta kilogramos.

La verdad es que los esposos retrocedieron al verse; tan cambiados estaban. Luyando había enflaquecido y encanecido considerablemente. Teresa no era ni sombra de lo que fué. Un frenético abrazo los confundió en cuanto cada cual pronunció el nombre del otro. Con el ingeniero llegó su tío, el deán de Salamanca, el amigo de la infancia del escribano de Fontecha, testigo de mayor excepción de cuanto había ocurrido.

Cuando pudo Teresa desasirse de los brazos de su marido, recobró su serenidad, y dijo:

—He sido víctima de un engaño, de una alucinación ó de una farsa; y por Dios te pido, Juan, que, para que no me vuelva loca hoy mismo, para que haya calma en mi corazón, me expliques antes que todo, qué misterio tan hondo es éste, que tan desgraciados nos ha hecho, aunque, al parecer, vuelve á sonreírnos una felicidad que yo no puedo aceptar si no la comprendo como debo.

—Imposible me es á mí, Teresa—contestó Luyando—explicarte nada, en estos momentos solemnes, porque ni tengo ánimo, ni palabras para ello. Pero aquí está D. Blas, autor de todo, y de nuestra verdadera felicidad, que es el que aclarará esto, que para tí es un misterio.

—Nada más lógico, sino que yo lo haga, ya que soy el reo, el criminal y el casi asesino de ustedes dos—dijo el cirujano;—siéntense todos, pues, que yo, con sosiego, mien-

tras fumo mi veguero de á cuarto, he de satisfacer, en cuatro palabras, la natural curiosidad de mi señora doña Teresa.

Alargó el canónigo un buen habano á D. Blas, el cual lo rechazó cumplidamente, diciendo:

—Perdone su paternidad, señor deán; esos tabacos no me saben á mí á nada; yo lo he gastado siempre de lo fuerte, como gasto todas mis cosas; y si no que lo diga Luyando, y que lo diga Teresa, después que me oigan.

VI.

Encendió D. Blas su tagarnina, se plantó en medio del corro de sus queridos amigos, y habló de esta manera:

—Bien saben ustedes que hace año y medio, poco más ó menos, Teresa había adquirido una obesidad tal, que pesaba doce arrobas ó cosa semejante. En una mujer tan joven, ese desarrollo era una enfermedad muy peligrosa. Así lo comprendió Luyando, y sin alarmar para nada á su mujer, la llevó á Madrid, consultó el caso con una docena de doctores, y cada cual la propinó un tratamiento diverso. Muchas aguas medicinales, más ó menos indicadas para el caso; muchos preparados químicos, cuyos nombres solos son una verdadera locura, y en fin, mucho tiempo y mucho dinero gastados en balde. Recorrió Teresa gran número de establecimientos hidroterápicos de España y del extranjero, tomó un sinnúmero de metolotajes y.... nada, Teresa cada vez más gorda. A mí me causaba profunda pena lo que ocurría; pero como yo no era quién para meter cucharada en el asunto, me callé y dejé rodar la bola. Al fin, desesperado Luyando, se decidió, ¡Dios se lo pague!, á consultarme el caso, y yo.... que sin modestia, señores, después de cincuenta y cinco años de práctica de la verdadera medicina natural, que es la observación, me creo tan doctor médico y tan sabio como los demás, le dije sin ambages ni rodeos:

Mire usted, amigo mío, su mujer de usted padece de «exceso de felicidad». Tiene riquezas, hijos angelicales, hermosura; un marido que es un santo, que ni fuma, ni juega, ni se enfada nunca, ni se atreve á echar un terno redondo; se idolatran ustedes como dos tórtolos; siempre salen juntos; no hay capricho que Teresa tenga que usted no satisfaga, y, en fin, su mujer de usted goza de una dicha completa, y no tiene ni por asomo, ni un día de mal humor, ni un solo quebradero de cabeza. ¡Qué ha de suceder! El corazón de esa señora late á sus anchas en un pecho lleno de calma y de ventura; la sangre circula poderosa y limpia como las aguas del Ebro cuando se derriten las nieves; y, es claro, el organismo se encuentra repleto de ganancias y va depositando manteca por todos sus dominios. Si la felicidad y la gordura continúan creciendo, se queda usted sin mujer antes de dos años.

Ya conocemos la causa del mal; vamos, pues, á poner el remedio. Y le dije terminantemente: «Va usted á hacer esto, y esto, y esto.» Es preciso que esa abrumadora felicidad doméstica concluya ó se suspenda por algún tiempo. ¿Cómo? «Pues proporcionando gradualmente á su mujer de usted una serie de malos ratos». Hágase usted un poco cala-

vera; váyase usted por ahí á picos pardos, ó á lo menos que así lo parezca y que lo sepa ella; hágase usted jugador, un tanto *perdis*, y verá usted cómo afloja la gordura. En obsequio á la verdad, debo declarar que Luyando se negó siempre á realizar mi plan; ante cuya negativa yo insistí en este dilema: «Ó la vida ó la muerte.» Se decidió al fin á aparentarlo, y preparamos la comedia de la molinera de Puentelarrá, á cuya casa fué á merendar Luyando conmigo varias veces; pero sin pasar más adelante, porque aquella buena mujer ha sido y es tan honrada como la primera. Pero la murmuración pública, con cuyo decidido concurso contaba yo de seguro, nos sirvió á maravilla. En aquella campaña de disgusto perdió Teresa ocho kilogramos. Convencido Luyando de la eficacia del procedimiento, convino conmigo en lo de la expedición á Haro, á Burgos y á Sevilla, en las pérdidas del juego y en las escapatorias con las suripantas; mentira todo ello, porque la verdad es que desde aquí marchó á Salamanca á casa de su tío, y que allí ha estado tranquilamente durante diez y ocho meses.

—Es verdad—exclamó solemnemente el señor deán.

Le dí cuenta detallada del curso del enflaquecimiento constante de su mujer, kilogramo por kilogramo; y ¡torpe de mí! no me figuré que él también, apenado por la ausencia y por los remordimientos de lo que hacíamos padecer á Teresa, se enflaquecería y se encanecería tan terriblemente como se ha encanecido. Me rogaba en sus cartas que diera por terminada la experiencia cuanto antes, y en fin, temiendo que por curar á la mujer nos quedáramos sin el marido, resolví detener el empleo de mi medicina natural y.... aquí la tiene usted, señor D. Juan, flaca, madrugadora, ágil y curtida en su corazón por el azote de las amarguras que, créanme ustedes, son de cuando en cuando muy convenientes para que el exceso de la felicidad no nos convierta en idiotas ó no nos ahogue en manteca. No tengo más que decir.

—No le perdonaré á usted nunca, señor D. Blas, los horribles tormentos que me ha hecho usted pasar—exclamó Teresa, besando las manos del viejo, á quien todos los circunstancias contemplaban con extrañeza y asombro.

—Menos me hubiera usted perdonado desde el otro mundo el que yo no evitara, como podía y debía hacerlo, su eterna separación de esta familia, de su esposo, de sus hijos y de este cirujano viejo, que les quiere á ustedes como si lo fueran suyos.

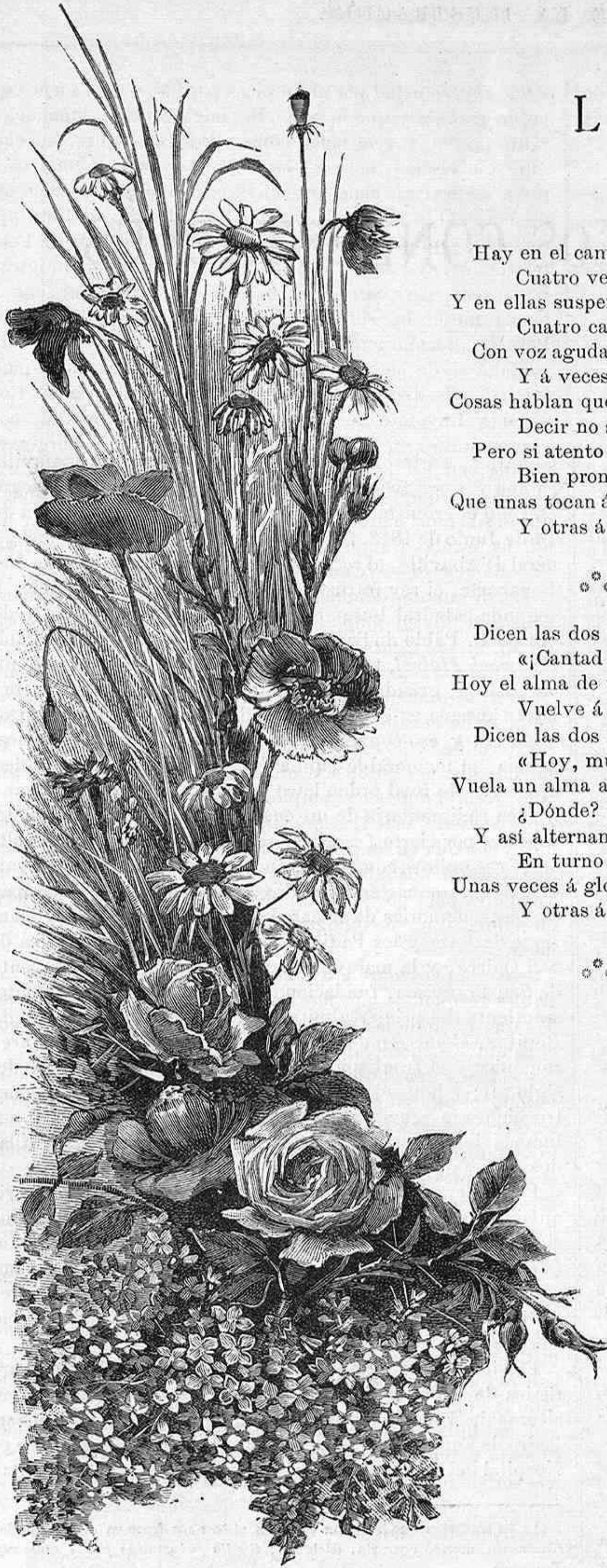
—Lo cual nos obliga—añadió Luyando—á rogarle que desde hoy viva usted con nosotros, ya que cual á un verdadero padre le consideramos.

—¡Eso no! Respeten ustedes la santa libertad de que siempre he gozado en mi casa, donde, como vivo solo, vivo á mi gusto. Al cambiar de residencia, seguramente se cumpliría en mí aquello de *á jaula nueva, pájaro muerto*; y conste que yo no me quiero morir, después de haber asegurado la vida de Teresa.

Y no hubo medio de que D. Blas cambiara de opinión. Cuando volvió á su modesta vivienda, y celebró con algunos sorbos más la nueva felicidad de sus amigos, exclamó con aire de triunfo dándose palmadas en la calva:

—¡Aquí hay mucho cerebro y mucho ojo clínico!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



LAS CAMPANAS

Hay en el campanario
Cuatro ventanas
Y en ellas suspendidas
Cuatro campanas.
Con voz aguda á veces
Y á veces grave,
Cosas hablan que el labio
Decir no sabe.
Pero si atento escucho,
Bien pronto advierto
Que unas tocan á gloria
Y otras á muerto.

Dicen las dos menores:
«¡Cantad victoria!
Hoy el alma de un niño
Vuelve á la gloria!»
Dicen las dos mayores:
«Hoy, muda y grave,
Vuela un alma afligida....
¿Dónde? ¡Quién sabe!»
Y así alternando tocan,
En turno incierto,
Unas veces á gloria
Y otras á muerto.

Yo sé que por las tardes,
Por las mañanas....
¡Siempre!... he de oír las voces
De las campanas.
Mas ¿quién sabe en su turno,
Siendo tan vario,
Qué tocarán los bronce
Del campanario?
Yo, por más que medito,
Jamás acierto
Cuándo ha de ser á gloria
Ni cuándo á muerto.

¡Qué importa! En los espacios
Desvanecido,
Su clamor siempre es eco
De algún gemido.
Recordando en qué para
La humana escoria,
Siempre al mundo repiten
La misma historia.
Y ya alegres, ya tristes,
Ello es lo cierto
Que aunque toquen á gloria
Tocan á muerto!

FEDERICO BALART.

PENSAMIENTO

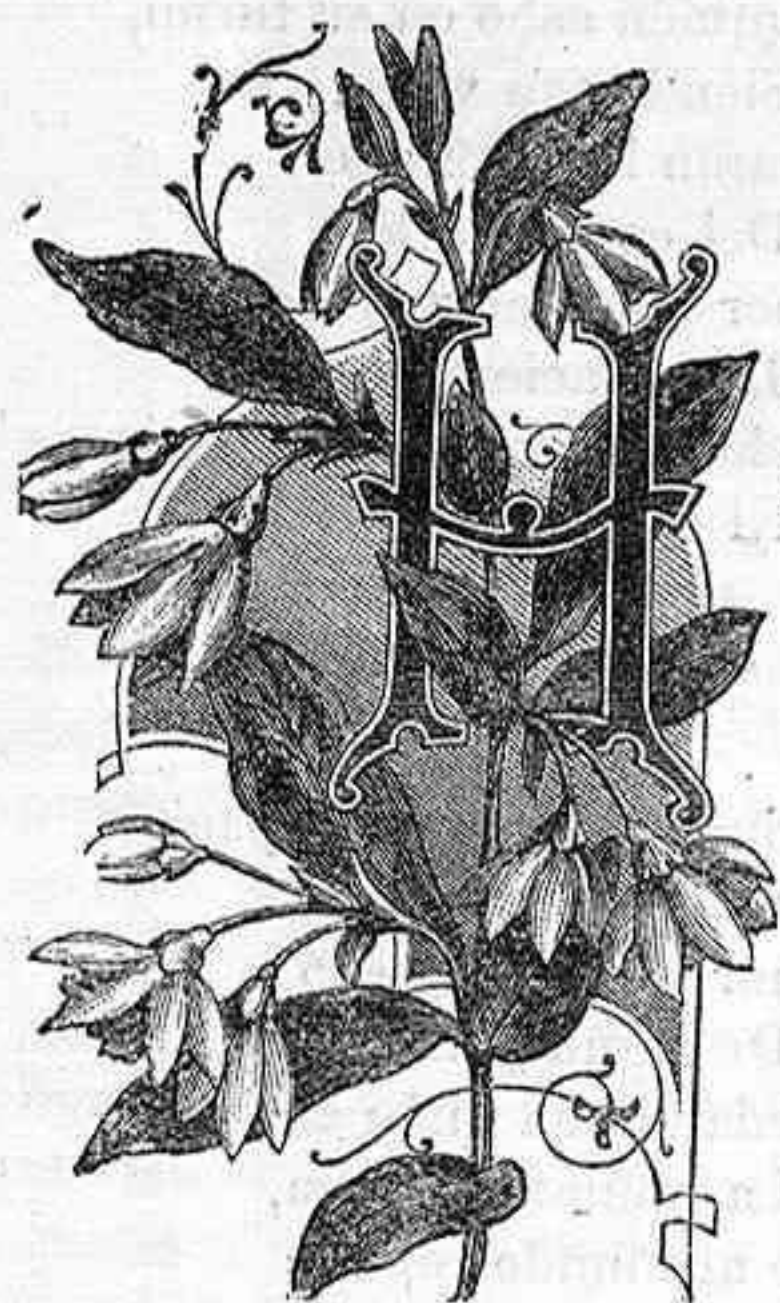
Baña el rocío en la estival aurora
El cáliz de la flor,
Mas ella nunca sabe quién le envía
Consuelo y salvación.
Cuando el llanto que brota de mis ojos
Alivia mi dolor,
Cual rocío del alma le bendigo.
¡Sé que viene de Dios!

EDUARDO S. DE CASTILLA.





EL PALACIO DE LOS CONDESTABLES



I.

OJEANDO un día, hacia mediados de Marzo del corriente año, el libro titulado *Burgos*, del malogrado escritor D. Augusto Llacayo, leí: «*Palacio del Condestable*. Con profunda pena lamentamos que se haya vendido este histórico edificio, destinado ya á ser derribado para levantar en sus solares modernas edificaciones. ¡En vano han sido las súplicas de

la respetable é ilustrada Comisión de monumentos artísticos de Burgos! ¡Estériles sus excitaciones y protestas!»

Hijo amantísimo de Burgos, idólatra de sus magníficas glorias, que son glorias de la nación española, porque aquella ciudad es *Caput Castellae* por derecho propio desde la fundación del Condado de Castilla, hirióme en el alma la sentida lamentación del autor de *Burgos*, y acto continuo, sin cerrar el libro, escribí á mi amigo, paisano y distinguido compañero en la prensa periódica, Sr. D. Jacinto de Ontañón, director de un periódico burgalés, pidiéndole datos exactos acerca de noticia tan deplorable; y he aquí la contestación que recibí, con fecha 19 del mismo mes:

«Efectivamente, el Palacio del Condestable (hoy destinado á Capitanía general del distrito) está amenazado por la piqueta demoledora: hará unos cuatro años que el señor Duque de Frías, su propietario, le enajenó en unos cuarenta mil duros, y le compró un sujeto que tenía almacenes de comercio en el edificio; el nuevo poseedor solicitó licencia para derribarle, con objeto de edificar de nueva planta en los solares, y el Ayuntamiento se vió en la necesidad de concedérsela, con harto pesar suyo; posteriormente, animada la Corporación municipal del mejor deseo, ha celebrado un contrato de alquiler, temporal, del histórico Palacio, y á ese contrato se debe la conservación, hasta ahora, del edificio; pero muy pronto, si Dios no lo remedia, la piqueta demoledora se encargará de hacer que desaparezca para siempre la histórica y artística morada de los antiguos Condestables de Castilla.»

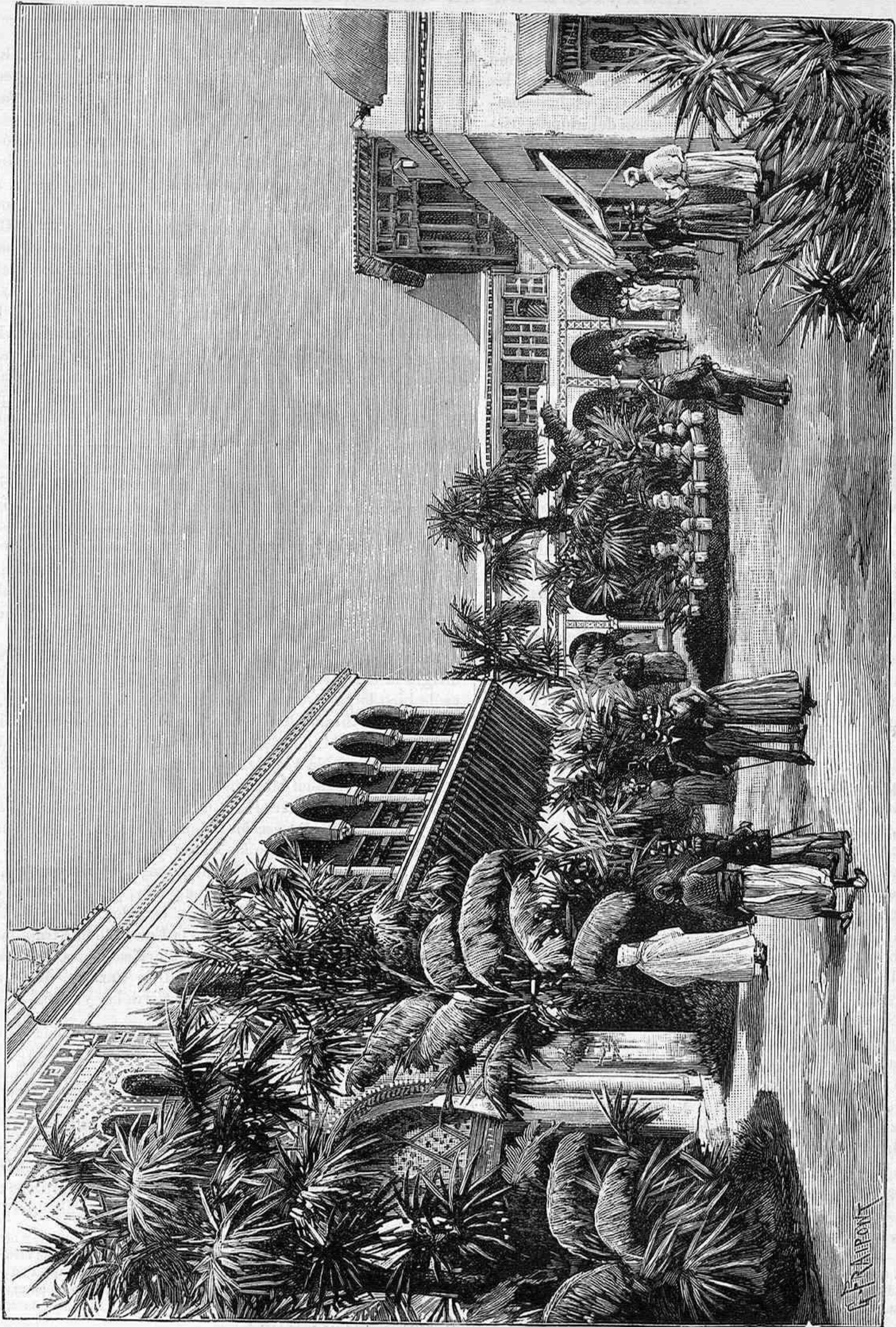
¡Ay! ¡Parece que es Burgos, en el presente siglo, la ciudad de los tristes destinos! Tenía un soberbio alcázar cuya historia es poema de grandezas, fundado por el conde Fernán

González, «artesonado e labrado como cosa de maravilla, ca non parece fecho por manos de omes mortales», según escribió el cronista Ayala; y en la infausta madrugada del 13 de Junio de 1813, fué volado con 6.000 bombas por el general D'Aboville, al retirarse hacia Vitoria las tropas de José Bonaparte, el rey intruso. Tenía la iglesia de San Pablo, la segunda catedral burgense, fundación y enterramiento del obispo D. Pablo de Santa María, aquel rabino que se llamó *Salemoch Halevi*, testamentario de Enrique III y corregente de Castilla, grandiosa figura que se destaca rodeada de brillante aureola en el sombrío cuadro de la minoridad de Don Juan II; y ese convento, su aérea espadaña, su preciosa iglesia, su memorable capilla de San Gregorio, todo ha desaparecido de Real orden hace pocos años, para dar lugar á la idea rudimentaria de un cuartel de artillería, y «con tal rapidez, por cierto (escribe Zacarías Casaval), que sepultó entre escombros, con súbita muerte al infeliz alarife.» Tenía el artístico monasterio de Fresdelval, donde se enlazaban piadosas memorias de Recaredo y de Carlos V, de los Manrique de Lara y los Padilla; tenía la colegiata románica de San Quirce, y la maravillosa portada gótica del convento de San Francisco, fundación del patriarca de Asís y enterramiento del primer almirante de Castilla, D. Ramón de Bonifaz, *el que ganó Sevilla á los moros* (1); tenía el arco románico y el frontispicio de la iglesia de la Trinidad, del siglo XII; y hoy sólo quedan miserables restos de esas construcciones insignes, mausoleos rotos y vacíos, ojivas y columnas despedazadas, estatuas, relieves y blasones mutilados y profanados.

Porque era Burgos, cuna de reyes y de héroes, museo riquísimo de bellezas artísticas que nos legaron los pasados siglos, «donde el gusto y la elegancia de la Edad Media (dice el sabio arqueólogo Bosarte), de aquella época tan mal comprendida, han sacudido sus alas de aljofar y pedrería para dejar inundado de tesoros el suelo querido de los Fernandos é Isabeles.»

Escrita en su recinto con páginas de piedra la historia artística de la patria, hay restos de fábricas romanas en las alturas de San Miguel, y arcos y columnas bizantinas en San Pedro de Cardeña, en la célebre abadía de las Huelgas, en el Hospital del Rey; construcciones mudéjares son los solita-

(1) Es tradición que la Reina Católica, al leer esa frase en el epitafio del Almirante, mandó borrarla, diciendo: *Sevilla fué ganada por el santo rey Fernando.*



EXPOSITION UNIVERSELLE DE PARIS.—Patio interior del pabellón de Argelia.

G. RAIBON

rios arcos de San Esteban y San Martín, y brilla con purísimo esplendor el arte gótico en la cartuja de Miraflores, en las iglesias de San Esteban, San Nicolás y San Gil, en la incomparable catedral, «bella entre las más bellas del mundo cristiano», según el viajero francés Mr. Paul Alary, y de la cual ha dicho el gran poeta Zorrilla:

«Reina cuya cabellera
Da al viento en lugar de rizos
Dos trenzas de hebras de roca,
De sutileza prodigios,
Con vistosísimas plumas
Trabajadas en granito;
Dos cinceladas agujas
Primores del arte ojivo,
Asombro de las naciones,
Mofa del viento y los siglos,
De su blasón lambrequines
Y de su gloria obeliscos.»



En la capilla del Condestable, de la catedral, frente á la grada del altar mayor («de cuyo retablo no se puede hablar sin admiración», ha dicho Bosarte), hay un doble lecho mortuario de blanco mármol de Carrara, que es joya entre las ricas joyas del suntuoso templo: yacen allí los fundadores, y fué labrado por el insigne Simón de Colonia, maestro principal de las obras, con ayuda de otros artistas, cuyos nombres se ignoran (1).

La inscripción funeraria del de la derecha dice: «Aquí yace el muy ilustre señor Don Pedro Hernandez de Velasco, condestable de Castilla, señor del estado y gran casa de Velasco, hijo de D. Pedro Hernandez de Velasco y de Donna Beatriz Manrique, condes de Haro. Murió de setenta y siete años, año de mil cuatrocientos y noventa y dos, siendo solo Virrey destes Reinos por los Reyes Católicos.» Y el epifacio del de la izquierda es como sigue: «Aquí yace la muy ilustre Sennora Donna Mencía de Mendoza, condesa de Haro, muger del condestable Don Pedro Hernandez de Velasco, hija de Don Inigo Lopez de Mendoza y de Donna Catalina de Figueroa, marqueses de Santillana. Murió de setenta y nueve años, año de mil y quinientos.»

Y en una cartela situada á la derecha del excelente órgano de la capilla se bosqueja á grandes rasgos la biografía del Condestable fundador, de este modo:

«Don Pedro Fernandez de Velasco, hijo del Conde de Haro D. Pedro de Velasco, Condestable destes Reinos, Conde de Haro, Señor del Estado y casas de Velasco, y de los Infantes de Lara, Camarero mayor del Rey, y su Justicia mayor en Castilla, que venció con su persona y casa la segunda batalla de Olmedo, en servicio del Rey Don Enrique Cuarto, Virrey destes Reinos cinco veces y otras Capitan general dellos; hizo notables hazañas, hallóse en las guerras de Portugal y Granada, fué gran parte para que reinasen en estos los Reyes Católicos Don Fernando quinto y Doña Isabel.»

Pues ese ilustre prócer burgalés (nació en Burgos en 1425), D. Pedro Hernández de Velasco, y su mujer D.^a Mencía de Mendoza, hija del glorioso poeta y filósofo cristiano don

(1) El Sr. Cantón de Salazar afirma que las estatuas yacentes del sepulcro son debidas al cincel de Felipe Vigarni, *el Borgoñón*; pero el chantre Dr. D. Manuel Martínez y Sanz, concienzudo historiador de la catedral, no lo consigna.

Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, y hermana del *Gran Cardenal* y Arzobispo de Toledo D. Pedro y del Conde de Tendilla, fueron los fundadores del Palacio del Condestable ó Casa del Cordón.

Diré algo acerca del arquitecto ó *maestre* que dirigió la construcción y ejecutó las obras de escultura del edificio: Juan de Colonia, aquel sublime artista que el obispo D. Alfonso de Cartagena hizo venir de Alemania, el que construyó las *agujas* de la catedral y trazó los planos de la Cartuja de Miraflores, murió en Burgos en 1480, y no pudo tomar parte en la edificación de la capilla del Condestable (como dice el Sr. Cantón de Salazar), porque el cabildo no concedió licencia para construirla en la antigua de San Pedro hasta el 1.º de Julio de 1482, ni tampoco en la del Palacio, que se comenzó por la misma época, y no á mediados del siglo xv; sucedió á Juan de Colonia en el cargo de maestro mayor de las obras de la catedral, en 1481, su hijo primogénito Simón, y éste fué quien trazó y dirigió la construcción de la capilla del Condestable, como maestro principal, inmortalizando su nombre, y la del Palacio ó Casa del Cordón (1); murió en 1511, concluidos ya los edificios, porque su hijo Francisco de Colonia, nombrado por el Obispo y el cabildo, en 28 de Noviembre del mismo año, «maestro de obras de cantería de la iglesia», con el salario fijo de 20 fanegas de trigo anuales, más otros derechos por separado, no hizo nada en aquéllos, y sólo consta que dirigió y labró la fachada y puerta de la Pellejería de la catedral, preciosísima obra plateresca.

Suele decirse que un alarife moro, Mahomad de Segovia, dirigió la construcción del edificio, y que Simón de Colonia «sólo hizo la parte de escultura», y esto, aunque posible, no es probable: Simón de Colonia, que era el maestro principal de la capilla del Condestable, «porque tenía especial encargo de hacer la capilla y la sacristia» (afirma el Dr. Martínez y Sanz, apoyándose en las actas capitulares de la iglesia, *Registro* 22), no podía ser el segundo en la edificación del Palacio; y por otra parte, ese Mahomad de Segovia, de quien se dice que era «maestro de las obras del segundo Conde de Haro», es decir, del fundador de la capilla y del Palacio, no figura para nada en las obras de aquella, por mas que á expensas del cabildo burgense (oigan esto los que acusan de intolerancia al clero castellano de la Edad Media) trabajaron desde el siglo xiv muchos moros, alarifes y obreros, como los *maestros* Hali, Yunce, Mahomad de Carrión, Mahomad de Aranda, Audallá ó Abdalláh de Córdoba, y otros.

II.

Permítaseme ahora que, por no recordar con exactitud los detalles arquitectónicos y artísticos del edificio, y escribiendo este artículo en Madrid, inserte la descripción casi íntegra que publica el mencionado historiador burgalés don

(1) Una cosa es la capilla de la Purificación ó del Condestable, y otra la capilla de la Concepción ó del Obispo Acuña, y en esto consiste el error del Sr. Cantón de Salazar: Juan de Colonia comenzó esta última capilla en 1477, y su hijo Simón le ayudó en los trabajos de escultura; pero aquel maestro había muerto dos años antes de concederse licencia para edificar la capilla del Condestable. Esto es cierto.

L. Cantón de Salazar, que no es la mejor de las que conozco, pero sí la más detallada:

«Ostenta (dice) el Palacio proporciones colosales; está construido por entero de piedra; se compone de planta baja y un piso sobre ella, y aparece defendido por dos características torres, detalle de los edificios civiles del siglo xv. La puerta principal tiene dos hojas guarnecidas de pesado herraje, dejando ver en el ángulo que forman las jambas con el dintel dos lebreles, símbolo de la fidelidad, que guardan la persona y casa de su señor, y sobre el dintel sur montan dos grandes escudos de armas: el de la derecha pertenece al Señorío y gran casa de Velasco, y es ajedrezado de siete escaques de veros y ocho lises, con bordura de castillos y leones, que el Condestable usaba como legado de su madre D.^a Beatriz Manrique, vizneta del rey Enrique II, y el de la izquierda es acuartelado de las armas dobladas de las dos familias Mendoza de la Vega y Figueroa, de forma que el primero y cuarto cuartel se hallan flanqueados, jefe y punta circuidos de una cadena con banda fileteada, y en los flancos la salutación *Ave Maria gratia plena*, que es Mendoza de la Vega, y el segundo y tercer cuartel tienen armas parlantes, y con cinco hojas de higuera, propias del apellido Figueroa.

»Semejantes escudos, que dan al edificio el carácter aristocrático más subido y el aspecto artístico más acabado, presentan sus empresas en unos listones con letra gótica, leyéndose en el de los Velascos: *Un buen morir dura toda la vida*; y en el de los Mendozas: *Omnia prætereunt præter amare Deum*; y más abajo, á lo largo de las dobelas, se ostenta una filastería que, en caracteres góticos alemanes, tiene escrita la inscripción sincopada siguiente: *Esta casa mādardō facer dō Pō Fernāz de Blasco, e doña Mēcia de Mēdoça, segūdos Cōdes de Haro*.

»Estudiando más detenidamente el edificio, vemos la civilización y el carácter de la sociedad que le levantó, dominando el espíritu religioso que se refleja bien claramente en el *sol flamante y radiante* con el monograma de Jesús en el centro, y el *nudoso cordón* de proporciones colosales que circunscribe la suntuosa portada (1).

»Como quiera que los ascendientes de los fundadores habían emparentado con la casa real de Castilla en tiempo de Enrique II, destinaron éstos también la casa solariega á *palacio regio*, donde poder recibir dignamente á sus deudos los monarcas....., y en la parte más alta del frontispicio se ve el blasón de la casa real, cuartelado de castillos y leones, y el timbre con el símbolo titular de la monarquía.

»La estatua de San Andrés con el aspa, que alterna con las agujas y crestería gótica que se eriza sobre el cornisamento del edificio, indica que un infanzón de la casa de Velasco ayudó á Fernando III de Castilla á tomar á Baeza en 1227, á 30 de Noviembre, día del Apóstol San Andrés, en memoria de lo cual pusieron en las borduras de sus escudos las aspas de oro.

»Lo que más aspecto de feudalismo da al Palacio son las dos cuadradas y robustas torres que le flanquean, y en las

(1) No representa el *cordón teutónico*, según afirma el Sr. Buitrago en su *Guía de Burgos*, sino el *cordón franciscano*. Los Duques de Frías, descendientes por línea recta de los fundadores del Palacio, eran patronos, por fundación, de veintiocho conventos de la orden seráfica.

cuales se ven á su mayor altura grandes ventanas gemelas, al par que la graciosa crestería interpolada de heráldicos leones y las correspondientes gargolas, todo lo que forma una silueta que quiere recordar las almenas de los castillos señoriales de la Edad Media; y se ven además otros dos grandes blasones en los ángulos de dichas torres, iguales á los ya descritos, pero graciosamente inclinados, fantásticamente embellecidos, y timbrados con yelmos colosales, ondulantes lambrequines y rodetes, adornados de un león naciente que sostiene el de los Velascos, aprisionando una airosa cinta de divisa, como igualmente el hipógrifo que ostenta el de los Mendozas de la Vega.»

Añadiré, interrumpiendo esa larga descripción, que el interior del palacio corresponde á la suntuosidad y severa elegancia del exterior: en su ancho vestibulo hay una lindísima puerta de arco rebajado, con delicadas molduras; su gran patio de armas está formado por esbeltas columnas y doble arcada, con galerías baja y alta, cincelado antepecho, frisos en bajorelieve, labrada cornisa, escudos y blasones; la escalera de honor tiene rico artesonado de roble, y en varios nichos abiertos en las paredes figuran bustos de personajes; en sus magníficos salones, dignos de real morada, guardábanse hasta hace pocos años los retratos al óleo de todos los descendientes de los fundadores, y otros de pontífices, emperadores, reyes y personas ilustres, y también estatuas, cuadros de asunto religioso, tapicerías antiguas, alhajas para el culto, constituyendo aquel grandioso conjunto «un museo de tesoros (dice con verdad el Sr. Cantón) reunidos allí por la mano de todas las artes».

III.

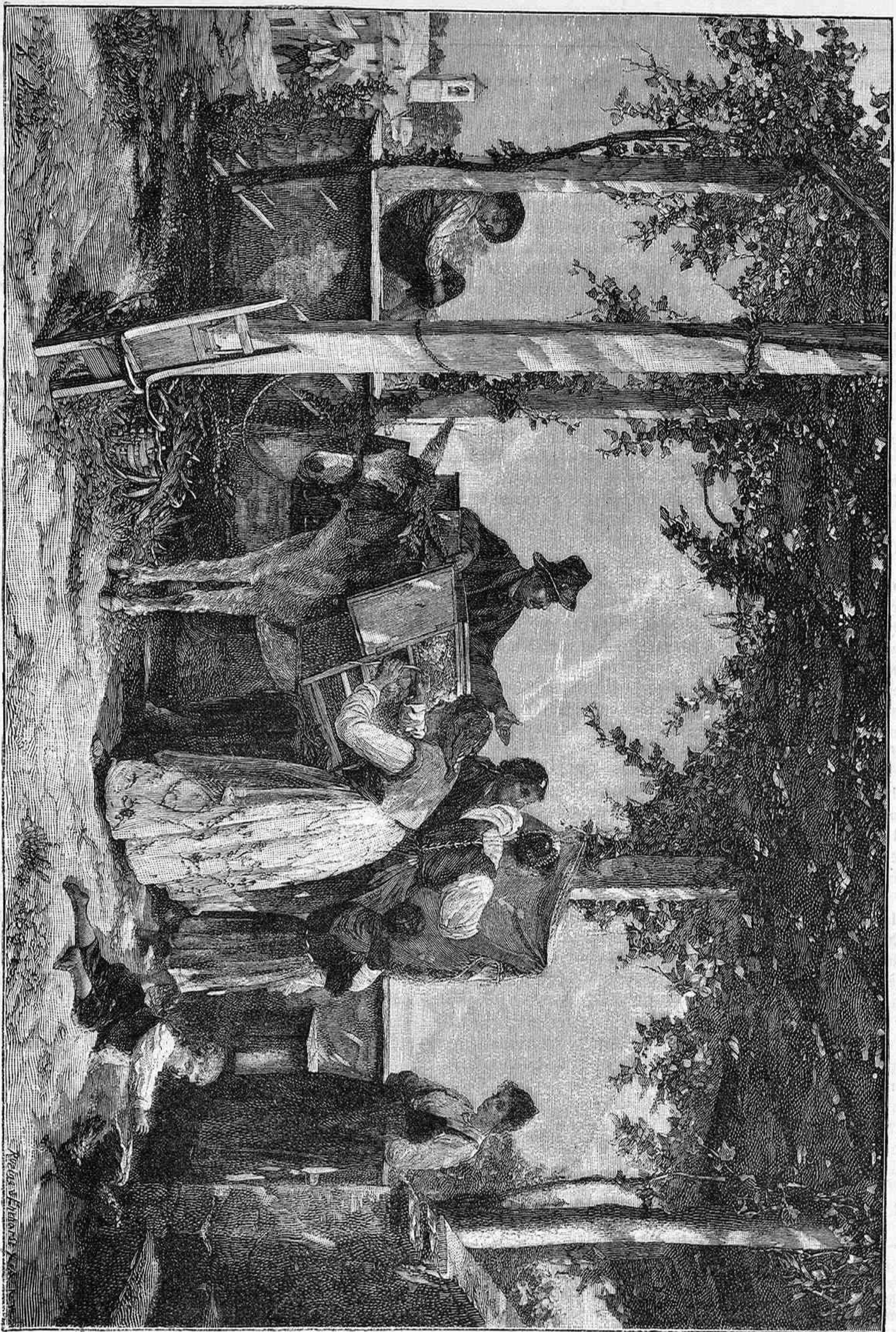
¿Cómo bosquejar siquiera en limitado espacio los notables acontecimientos que ocurrieron en la Casa del Cordón ó Palacio del Condestable, desde los últimos años del siglo xv hasta los primeros del xviii?

Mencionaré solamente los principales para detenerme en uno de gran trascendencia política, que no han referido con exactitud los historiadores modernos, por olvidarse de consultar las *Actas capitulares* del Concejo de Burgos: la muerte del archiduque D. Felipe el Hermoso.

Año 1497.—Los Reyes Católicos D.^a Isabel y D. Fernando moraban en la Casa del Cordón, cuyo poseedor era entonces D. Bernardino de Velasco, primer Duque de Frías, que sucedió á su padre D. Pedro *en todo* (dice una cartela de la Capilla del Condestable), y que estaba casado con D.^a Juana de Aragón, hija natural del Rey Católico.

Allí recibieron á Cristóbal Colón (1), que volvía de su segundo viaje, y trajo consigo muestras de los productos del Nuevo Mundo, entre ellas gran cantidad de «oro como lo produjo la naturaleza (escribió Herrera en su libro *Indias Occidentales*), grueso como habas y garbanzos, y algunos granos como huevos de paloma», oro que Isabel la Católica donó á la Cartuja de Miraflores para dorar el retablo del altar mayor.

(1) El historiador Prescott se olvidó de expresarlo así.



« EL BUHONERO ».— Cuadro original de L. Bianchi.



Burgos acogió con entusiastas demostraciones de júbilo y respeto al insigne descubridor de América, á quien acompañaban sus hijos Diego y Fernando, además de un hermano y un sobrino del cacique indio Caonaboa (así le llamaron Bernáldez y Herrera), y que vestía entonces sayal franciscano en vez de traje de brocado; y allí le otorgaron los Reyes Católicos, en cédula de 23 de Abril, explícita confirmación de los privilegios que le habían concedido cinco años antes en el acuerdo de Santa Fe.

El mismo año 1497.—La estrecha alianza que pactaron el emperador Maximiliano y el Rey Católico, para defender sus respectivos derechos en Italia, vulnerados por la agresiva conducta de Carlos VIII de Francia, se ratificó y consolidó mediante dos casamientos entre hijos de ambos monarcas: el príncipe de Asturias, D. Juan de Aragón y de Castilla, con la princesa Margarita de Austria (la *Gentil Demoiselle*, antigua prometida de aquel soberano francés), y la infanta D.^a Juana con el archiduque Felipe *el Hermoso*.

Los historiadores Lafuente y Prescott no apuntan exactamente la fecha del matrimonio de D. Juan con D.^a Margarita, consignando que «la ceremonia nupcial se celebró el día 3 de Abril»; mas lo cierto es, porque así consta en las *Actas* del Concejo de Burgos, que los desposorios se efectuaron en la Casa del Cordón el día 19 de Marzo, sábado de Ramos, oficiando el Arzobispo Jiménez de Cisneros, y las velaciones se cumplieron dos semanas después, el domingo 3 de Abril, en la Catedral «ante el altar de Santa María la Mayor y en presencia del Concejo de la ciudad», oficiando también el Arzobispo Jiménez de Cisneros.

Y el mismo libro de *Actas* contiene curiosas noticias de los brillantes festejos con que la corte y el mismo Concejo de Burgos solemnizaron la boda, que tuvo, por cierto, augurio tristísimo: era la principal fiesta de la nobleza un torneo caballeresco delante de la Casa del Cordón, y en él pereció desgraciadamente, el joven caballero D. Alonso de Cárdenas, hijo de D. Gutierre, comendador mayor de León, y sobrino de D. Alonso, maestro de Santiago, porque «su caballo dió una empujada, y se levanto sobre las patas tan alto como era, y Don Alonso non le pudo sujetar; e cayó el caballo sobre el jinete, y matóle allí mesmo.»

¡Desdichado príncipe D. Juan! Tenía entonces diez y nueve años (nació en Sevilla el 30 de Junio de 1478), y su esposa D.^a Margarita no rayaba todavía en los diez y siete; mas á los pocos meses, el 4 de Octubre del mismo año 1497, la implacable muerte segó en flor la vida del mancebo, idolo de sus padres y esperanza de Castilla y de Aragón.

IV.

Año 1506.—Disueltas las Cortes de Valladolid, los Reyes D.^a Juana y D. Felipe establecieron su corte en Burgos, quizá recordando que «los Reyes de Castilla en teniendo esta ciudad tienen título al Reino, e se pueden con buena confianza llamar Reyes dél, porque es cabeza de Castilla» (1); y aposentáronse en la Casa del Cordón.

(1) Mensaje del Duque de Arévalo desde el castillo de Burgos al rey D. Alfonso V de Portugal, en 1474.—El Concejo de Burgos «echó sisa de 900.000 maravedises» á los vecinos de la ciudad, para los gastos de recepción de los Reyes.

Aún vivía el Condestable D. Bernardino de Velasco, y en la misma casa habitaba con su esposa D.^a Juana de Aragón, hija natural del Rey D. Fernando, según dicho queda; y sin embargo, en las desavenencias que surgieron entre los dos soberanos, suegro y yerno, muerta D.^a Isabel la Católica y rota la Concordia de Salamanca, el Condestable de Castilla siguió el partido del archiduque D. Felipe, lejos de imitar el noble ejemplo é hidalga conducta del Duque de Alba, del Conde de Tendilla, del Conde de Cifuentes y de otros magnates, pocos en verdad, que permanecieron fieles al Rey viudo.

Pues bien: lo primero que hizo el Archiduque, después de aposentarse con su ya desventurada esposa en la Casa del Cordón, fué (aunque parece increíble) arrojar del Palacio á su propia y legítima dueña D.^a Juana de Aragón, esposa del Condestable, con el pretexto de que «no convenia que tuviera comunicación y pláticas con la Reina.» ¡Así pagaba el Archiduque los sacrificios del Condestable en favor de su causa!

Y era que el ambicioso privado D. Juan Manuel, no contento con la alcaidía del alcázar de Segovia, había solicitado y obtuvo la del castillo de Burgos, la más principal del reino, que poseían por heredamiento los Estúñigas, condes de Plasencia y duques de Arévalo, desde los tiempos de Don Juan I.

Precisamente este suceso, por insignificante que aparezca, fué el prólogo, por decirlo así, de los tristes dramas que en seguida acaecieron: el privado D. Juan Manuel, para festejar la toma de posesión de su alcaidía, invitó á D. Felipe á un espléndido banquete, que se celebró en el mismo alcázar el 19 de Septiembre, y «donde se comió y se bebió muy destempladamente»; y sucedió, «que despues del banquete (escribe un cronista de la época) quiso el Rey pasear á caballo, y paseó mucho, y se acaloró muy demasiado, y ansi que volvió quiso jugar á la pelota (en el patio de armas de la Casa del Cordón) con un capitán vizcaino de la su guardia, que era mucho jugador.... y luego bebió agua fria en un jarro que le dieron, y adoleció.»

No hay acuerdo entre los historiadores modernos para fijar los detalles de la súbita dolencia que, terminando en breves días de modo funesto, había de ser causa de un cambio absoluto en la gobernación del Reino; y no le hay, porque ninguno ha buscado los datos precisos, auténticos, indubitables, en el único sitio donde hubieran podido encontrarlos: en el Archivo del Concejo de Burgos, mejor que en las *Epistolas* de Mártir y en los *Anales* de Zurita.

Según D. Modesto Lafuente, el Rey «bebió un gran vaso de agua fria, y ésta le produjo una de aquellas *fiebres epidémicas*, que en aquel tiempo afligían á Castilla, y que no bien tratada, á lo que cuentan, por los médicos flamencos, le acabó en el breve plazo de seis días (25 de Septiembre)»; según Prescott, el Rey falleció «á consecuencia de una *fiebre* producida por el ejercicio demasiado violento del juego de pelota», y el método y prescripciones facultativas de los médicos flamencos que asistieron al monarca «fueron reprobadas por su auxiliar Lodovico Marliano»; según D. Cayetano Rosell, «el Rey adoleció de fiebre», y murió el día 28, no el 25.

En las *Actas* del Ayuntamiento de Burgos se encuentra la verdad del funesto caso: en la que corresponde á la se-

sión del 20 de Septiembre, se dice que «el Rey enfermó de madrugada», y se manda suspender una fiesta que había de celebrarse el mismo día, con gran ostentación y lujo, en la Plaza Mayor; en la del 22, los concejales burgaleses, «en sabiendo que el Rey empeoraba», resolvieron por voto unánime que se hicieran rogativas en todas las iglesias de la ciudad, y una procesión pública desde la catedral, de acuerdo con el cabildo, hasta la Casa del Cordón; en la del 24 el Concejo se constituyó en sesión permanente y mandó comprar «una muy grande hacha de cera», y sellarla con las armas de la ciudad, para tenerla encendida en la misma sala del Concejo y «hacer la vela al señor Rey, que está en la agonía»; en la del 26, por último, se consigna que el Rey falleció «algo después de mediodía» del 25, y se ordena que se den «lutos de loba y capirote» (iguales á los que se dieron dos años antes, cuando murió la Reina Isabel) al corregidor y sus tenientes, alcalde, merino mayor de la ciudad, procurador, regidores, escribanos y porteros, «á cada uno 15 varas de paño negro de cinco reales».

Consta además lo contrario de lo que Prescott afirma sobre el médico Marliano: habiéndose declarado la enfermedad como aguda y violentísima pulmonía, el arzobispo Jiménez de Cisneros, tal vez por haber observado que los doctores flamencos no entendían el caso, dispuso que el doctor Yanguas, su excelente médico, reconociese detenidamente al enfermo, y el sabio facultativo, diagnosticando con exactitud la dolencia, prescribió «una sangría ó dos, y muy pronto, porque el Rey tenía pulmonía grave»; mas se opusieron tenazmente aquellos doctores, y en especial Lodovico Marliano, que era el principal (no el auxiliar, como apunta Prescott), y entonces el doctor Yanguas, declinando toda responsabilidad, anuncióles «con palabras fuertes» que, de no aceptarse su dictamen, el Rey moriría «antes de las veinticuatro horas».

Y así aconteció, como ya he dicho, al mediodía del 25, no el 28, según escribió D. Cayetano Rosell.

Trocáronse las fiestas en duelo y zozobra, y fué necesario, para prevenir los desmanes del pueblo, que odiaba á los flamencos, y cuyo sentimiento de independencia se sublevaba con los desafueros de aquella turba famélica y ambiciosa, que el mismo condestable de Castilla, D. Bernardino de Velasco, acompañado del Duque de Nájera, y precedidos ambos del pregonero de la ciudad, saliese de la Casa del Cordón y recorriese á caballo plazas y calles, aconsejando al pueblo tranquilidad y confianza, y amenazando con graves penas á quien se atreviera á perturbar el orden y excitar la saña popular contra los flamencos, los cuales, amedrentados, huyeron secretamente, en gran mayoría, aunque sin abandonar las riquezas que habían acaparado con violentas exacciones en el efímero reinado de Felipe el Hermoso.

Tenía el Monarca veintiocho años, y la rápida enfermedad no había desfigurado sus bellas facciones; la misma Reina viuda, D.^a Juana, mandó que fuese embalsamado el cadáver (1) y vestido con rico traje de corte; dos días es-

(1) Fué embalsamado al uso de Flandes, y las entrañas, guardadas en un jarrón de plata y envuelto éste en tela de seda blanca, fueron conducidas el día 26 á la Cartuja de Miraflores, y enterradas en un hoyo cerca del altar mayor y del sepulcro de los reyes D. Juan II y D.^a Isabel de Portugal, abuelos de D.^a Juana.

tuvo expuesto en la sala principal de la Casa del Cordón, y ante el suntuoso lecho funerario rezaron responsos los canónigos de la catedral, presididos por el obispo Ampudia, y desfilaron, doblando la rodilla, los regidores y hombres buenos de la ciudad; el día 28 fué conducido con solemne pompa á la iglesia de la Cartuja de Miraflores, y depositado en la sacristía, en una caja de metal y otra de alerce, con mirra y esencias olorosas, cubierta de un paño de brocado y oro.

En la misma Casa del Cordón, reunidos los grandes del Reino que acompañaron desde Valladolid á la Corte, constituyóse una regencia interina presidida por el arzobispo Jiménez de Cisneros, y formada por el condestable de Castilla, el Duque de Alba, el Almirante Enriquez, el Duque del Infantado y el Duque de Nájera; y mientras estos dos últimos, con el Condestable, proponían que se invitase con el Gobierno al Emperador Maximiliano I, al Rey de Portugal D. Manuel (viudo de la Infanta Isabel de Castilla y padre del difunto Príncipe de Asturias, D. Miguel de la Paz), aquellos otros magnates, leales partidarios de D. Fernando el Católico, tenían por vigente la resolución de las Cortes de Toro en favor del Rey viudo de la Reina Católica, y no transigieron por ningún concepto con la opinión de los otros corregentes.

Y entretanto la Reina D.^a Juana, en un instante de providencial lucidez, suscribió la Real Cédula de 19 de Diciembre del mismo año 1506, revocando las mercedes otorgadas por su marido desde el fallecimiento de la Reina Católica; y pocos días más tarde, habiendo hecho abrir la caja que contenía los restos mortales del Rey, pues corrió en Burgos la voz de que los flamencos trataban de robarlos (y tal vez porque un fraile de la Cartuja, «mentecato y necio», *follio levior et blasterus cucullatus*, dice Pedro Mártir, tuvo la desdichada idea de hacer creer á D.^a Juana que su marido había de resucitar en breve), emprendió con ellos, en el rigor del invierno, su tristísimo viaje, que no terminó hasta tres años más tarde en el convento de Santa Clara, de Tordesillas, caminando de noche, descansando de día, creyendo aún que su pobre esposo estaba dormido, y esperando que resucitase y la estrechara en sus brazos, y estrechara también en ellos á su hija póstuma D.^a Catalina, que nació en la tercer jornada de viaje tan fúnebre, en la villa de Torquemada, á 14 de Enero de 1507.

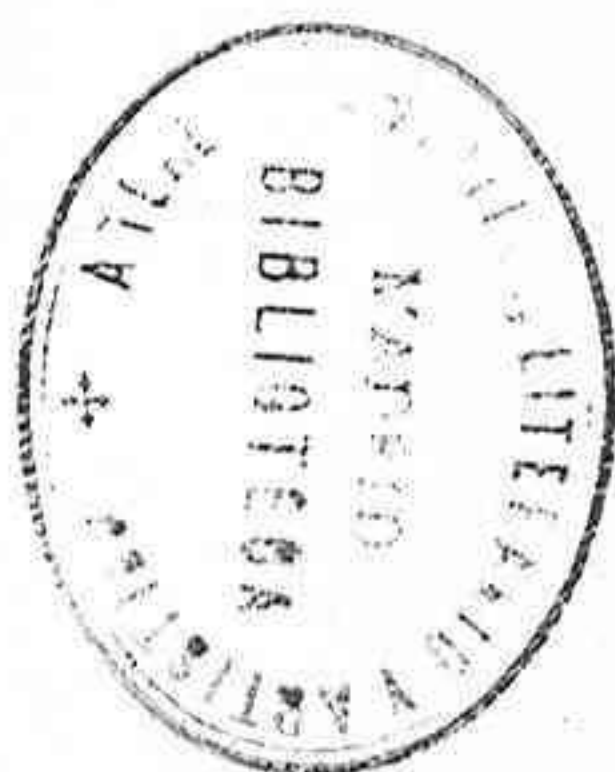
«Y la Reina viuda no vertía una lágrima (dice un escritor de la época), porque había llorado tanto, que se secaron los manantiales de sus ojos.»

Ningún español ilustrado dejará de acordarse, al llegar á este punto, de dos magníficas producciones artísticas que se relacionan con estos dramáticos sucesos: el drama *Locura de amor*, del académico Tamayo, y el cuadro *Doña Juana la Loca*, del pintor Pradilla.

V.

Resumiré en pocas líneas los hechos posteriores más notables de que ha sido teatro el Palacio del Condestable, omitiendo otros menos importantes.

Allí recibió D. Fernando el Católico, en 1512, á Mahomad-





.. UN FUTURO MARQUES ..

FOR COMERRE

ebn-Luddi, embajador del Rey de Tremecen, Muley Abdallah, quien se declaraba perpetuo vasallo del monarca y le enviaba ricos presentes; allí otorgó el mismo D. Fernando su primer testamento, en 2 de Mayo del citado año, documento de valor inapreciable, que demuestra la alta previsión política de aquel Rey insigne; allí, «en las casas que el Condestable tiene en esta ciudad» (Burgos), se reunieron las Cortes de Castilla en Junio y Julio de 1515, y ante ellas declaró D. Fernando la incorporación del reino de Navarra á la Corona de Castilla; allí, en Septiembre de 1520, fué sitiado por los Comuneros el Condestable D. Iñigo Fernández de Velasco, hermano y sucesor de D. Bernardino (que había muerto sin hijos varones) y sólo debió la salvación de su vida, y la de su esposa D.^a María de Tovar, á la fuga y á los disfraces de mujeres del campo que les proporcionaron dos jefes traidores de los populares, Bernal de la Rija, sombrerero, y Antón Juan, cuchillero; allí, por último, residieron el emperador Carlos V, el rey Francisco I de Francia, el rey Felipe II, la reina D.^a Ana de Austria, el rey Felipe III y sus seis hijos, el rey Felipe IV con su hija la infanta D.^a María Teresa, el rey D. Carlos II y su esposa D.^a Maria Luisa de Orleans, el rey D. Felipe V.....

El Palacio de los Condestables de Castilla, teatro de tantos insignes sucesos, morada de Reyes y de ilustres varones desde fines del siglo xv, artístico y á la vez severo modelo de los edificios civiles de la antigua nobleza, no debe caer bajo la piqueta demoledora; y al Ayuntamiento corresponde evitarlo, y puede evitarlo.

Burgos, antes que todo, es ciudad histórica y monumental: si se le quita este doble carácter, un día volando el alcázar de Fernán González ó derribando la espadaña, las naves y las capillas de San Pablo, y otro día arrasando los muros y las portadas de San Francisco y de la Trinidad ó abandonando á la ruina el monasterio de Fresdelval y el arco árabe de San Esteban, entonces se le quita su vida propia y se le arrancan las páginas de piedra donde está escrita la crónica de sus glorias y de sus bellezas artísticas.

¡Ojalá comprenda esta verdad el Ayuntamiento de Burgos, digno sucesor de los Concejos de la gloriosa *Caput Castellae!*

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

Agosto, 1889.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS.—«Historia de la Habitación»: Casas románica y gótica.





OFICIAL DE LA «VIEJA GUARDIA».

Estudio de Meissonier, para su célebre cuadro *Frieland*.



VE MARÍA

POEMA

DEDICADO Á LA DUQUESA DE ALMODÓVAR DEL RÍO



I.

¿Por qué perenne dura
En mí el recuerdo de la historia aquella?
¡Ay! porque en este valle de amargura
Toda historia de amor es siempre bella,
Y aun más si une al amor la desventura.
Donde hay pesares, y dolor y llanto,
Hay siempre para el pecho bondadoso
Irresistible encanto;
Porque es eterna ley consoladora
Que más que á disfrutar con el dichoso,
Tiende el alma á llorar con el que llora.
Muévenos el dolor constante guerra,
Y en él se templa el pecho enardecido,
Pues semejante á nuestra madre tierra,
Donde germina el fruto apetecido
Cuando desgarran sin piedad su seno,
El corazón por el dolor herido
Se hace fecundo y generoso y bueno.

II.

Nacieron Clara y Pablo el mismo día
En un pueblo ignorado
Del inmenso verjel de Andalucía;
De esa región bendita y placentera

Donde un clima templado
Hace del año eterna primavera;
Donde tiene la luz más resplandores,
El campo más aromas,
La atmósfera más fúlgidos colores,
Y más dulces arrullos las palomas;
Donde es, en fin, bajo la lumbre viva
De un sol que nunca sus ardores calma,
Tibio el aire, la tierra productiva,
Ciego el amor y arrebatada el alma.

III.

De ambos niños la infancia venturosa
Deslizóse ligera
Como un ensueño de color de rosa.
En unión estrechísima y sincera
Cambiaron entre sí con embeleso
La palabra primera,
La primera caricia, el primer beso.
De este modo empezaron sus amores:
¡Cuán imborrable la pasión nacida
Exenta de amarguras y dolores
En los mismos umbrales de la vida:
Cuando todo es hermoso en la existencia
Y el porvenir se ve lleno de flores
Por el prisma feliz de la inocencia;
Cuando en el alma cándida del niño
El deseo no mancha ni obscurece
La mística pureza del cariño,
Y es el amor, que dulce nos halaga

Y venturas eternas nos ofrece,
Reminiscencia vaga
De aquel amor profundo
Con que el alma del ángel en su anhelo,
Antes que Dios la destinase al mundo
Amaba á sus hermanas en el cielo!

IV.

Clara, la niña hermosa,
Era, al cumplir los quince, una morena
De mejillas de rosa,
De negros ojos, grandes y rasgados,
Franca mirada, de horizontes llena,
Cabellos abundantes y rizados,
Voz que arrullo de tórtola imitaba
Y fresca boca de contornos puros,
Cándido nido donde amor guardaba,
Cual tesoro sin par, besos futuros.
Entraba en esa edad encantadora
En que la niña, pensativa y grave,
Siente tristezas, cuya causa ignora,
Y mirando las cosas de otro modo
Empieza á sospechar lo que aun no sabe,
Y se turba por todo,
Y ve fantasmas al hallarse sola,
Y su rostro se enciende con frecuencia
En el vivo carmín de la amapola.
Batalla del amor y la inocencia,
Del puro anhelo y la pasión ardiente
Que turban de la virgen la conciencia
Tiñendo de rubor su casta frente;
Suprema aspiración desconocida
Que sólo en el amor halla su empleo,
Porque él es el objeto de la vida,
Cuando al matar del alma la pureza
La llama abrasadora del deseo
El ángel muere y la mujer empieza.

V.

Menos dichoso Pablo que su amada,
Desde el primer instante sorprendía
Su manera de hablar arrebatada
Por el contraste singular que hacía
Con la yerta expresión de su mirada.
¡Fatal designio de la suerte impía!
Sus ojos hoy parados y sin fuego,
Ayer Clara llenaba de alegría;
Mirarla fué su bien hasta que un día
Ya no la pudo ver..... ¡Estaba ciego!

VI.

¿Mas qué importa no ver al ser amado
Si en el fondo del alma en que domina
Está indeleblemente retratado?
¿Acaso es la belleza que fascina
El único tesoro ambicionado,
O para el pecho generoso y bueno
No está lo inmaterial y lo bendito
Antes que lo mezquino y lo terreno?
Pronto pasa la efímera hermosura
Y todo rostro, al fin, muere marchito
En tanto que el amor subsiste y dura.
¿Qué importa, pues, que el desgraciado ciego
No pueda ver el rostro peregrino
Que le robó el sosiego?
Busque del sol el fuego
Quien no encuentra otra luz en su camino;
Á quien de veras ama,
Haciendo religión de sus amores,
Le basta con la lumbre que derrama
De su pasión la inextinguible llama
Que vence á la del sol en resplandores.

VII.

Pablo, con firme vocación de artista,
Aun de su vida en el albor primero
Llegó á ser un notable violinista.
¡Con qué afán tan sincero
El pobre niño contemplaba ufano
A su Clara gentil pasar las horas
Escuchando las notas seductoras
Que su trémula mano
Arrancaba á las cuerdas vibradoras!
Desde el débil sonido
De ritmo acompasado y cadencioso
Que semeja á la vez llanto y gemido,
Hasta el tropel de notas peregrinas
Parecido al torrente bullicioso
Donde hierven las aguas cristalinas,
Todo, en manos del niño, lo imitaba
El mágico instrumento
Que tan pronto lloraba
Como cambiando de expresión y acento
En suspiros ó en risas estallaba.
Sobre todo lucía
Su singular maestría
El precoz pequeñuelo
En tocar cierta dulce *Ave María*,
Digna por su ternura y su poesía
De la Reina purísima del Cielo.



¿VENDRÁ?—Dibujo original de Llovera.



Clara, siguiendo con tranquilo encanto
 Aquel himno de amor místico y santo,
 Escuchaba mil veces repetida
 Su melodía cadenciosa y pura
 Que al nacer de las cuerdas desprendida
 Remontaba su vuelo hacia la altura,
 Como oración que sube á lo infinito
 Surgiendo de este valle de amargura,
 Ó como ronco grito
 Que el humano dolor al cielo lanza,
 Cuando al ver que su fuerza desfallece
 Vuelve su corazón y su esperanza
 Á la Madre de todo el que padece.

VIII.

Mas no puede existir placer constante
 Ni dura eternamente un bien humano:
 Pronto entré Pablo y su feliz amante
 Tenderá su cristal el Oceano.
 Clara debe partir; se acerca en breve
 El momento fatal de su partida:
 ¿Quién á pintar se atreve
 La punzante y amarga despedida?
 Duró sólo un momento;
 Pero ¡cuánto dolor, cuánto tormento,
 Y qué amor tan profundo concentrados
 En el solemne y mudo juramento
 De aquellos dos amantes desgraciados!
 Ni una sola promesa de ternura;
 ¿Á qué ofrecer lo que cumplir se espera
 Y el alma está de realizar segura?
 Sus manos se juntaron,
 Y al juntarlas, quizá por vez postrera,
 Ni una frase sus labios murmuraron
 Que pintase su amor ó su agonía;
 Pues en tal situación y en tal paraje
 Quien pretendiese hablar ¿qué probaría
 Sino lo pobre y débil del lenguaje?

 Después..... el mar donde la luz ríela;
 Nubes y viento, soledad y bruma;
 Un barco que camina á toda vela,
 Olas hendiendo y salpicando espuma;
 Un «adiós» en el mar y otro en la orilla;
 Luego, del sol poniente á los reflejos
 Cuya lumbre en el mar trémula brilla,
 Una vela perdiéndose á lo lejos;
 Y, al fin, entre la nave que el mar hiende
 Y el que en la playa se consume á solas,
 Implacable y crüel la ausencia tiende
 El tembloroso manto de las olas.

IX.

Pero Pablo ¿qué espera
 Que no sigue á la dulce compañera
 Con quien lazo tan íntimo le liga?
 ¿Qué barrera importuna
 Á detenerse á su pesar le obliga?
 La constante enemiga
 De todos los amantes: la fortuna.
 Cuando él pueda entregarle con su mano
 La posición soñada y conseguida,
 Traspondrá sin temor el Oceano
 Volando vencedor, cuando lo sea,
 Á ofrecer al encanto de su vida
 El lauro conquistado en la pelea.
 «Ánimo, pues, y á trabajar por Clara;
 La esperanza del triunfo me espolea
 Y el amor su corona me prepara.
 ¿Quién más fuerte que yo? Rico y amante
 Cercano el fin de mis torturas veo.....»
 Así Pablo decía á cada instante
 Creyendo ya cumplido su deseo;
 Y es que el amor que el pecho nos inflama
 Pone una venda de color de rosa
 Delante de los ojos de quien ama,
 Y para aquel que mira tras su velo
 Siempre es radiante el sol, la vida hermosa,
 Seguro el porvenir y alegre el cielo.

X.

A pesar de su firme confianza,
 El ciego no logró, como creía,
 Realizar su esperanza.
 ¡Lección terrible del destino fiero!
 Soñó con ser artista de valía,
 Y no pasó de artista callejero.
 ¡Ah! No vale la gloria que nos ciega
 Lo que por ella el corazón padece;
 Á veces sin luchar loca se entrega,
 Y otras, en cambio, sus favores niega
 Á quien más los persigue y los merece.
 Pablo, pues, menos triste que ofendido,
 Sumiso, á su pesar, se resignaba,
 Á falta de auditorio más lucido,
 Con el corro, que apenas preludiaba,
 Por su violín dulcísimo atraído
 En calles y plazuelas se juntaba.
 Á veces, de piedad en testimonio,
 Iba alguna moneda compasiva
 Á aumentar su modesto patrimonio,
 Y él recibía el óbolo preciado

Con gratitud extraordinaria y viva,
 No como justo premio conquistado
 Ó limosna humillante,
 Sino cual don de la fortuna avara
 Que acercaba el instante
 De marchar á juntarse con su Clara.
 De pueblo en pueblo, sin cesar errante,
 Tocaba por doquier cuanto sabía
 Lo mismo que en su infancia venturosa,
 Todo..... menos aquella *Ave Maria*
 Que era el encanto de su Clara hermosa.
 Eso, jamás. Le hubiera parecido
 Que profanaba la plegaria bella
 Al repetirla sin su bien querido.....
 ¡Él la aprendió por agradaarle á ella!
 Poco antes que emprendiera su partida
 Para playas remotas,
 Su alma entera le dió por despedida
 Entre el dulce rumor de aquellas notas.
 ¡Ah! Nunca más su rítmica cadencia
 Volverá á resonar hasta el momento
 En que, fundido el hielo de la ausencia,
 Pueda Clara escuchar sin amargura
 De la tierna oración el dulce acento
 Ascender á la altura,
 Y entonces, á compás de aquellos sonos,
 Remontando su vuelo
 Entre frases de amor y bendiciones,
 Se elevarán unidos hasta el cielo
 Radiantes de placer sus corazones.

XI.

Mas todo llega al fin. Pablo dichoso
 Mira lucir la aurora suspirada
 Del día venturoso
 En que va á reünirse con su amada.
 Rauda la inmensa nave se desliza
 Sobre el mar trasparente,
 Que el viento apenas riza,
 Y el mozo, cada vez más impaciente,
 —El que ama no está nunca satisfecho—
 Loco de amor y de ternura siente
 Latir su corazón tan fuertemente
 Cual si fuera á escapársele del pecho.
 ¡Y si pudiese ver! ¡Si su ceguera,
 Causa eterna de llantos y pesares,
 Le dejase siquiera
 Calmar la fiebre que su ser altera
 En la angusta grandeza de los mares!
 ¡Quizá sus impacencias aplacara
 La inmensidad, donde su nave flota!
 ¡Quizá, si las mirase y las hablara,
 Alguna gaviota
 Dar pudiese noticias de su Clara!
 ¡Acaso el rostro que mirar anhela,

Dulcísimo y suave,
 Copia la luz en la brillante estela
 Que va dejando sobre el mar la nave!
 Tal vez, en fin, si viese de repente,
 Comprendiera al mirar cómo camina,
 Que no va su bajel tan lentamente
 Como él, que no lo observa, se imagina;
 Pues si bien es verdad que en competencia
 Corre más que el vapor nuestra impaciencia,
 También es cierto que el veloz navío
 Corta las aguas con soberbio brío,
 Y dueño y soberano
 Del mar vencido, que á sus pies se humilla,
 Imponiendo su ley al Oceano,
 Le hace sentir, al peso de su quilla,
 Toda la fuerza del poder humano.

XII.

¡Qué triste es navegar! Pero ¿qué importa?
 El tiempo, que se alarga con la ausencia,
 Con la promesa del placer se acorta,
 Y ya anima á los pechos la evidencia
 De que pronto, colmando su esperanza,
 Cual oasis del líquido desierto,
 Ante la nave que segura avanza
 Debe surgir el suspirado puerto.
 Quizá ya se la viera
 Si esa nube, que cubre el Occidente,
 Con su denso vapor no lo envolviera:
 Ved cuán rápidamente
 Se espacia tormentosa por la esfera
 Y como avanza, y crece y se dilata;
 El huracán los mástiles azota;
 El cielo, antes sereno,
 Se ennegrece, se encierra y se encapota;
 Al fulgor del relámpago que mata
 Abre la nube su profundo seno,
 Y rompiendo cual recia catarata
 La enciende el rayo, la sacude el trueno,
 Y en lluvia y en granizo se desata.
 La tormenta en el mar. ¡Grandiosa escena!
 El coloso dormido
 Se encrespa sacudiendo su melena;
 El cielo, de ira ciego,
 Arroja sobre el mar embravecido
 Copiosa lluvia de pedrisco y fuego,
 Y el mar, al recibir tamaño ultraje,
 Para indicar que su poder no abrumba,
 Levanta hasta los cielos su oleaje
 Salpicando á las nubes con su espuma.
 ¡Pobre del barco que tocar espera
 El término feliz de sus afanes
 Sorprendido al final de su carrera
 Por esa lucha de los dos titanes!
 No busque salvación: perdido á solas

Sobre el abismo inmenso y pavoroso
 En vano lucha ya contra las olas;
 Derriba el huracán impetuoso
 Los mástiles gigantes;
 Sin máquina y sin velas el navío
 Siente ceder sus fuerzas vacilantes;
 Crece del mar el ímpetu bravío;
 En todos los semblantes
 Pone al pavor su palidez sombría;
 El barco cruje, la esperanza muere,
 Y las olas arrullan su agonía
 Con ronco y prolongado miserere!

XIII.

— «¡ Á los botes al punto y sin demora!
 ¡ La nave á hundirse empieza! » —
 Una voz varonil grita sonora;
 Y aquella voz, mil veces repetida,
 Circula por el barco, con presteza,
 Cual promesa de vida
 Á que se abraza la esperanza loca,
 Y en un instante, con terrible estruendo,
 Corre el mismo clamor de boca en boca
 — «¡ Pronto, pronto, á los botes! — repitiendo. »
 ¡ Qué confusión! ¡ Qué gritos! ¡ Qué demencia!
 Todos pretenden ser, ciegos de espanto,
 Los primeros que salven su existencia;
 Nadie del deudo ó del amigo cuida;
 Vertiendo el joven vergonzoso llanto,
 niega al anciano generosa ayuda.....
 ¡ Misera humanidad! ¿ Siempre, sin duda,
 Podrá el pavor sobre los hombres tanto?
 ¿ Por qué todo se olvida,
 Deber, familia, honor, noble entereza,
 Ánte el afán de conservar la vida?
 Si al fin se ha de perder y así se entiende,
 ¿ Por qué cuando en el riesgo se tropieza,
 Con criminal tesón se la defiende?
 Religión, caridad, valor, renombre,
 Virilidad, denuedo,
 Todo se pierde al encontrarse el hombre
 Con el fantasma pálido del miedo.

XIV.

Bien pronto el salvamento se termina,
 Y todos en los botes colocados

Á la costa vecina
 Vuelven con fe los ojos espantados.
 Cesa el mar de rugir embravecido:
 — Todos estamos ya; calma, sosiego,
 Murmura el capitán; Dios lo ha querido;
 Cuando dice, por todos repetido,
 Un clamor general: — ¿ Dónde está el ciego? —
 — ¡ En el barco! — ¡ Salvadle! — ¡ Dios clemente! —
 — ¡ Corramos! — ¡ Aun el tiempo nos alcanza! —
 Ya es tarde: ya no hay nadie que lo intente:
 La nave se va á pique lentamente;
 Se está hundiendo; se hundió..... ¡ no hay esperanza!

XV.

¡ Tremenda situación! ¡ Solemne instante!
 Un rumor silencioso y acordado
 Surge de las entrañas del gigante
 Por las olas deshecho y derribado.
 ¿ Quién evoca tan tierna melodía?
 ¡ Pablo, que se despide de su amada,
 Tocando aquella dulce *Ave María*
 Por ella tan querida y celebrada!
 Es su postrer adiós, su postrer canto,
 El alma entera, en fin, del pobre ciego
 Esclava de su amor místico y santo.....
 Las olas lo recogen; quizá luego
 Al romper en la playa donde habita,
 Lleven piadosas á su Clara bella
 El eco fiel de la oración bendita
 Que tocando murió pensando en ella.

.....

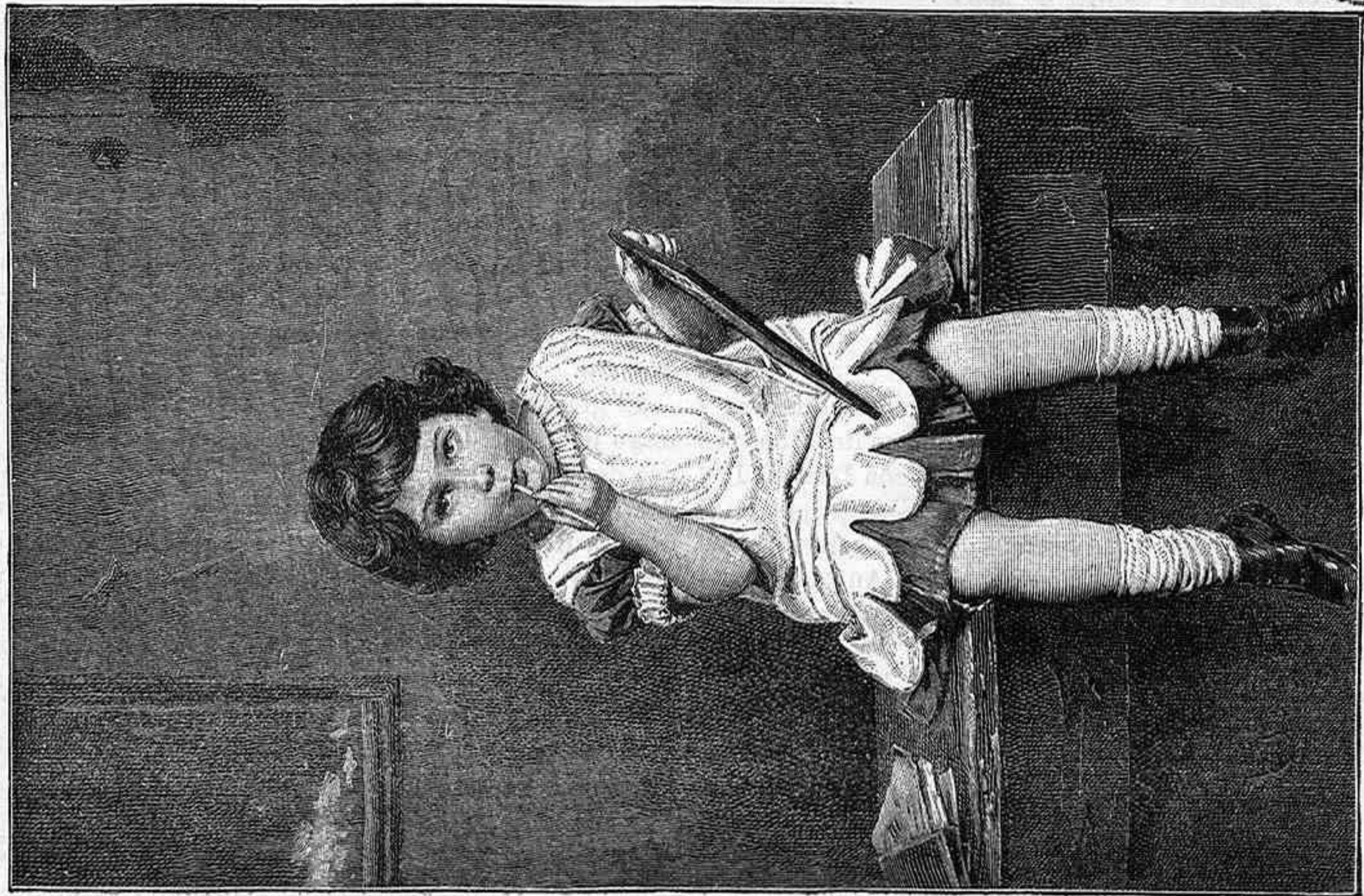
XVI.

Ya no queda ni rastro de la nave
 Del mar tranquilo sobre el mudo llano,
 Y aun un débil rumor, mágico y suave,
 Suena bajo el cristal del Oceano.....
 ¡ Tierna oración, que remontando el vuelo,
 Dulce como ninguna,
 Rompe las aguas y se eleva al cielo,
 Que cruza melancólica la luna!

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Jerez, Marzo de 1889

PRECOCIDAD ARTÍSTICA.



«¿QUÉ PINTARÉ?»



«¡MIRA TU RETRATO!»

INSTITUTO LINGÜÍSTICO, LINGÜÍSTICO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA
+ ALTA



PERSONAJES CÉLEBRES

DE LA

REVOLUCIÓN FRANCESA

Luis XVI, Rey de Francia.

Nacido el 23 de Agosto de 1754, el infortunado rey Luis XVI subió al trono á la edad de diez y nueve años. Las prodigalidades del precedente reinado habían colocado en la más crítica situación el Erario de Francia, y el Rey, cediendo á las instigaciones de sus Consejeros, convocó en 1789 los Estados generales de la Nación, con objeto de acordar los medios más conducentes para hacer desaparecer el enorme déficit. Este fué el principio de la Revolución francesa, cuyo centenario se ha celebrado con la grandiosa Exposición Universal del Campo de Marte. Conocida es de todos la historia de aquel período, de tan diversas suertes juzgado. Prisionero en la Torre del Temple, el rey Luis XVI fué, por último, condenado á muerte por la Convención Nacional, y decapitado el 21 de Enero de 1793, en el mismo sitio donde hoy se alza el soberbio obelisco de la plaza de la Concordia.

María Antonieta, Reina de Francia.

María Antonieta Josefa Juana de Lorena, archiduquesa de Austria, nació en Viena el 2 de Noviembre de 1755, y vino á ser Reina de Francia por su matrimonio con Luis XVI, celebrado el 16 de Mayo de 1770. No es posible pensar en esta desgraciada soberana sin hacer profundas reflexiones sobre las vicisitudes humanas. Reunía María Antonieta á su agradable aspecto físico, el encanto que prestan un espíritu cultivado y un alma elevada, y durante los primeros años de su reinado fué el ídolo del pueblo. Pero vino la ruina de la Hacienda pública, y no tardaron en elevarse voces que denunciaban á la Reina como causa principal del angustioso estado del Erario, por sus exorbitantes gastos, lo que la convirtió en blanco de todos los odios.

Después de la sangrienta jornada del 10 de Agosto de 1792, que fué la tumba de la monarquía secular, compartió

la infortunada Reina con su esposo la prisión del Temple. Decapitado Luis XVI, fué trasladada á la prisión de la Conserjería, juzgada por el tribunal terrorista, condenada á muerte como cómplice de los pretendidos crímenes atribuidos al Rey, su esposo, y guillotinado el 16 de Octubre de 1793. Su entereza de alma, que hubieron de admirar sus propios enemigos, no se desmintió un solo momento, y su dignidad de princesa no la abandonó hasta el instante en que entregó su cabeza al verdugo.

El general Lafayette.

Mr. de Lafayette (Gilbert De Mottier) combatió en su juventud por la causa de la independencia americana. Esto explica el papel que desempeñó en la Revolución.

Diputado por Auvernia en los Estados generales de 1789, distinguióse por su amor á la libertad: él fué quien propuso, en la sesión de la Asamblea Constituyente del 11 de Julio de 1789 la primera declaración de los derechos del hombre promulgada en Europa, y quien presidió la Asamblea, en calidad de vicepresidente, en la famosa sesión permanente que no terminó sino con la toma de la Bastilla por el pueblo armado.

El general Lafayette amaba la libertad, pero no era enemigo personal de la monarquía, y en más de una ocasión usó de la preponderancia que le daba su carácter de Comandante en jefe de la Guardia Nacional, para preservar á la familia Real de las demasías del populacho; declarado fuera de la ley por haber rehusado someterse á la revolución del 10 de Agosto, trató de ganar un país neutro y cayó en manos de los austriacos, que tardaron cinco años en devolverle su libertad, la cual sólo obtuvo, en fuerza de solicitudes de Bonaparte, el 10 de Septiembre de 1797; fijó su residencia en Holstein, y no regresó á Francia hasta después del 18 Brumario, retirándose á La Grange, donde se ocupó algunos años en explotaciones agrícolas; cuando la invasión de 1814, pidió el mando de un batallón de la Guardia Nacional, aunque en vano, porque sólo reinaba el desaliento, y du-

PERSONAJES CÉLEBRES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA



MIRABEAU.



CARLOTA CORDAY.



LUIS XVI.



ROBESPIERRE.



MARAT.

rante los Cien Días, fué elegido vicepresidente de la Cámara de Representantes y ejerció grande influencia en la breve legislatura de aquella asamblea.

Verificada la segunda Restauración, el general Lafayette, diputado por el departamento del Sarthe, fué uno de los sesenta y tres que protestaron contra el arresto del representante Manuel, y en 13 de Julio de 1824 se embarcó para la América del Norte, donde fué recibido como padre de la patria, con triunfales ovaciones; regresó á Francia un año más tarde, y á la caída del trono de Carlos X, después de ofrecer su apoyo y el prestigio de su nombre á los patriotas sublevados, contribuyó al advenimiento de la monarquía de los Orleans, convencido de que ésta sería (según su famoso dicho) *la mejor de las repúblicas*; el 24 de Diciembre de 1830 fué aprobado un proyecto de ley por el cual se suprimía el alto cargo de Comandante general de la Guardia Nacional, que desempeñaba Lafayette, y éste, rehusando el mando en jefe de la Guardia Nacional de Paris, se apartó de la mayoría parlamentaria y tomó asiento entre los diputados de la extrema izquierda de la Cámara para combatir rudamente al Gobierno de Luis Felipe I.

Murió en 20 de Mayo de 1834.

Mirabeau.

El Conde Mirabeau (Honoré Gabriel Riguetti), era uno de esos hombres extraordinarios, á quien la naturaleza parece haber creado para influir poderosamente sobre su siglo y sobre las futuras generaciones, si los acontecimientos concurren á ponerlos en evidencia. Tan pronto como tomó parte en la política palpitante en calidad de diputado por la Provenza, al reunirse los Estados generales, conquistó una popularidad colosal, debida principalmente á sus brillantes cualidades oratorias y á su osadía. Esta popularidad acrecentóse notablemente cuando Mirabeau se atrevió á lanzar al gran maestro de ceremonias, al Marqués de Brezé, que venía á intimar en nombre del Rey á los diputados del tercer Estado la orden de separarse, el famoso apóstrofe que la Historia ha conservado hasta nuestros días: *«Esclavo, di á tu amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.»*

Pero él mismo lo había dicho en una de sus fogosas oraciones parlamentarias: *«No hay más que un paso desde el Capitolio á la Roca Turpeya.»* Acusado después de defender la causa de la familia real y de sostener inteligencias secretas con la corte, perdió la popularidad y el prestigio. El 2 de Abril de 1791, después de breve enfermedad, Mirabeau pasó á mejor vida. Todos los partidos que á la sazón se agitaban en Francia, acusáronse mutuamente de haber hecho envenenar al ilustre orador.

Luis Felipe, Duque de Orleans.

Luis Felipe José, duque de Orleans, nació en Saint Cloud el 13 de Abril de 1747. El poco valor que demostró en el

combate naval de Ouessant fué causa de que le hicieran abandonar la profesión de marino, que había manifestado deseos de abrazar.

Andando el tiempo, agitóse el proyecto de casar á su hija mayor con el hijo del Conde de Artois, hermano de Luis XVI; pero la Reina logró desbaratar este plan. El orgullo ofendido y el deseo de venganza por el desengaño sufrido pudieron tanto en el Duque de Orleans, que sacudió el marasmo que le era habitual, efecto de su vida desarreglada, para lanzarse de lleno en los negocios públicos.

Trató desde luego de aparecer como enemigo encarnizado del despotismo y protector del pueblo, lo que le condujo á incurrir en el enojo del Rey, siendo desterrado. Este castigo no hizo más que enconar su odio, y haciendo un mal uso de las pingües rentas que poseía, no le fué difícil organizar en Paris grandes motines y alborotos.

Llegó Luis Felipe hasta intimar con Marat y otros revolucionarios de los más exaltados, y después que se hubo arruinado por el afán de crearse un partido, vióse abandonado por éste, y principalmente por Robespierre, quien lo hizo juzgar y condenar á muerte por el Tribunal revolucionario.

Felipe Igualdad (que así se llamó durante el periodo revolucionario), subió al cadalso el 6 de Noviembre de 1793.

Robespierre.

Maximiliano Robespierre, diputado por Artois en los Estados Generales de 1789, y posteriormente diputado por Paris en la Convención Nacional, ha dejado en la historia la reputación de un tigre sediento de sangre. Ejercía la profesión de abogado en Arras, cuando fué enviado á los Estados Generales, y fué tal la reputación de austeridad que logró conquistarse, que le apodaron el *Incorruptible*. Fué grande amigo de Felipe Igualdad, á quien abandonó cuando le vió arruinado, y entonces concibió la idea de hacerse dictador. Robespierre usó de su poder omnímodo, llenando de gentes las prisiones y haciendo correr ríos de sangre de las guillotinas; quiso también ser, además de cruel dictador, soberano Pontífice, y creó la fiesta del Ser Supremo, y la presidió, y levantó en ella sus manos, teñidas en la sangre de millares de víctimas, hacia el Autor de la Naturaleza; la caída del tirano siguió de cerca á tan execrable homenaje, y aunque él se refugió en el seno de la *Commune* conspiradora, fué declarado fuera de la ley, arrestado, juzgado sumariamente y conducido al cadalso, después de intentar suicidarse de un pistoletazo, el 10 Thermidor, año 11 de la República, ó sea el 27 de Julio de 1794.

Marat.

¡Marat! ¡Cuántos dolorosos recuerdos excita el nombre de ese monstruo, vomitado como escoria inmundada por el volcán revolucionario!

Juan Pablo Marat nació en el Condado de Neufchatel (Suiza), y fué á Paris algunos años antes de la revolución

PERSONAJES CÉLEBRES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA



DANTON.



MARÍA ANTONIETA.



NAPOLEON.



LUIS FELIPE.

DUQUE DE ORLEANS.



LAFAYETTE.

para ganar de cualquier modo su subsistencia; la facción orleanista le compró, necesitando un hombre de ese género, astuto, intrigante, frenético, dotado de inclinaciones bajas y crapulosas, del alma de un malvado; publicó el sanguinario periódico *L'Ami du Peuple*, consignando en él que era necesario *cortar doscientas mil cabezas* y crear un dictador que mandase cortarlas; presidió las matanzas de Septiembre, y fué el verdadero iniciador, con Robespierre y Danton, de la tremenda época del Terror.

La Convención decretó su arresto, y habiendo sido liberado por el tribunal revolucionario, sus satélites le llevaron en triunfo hasta la Asamblea Nacional, y le cubrieron de coronas cívicas; pero Marat, en venganza, organizó y dirigió la jornada del 31 de Mayo, á la que siguió el decreto de proscripción de los girondinos.

Una mujer, Carlota Corday, libró de aquel monstruo á la desventurada Francia, clavándole un puñal en el corazón el 14 de Julio de 1793.

Carlota Corday.

María Ana Carlota Corday d'Armans nació en la parroquia de San Saturnino *des Liquerets* (Calvados); estaba dotada de recto espíritu y corazón generoso, y había recibido educación esmeradísima con relación á su clase; nutrida en la lectura de los filósofos antiguos y modernos, su amor á la independencia la impulsó á desdeñar el homenaje de sus adoradores y consagrarse en absoluto á la salvación de la patria.

Consideró á Marat como principal autor é instigador de los desmanes revolucionarios que ensangrentaban y aniquilaban á Francia, y concibió el atrevido proyecto de matarle: salió de Caen el 9 de Julio de 1793, y en llegando á París, solicitó audiencia de Marat con pretexto de revelar importantes secretos políticos, referentes á los girondinos; él, que estaba en su baño, corrigiendo las pruebas de un número del *Ami du Peuple*, mandóla entrar en seguida y la pidió los nombres de los diputados proscriptos que á la sazón conspiraban en Caen, y mientras los apuntaba en una hoja de papel, Carlota sacó del pecho un puñal que hundió hasta la empuñadura en el corazón del sanguinario convencional, quien sólo pudo exhalar este grito: «¡A mí, socorro!»

La joven Corday fué presa allí mismo, conducida á la cárcel de la Abadía y después á la Conserjería, juzgada por el tribunal revolucionario, sentenciada á muerte y decapitada por la guillotina á las siete y media de la tarde del 17 de Julio, conservando hasta el postrer momento de su vida la más profunda serenidad y admirable fortaleza de espíritu.

Tenía veinticinco años, y era hija de un noble de Caen, Santiago Francisco Corday d'Armans.

Danton.

Dantón, diputado por París á la Convención nacional, como Marat, debió á la Naturaleza un espíritu enérgico y ardiente imaginación, formas atléticas y elevada estatura,

semblante casi repulsivo y voz recia y áspera cuando tronaba desde la tribuna con toda su efervescencia revolucionaria.

Antes de la revolución era abogado del Consejo de París, y como este cargo no daba satisfacción á sus fogosas pasiones, á su amor al lujo y á los placeres, vendióse al Duque de Orleans, y fué uno de los más exaltados y crueles convencionales: fundó la sociedad de los *Cordeliers*; contribuyó, tan activamente como Robespierre y Marat, á las hecatombes de Septiembre; pidió el establecimiento de comités revolucionarios, de tribunal revolucionario, de ejército revolucionario; ministro de Justicia, ordenó la ejecución de los prisioneros en París, y se atrevió á provocarla en los departamentos con una circular odiosa, que es memorable en los fastos de la época.

Viendo su cabeza amenazada por el odio de Robespierre, quien le consideraba como rival peligroso, empezó á clamar en la Convención contra la tiranía, á hablar de clemencia y de justicia, á deplorar el inmenso ascendiente que había adquirido el Comité de Salvación pública, y entonces, cuando hubiera podido derribar al tirano, á Robespierre, concretóse «á emitir (según su propia frase) el prefacio de su opinión política»; mas el dictador no perdió tiempo: la noche del mismo día en que hizo alarde público de tales ideas, decretó su arresto, y le entregó al tribunal revolucionario, que le sentenció á muerte.

Dantón, más atrevido que hábil, más ambicioso que político, más capaz de concebir grandes proyectos que de ejecutarlos, pereció en la guillotina el día 6 de Abril de 1794.

Napoleon Bonaparte.

¿Hay persona ilustrada que no conozca, más ó menos ampliamente, la biografía de Napoleón Bonaparte? Y, por otra parte, ¿sería posible dar cabida en estos apuntes á la más abreviada reseña de las glorias militares del vencedor en Arcole y Marengo, en las Pirámides y Abukir, en Austerlitz y en Friedland?

Apuntaremos únicamente algunas efemérides notables.

Napoleón Bonaparte, hijo de Carlos y de Leticia Ramolino, nació en Ajaccio (Córcega), en 1760; estudió en las escuelas militares de Brienne y París, y comenzó su carrera en clase de teniente segundo en el regimiento de La Fère; mandó la artillería, como jefe de batallón, en el célebre sitio de Tolón, y las tropas de la Convención nacional en las jornadas de Vendimiario del año IV; general del ejército de Italia, ganó las victorias de Montenotte, Mondovi, Castiglione, Arcole, Rivoli y otras, y obligó á Austria á firmar el tratado de Campo Formio, que desagradó al Directorio; embarcóse para Egipto, y tomó las plazas de Malta y Alejandría, venció en la batalla de las Pirámides, llevó sus tropas á Siria, rindió las fortalezas de Jaffa y Sour, hizo levantar el sitio de San Juan de Acre y derrotó á los turcos en Abukir; regresó á Francia, dirigió la jornada del 18 Brumario, abolió el Directorio, y creando el Consulado, se hizo nombrar primer Cónsul; en 1800 pasó los Alpes al frente del ejército de reserva, y venció en Montebello y Marengo, firmando luego tratados de paz hasta con Inglaterra; en 1802

un *Senatus Consultus* le confirió el título de primer Cónsul vitalicio, y en 1804, después del suplicio del Duque de Enghien, otro Senado Consulto le otorgó el título de Emperador con el nombre de Napoleón I.

Formóse una coalición continental contra el nuevo monarca, y éste emprendió rápidamente una gloriosa campaña: hizo capitular en Ulm al ejército austriaco, ocupó á Viena, ganó las victorias de Austerlitz, de Jena, de Anerstædt, de Eylau, de Friedland, y firmó la paz de Tilsit con Rusia y Prusia; dió á su hermano Luis el trono de Holanda y á su hermano José el de España, y entonces comenzó la guerra de la Independencia española, que fué la principal causa de la caída del Imperio napoleónico; venció otra vez á Austria en Wagram, y firmado el tratado de Viena, divorcióse de su primera esposa Josefina Beauharnais, y casó con la archiduquesa María Luisa de Austria; rotas de nuevo las hos-

tilidades con Rusia, alcanzó las victorias de Smolenko y del Moscowa, y entró en Moscow, la vieja capital del Imperio ruso; mas al retirarse á Francia en el rigor del invierno, sufrió su valeroso ejército completa derrota.

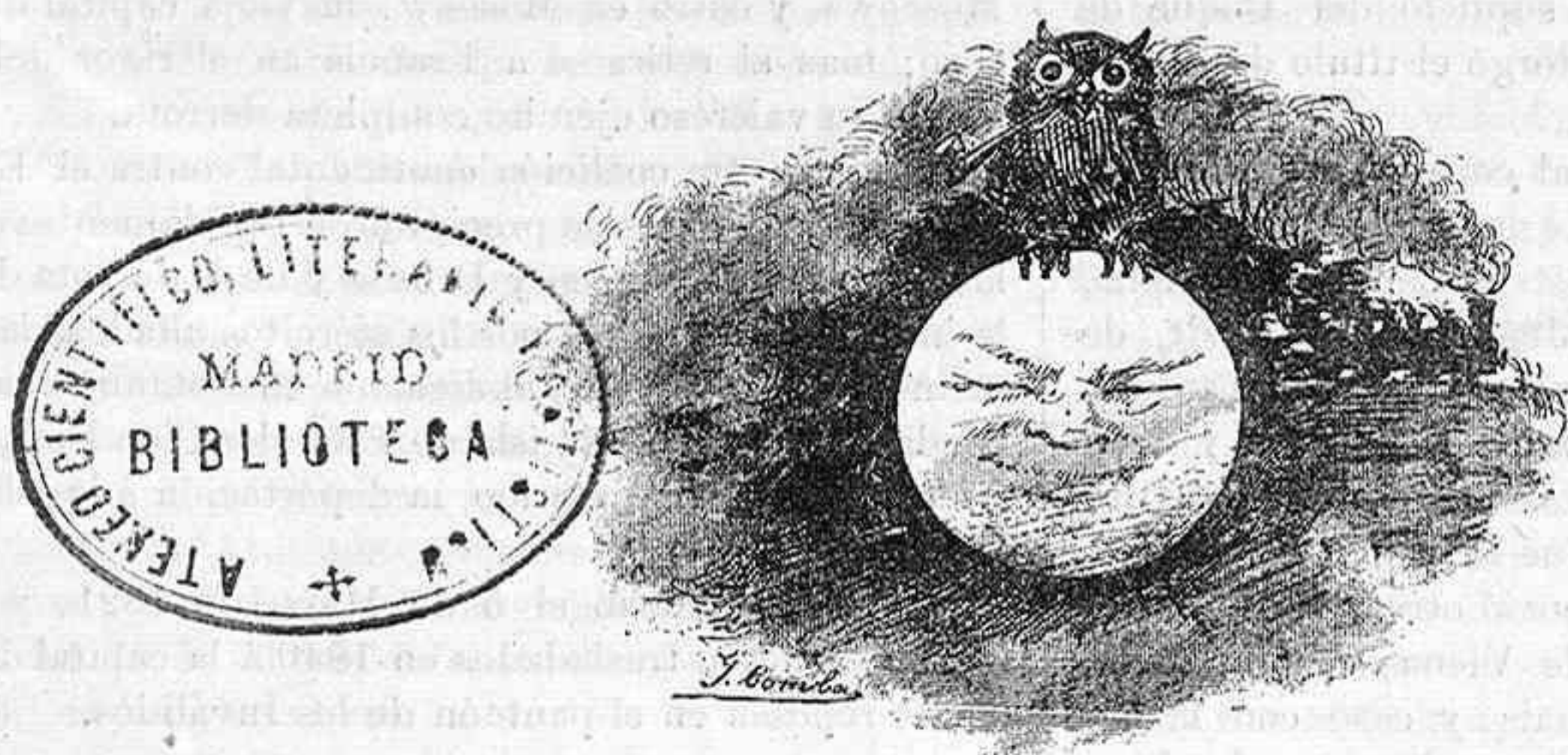
Formada otra coalición continental contra el Emperador, los acontecimientos se precipitaron rápidamente: después de las victorias de Lutzen y Dresde y de la derrota de Leipzig, la invasión de Francia por los ejércitos aliados, la campaña memorable de 1814, la abdicación en Fontainebleau, la retirada del vencido á la isla de Elba, los Cien Días, la derrota en los campos de Waterloo, la deportación á la isla de Santa Elena.

Napoleón I murió el 5 de Mayo de 1821, y sus restos mortales fueron trasladados en 1840 á la capital de Francia, donde reposan en el panteón de los Inválidos.



«DE FUERA VENDRÁ....»—Cuadro original de C. Reichert.





LA ORGÍA DE ESQUELETOS

Es un festín junto al mar.
Sobre la alfombra de arena
Que va la espuma á bordar,
Choque de copas resuena
Que apaga la onda al rodar.

De la luna á los fulgores
Lanza el mar su cabrilleo,
Y canta estrofas de amores
En torno al gentil Pireo
Que se adormece entre flores.

En sus playas encantadas
La bruma tiende su tul,
Y les da cintas rizadas
El ceñidor de agua azul
De las ondas nacaradas.

Donde el agua transparente
Desmaya sin fuerza alguna,
Cubre una mesa luciente
Bello tapiz esplendente
Hecho de rayos de luna.

Y entre los giros secretos
Que van formando las brisas,
Hacia ella avanzan inquietos
Entre canciones y risas
Blancas filas de esqueletos.

Saliendo van de la mar
Que los forma de su espuma,
Y con lánguido mirar
Envueltos en ténue bruma
Van el festín á aumentar.

Canta el fantástico coro
Himnos de dulce armonía,
Y exento de amargo lloro
Apura con alegría
Falerno en conchas de oro.

Mas ¿qué en su loco placer
Buscan dispersas y solas
Aquellas formas sin ser
Dejando el mar cuyas olas
Á Venus vieron nacer?

Son del amor las deidades,
Sus diosas son, que al rumor
De las vivientes edades,
En aquellas soledades
Celebran fiestas de amor.

Ved á Eloísa avanzar
De las espumas dormidas
Sacudiendo sin cesar
Las claras gotas del mar
Á su esqueleto prendidas.

Julietta, siempre adorada,
Sigue triste y pensativa,
Y en la cuenca iluminada,
De Romeo la mirada
Llevar parece cautiva.

Siguen después Magdalena,
Lucrecia, Safo, Raquel,
Y Semíramis, y Helena,
Hollando todas la arena
En bullicioso tropel.

También al festín camina
Presa de amoroso dardo
Judhit, la flor peregrina,
Y la Cava, y la Stuardo,
Y Cleopatra, y Mesalina.

Y este concierto de amor,
Sin freno, ley ni decoro,
Brinda y brinda sin temor,
Y las copas del licor
Forman chasquido sonoro.

Elevando las de nieve
 Formas lánguidas y esbeltas,
 Dice Cleopatra en voz leve:
 —¡Por la ardiente orgía!—y bebe
 Perlas en vino disueltas.
 Se alza después Eloísa,
 Y con divina sonrisa,
 —¡Yo por el eterno amor!—
 Dice, imitando el rumor
 Que hace en las flores la brisa.
 Siempre sollozando inquieta
 Y siempre en vivo deseo,
 Al hablar dice Julieta:
 —¡Por el amor de Romeo,
 Que es el amor del poeta!—
 Y Safo, mientras que gira,
 Entre aquella regia tropa,
 —¡Por el amor que delira!—
 Dice, en la izquierda la copa
 Y en la derecha la lira.
 Luego con honda efusión
 Van exclamando en tropel:
 —¡Por la juventud!—Ninon;
 La Cava—¡Por la traición!—
 —¡Por la modestia!—Raquel.
 —¡Por la virtud de amor llena!—
 Grita Lucrecia divina;
 —¡Por los placeres!—Helena;
 —¡Por los goces!—Mesalina;
 —¡Por el llanto!—Magdalena.
 Y cada cual entonando
 Al amor tiernas canciones,
 Van las copas apurando
 Y la playa coronando
 De fantásticas legiones.



Con sus notas argentinas
 Turba de pronto el reposo
 De las ondas cristalinas
 Un concierto melodioso
 De nereidas y de ondinas.
 Y á aquellas notas aladas
 Donde hay suspiros y quejas,
 Por las manos enlazadas,
 Las figuras animadas
 Forman lucientes parejas.
 Rompe un acorde vibrante
 La onda dormida del viento,
 Y el ejército gigante
 Gira cual sierpe ondulante
 En compacto movimiento.
 Corre luego fugitivo
 Dando alegres cabriolas,

Y baila con pie festivo
 El vals primoroso y vivo
 Que van tocando las olas.
 Pártese en largas hileras
 El escuadrón resonante,
 Y juntas las calaveras
 Que de sus órbitas huera
 Lanzan reflejo brillante.
 Luego rauda se arrebatada
 Y semeja torbellino,
 Ya presto se desbarata
 Y en las arenas de plata
 Forma blanco remolino.
 Ya las espumas rodea
 Y se para á contemplar
 Mientras la vista recrea
 El rayo que cabrillea
 Sobre las olas del mar,
 Ó del suelo se desprende
 Cual niebla de la laguna,
 Y en tanto que el aire hiende,
 Disuelto en la luz asciende
 Por los rayos de la luna.
 Ya corre y se precipita
 Formando movible encaje,
 Ya gira en rueda infinita
 Y dulces versos recita
 Al compás del oleaje.
 Y siempre vagando inquietos
 Por la ribera sin fin,
 Cuéntanse amantes secretos,
 Y de nuevo hacia el festín
 Acuden los esqueletos.
 Vuelven la mesa á asaltar,
 Y la bronca algarabía
 Atruenan de nuevo al mar,
 Que entona su melodía
 No cansado de rodar.
 Corre el vino desbordado
 En hervoroso torrente,
 Y de conchas coronado
 Finge el mármol cincelado
 Joyero resplandeciente.
 La espantosa gritería
 Atruenan el amplio confín,
 Y se prolonga la orgía
 Hasta que despliega el día
 Sus ropajes de carmín.
 Cantan las olas en coro
 Al ver el alba brillar;
 Se borra el festín sonoro,
 Y el tropel de conchas de oro
 Rueda hasta el fondo del mar.....

SALVADOR RUEDA.



¡POR SEVILLA!

CUADRO DE D. MANUEL DE LA ROSA.

EL NÉCTAR DE NUESTROS ANTEPASADOS

(CUENTO QUE TIENE MUCHO DE HISTORIA)



I.



En una tarde de Agosto del año del Señor de 1611, y como dos horas antes de ponerse el sol, los habitantes de la imperial y coronada villa de Madrid, corte á la sazón de la majestad reinante, el piadoso D. Felipe de Austria, y tercero de su nombre, abandonando ellecho que ocuparan antes durante el obligado sesteo, salían de sus viviendas en busca de un aire más fresco que aspirar. Damas y gentiles-hombres, frailes de todas órdenes, beatas, hidalgillos, sacerdotes, dueñas, pajes y escuderos paseaban por la villa, sin que faltase alguna carroza en que el magnate, acompañado de sus deudos, se presentaba al pueblo pedestre finchado y altivo; pero siempre — y como aquéllos — para aliviar de algún modo, respirando las frescas brisas del Prado y Huertas de San Jerónimo, el calor que su cuerpo aristocrático despedía, ni más ni menos que al último rufián ó cantador de coplas les aconteciera. En esa misma hora salía de unas casas de fastuosa apariencia, situadas en la calle del Prado, entre el monasterio de Santa Catalina y el de Santa Ana, un anciano caballero, de fuerte aspecto todavía y mezcla de señor y soldado, si hemos de atender al ropaje que cubría su esbelta persona, á la banda roja que cruzaba su pecho, la luenga espada que de su rico tahalí pendía, sus botas altas, su sombrero de grandes alas y vistosas plumas, y por

último, la cruz blanca de San Juan, que sobre el izquierdo lado del jubón ostentaba. Un escudero ó criado habíale seguido hasta la puerta, y después de hacerle una profunda reverencia, se despidió el caballero, mientras aquél volvía á internarse, cerrándola tras de sí.

Dirigióse nuestro Capitán — y tal lo era — con lento andar y atusándose los blancos mostachos y la larga perilla, calle abajo, hasta llegar á la próxima del León; paróse en la primera esquina, arregló las plumas de su sombrero, un tanto descompuestas, sin duda por el ligero ambiente que al declinar el sol ya dejaba sentirse, y empezó de nuevo su marcha por la última dicha, hasta detenerse ante la cerrada y angosta puerta de una casa, más humilde que ostentosa.

— Dios le dé buenas tardes al señor capitán Juan de Urbina — prorrumpió en esto un sujeto que, vestido en traje llano, aparecía en un tenducho antiguo, apoyado en el quicio de su entrada.

— Lo mismo digo á vuesa merced, señor boticario Gómez.

— ¿Venís á ver á mi virtuoso vecino y tocayo?.... — continuó el primero. — Gran falta le hace que amigos y deudos, como su señoría distraigan la imaginación, harto trabajada, de quien tanto sufre y más merece. Hale dado al señor hidalgo, con sus luengos años, trabajar más de lo justo, y es bien conceder al tiempo y á las circunstancias lo que merecen.

— Habláis como cuerdo — añadió el Capitán, dando al mismo tiempo un aldabonazo en el postigo del modesto albergue, cual si la conversación del boticario le fuese algo molesta, como inconvenientes le parecían las curiosas miradas de los vecinos de las inmediatas casas, asomados á los balcones, y las de algunos grupos dispersos de gente desocupada que parados á distancia se veían.

Bien pronto, al ruido del golpe dado en la puerta, ésta abrióse, merced á una cuerda que desde arriba pendía amarrada al picaporte, dejando ver una escalera estrecha y empinada, que el noble caballero se dispuso á subir, no sin haberse despedido del señor Miguel Gómez con un « Dios le guarde », que contestó, aunque más respetuosamente, el honrado boticario.

Cansado, y como tal, pausadamente, llegó al final de la escueta escalera el caballero, hasta dar con la entrada de una habitación, donde sin detenerse más tiempo que el nece-

sario para dirigir á una anciana dueña ó beata la salutación cristiana, que era entonces de rigor, siguió adelante por un obscuro y tortuoso pasillo, con aire desenvuelto, como quien conoce muy de plano el terreno que pisa, llegando á otra puerta que cubría su hueco á merced de un cortinaje de ligerísima tela, y en cuyo sitio paróse un momento nuestro Capitán.

Antes de pasar adelante, he de merecer á la bondad de la hermosa lectora, ó barbudo ó sin barba lector de este cuento, me permita bosquejar siquiera el aspecto de la pieza ó habitación ante cuya entrada se detuvo el señor Juan de Urbina, pues ya le conocemos.

Pequeña, aunque de alto techo y dividido por el número de maderos que le sostenían, las paredes de cal y el piso de rotas ó desvencijadas baldosas, notábase, sin embargo, en la estancia á que nos referimos algo de sublime, de colosal, de santo ó religioso. Un armario, que debía contener volúmenes, pues algunos dejaban verse á través de la espesa red de alambre y los rotos de tela verde que los cubrían; unas cuantas sillas de badana claveteadas; dos ó tres estampas, entre ellas una de Nuestra Señora de la Merced, resguardadas por sendos marcos de caoba que ostentaban dorados clavos romanos; un crucifijo con su pililla de agua bendita, y de la cual colgaban dos escapularios de la Orden trinitaria: tal era el menaje de la vivienda, aparte de una mesa de escritorio que merece especial mención. Sentado ante ella, y á la decrepita luz que entrara por entre los vidrios verdosos ó ennegrecidos de una rasgada ventana, resguardada por fuerte reja, aparecía un hombre de más de sesenta años, rostro aguileño, el cabello castaño, aunque en muchas partes destacase su blancura; la frente lisa y desembarazada; los ojos alegres y expresivos, que permiten verse cuando los levanta dirigiéndolos á las personas que le acompañan; nariz bien proporcionada, aunque algo curva; las barbas, no muy pobladas, y que debieron ser rubias, se muestran ya plateadas sobre el color vivo, más bien blanco que moreno, de su hermoso aunque varonil rostro, sobre cuya pequeña boca dejan verse unos grandes bigotes. Parece algo cargado de espaldas, y no debe serlo tanto, aunque su actual postura, inclinado sobre el bufete, pueda disimular del todo tal defecto.

Viste jubón de airoso corte y preciada tela, ajustado perfectamente al tronco de la persona, rodeando su cuello rizada y nivea gorguera á la usanza de la época. Sobre la mesa, cubierta con un guardamacé bien usado, y en que escribe el caballero, aparecen aquí y allá papeles, libros, manuscritos dispersos y cosidos; pero todo ello desparramado, sin orden ni concierto, como si el genio que preside no pudiera ó quisiera descender á la minuciosidad de los seres vulgares. La mano derecha del que escribe deja correr la pluma de ave surtida de tinta por un ancho tintero de barro cocido, sobre el papel que delante tiene, mientras el *muñón* de su izquierda, cuyos estropeados dedos, algunos de ellos cortados completamente, dejan conocer su inutilidad absoluta, se apoya negligente sosteniendo el preparado trapo donde las ideas se vierten, al parecer, copiosas y brillantes, como exacto reflejo de aquella redondeada y pura frente que las concibe. A un lado de éste, aunque guardando respetable distancia, miranse tres personas que, asentadas también, conversan en voz baja y entre sí. La de en medio, á quien ro-

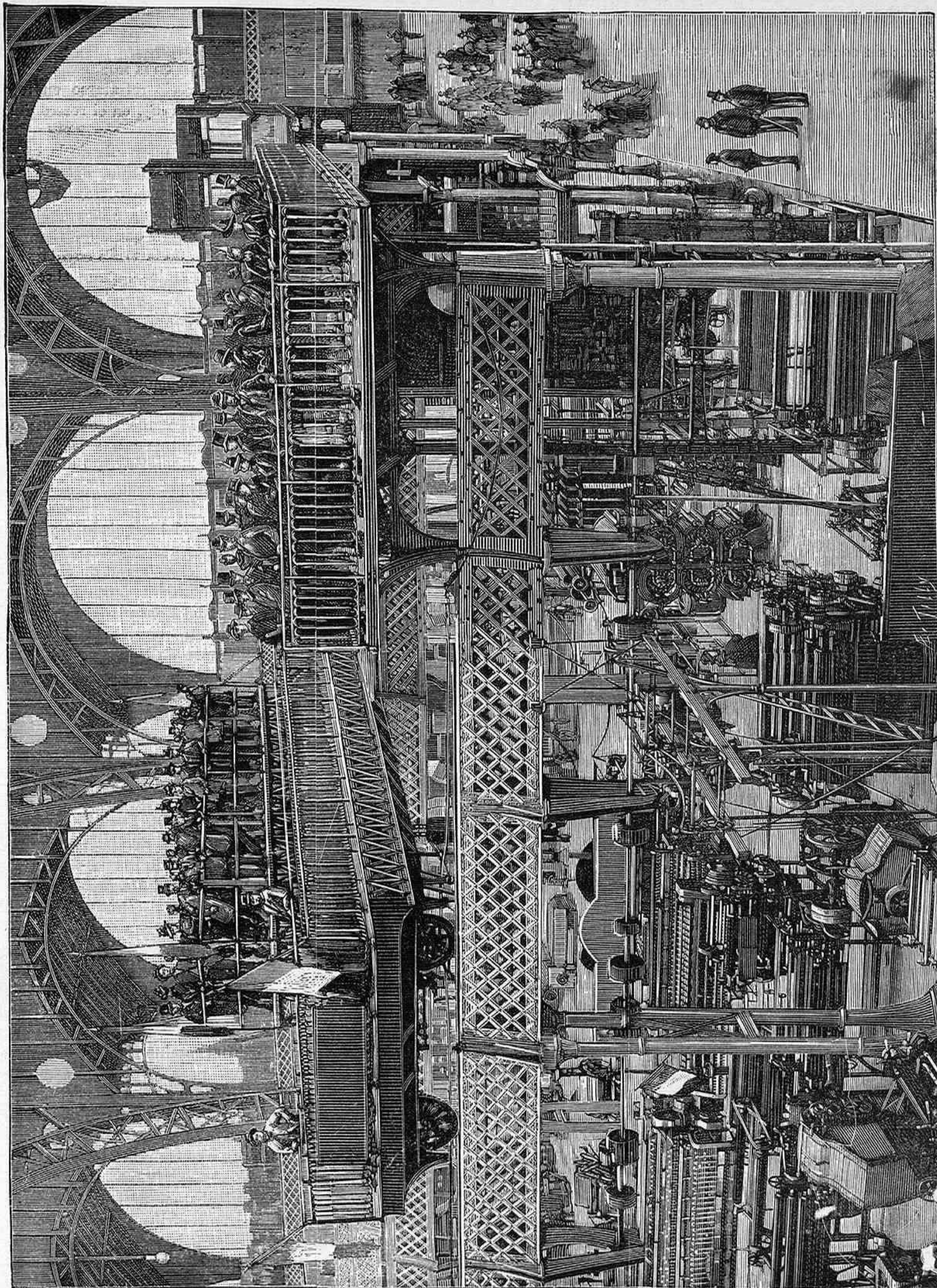
dean las otras, es una señora de precioso rostro, algo ajado, si no por la edad, por los disgustos. El traje que la cubre es negro, y blancos los cabellos de la dama, destacándose ondulados de entre las obscuras tocas que los envuelven. De vez en cuando las miradas de los tres personajes se clavan con respetuosa admiración, aunque nublada de cierta tristeza, en el rostro del anciano caballero, mientras una lágrima imprudente se desprende osada de los azules ojos de la dama, para humedecer las manos cruzadas sobre su saya, ó bien, desvaneciéndose tímida en la calurosa y rosada tez hasta espirar sobre el seno. Un suspiro, apenas ahogado, sirve de nueva savia á la apariencia tranquila de la noble señora, dándole nuevo aliento, y entonces, sus dos acompañantes, que en silencio han respetado su dolor, vuelven al interrumpido diálogo, aliviando así la pena que á su compañera parece embargarla. Durante estos momentos, la mano del escritor marcha veloz unas veces; párase otras como si quisiera reconcentrarse como el pensamiento que la impulsa, pasa, ora sus dedos por la tersa frente ó apóyase ésta en ellos, como si tanto *genio* pudiera aprisionarse por las débiles falanges; y los ojos del dueño bien pasean sus miradas por la estancia, ya se fijan en el papel que delante tiene, ó buscan en el cielo su alivio, para caer luego cansados y tristes sobre la querida faz—y débelo ser mucho,—de aquella mujer que entonces baja los suyos y le sonríe.

—¡Mucho trabaja el señor hidalgo!—Atrévase por fin á decir uno de los hombres, dirigiéndose al *que no da paz á la mano*; el cual, y como si saliese de un éxtasis, abandona la pluma, recuéstase en el sillón donde está sentado, sin duda para ver mejor al grupo de donde ha salido aquella observación, y con acento pausado, melancólico y señaladamente tartamudo, contesta.

—Salíme muy de mañana á oír la misa que, como todos los días, acostumbro en el monasterio de la Merced, á la que tanto debo; entréme luego un pequeño rato en la celda de mi amigo y consolador el Padre presentado Fray Juan de Villafranca; volví á mi posada y púseme á escribir en ratos perdidos, que á ello me lleva la afición, señor licenciado Núñez, mi convecino; y así dejaré yo de escribir para el público como volverme turco.

—Nunca conviene—mi señor y dueño—añade en esto la noble enlutada,—dar tanto asedio al trabajo; antes el descanso concedido á la imaginación, proporciona más lucidez y ardimiento.

—Siempre habláis como lo que sois, mi amada D.^a Catalina—responde el escritor, que levantándose de su asiento, con no ligero paso, se dirige hacia aquélla.—Bien decís—prosigue besando galantemente una de sus manos y sentándose de nuevo en la silla que el licenciado Núñez le presenta;—no obstante—continuó—la vejez camina á grandes pasos; los disgustos acrecen, y vos lo sabéis muy de sobra, amada esposa, los desengaños no amenguan, y quisiera, si Dios no me lo impide, concluir con varias empresas que llevo comenzadas, antes que la muerte me sorprenda. La victoria conseguida por mi buen hidalgo Don Quijote, me fuerza á escribir otra segunda parte, antes que algún envidioso clave sus garras en él, y á más quisiera dar presto concluidos esos doce cuentos que he pensado llamar *ejemplares*, pues que no han de mover á ningún mal pensamiento; antes al contrario, servir han de lección á los que



EXPOSITION UNIVERSELLE DE PARIS. — Los puentes volantes (*ponts roulants*) en la Galería de Máquinas.



los leyeren; sin contar con otras obras como los trabajos de *Persiles*, que quisiera compitiesen con *Heliodoro*, á más de las *Semanas del Jardín*, que también tengo entre manos, con otros productos que en rima castellana habrá de producir el ingenio mío, más versados en trabajos que en dichas y fortuna.

—Gran empresa, señor Miguel de Cervantes, la que os proponéis — añadió el personaje que hasta ahora había permanecido silencioso; — y no dudo que el cielo habrá de ayudaros; que vuestras obras son vuestra gloria y vuestra gloria de la España entera.

—Lisonjero estáis — contesta el *Grande Hombre*; — y sólo un licenciado tan práctico en las lides de vuestros Reales Consejos, pudiera hacer lo negro blanco y lo blanco negro en fuerza de la amistad que me concedéis. Bien quisiera, no obstante, señor Vasconcelos, que fuera tal como vos decís; pero si la gloria me pertenece y quisiera pasarla como patrimonio después de mis días, á mi mujer doña Catalina y á nuestras dos Isabeles, hija y nieta, menguados laureles los que la patria proporciona al escritor que tiene que esperarlos de ella después de muerto. Ni han de faltar para no alcanzarla, los aviesos y traidores dardos de la envidia, ni el desdioso aplauso del endiosado, ni genio del sutil, que cuando más concederá al pobre escritor una mera simpatía que más le lastime que le honre.

Y así, no hay que hablar de esto; soldado fuí y pobre aunque noble, señales tengo de mi valor y amor á la patria, mis talentos me llevaron á escribir y escritor soy; si la posteridad me hace justicia, que Dios se lo pague; de todos modos, mi nombre vivirá tanto como mis obras y ellas durarán; — y al decir esto, los ojos del anciano irradian, la cabeza se iergue altanera, mientras la tez de su rostro se enrojece y la frente espaciosa se ilumina como si el rayo del genio se desprendiese de ella; — vivirán — concluye, — lo que el mundo! Mas he aquí, que tenemos — prosigue haciendo una tramitación y levantándose para dirigirse á la puerta por donde aparece el ya conocido Capitán — la dicha de ver entre nosotros al muy respetable Secretario del Gran Prior de San Juan, mi siempre buen amigo el señor Juan de Urbina.

—No cumpliera como bueno — dice éste quitándose el sombrero y besando una mano de D.^a Catalina Palacios, pues la señora que allí estaba era nada menos que la noble esposa del Grande Hombre — si olvidase la buena amistad y ya antigua que os debo, señor Miguel de Cervantes, á vos y á los vuestros, y creo no estaréis quejoso de mí; pues de ayudaros en medio de los sinsabores que la desgracia os proporciona sin motivo, es de almas cristianas, como es de pechos hidalgos compartir con los amigos y camaradas las contadas dichas que el cielo envía á los venturosos. Pero á bien que vengo cansado, pues los años pesan y es vuestra escalera empinada y difícil. Haceros he un rato de compañía — prosigue el señor de Urbina, descansando en el sitial que Cervantes le presentara — si es que no excusáis dar conmigo un paseo por la villa, antes que el sol decline. La tarde es fresca y parece convidar á ello; y aunque no bajemos hacia las huertas de San Jerónimo, pues la humedad no hará provecho ni á vos ni á mí, que no estamos ya para valentías, iremos hacia el arrabal nuevo de la Puerta del Sol, subiremos luego por el Corral de la Cruz, y bajando por el

vecino monasterio de Santa Ana, daremos otra vez con nuestros cuerpos, vos en vuestra casa y yo en la mía.

Una mirada de reconocimiento pareció retratarse en los ojos de D.^a Catalina, y una sonrisa se dibujó en el rostro del autor de *Galatea*.

—Que me place — repuso éste; — y pues sois de la opinión de mi vecino el boticario y del Dr. Cano, un médico tobosino, que en su estancia ha poco en la corte me prescribió el ejercicio como remedio higiénico á mis achaques, he de complaceros; y para que no digáis que tomo tiempo en pensarlo, que fuera ya á esta hora de la tarde encubierta excusa, dispuesto estoy, y si alguno de los amigos, el señor licenciado Núñez ó el señor licenciado Vasconcelos quisieran seguirnos, Dios sabe si se lo agradeceríamos, y no digo los dos, pues sé que no ha de quedar sola mi señora D.^a Catalina.

—Yo habré de acompañarla, si ella quiere y vos no os oponéis, señor vecino — añadió el licenciado Núñez.

—¿Y cómo he de oponerme? Antes bien os lo ruego. Y puesto que vos habéis de quedaros — añade el ex cautivo vistiéndose un ferreruelo color grana y tomando el sombrero de anchas alas y de vistosa pluma, y ciñéndose la espada, — el señor licenciado Vasconcelos nos hará compañía al Capitán y á mí.

—Con harta satisfacción — añade el Licenciado — y aun algo de egoísmo; que algo, y aun algunos, necesita mi cuerpo de movimiento, si ha de rebajarse el volumen de él, más á propósito ahora para canónigo que no para letrado.

Kiéronse todos de la ocurrencia del Licenciado; besóle la mano Cervantes á su esposa; hizo otro tanto el Capitán, y saludando Vasconcelos, despidiéronse de Núñez, bajando á la calle Cervantes, Urbina y el abogado de los Reales Consejos.

Abrióse á poco la puerta de la calle; salieron los tres, y sin ver al boticario Gómez, que sin duda se hallaba dentro de su tienda preparando alguna medicina, que de otro modo nunca hubiera dejado la ocasión de saludar á su *sin rival* — así le llamaba — vecino el hidalgo Sr. Cervantes, siguieron los tres camaradas el trozo de calle hasta llegar á la de las Huertas, no sin llamar la atención de algunos curiosos que conversando se hallaban formando grupos á la otra parte de la calle del León, es decir, en el *Mentidero de los Comediantes*.

II.

—A bien que hemos tomado el camino más largo — observó con razón el Licenciado, — pues para ir al arrabal nuevo debimos subir por la del Prado en vez de seguir las Huertas; pero á bien que al llegar á San Sebastián podremos bajar y enmendar el camino.

—Tiempo queda todavía, pues apenas serán las cinco, y aun los días son largos — añadió el Capitán.

Preocupado y cabizbajo caminaba en tanto Cervantes, como si honda pena conturbase su espíritu, ó su gran imaginación ocupada estuviera en allegar ideas á la mente para los grandes designios que la Providencia le deparaba, cuando al llegar cerca del cementerio de San Sebastián, al levantar

su cabeza, que más que al cielo á la tierra se inclinara, sus ojos se abrieron aun más de lo ordinario, el color de sus facciones palideció y cierto sacudimiento nervioso denotó que alguna impresión, siquier no fuese satisfactoria, se había hecho dueña de aquella especial y valiente naturaleza. Repúsose, sin embargo; volvió su mirada á otros puntos como si quisiera distraerla, y quitándose el sombrero que sujetó con el muñón de su izquierda mano, pasóse por la frente su derecha como si quisiera arrancar de ella el peso que la oprimía.

—Preocupado váis, mi querido amigo —dijo en esto el Urbina, notando el silencio del hidalgo.

—No tal; pensando iba cómo el destino arrastra á los hombres sin que éstos puedan resistirlo y sin que sea posible atajar sus golpes, ni la fuerte voluntad, ni el ánimo sereno. Después de tanto batallar con el mundo, al fin de la contienda, la víctima es siempre víctima y el verdugo verdugo. Ni son bastantes á saciar la sed de crueldad de aquella esfinge del género humano los aviesos golpes del mundanal concierto, si que logran aumentarlos otros de tan singular índole, como que se vienen sin buscarlos aun dentro de nuestra casa ó en la misma calle.

—Decís bien, señor Cervantes—repuso el Licenciado.—No hay que ir contra el destino, cuyos decretos escritos en su libro no admite vía apelativa, y así debere-
mos llamar á las puertas de la resignación, única enemiga de aquél. Vues-

tra merced es claro espejo de lo que digo, pues sólo la paciencia cristiana y como conviene á un hombre de vuestras prendas de que habéis durante los días de la vida hecho ostentoso alarde, fuera capaz de elevaros en las alas del genio que os remontará al mismo cielo.

—Y como dice perfectamente el señor Vasconcelos —añadió el Capitán.

Mientras esto pasaba y siguiendo la dirección de frente á

nuestros personajes, un clérigo que había salido del mencionado cementerio ó de la contigua iglesia de San Sebastián, bajaba con mesurado paso la calle de las Huertas, los manteos recogidos, la vista baja, y ostentando al lado izquierdo de su traje talar la gran cruz blanca de Malta ó de San Juan. No era muy apartada la distancia que de



D.ª MARÍA TUBAU DE PALENCIA, DISTINGUIDA ACTRIZ ESPAÑOLA.

aquéllos le separara aún, cuando levantando la cabeza, un tanto sorprendido, clavó su mirada de águila sobre el grupo que iba acercándose. Era el tal un hombre que apenas pasaría de los cincuenta años, de estatura más bien baja que alta, el rostro grave, la color biliosa, los ojos azules; un ligero bigote casi negro y muy retorcidas sus guías adornaba el labio superior de una boca fina y dura, mientras el inferior se alzaba sobre una perilla recortada y un tanto canosa.

El cuerpo era delgado en fuerza de ser su temperamento señaladamente nervioso. Todo en él denotaba un hombre superior, aunque muy pagado de sí mismo.

—Mi señor pariente el capitán Juan de Urbina y el señor Miguel de Cervantes.... ¡Que Dios sea loado!— dijo el clérigo, como si hablara consigo mismo, mientras el gran héroe de Lepanto, en el mismo tono y con la propia intención, prorrumplía, algo alterado el rostro:

—¡El bueno de D. Lope es éste!.... ¡Donoso encuentro, á fe mía!

Pocos pasos distaban entre el clérigo y los tres compañeros, cuando el del traje talar, quitándose por un momento el sombrero de teja que cubría una frente alta y despejada, dirigióse con ambas manos al Capitán:

—Dios le dé buenas tardes á mi pariente el señor Urbina y á sus amigos, que, si no me engaño, uno de ellos es el celebrado autor de *Don Quijote*, el señor Miguel de Cervantes, á quien siempre he querido bien, por más que algunos maldicientes digan de él y de mí lo más lejano á la verdad.

—Nunca creí de lenguas ligeras, señor don Lope— contestó el manco de Lepanto, siempre con el sombrero en la mano como sus dos colegas, que así era costumbre entonces cuando se hablaba con autoridades, y más si eran eclesiásticas y de la magnitud de un Lope de Vega, y mi lector ya habrá conocido que de éste nos ocupamos;—ni menos— prosiguió el gran Cervantes—de gente maleante, que sólo entretiene sus ocios en buscar rivalidades donde no puede haberlas, que nunca logrará competir con la luz del sol la tibia y macilenta del astro de la noche. Y así, señor don Lope, bueno será doblemos la hoja; que si yo he merecido á vuestra merced cumplidos elogios por mi humilde creación del *Hidalgo*, yo, haciéndoos justicia, reconozco en vos, y así lo confieso, el mérito que se os debe.

—Encuentro feliz es éste, señores— prorrumplió el capitán Urbina—puesto que vemos frente á frente á los dos más sobresalientes ingenios de la corte haciéndose justicia. No hay más en esto—continuó después de una pausa—que una cosa, que ha de permitirme decir en gracia al parentesco, á la amistad y á la rudeza del soldado, y es: que para dos genios como Cervantes y Lope de Vega, el espacio de las calles de Francos y del León es estrecho para contenerlos: vivieran el uno en mi casa de campo del arroyo Abroñigal y en los confines del arrabal de San Martín el otro, y fuera difícil el encuentro de los que son emporio de la corte y tiempos andando, gloria de la española gente....

—Cuando no del mundo civilizado—interrumpió el licenciado Vasconcelos, mudo hasta este momento desde la presencia del respetable y respetado clérigo.

A tales palabras desarrugóse un tanto el rostro del ex soldado, de Cervantes, su boca sonrió, mientras la tez pálida del fecundo poeta, de Lope de Vega, tomaba cierto color rosáceo, como si la satisfacción recibida fuese mutua en los dos personajes, como lo era ciertamente su gloria.

—Siempre seremos amigos, señor Cervantes—dijo á éste su levantado rival, alargándole las dos manos, que aquél estrechó en la única disponible, mientras contestaba entre triste y satisfecho:

—Siempre, señor don Lope.

Besaron las manos de éste los otros dos, Urbina y el licenciado, mientras Lope de Vega seguía por la calle mencio-

nada, sin duda con dirección á su morada de la calle de Francos.

Buen espacio le siguieron las miradas de Cervantes, que habíase quedado inmóvil, como así Urbina y Vasconcelos, cuando, dando un paso adelante y volviendo la espalda, como con intención de proseguir su interrumpido paseo, de su boca, y cual un murmurio, dejó salir estas palabras:

—¡Monstruo de la Naturaleza!

Verdad es que, al fin, esta frase podría ser contestación á otra que, casi en el mismo momento, desprendíase de los labios del todavía joven Lope de Vega:

—¡A no existir un Cervantes, Lope no tendría rival!

III.

Dejemos á los unos marchar hacia el Hospitalillo de San Andrés, fundado por el emperador Carlos I para criados enfermos de su corte, y al cura entrar en su apacible casa de la calle de Francos; en tanto nosotros nos trasladamos á una *alojería* que, contigua, ó por lo menos cercana, al *Corral de la Cruz*, existía en los tiempos á que se refiere este cuento que, como va dicho, tiene mucho de histórico, y por tanto de verdadero.

Ocupaba aquélla un piso á la calle con dos puertas, adornadas en sus lados por una especie de cortinaje de roja percalina. El espacio de la tienda, si no grande, era lo suficiente á contener en ella hasta unas doce ó trece mesas de pino de Valsain, de que también eran formados los taburetes ó banquillos, sobre los que se sentaban los asiduos concurrentes y aficionados á la aloja, bebida que en aquellos tiempos era general para todos los españoles *pueriles*, y más de los cortesanos, que refrescaban con ella en los calurosos meses del verano, ó enardecían su sangre en los frescos del invierno, pues la *célebre aloja* disfrutaba de ambas cualidades. Era, y fué durante siglos, el *néctar* de nuestros antepasados.

Un mostrador, ó al menos lo parecía, se encontraba en uno de sus rincones, donde los vasos, ó más bien cubiletes, y vasijas de varios tamaños, jarros y botellas, de distintas formas, se confundían al lado de una especie de aparador colgado, en cuya altura, y bajo un pequeño templete, se cobijaba la imagen de Santa Ana, patrona y abogada de la villa. Una trampa, casi siempre abierta, daba entrada, en el suelo, al sótano que resguardaba las tinajas donde la aloja se cosechaba, y por último y para completar el cuadro, un mozallón, como hasta de veinte años, destinado á subir la bebida á la tienda, una moza, no mal parecida, que servía á los parroquianos, y un hombre, como de cincuenta navidades, rojo como aimapola, de cara redonda y abultada, de vientre voluminoso, cubierta su cabeza con una gorra blanca de estilo flamenco, mandil largo sujeto al cuello y á la cintura, todo esto sustentado sobre unas piernas delgadas y largas á lo gavia. Estos tres tipos constituían la principal base de la *alojería*. Llamábase el último maese Pedro Fernández de Villabul, natural de Valladolid, y maestro examinado por el gremio de alojeros de la antigua corte.

Diferentes eran las personas que llenaban, puede así decirse, en la hora que tenemos presente, la más aristocrática

tienda en que se servía, en los tristes días del reinado del señor don Felipe III de Austria, la bebida genuinamente española. *Señores, caballeros y ciudadanos* se confundían alegremente, aunque guardando siempre el respeto á la sangre, á la clase y á los merecimientos. No se hablaba de política, aunque se condoliese la mayoría del decaimiento de nuestras armas, de lo mucho que podía esperarse del joven Príncipe, á quien estaba destinada la corona de España, y por fin, y de esto sí se hablaba mucho, de las funciones religiosas que se celebraban á diario en el sinnúmero de conventos, monasterios, iglesias y parroquias que inundaban la villa de Madrid, y del éxito de las comedias de Lope y Tirso. Las augustas personas de los reyes de España se encontraban fuera de discusión, como no fuese para encomiar la beatitud del rey, la hermosura de doña Margarita de Austria, la esbeltez del Príncipe de Asturias; y si alguno recordaba la reciente expulsión de los moriscos, la *tregua de doce años* y la miseria de la gente de guerra, hacía siempre cerca del oído del vecino, aunque en mengua, todas las veces del Duque de Lerma, y más aún de su secretario don Rodrigo Calderón.

Pero habremos de prescindir de todos los concurrentes, para fijarnos sólo en dos personas, que cerca de una de las dos puertas y por tanto de la calle, sentadas á una mesa y frente el uno del otro, conversaban amistosamente, mientras saboreaban la deliciosa bebida que á lo dulce de la miel unía el narcótico de la nuez, y el excitante del clavo y de la pimienta.

Rayaba el más viejo sobre los sesenta y cuatro años, su cabello cortado y blanco como la nieve hacían resaltar el pálido y amarillento color de su tez cubierta de arrugas, y en el cual se destacaban unos bigotes y perilla largos, tan claros como sus cabellos. Los desengaños debieron haber dejado hondas huellas en el rostro del caballero, y así las arrugas que los surcaban y el hondo entrecejo de su frente, pugnaban por hacer más viejo, al que sin ellas, pudiera ocultar algunos años sobre los que efectivamente tenía el personaje á quien hemos de conocer después. Si á lo expuesto se une la ropilla toda negra de que iba vestido, el sombrero negro también aunque con pluma blanca adornado, y la ligera aunque rizada gorguera que apenas dejaba ver el alto cuello de su ropaje, tendremos idea aproximada para conjeturar de la importancia del sujeto.

El compañero de éste, de aire socarrón y malicioso, era grueso, de facciones bastas, un ligero bigote más obscuro que claro, y en armonía con el cabello que ocultaba una especie de casquete encarnado, vestía un traje, ni de noble ni de plebeyo, pero que cubría uno, á especie de *sobre todo* ó gabán guarnecido de pieles un tanto deterioradas, ó mejor, apolilladas en fuerza del continuo uso. Representaba frisar en los cincuenta y tantos años.

Cerca de ellos, de pie, y en aptitud respetuosa y aun con la gorra en la mano, se encontraba el dueño de la alojería, quien entregaba al último que hemos retratado en el momento que describimos, unos papeles que del interior de su traje de pañete de Segovia, había sacado.

—Aquí los tenéis, señor Vicente Espinel—decía á éste maese Villabol—y bien habréis de ver en ellos cuán puestos en razón estamos los alojeros maestros que de la antigua Corte vinimos á ésta de Madrid, por gracia de nuestro señor

el Rey—y aquí saludaron los otros,—donde ni se despachaba y menos se hacía la buena aloja, con harta pena de la república.

—Y decís muy bien, maese—contestó el llamado Espinel, disponiéndose á leer los papeles que había entregado el alojero.—Y habré de deciros mi parecer; y aun añadiréis el respetable—continuó el primero con algún tanto de chunga,—de mi bueno y querido amigo el señor Juan Rufo Gutiérrez, de tanta más valía cuanto viene de un procurador á Cortes que fué en los tiempos de nuestro difunto monarca el señor don Felipe el *Prudente*, que de Dios haya.

—Valiérais más, compañero, no recordar la sogá en casa del ahorcado—prorrumpió el llamado *Procurador*, un si no es entre mohino y pesaroso,—y pues sois mordaz por naturaleza y patria, añadid si queréis ser verdadero, que mala Procure fué aquélla, y si á juzgar voy por el éxito que obtuve, podrá sacarse la consecuencia de ésta.

—No haya más—contestó el maestro Espinel.—Sólo la buena y antigua amistad que nos une es bastante á probaros la poca razón que lleváis, señor Gutiérrez, para resentiros.

—Vaya adelante, amigo; y pues vais á leer, holgaréme en escucharos, aunque siempre seáis el camarada más burión que he conocido, si no es que don Luis de Góngora os aventaja.

—Allá iremos, señor Juan Rufo, y pues habeisme dado permiso, con él empezaré á leeros estas *Ordenanzas* (1). Y dicen así, en el nombre del *Padre*, del *Hijo* y del *Espíritu Santo*.

Y los tres se santiguaron.

«Ordenanças de Los alojeros de estabilla de madrid Corte de Su mag.^a

»Pedro hernandez de Villabol Ydiego Locano y Pedro de Villegas diego Lorenzo Francisco alvarez gaspar antonio Luis LopeZ pedro Fernandez alonso mendeZ Y domingo mendeZ gonzalo Fernandez Y sebastian de castañeda Y Juan pichon y pedro Lorenzo pedro garcía Y diego gonzalez Y miguel de caliZ Y Juan nieto Y hernando de aguaYo alojeros de esta corte. Y el mismo Pedro hernandez de Villabol y pedro garcía conpoder espeçial que tenemos de todos los demas para haçer Las hordenanças que conbienen para haçer El aloxa que sea devender Y gastar en esta corte que Sea buena Y lleve las cosas neçesarias decimos que mobidos con buen çelo Para queno aYa fraude en la dha aloJa. por La Utilidad del bien comun Y de las personas que La bebieren Y que la puedan gastar con seguridad todos decomun consentimiento suplicamos alos señores presidente Yo Ydores de Sumag^a de su rreal ConseJo de JustiZia manden guardar Ye executar Las hordenanças sigientes.»

—Buen introito, señor Vicente Espinel, dijo á esta sazón su compañero.

—No es malo, mi querido amigo; y todo se necesita si nosotros los castellanos y más los paseantes en Corte, hemos de beber buena aloja, en vez de la mala que usaron los madrileños cuando entró su villa en el paréntesis de Corte, que llenó Valladolid. Pero todo sea por Dios, y os ruego no volváis á interrumpirme si queréis que esto se concluya bien y pronto.

(1) Existen originales en poder del autor de este episodio.

—Por mí no he de desplegar mis labios,—repuso el maese Villabol.

—Pues yo digo lo mismo, y adelante,—concluyó el señor Juan Rufo.

Y continuando la lectura, siguió así el maestro Espinel.

«1 Primeramente hordenamos que todas Las personas de este arte que ayan de tener aloJeria primero que seles consienta poner tienda aYan de Saver hacer por su persona El pie de la dha aloJa Y Se es samien Los behedores Yno le allando Suficiente no Leden licencia.

»2 Yten hordenamos que el Pie dela aloJa para que aYa de ser buena y bien fabricada aYa de llevar Y lleve en cada dos açumbres deagua un quartillo de miel Yal rrespeto hasta acavar de haçer el dho pie hechando cada dia quatro açumbres de agua Y media açumbre de miel hasta que Yerba de SuYo dentro de La tinaJa. quando se haZe Como si fuera bino sopena que el queansi no lo hiçiese aYa perdido y pierda Los materiales que tubiere Para ello Y mas quinientos maravedís de pena aplicados de nunciador camara Y Juez Por terçias mas hordenamos que Para este feto ayan de haçer un talego de espeçias de cantidad de un quarteron de canela y otro de pimienta dos honças de nueçes de espeçias dos de clavo pocomas ó menos Yesto quebrantado a medio moler. Yel dho talego A de ser lienço crudo rralo Yesto sea de hechar en la tinaJa de manera que cada tinaJa tenga un talego sopena que Siansino Lo hiçiese tenga de pena seiscientos maravedís Por terçias Ysea desprivado de oficio.

»3 y ten hordenamos queningun a loJero despues de hecho el pie Como ba dho con las cosas necesarias no Lo pueda bender aningun otro aloxero para que conello enpieçe a haçer aloJa sobena de seiscientos mars aplicado porterçias y sea privado de oficio.

»4 Y tenmandamos que ningun aloJero ponga nitengas mas de una tienda udos en esta corte ofuera della para bender aloJa porque poniendo mas no Lo puede servir bien y es decesario que El maestro este presente para ber las mudanças que La aloJa haçe conforme alos tiempos Yestas tiendas ayan de ser en partes y sotanos frios Ysi hiçiere Lo contrario pierda Los materiales Ya pareJos que tubiere en las demas tiendas y que la espeçia sea nueva Y buena. Y Los sotanos Esten limpios y vien ocondicionados Y no sea donde aYa avido cavallerías ni donde aya camas sino en bodegas Y sotanos frescos Lo qual guarden y cumplan sopena de seiscientos maravedís aplicados porterçias partes y mas privacion de oficio.

»5 y ten ordenamos que La miel que se hubiere de hechar en la forma a tras rreferida sea miel buena. Y de buen sabor amarilla o blanca y no morena ni amarga ni miel baja de retama, tal que sea accontento de los behedores y que Los maestros aloJeros que tubieren tienda ten-

ganmucha cuenta de limpiar Los pies del aloxa y colar El dho Pie cada semana y fregar Las tinaJas Yestomas á menudo entiendo de calor queno de frio sopena de seiscientos mars aplicados por terçias partes.

»6 y ten hordenamos que las tinaxas. De la aloJa sean de caver catorçe cantaros. para quesele heche tres açumbres. y media de miel osi fuere mayor o menor al rrespeto de como ba dho con su taleguillo de espeçia mui limpio y bien acondicionado y se mude La espeçia de el taleguillo de En diez en diez dias Ysi sobrare aloJa hechade un dia para otro = para bender della El diasiguiente La ayan de trasegar. en otra tinaJa Limpia hechandola La miel necesaria quitandole El taleguillo dela espeçia y altercero dia no la benda sopena de mill maravedís aplicado por terçias partes.



ENRIQUE TAMBERLICK.—LLAMADO «EL REY DE LOS TENORES».

Nació en Roma en 1820; † en París el 14 de Marzo de 1889.

»7 y ten ordenamos. que cada aloxero aya de tener por lomenos. seys tinaxas de agua limpia Y buena. y quenose pueda. dar licençia ni examinar ningun aloJero que no sea cristiano viexo de buen crédito y costumbres naçidos dentro de españa porqueen esta bebida no se hechen algunas cosas malas Y porque tengan siguridad los señores y cavalleros y çiudadanos que la beben. y que en las aloJerías ningun maestro pueda tener ninguna muJer soltera de sospecha ni de mala bida y costumbres sino fuere casada o biuda muxeres honrradas y sin sospecha. y silo contrario Yçieren Los Vehedores hechen las tales personas. sos pechosas. fuera de las aloJerías y no las puedan bolver arrecevir los maestros sopena de mill mrs. a plicados por terçias partes. camara Juez Y denunciador.

»8 y ten ordenamos. quecada un año el sigundo dia dela pascua de rresurecion todos los aloxeros exsaminados y de tiendas. Seamos obligados aJuntarnos a cavildo en el monesterio dela merced de esta villa Yalli Juntos por botos endios Yen nuestras Conçiençias nonbremos. dos personas hombres honrrados yde sastifaçion Ya Provacion que aYan sido aloxeros mucho tiempo Yal presente nolo sean Los quales sean behedores aquel año y en el tengan mucho cuidado de visitar las aloJerias y castigar. Lo que vierenque esnecesario denunciando y prendiendo y tengan particular cuidado de que sí exsaminaren algun aloxero sea persona. hombre de vien. Y oficial quelo Entienda muY vien y que aya estado dos años con maestros que Lo ayan en señado El arte y sino queno Le exsaminen niden liçençia yal que exsaminaren Le den su titulo para que pueda usar. El dho oficio y Los dhos vehedores Juren de hacer su oficio vien Y fielmente sin fraude nicautela alguna.

»todas Las quales dhas ordenanças Con las penas Ycondiciones. En ellas contenidas Ydeclaradas son neçesarias Ycon venientes y Juramos a dios en forma de derecho que es necesario La confirmacion dellas Ysuplicamos al supremo conseJo de su mag.^a Las confirme y Lo firmamos Los que sabemos en madrid A doçe dias del mes de agosto de mill seiscientos yonce años = Fran.^{co} davila — Fran.^{co} alvarez — p^o fernandez de billabol — F.^{co} sanchez.»

—Venturoso yo, maese Villabol—dijo Espinel devolviendo á éste los papeles,—y todos los bebedores de aloja, que su Majestad (Dios le guarde) apruebe tales ordenanzas, por lo bien escritas y dispuestas; y así, dareos mi enhorabuena de antemano.

—Lo mismo digo—añadió el ex Procurador por el rey D. Felipe II.—Y más, que veo lleváis el negocio de prisa, pues va ya firmado por Francisco Dávila, si no me engaña la memoria, antiguo procurador de los Reales y Supremos Consejos.

—Esa es la verdad, señor caballero—contestó el dueño:—que estas cosas hay que llevarlas de prisa, antes que se malogren. Fáltanos solamente el letrado, y Dios dará con él, ó poco habrán de poder mis compañeros que viven ricos y retirados, pues ellos se encargarán de buscar uno bueno y de nota.

—Paréceme, compadre, que acertasteis en seguir el arte; y á cogermel joven—añadió el maestro Espinel,—rogáraos me tomaseis de aprendiz; que más había de ganar que con las letras; y así opinará mi compañero; pues ni él con su *Austriada* y sus *apoteqmas*, y aun con su Procura, ni yo

con mi *Casa de la memoria* y mis líricos versos, saldremos de azotes y galeras, como gente forzada. Pero—y añadió levantándose y mirando á la calle con gran atención,—si no me engañan los ojos, el señor Miguel de Cervantes, nuestro gran amigo, pasa por enfrente. Llamadle, maese, que, aun acompañado, alegrarse ha de ver á sus colegas, como nosotros á él.

—Así lo haré—contestó el patrón saliendo á la calle,—que el señor Cervantes es antiguo parroquiano, desde Valladolid.

IV.

—Veislos aquí ya á estos tres señores que me siguen—dijo el maese Villabol, entrando de nuevo en la tienda, aunque sin abandonar los papeles de la mano.

—Mi querido y antiguo amigo—prorrumpió Espinel, levantándose y abrazando al sin par Cervantes.

—¿Vos en la corte?—añadió éste gozoso, correspondiendo al cariño del que, años andando, había de vituperarle muerto al publicar su *Marcos de Obregón*.—¿Y vos también, mi buen señor Juan Rufo?—siguió, dirigiéndose á éste, que le estrechaba con las dos manos.

—Aquí nos tenéis, antiguo y querido amigo. Sentaos. ¡Eh, patrón! mandad traer taburetes para estos señores—dijo el bueno, aunque también desgraciado autor del poema *La Austriada*.

—Bien haya el señor capitán Juan de Urbina—repuso Cervantes, tomando asiento alrededor de la mesa, como asimismo sus dos compañeros de paseo,—pues á él debo la grata ocasión de saludar á mis dos más buenos amigos, el maestro Espinel y el señor Juan Rufo Gutiérrez.

—Yo me doy la enhorabuena por ello, pues sabéis me gusta la gente de letras—dijo el Secretario del gran Filiberto de Saboya.

—Y á mí, aunque letrado—añadió el licenciado Vasconcelos.

—Pues así y todo, acabamos de leer ciertas ordenanzas—dijo Espinel—sobre el modo y forma de hacer bien la aloja y de venderla, y de ello, más habéis de entender vos, señor Licenciado, que el señor hidalgo Cervantes y nosotros y aun el señor Capitán.

—Bien podrá ser, á lo que se me acuerda—dijo el Licenciado.

—Á bien que á todos interesa—añadió el señor Juan de Urbina, sorbiendo algo de la bebida que en tres brillantes cubiletes habíales traído á los nuevos entrantes la mozuela de que ya tenemos noticia.—¿De adónde buena moza?—prosiguió, dirigiéndose á la rolliza joven.

—De Valdeastillas, señor, para servir á Dios y á vuestra señoría.

Enrojeciósese algo, oyendo esto, el rostro del *manco sano*, miró á la moza, y una leve sonrisa desplegó los pequeños labios de su boca. Oyóla también el huésped, que despachando en el mostrador estaba, y añadió:

—Honrada como pocas, aunque doncella es la castellana; y aunque gana quinientos maravedís al año de soldada, calzar y mantención, bien merece más.



SORPRESA

—Y á propósito, seor huésped, yo desearía—repuso el licenciado Vasconcelos—ver esas ordenanzas de que hablaba el señor Espinel, por cuanto tengo hecho un escrito, el cual va conmigo—y sacóle,—que encargóme, para este San Joaquín hará ocho días, mi compadre el ricote Eduardo Alonso y Bustamante, alojero jubilado; y como quier que el dicho convecino en mi barrio de las Aguas marchóse, hará esa fecha, dejándome un borrador dellas, hacia la aldea de Canillas, á cultivar una gran hacienda que allí posee, siempre estrecha para él, que parece finchado cual portugués, quisiera leer las vuestras agora, y habré de entregaros dicha petición para los señores del Consejo de su Majestad, si es que no son otras ordenanzas y otro negocio que el de mi compadre.

—El mismo es, señor Licenciado—repuso Villabol, dejando el despacho á cuidado del mozo y acudiendo al grupo de amigos;—que así lo encargamos, yo y mis compañeros, al rico y retirado Alonso Bustamante. Ved las ordenanzas—añadió entregando los papeles á Vasconcelos,—y si merecen vuestra aprobación, como la han tenido del señor procurador Francisco Dávila, que con nosotros las firma, no hay sino manos á la obra, y presentarlas con la demanda á los señores del Consejo Real.

—Y va de casualidades, señor Miguel de Cervantes—repuso el Capitán.

—Como ellas acaben en bien, que vengan muchas, señor Juan de Urbina. ¿Y en qué ocupáis vuestros ocios?—añadió Cervantes dirigiéndose á Espinel.

—Ando á la mano—respondió éste—con un cierto escudero llamado *Marcos de Obregón*, que quisiera fuese su vida agradable á aquellos que la leyeren. Por lo demás dentro unos días, después de besar las manos á nuestro cristiano protector, el Eminentísimo cardenal Sandoval y Rojas, volveréme á Granada, mi patria, que ya siento hartazgo de corte.

—¿Y vos, mi respetable Juan Rufo?

—¿Qué hacer, mi antiguo amigo—contestó éste con sentido acento,—sino volverme á Córdoba dentro de poco, con mis hijos D. Juan y D. Luis á llorar la mejor parte de mi edad perdida por falta de arrimo y protección. Soy además viejo, aún más por los quebrantos y sinsabores, y la muerte no ha de tardar, según creo y casi deseo, que mis fuerzas no están hechas á prueba de ballesta de garriyanos.

—La resignación nos la dé á todos, que bien la necesitamos, mi querido compañero—añadió Cervantes.

Concluyó en esto el licenciado Vasconcelos su lectura de las ordenanzas y devolviendo al patrón los papeles.

—Tomad, entonces—le dijo,—el escrito que me reclamó el compadre, pues corre prisa y ya tenéis buscado procurador que os represente.

—Gracias, señor licenciado—contestó maese Villabol, guardándolos.—Pero bueno sería me lo leyéreis y á estos señores, que por cuanto se han tomado gran interés en lo de las ordenanzas, merecen oír la petición que escrita por vuesa merced, debe ser de perlas como es el papel donde va extendida, que si no me engaño, es ceptí.

—Pues aunque fuera toledano ó de Barbadillo—repuso Vasconcelos.—Venga acá, pues, el escrito, que yo lo leeré con gusto siquiera por oír la autorizada opinión de este congreso.

Y tomando el papel, leyó en voz clara aunque con tonillo curialesco, lo siguiente:

«Muy poderoso señor=*Fulano de tal...*—Aquí pondrá el señor Davila su nombre que va en blanco—dijo, interrumpiendo la lectura:—Ya de sobra lo sabe.—Y continuó el Licenciado:—«en nombre de Pedro Fernández Villabol, Diego Lorenzo, etc., alojeros desta corte, por sí y por los demás alojeros della—digo que movidas mis partes con buen zelo y por el bien común, respecto de que la aloja que se gasta en esta corte es para el regalo de muchas personas della, y si se hace como se debe hacer es muy útil y provechosa para la salud, y al contrario si no se haze como se deve y se le da el punto necesario, y si en su compostura no se echan las especias, y miel, y otras cosas en la cantidad y calidad que es necesario puede ser dañosa y para que esto cese y siempre la dicha aloja salga buena y con su punto, y las personas que usan della lagas ten con seguridad da su salud an acordado de hazer estas ordenanzas y presentarlas ante V. Alt. para que las mande ver y examinar, y vistas y examinadas las mande aprobar y apruebe para que se use dellas por todos los alojeras desta corte y conforme a ellas se haga la dicha aloja y se venda y gaste debajo delas penas en las dichas ordenanzas contenidas o de las que a V. Alt. pareciere, y que se nombren dos beedores personas que ayan sido alojeros diestros y prácticos ynstructos en el arte y visiten las alojeras y tiendas donde se vendiere la dicha aloja y se cumplan las dichas ordenanzas en todo (que hay muchos en esta villa que son ricos y andejado los dichos oficios, y concursen en ellos las calidades que son necesarias para poder ser beedores en el dicho oficio).—Pido y suplico a V. Alt. ansi lo probea pues es justicia la qual pido y para ello, etc.—*El Licenciado Vasconcelos*» (1).

—No dijera más Bártulo y Baldo, ni aun el mismo Justiniano, que lo dice vuestra merced, señor licenciado, en eso de la aloja—repuso el socarrón Espinel.

—Bien me apuntó, á mí y á mis compañeros el ricote Alonso, que buscar había el mejor letrado de la corte—concluyó el patrón volviendo á tomar y guardar el escrito.—Y gracias doy á Dios y á nuestra patrona la Señora Santa Ana, que así ha dispuesto el encuentro con estos caballeros, como asimismo se las doy al señor licenciado, aparte lo que en justos honorarios se le debe.

A todo estuvieron conformes Cervantes, Urbina y el señor Juan Rufo, más atentos, sin embargo, á la hora que á la petición de los alojeros; que pues la del toque á las Ave-Marías se aproximaba, ellos bien quisieran abandonar la tienda; y así dejando sus asientos, el señor Urbina fuese á pagar el gasto que de ningún modo quiso admitir el maestro Villabol, antes, con muchas protestas de respeto, le suplicó perdonase la deuda por entonces, despidiéndose para otro día:

Salieron los cinco amigos, y ya en la calle vieron que las vendedoras iban á buscar las salidas de la villa en dirección á sus aldeas, señal de retirada á las guaridas respectivas de toda persona de sentadas costumbres, que la noche en aquellos tiempos, servía sólo á los aventureros, los galanes y los malandrines, como no fuera á los señores de la corte

(1) Auténtico.

si tratábase de fiesta ó reunión de alto copete. Encamináronse, pues, hacia la calle de la Gorguera, donde de nuevo se abrazaron el ilustre autor del *Quijote* y sus colegas el maestro Espinel y el señor Juan Rufo Gutiérrez.

—Bien quisiera—añadió aquél—veros antes de vuestra marcha, pues siempre guarda mi corazón amistad para los dos.

—Pensado teníamos visitaros, al par que besáramos las manos de mi señora doña Catalina y de vuestra hija doña Isabel—dijo el amigo de D. Juan de Austria;—pero sea como fuere, sabed que á uno y otro nos tenéis de posada en el antiguo mesón de la Puerta del Sol de quien es dueño Juan Cabello, paisano mío (1).

De nuevo se abrazaron y estrecháronse las manos, deseándose mutuamente muchas bienandanzas y fuéronse Gutiérrez y Espinel hacia su casa, mientras el *Grande Hombre*, el Capitán y el Licenciado, seguían con dirección al monasterio de monjas Claras ó de Santa Ana. Aquí, y cuando ya tocaban á las Ave-Marías en todas las iglesias y conventos, por lo que se descubrieron un rato los tres amigos, como todos los demás transeuntes, despidióse el licenciado Vasconcelos para su barrio de las aguas, no sin deseárselo completo éxito para su demanda en lo de la aloja, continuando los dos protagonistas hacia la calle del Prado, pero dirigiendo antes una ojeada al Corral de la Pacheca, cerrado en aquella hora á piedra y lodo.

Ya el sol había traspuesto; la noche avanzaba, y con sentido paso, un tanto reflexivo Cervantes y un tanto menos Urbina, bajaban los dos camaradas la calle, cuando una vez agregado á ellos el escudero del Capitán que al efecto les esperaba, díjole á Urbina el *manco de Lepanto*.—«Bien dicen que la casualidad engendra los amigos. Sin ella, señor Juan de Urbina, ni hubiera estrechado la mano de D. Lope, ni encontrádome con amigos del alma, ni, por fin—añadió sonriéndose,—habríamos dado término á eso de la aloja, que en efecto, es extraña pretensión»

Dios lo preve todo, mi querido Cervantes,—añadió el Capitán.

—Pues gracias le demos—concluyó el primero.

En esto traspusieron la del Prado y entrando en la del León, paráronse frente á Castillo, panadero de corte, llamaron en la casa de donde los vimos salir, subiendo á ella, no sin haber estrechado al Capitán entre sus brazos, *el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de*

las musas. Poco rato después se cerraba un portón de la casa calle del Prado, tras de las personas del secretario del príncipe Filiberto de Saboya, gran prior de la Orden de San Juan, y su escudero; mientras la obscuridad que invadía ya por completo las calles de la villa, dejábalas solitarias, si es que algún devoto comediante, antes de retirarse para su barrio de las Huertas, no se paraba algunos momentos en la calle del León y rezaba una salve ante la imagen de Nuestra Señora de la Novena, que alumbraba un misero farol, costeado por los Angulos, los Valcázar y los Riquelmes.

V.

Y ahora se me preguntará:—¿Las *ordenanzas* sobre la *aloja* merecieron la aprobación de los señores del consejo?

Bien quisiera ocultarlo, pero á fuer de verídico habré de confesar que D. Francisco de Silva Portocarrero y D. Luis de Padilla, después de oír al fiscal de S. M., á los alcaldes de la casa y corte de *su alteza* (1) y al corregidor de la villa, no accedieron á lo pretendido por el licenciado Vasconcelos y el procurador Francisco Dávila, á nombre de maese Villabol y compañía; y agregó, que tan mal efecto les hizo, y ellos sabrían la razón, pues ni las admitieron ni confirmaron, antes madaron se *quitasen, repeliesen, no se usase de ellas*, y por fin, se *rompiesen y tildasen*. Y esto lo dijeron en Madrid á doce días de Septiembre del año de gracia de 1611.

No fué de la misma opinión el señor licenciado Diego Bravo, relator del Consejo que, al conservarlas, permitió á las bellas y elegantes y aun curiosas lectoras del ALMANAQUE de la *Ilustración Española y Americana*, se enteren del cómo se fabricaba, no la ambrosía de los dioses ni la moderna horchata de chufas, sino el *néctar de nuestros antepasados*, la *aloja* que bebió el GRANDE HOMBRE Miguel de Cervantes Saavedra.

Y para concluir, habré de hacerlo como en algunas obras antiguas.

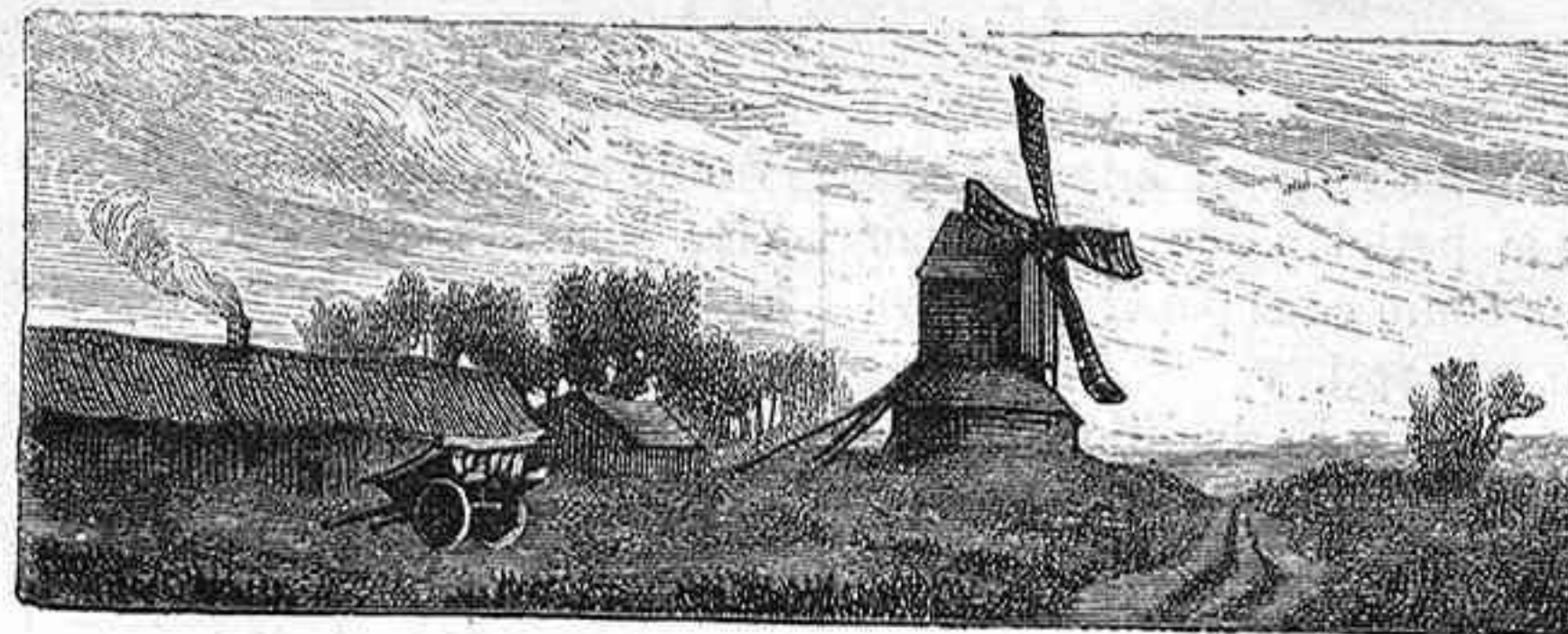
Gracias á Dios que me ha permitido llegar al fin de este cuento ó historia.

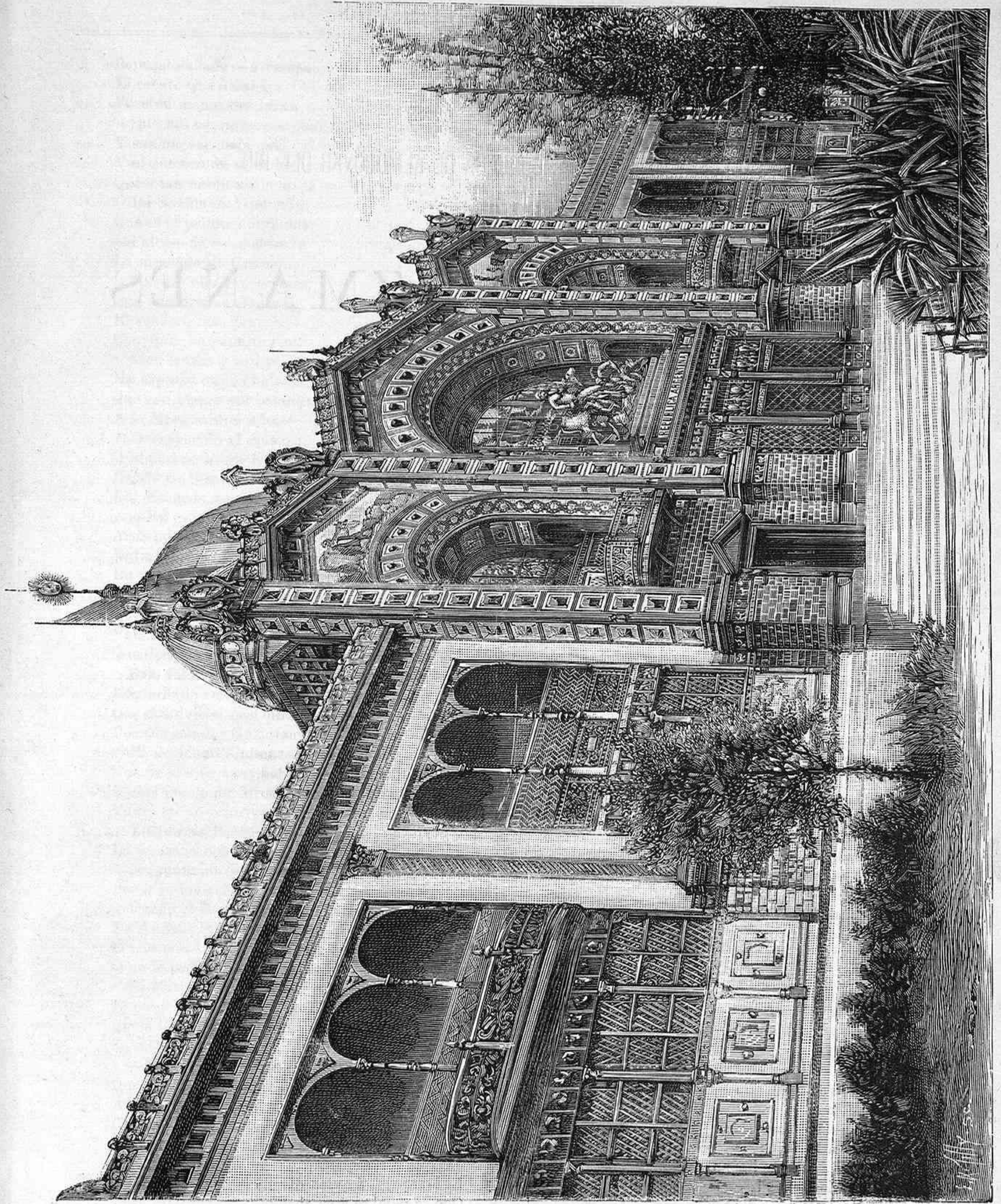
JULIO DE SIGÜENZA.

Madrid, 30 de Julio de 1889.

(1) Existía esta casa-mesón desde 1595, y había pertenecido antes que al expresado Cabello, al licenciado Illescas.

(1) Aunque lo parezca, no hay equivocación en esto, pues se trata de Consejo de Castilla.





EXPOSITION UNIVERSAL DE PARIS. — Palacio de la República Argentina.



Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE ALMODÓVAR DEL RÍO

PONCES Y GUZMANES



ROMANCES

I.

Al castillo de Marchena,
Que en sombra y silencio está,
Por trochas y por atajos
Llegando jinetes van.

Al instinto de sus brutos
Se entregan para marchar,
Que no rompe ni una estrella
Del cielo la obscuridad.

Preguntan bajo de adentro
Á los que vienen:—¿Quién va?—
Y muy quedo los de afuera
La seña prescrita dan.

Escúchase del rastrillo
Entonces el rechinar,
La poterna se entreabre,
Luce débil claridad,

Penetra el jinete, se oye
El rastrillo levantar,
Y todo vuelve á quedarse
En sombras y soledad.

De una torre del castillo
En la estancia circular,
Que decoran una mesa
Y sillas de cordobán,

Recibiendo á los que llegan
Con abrazos de amistad,
El noble Marqués de Cádiz
Don Rodrigo Ponce está.

Rojo y rizado el cabello;
Grata, aunque hoyosa, la faz;
Gentil de talle, robusto
Y de expresivo mirar;
Todos le estiman: los viejos,
Por entendido y sagaz;
Los soldados, por valiente;
Las mujeres, por galán.

Tan dulce con el vasallo
Como cortés con su igual;
Tan templado en las costumbres
Como ardiente en la piedad,
Y al vencer tan generoso
Como terrible al luchar,
Nuevo Cid llámanle á una
El moro y la cristiandad.

Después de dar el que llega
A los presentes la paz,
Callado como una estatua
Se acomoda en un sitial,
En tanto que Don Rodrigo
Lo mira atento á la faz,
Pretendiendo lo que siente
Con la vista adivinar.

—¿Estamos todos?—pregunta,
Viendo el salón lleno ya.
—Falta el mejor—uno exclama.
—¿Quién decís?—El de Guzmán.—
—¿Qué nos importa su ausencia?—
Replica con sequedad
El Marqués, á quien ofende
Que se nombre á su rival.

—Y pues aquí hemos venido —

Repuesto añade—á vengar
 El rebato que á Zahara
 Puso en manos del Islam,
 Que nos exponga sus planes
 Y sus nuevas cada cual,
 Y el número de soldados
 Que á tan noble empresa da.—
 De Sevilla el Asistente,
 Que es el primero en hablar,
 —Falta—dice—nos hacía
 La mesnada de Guzmán;
 Mas sin ella venceremos,
 Que una firme voluntad,
 El sendero más fragoso
 Convierte en camino real.
 Cien lanzas y mil peones
 Me esperan en la ciudad,
 Que con Ponce por caudillo
 Á la Meca misma irán.—
 Desvanecido el aplauso
 Que el concurso á Merlo da,
 Habla así Don Pedro Enríquez
 Del Marqués á una señal:
 —En la frontera me aguarda,
 Ardiendo en bélico afán,
 Entre jinetes é infantes,
 De guerreros un millar.
 Ir con pocos á la sierra
 Lo juzgo temeridad;
 Vamos de Málaga al llano
 Que dormita en honda paz.
 Sólo falta (y me prometo
 Lograrlo de su amistad)
 Que nos deje el paso libre
 Por sus estados Guzmán.—
 El alcaide de Carmona
 Fué de idéntico pensar,
 Con el Conde de Miranda
 Y otra gente principal.
 Y exclama Robles, que rige
 La jerezana ciudad:
 —No perdamos lo seguro
 Por ir lo incierto á buscar.
 Dueño el Duque en nuestra ausencia
 De Andalucía se hará,
 Si con nosotros no viene
 Ó no le pedimos paz.—
 El Marqués, disimulando
 El enojo que le da
 Que á la memoria le traigan
 Su odiada rivalidad:
 —Partamos—dijo—al combate,
 Que á no ser un desleal,
 Á que respete mi ausencia
 Obligaré al de Guzmán.
 —¿Cómo?—No sé.—Mas entonces...
 —En mi palabra fiad.
 —Pero.....—Ponce lo promete,
 Pues Ponce lo cumplirá.
 Ni ir debemos las campiñas

Indefensas á talar....
 —¿Dónde iremos?—A una plaza
 Llena de gente marcial.
 —¿Mas combatirla es posible?
 —Y conquistarla además.
 —¿No se encuentra apercebida?
 —Confía en su impunidad.
 —¿Quién lo dice?—Ortega Prado,
 Que viene de examinar
 Piedra á piedra las murallas
 Del castillo y la ciudad,
 Y sabe el número y clase
 De los que guardia les dan,
 Las horas de los relevos
 Y el sitio por donde entrar.
 —¿Qué plaza decís?—Alhama.
 —¡Alhama!—¿Os parece mal?
 —¡Si del reino granadino
 En el corazón está!
 —En él abramos la herida
 Para que sea mortal.
 ¿Se acaba acaso al contrario
 Arañándole la faz?
 —Empresa tan temeraria
 El soldado rehusará.
 —Se la tendremos secreta
 Hasta el momento fatal.
 —Pero ¿á qué rendir la plaza
 Si la hemos de abandonar?
 —Nos quedaremos en ella.
 —Y allí nos acabarán.
 —No, que el inclito Fernando
 Á valernos corra.
 —¿Y si no viene?—Los cielos
 En nuestro auxilio vendrán.

Aquellos bravos entonces,
 Dejando de p'aticar,
 Sus voluntades uniendo
 Á tan firme voluntad,
 —¡Á Alhama, á Alhama!—exclamaron
 Con decisión singular,
 Y del asalto imposible
 Concertóse al punto el plan.
 —Aquí mañana á la noche—
 Dice Ponce al terminar.
 Y—¡Aquí mañana!—resueltos
 Por respuesta todos dan;
 Y requiriendo sus armas,
 Después de darse la paz,
 Silenciosos, uno á uno,
 Como vinieron se van.

De los pasos del postrero
 Apagado el retumbar,
 Se quedó Ponce sumido
 En honda perplejidad.
 —¿Qué haré?—después se decía,

Á la estancia circular
Como una fiera enjaulada
Dando vueltas con afán.

De repente, un pergamino
Cogiendo con ansiedad,
Escribe, lo escrito borra
Y á escribir vuelve y borrar,
Hasta que haciendo un esfuerzo,
Por no arrepentirse más,
Sin ver lo escrito, lo sella
Y á un correo se lo da.

— ¡ En el nombre de Dios vaya ! —
Dijo viéndole marchar:
Signóse devotamente,
Se arrellanó en un sitial,
Y durmióse al tiempo mismo
En que, á todo galopar,
Salió el correo llevando
La carta para Guzmán.

II.

Sereno, valiente, altivo,
Ganoso de empresas grandes,
Muley Hacem con Castilla
Decide romper las paces.

Confía, más que en su estrella
Y en sus huestes de combate,
En la intestina discordia
En que viven sus rivales ;
Que en bandos celosos luchan
Los Córdovas y Aguilares,
Los Manriques y Velascos,
Los Ponces y los Guzmanes.

Con sus gentes el Rey moro
Á golpe seguro sale,
Que el sueño de la paz duerme
Zahara la inexpugnable.

La sorprende en noche oscura,
La entra á saco, y fuego y sangre ;
En ella siembra más muertes
Que la peste de Levante,
Y encadenando á los pocos
Que libraron del alcance,
Á su Corte se los lleva,
Á donde en triunfo se parte.

Arde en júbilo Granada ;
Ministriles, atabales,
Pifanos, guzlas y adufes
Llenan de sonos el aire.

Bibarrambla, apercebida
Á las fiestas populares,
Ostenta estrados cubiertos
De sargas y tafetanes,

Y en sus altos miradores
Y ajimeces orientales,
De brocado y terciopelo
Tapices y cortinajes.

Ansiosa la muchedumbre,
Ventanas y puertas abre,
Corona las azoteas,
Las torres y los adarves,
O en tropel se arremolina
Por las plazas y las calles,
Con el vaivén de las olas
Y el zumbido del enjambre.

« ¡ Viva Muley ! ¡ Zahara es nuestra ! »
La ciudad grita anhelante,
No habiendo en Granada toda,
Al oirse voces tales,
Envidias que no enmudezcan,
Rencores que no se acallen,
Trabajos que no se olviden,
Ni penas que no se calmen.

La ciudad engalanada,
La vega cual verde esmalte,
Nevada la serranía,
Claro el cielo, tibio el aire,
Galopando en blanca yegua,
Muley se acerca arrogante
Con sus Mazas y Gomeles,
Zegríes y Abencerrajes.

Lleva uno bonete sirio ;
Otro, pérsico turbante ;
Quién luce albornoz turquesco,
Y quién tunecino jaique.

Rige éste el potro nacido
De Arabia en los arenales ;
Aquél, la jaca andaluza
Que en corvetas se deshace ;
Y el ondear de sus tocas,
Banderines y estandartes,
Los encendidos colores
De sus vestidos flotantes,

Y el brillo que el sol arranca
Á los arreos marciales
Y al oro de las aljubas,
Marlotas y capellares,
Aturden, deslumbran, ciegan
Con un rielar semejante
Al hervidor cabrilleo
De las olas de los mares.

Pero en quejas se convierten
Los vítores delirantes,
En espanto el alborozo,
Las risas en roncos ayes.
Por la sed amortecidos
Y la fatiga y el hambre,
En montón atropellados
Hombres, mujeres é infantes,

Van los cautivos zahareños,
 En rebaño miserable,
 Dejando por donde pisan
 Regueros de llanto y sangre.
 La guardia negra africana
 Pisotea á los que caen,
 A los humildes insulta
 Y veja á los arrogantes;
 Á cuya vista, encendido
 En compasión y coraje,
 Se amotina el pueblo, ahuyenta
 A la soldadesca infame,
 Y á los cautivos restaura
 Con los sabrosos manjares
 Al regalo apercebidos
 Del ejército triunfante.

Muley, mientras, jactancioso
 En la sala de Comares
 Recibe los parabienes
 De sus deudos y parciales.
 Alamines y santones,
 Ulemas, xeques y alcaides,
 Lisonjeros, le comparan
 Con Muzas y Abderramanes.
 Los alfaquis danle incienso
 Como si fuera un arcángel,
 Y con zumbas le recrean
 Bufonescos albardanes.
 Cuando echado en alcatifas
 Y turquescos almadraques,
 Por la lisonja aturdido,
 La mirada lleva eriante
 De la lámpara chinesca
 Á los vivos alizares,
 Del mote del ataurique
 Al casetón del alfarje,
 Despiértale de repente
 Un acento formidable,
 Que — ¡Ay de Granada! — exclamando,
 En todos hiela la sangre.
 — ¡Ay de Granada — repite —
 Para el Muslim acabaste;
 De la lucha en que hoy te empeñas
 Tu muerte será el remate! —
 Todos temblando se apartan
 Del anciano venerable
 Que prorrumpe lastimero
 En augurios tan fatales;
 Y éste, los ojos fijando
 De Muley en el semblante,
 Maldícele, y del recinto
 Y de la Alhambra se sale.

El concurso se dispersa,
 Y Hacem, en vez de entregarse
 Con sus mujeres y esclavos
 Á los festines y bailes,

Manda echar los alamudes,
 Redoblar los vigilantes,
 Encerrar á las mujeres
 Y prevenir los alfanjes.

En tanto el profeta moro
 Va con gritos espantables
 La pérdida de Granada
 Pregonando por las calles.
 Á su voz, que espanto infunde,
 La muchedumbre cobarde
 Que poblaba los caminos,
 Plazoletas y alminares,
 Cierra mezquitas y lonjas,
 Arria los estandartes,
 Descuelga los miradores
 Y los estrados deshace.
 Y cual si el cielo quisiera
 Hacer el terror más grande,
 Sobre el pueblo echa una nube
 De obscuro color de sangre,
 Que se desata en granizos
 Y furiosos huracanes,
 En truenos retembladores
 Y centellas fulgurantes.

III.

Al declinar de la tarde
 Llegando van á Marchena
 Los caudillos andaluces
 Con sus bizarras banderas.
 Revístalas Don Rodrigo,
 Y encargándoles cautela,
 A su frente, ya de noche,
 Toma el rumbo de Antequera.
 Todo al soldado hostiliza:
 El viento, la sombra densa,
 El rocío congelado
 En las resbalosas sendas,
 El zarzal en que se punza,
 El peñasco en que tropieza,
 El arenal en que se hunde
 Y la arcilla en que se atuella.
 Y rendir se dejaría
 Fatigado á su flaqueza,
 Si de constancia y arrojo
 Ejemplo el Marqués no diera.
 De éste á la voz soberana
 Cobra aliento el que flaquea,
 El lenguaraz enmudece
 Y el discolo se atempera,
 Que la condición torcida
 De la más vil soldadesca
 Bajo el dominio de Ponce
 Á la virtud se endereza.



LAS DOS HERMANAS.—Cuadro de Bertrand,



Se ocultan durante el día
En los barrancos y selvas,
Y de noche van salvando
Las agriuras de la sierra.

No encienden lumbre si acampan
Porque el humo no se vea,
Y porque no se les oiga
Ata el silencio sus lenguas.

El cuerpo acardenalado
Y los pies heridos llevan,
Embarrados los arneses,
Las vestiduras deshechas.

Cuatro mil son los infantes,
Y tres mil los que ijadean
Buscando paso del diestro
Á sus caballos de guerra.

Ocupan el primer día
Del Cantaril la dehesa,
Y el bagaje abandonando
Á las orillas del Yeguas,

Entre Loja y Alfarnate
Al agrio Arrecife trepan,
Dando en el valle de Dona
Á la jornada tercera.

De Ponce á la voz de «¡Alto!»
La hueste parada queda,
Sin saber por qué se para
Ni el lugar donde se encuentra;

Y cuando, ya recelosa,
Refunfuña de impaciencia,
El noble Marqués de Cádiz
De aqueste modo la arengá:

—Para los bravos se hicieron
Las atrevidas empresas.
Estamos al pie de Alhama;
Es preciso entrar en ella.

En Zahara perdió Castilla
De su corona una perla,
En su lugar engastemos
La de Alhama, que es más bella.

Llave del reino moruno
Que el paso á Granada cierra,
Á vuestro empuje esta noche
Quedará por siempre abierta.

Allí aguardan al valiente
Oro y plata, vino y sedas,
Y la muerte por mi mano
Á quien fiero no acometa.

Dios y patria, honor y gloria,
Cifranse en esta bandera;
¡Con ella á vencer corramos
Ó á morir todos con ella.—

«¡Á Alhama, á Alhama!» rugiendo
La hueste al Marqués contesta,
El corazón palpitante,
Trastornada la cabeza,

Acelerado el aliento,
Y cual de nocturna fiera
La electrizada pupila
Fulgurando en las tinieblas.

Y éste la espada desnuda,
Aquél la malla se aprieta,
Uno la espada requiere,
Otro enristra la ballesta;

Y los cansados bridones
Que oyeron gritos de guerra,
Su marasmo sacudiendo,
Relinchan y manotean.

Reprimiendo Don Rodrigo
De los suyos la impaciencia
(Que todos en el ataque
Ser los primeros anhelan),

Trescientos bravos elige
Para que sigan á Ortega,
Que con treinta escaladores
Va á asaltar la fortaleza.

La densidad de las sombras
Impide que se les vea,
Y el ronco zumbar del viento
Que sus pisadas se sientan.

Bordeando precipicios,
Á rastras como las fieras,
Ganan el tajo ríscoso
En que el fuerte se cimenta;

Tocan los muros, y hallando
Al vigía sin cautela,
Arroja Ortega su escala
Y se encumbra á las almenas.

Le siguen Martín Galindo
Con Toledo y Estremera,
Y el alcaide de Archidona
Y otros bravos hasta treinta.

En la garita sorprenden
Y matan al centinela,
Y yendo al cuerpo de guardia
Á los soldados degüellan.

Corre á las armas el moro
Repuesto de la sorpresa,
Y los trescientos de Ponce
Á ayudar suben á Ortega.

Entáblase cuerpo á cuerpo
Entonces tenaz contienda;
Que no ceden los que embisten,
Ni los embestidos cejan.

Rompe aquí el alfanje corvo
Por la cota milanese,
Allí el almete traspasa
El agujón de una flecha;

Y no hay tiro que se yerre,
Ni mandoble que se pierda,
Y la sangre por el suelo
En arroyos culebrea.

Aquí el muerto corta el paso
Y el herido se lamenta,

Allá—¡Santiago!—se grita,
Allí—Alá—se vocifera;
Y crujen las armaduras,
Los arcabuces atruenan,
Los atambores redoblan,
Y ensordecen las trompetas,
El estrepito aumentando,
Burlas, ayes, rezos, quejas,
Alaridos, maldiciones,
Juramentos y blasfemias.

Halla la luz de la aurora
Indecisa la pelea;
Los entradores se acaban
Y los sitiados aumentan;
Y ante tanta muchedumbre,
Ya los de adentro flaquean,
Cuando el Marqués en su amparo
Se lanza con los de afuera.

Embisten como leones,
Aportillan la poterna,
Y entrándolo á fuego y sangre,
Del alcázar se apoderan.

Mas hay que ganar al punto
La ciudad de moros llena,
Ó correr, volado el fuerte,
En busca de la frontera;

Que pronto, hiriendo caballos,
Vendrán de Granada fuerzas
Que los rinda y los acabe
En el fuerte sin defensas.

Entretanto la morisma
En el pueblo se atrinchera,
Ocupa torres y adarves,
Las bocacalles barrea,

Y aspillerando los muros,
Con espingardas y flechas
Da la muerte á los que asoman
Del Alcázar á las puertas.

Ponce ataca; todo el día
Dura la lucha sangrienta;
Se conquistan palmo á palmo
Muros, calles y azoteas.

Acorralados los moros,
En un templo se concentran,
De donde salir los hacen
Los soldados, que lo incendian.

Mueren los más peleando,
Los menos cautivos quedan,
Y se ocultan los que escapan
En las minas y las cuevas.

Libre el pueblo de enemigos,
Su ardiente codicia ceba
En lonjas y en almacenes
La triunfante soldadesca.

Aquí joyas, oro, plata,
Brocados, púrpura y sedas;
Allá miel, y pan y vino,
Que en más que el oro se aprecian.

Á todo acudiendo Ponce,
Á los heridos consuela,
Á las mujeres ampara,
Á los soldados refrena,
Pone escuchas y vigias,
Se apercibe á la defensa,
Descansar hace á sus huestes
Y velándolas se queda.
Y absorta ve la morisma
Que aquellos contornos puebla,
Cuando de Alhama en los muros
La luz matinal blanquea,
En la mezquita encumbrada
La Cruz redentora enhiesta,
Y flamear en las torres
Las castellanas banderas.

IV.

De la ciudad de Sanlúcar
A los alcázares regios,
Que del Duque de Medina
Son retiro predilecto,

Todo es llegar con premura
Emisarios y correos,
Con avisos y con cartas
De los magnates del reino.

Al recibirlos, el Duque
Se agita nervioso y fiero
O abismase largas horas
En profundos pensamientos.

De ojos grandes y ancha frente,
Barbicastaño, moreno,
Y tan ágil y membrudo
Como arrogante y apuesto;

Si alguno tan hazañoso,
Ninguno más caballero
Que el ilustre descendiente
Del bravo Guzmán el Bueno.

El birrete encasquetado,
Calzadas botas de cuero,
Y sobre el fino justillo
El ancho tabardo suelto,

De codos ante una mesa,
Al ir las cartas leyendo,
El de Guzmán, impaciente,
Con las calzas hiere el suelo.

— Todos me avisan — exclama —
De Don Rodrigo el aprieto;
Aguilar, Cabra, Manrique,
Girón, Ureña y Pacheco.

Me dicen los jerezanos
Que han bajado los rondeños
Y en Arcos á la Marquesa
Amenazan con un cerco.

Mi honor y mi fe cristiana
 Me impulsan á socorrerlos;
 Mi paz, mi hacienda, mi vida,
 Á que los deje en el riesgo.
 ¡Me escribió al partirse á Alhama
 Don Rodrigo tan severo!—
 Y sacando un pergamino
 De este modo va leyendo:

«Me parto á tierra de moros
 Á vengar á los zahareños,
 Sólo dejando en mis tierras
 Mujeres, niños y viejos.

»Despojadlas si queréis,
 Que hallaré el despojo bueno,
 Con tal que Dios me conceda
 Desbaratar á esos perros.

»El no haber con vos contado
 No fué olvido ni desprecio,
 Sino temor que la empresa
 Malograsen nuestros celos.

»Paz no cabe entre nosotros,
 Lo sé bien, porque recuerdo
 La algarada de Sevilla,
 De Jimena el escarceo,

»De Jerez el alboroto,
 De Carmona el desafuero,
 El rebato de Medina
 Y el choque naval del Puerto.

»Mas visto que tales luchas
 Dan vida á los agarenos,
 Heme jurado olvidarlas
 Hasta arrojarlos del reino.

»Mi deber único es este:
 Lo he jurado, y cumplirélo.
 La hidalguía castellana
 Os dirá cuál es el vuestro.»

— ¡Por Dios— el Duque se dice, —
 Que probaré á este soberbio
 Que ni me gana á valiente,
 Ni á hidalgo ni á caballero!

¡Hola! ¡aquí mis servidores! —
 Exclama con ronco acento,
 Y se le llena la sala
 De pajes y de escuderos.

— ¡Vamos de guerra! — les grita; —
 Que lo anuncien los correos
 Á los justicias y alcaldes
 De la marina y fronteros.

Estas cartas se contesten
 Á esos magnates, diciendo
 Que armados de todas armas
 En Sevilla les espero.

Mientras allá acuden todos,
 Nosotros castigaremos
 Á la morisma rondeña
 Que estrecha de Arcos el cerco.

En los llanos de Caulina
 Esta noche acamparemos.
 ¡Hola! ¡mi arnés más templado
 Y mi potro más ligero! —

¡Qué algazara, qué bullicio,
 Qué confusión y qué estruendo
 En las casas y las calles
 Y alrededores del pueblo!

Aquí se ensilla el caballo,
 Allá se pavona el hierro,
 Acá el bagaje se embarga,
 Se apresta allí el bastimento.

Aquí, de la soldadesca
 Risas, gritos y reniegos;
 Más allá, de las mujeres
 Suspiros, llantos y rezos.

Y de trompas y clarines
 Y tambores á los ecos
 Se unen tocando á rebato
 Las campanas de los templos.

Del castillo en la esplanada
 Por haces se van reuniendo
 Escaladores, infantes,
 Jinetes y arcabuceros.

Los niños los ven con susto,
 Con envidia los mancebos,
 Con lágrimas las mujeres
 Y con orgullo los viejos.

Siguen tocando á llamada
 Los marciales instrumentos,
 Las campanas repicando
 Y la multitud bullendo,

Alzándose á las alturas
 Clamor de entusiasmo inmenso,
 Cuando el Duque se presenta
 Todo vestido de acero.

El caballo en que se yergue,
 Orgulloso de su dueño,
 Alza á la cincha las manos
 Y desempiedra los suelos.

Alta el Duque la visera
 Del empenachado yelmo,
 Saluda con la sonrisa
 Á los soldados y al pueblo;

Y la hueste revistada,
 El caballo revolviendo,
 Sale á galope tendido
 Al frente de sus guerreros.

V.

«¡Ay de mi Alhama!» se gime
 Con desconsuelo en Granada,
 Y en todo el reino islamita
 Se repite: «¡Ay de mi Alhama!»

De Alí Macer se recuerdan
Las predicciones infaustas,
Y se maldice al rey moro
Que se encastilla en la Alhambra.

Muley, por calmar al pueblo,
Convoca á la guerra santa;
Cincuenta mil hombres junta
Y los lleva á la venganza.

La soberbia con que salen
Conviértese en viva rabia
Cuando dan en los contornos
De la ciudad conquistada;

Que en las eras del ejido
Un sin fin de perros hallan,
De sus muertos compañeros
Devorando las entrañas.

Irritado el rey, ordena
El asalto de la plaza,
Y se arrojan como tigres
Los moros á las murallas.

De las recientes refriegas
Las torres desmoronadas,
La población en escombros,
Y aportillado el Alcázar;

Faltos de ingenios de guerra,
Las municiones escasas,
Los víveres consumidos
Y los aljibes sin agua,

Al ataque de los moros,
Si Cristo no les ampara,
Sucumbirán los valientes
Conquistadores de Alhama.

Mas no, que oponiendo al golpe
En vez de muros y adargas
El pecho, fortalecido
En el amor á la patria,

Vale por cien cada infante
De la hueste castellana,
Y por cien mil el guerrero
Invencible que la manda.

Con empuje incontrastable
Los agarenos atacan,
Durante el día de frente,
Y por la noche en celada,
Inútil siendo su astucia
Y su valor y su rabia,
Que en vez del triunfo es la muerte
Quien les espera y acaba.

Viendo imposible el asalto,
Minar quieren el Alcázar,
Mas también Ponce concluye
Con sus trabajos de zapa.

Entonces Muley decide,
Para conquistar la plaza,
Torcer el curso del río
En que el pueblo la sed sacia.

Mas Ponce, en vez de arredrarse,
Se embravece y agiganta,

Y en el río cada día
Libra terrible batalla.

Él increpa al que se abate,
Apacigua á los que rabian,
Conforta á los que pelean,
Dirige á los que trabajan,
Ayuda á enterrar los muertos,
Á los cautivos ampara;
Por darle á quien desfallece,
Su pan de la boca aparta;
Adonde quiera que acude,
Resucitando en las almas
Las virtudes fenecidas
Y las muertas esperanzas.

Mas ¡ay! que se consumieron
Ganado, harina y cebada,
Y cuesta un río de sangre
Conseguir un sorbo de agua.

En esqueleto los hombres,
No pudiendo con las armas,
Arrastrándose caminan
Á defender las murallas:

Éste enferma, aquél sucumbe,
Pero ninguno desmaya;
¡Que mueren, mas no se rinden,
Los defensores de Alhama!

Pero Dios por Ponce vela.
Á la luz de una mañana
Que alumbrará eternamente
La historia de nuestra patria,

En lugar de oír de los moros
Los insultos y jactancias
Y de ver la media luna
Amenazándole airada,

Oye el grito de «¡Santiago!»
Retumbar en las montañas,
Y ve tremolar en torno
Las banderas castellanas.

Un ejército cristiano
Iba acercándose á Alhama,
Y aterrado el sarraceno
Á los muros de Granada.

¡Qué alborozo el de la hueste
Que á la morisma ahuyentara,
Y qué ventura tan grande
La de la hueste sitiada!

La salvadora, con vivas
Á la de Ponce animaba,
Marchando al són de trompetas
Y á banderas desplegadas.

La de Ponce, reviviendo,
De regocijo lloraba
Y recibía con tiernas
Bendiciones á su hermana.

«¡Viva el Rey — Rodrigo dice —
Que en tal trance nos ampara!»



“ LA VUELTA DEL CAMPO ”

POR PERRAULT





Y tomando una montura,
 Á recibirlo se lanza.

El caudillo valeroso
 Que la otra hueste comanda,
 Al verlo, su potro aguija
 Y á encontrarlo se adelanta.

De entrambos los corazones
 Retemblar hacen sus mallas,
 Se juntan.... mas don Rodrigo
 Absorto y mudo se para.

Que no es el Rey, como piensa,
 Quien de la muerte le salva,
 Sino el rival enemigo
 Que toda la vida odiara.

Hablar quiere, y en los labios
 Se le mueren las palabras;
 Mirar al Duque, y se nublan
 Por el llanto sus miradas.

Á su vez el noble Duque,
 De ternura llena el alma,
 Hablar quiere, y el anhelo
 Le echa un nudo á la garganta.

Hasta que entrambos desmontan
 Movidos de iguales ansias,
 Y llorando como niños
 En un abrazo se enlazan.

«¡Viva Guzmán! ¡Viva Ponce!»
 Los ejércitos exclaman,
 Y responden abrazados

Los dos héroes: «¡Viva España!»

Surgiendo de aqueste grito
 Que hizo temblar á Granada,
 La perseguida ventura
 De la unidad de la patria.

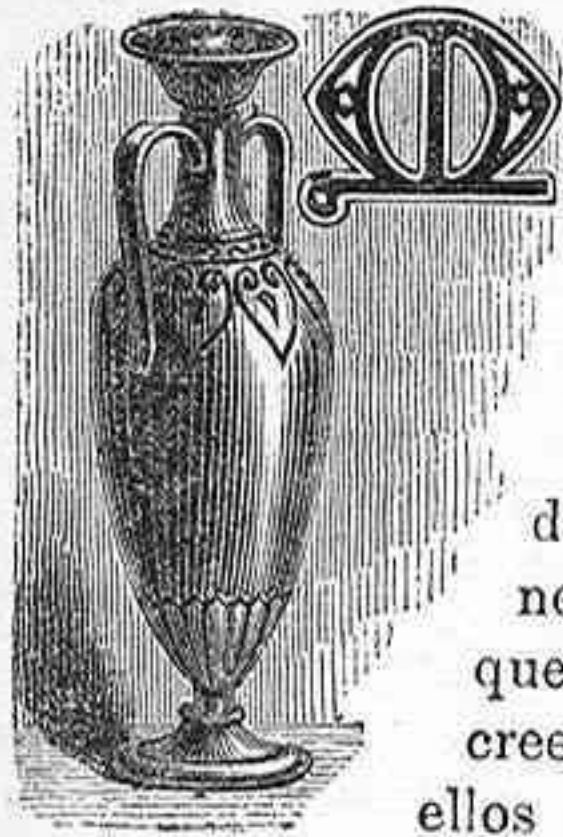
JOSÉ VELARDE.



LA PRINCESA EMINEH-HANEN,
 mujer del Kedive de Egipto.



LOS VIEJOS DEL DÍA



MUCHAS veces habrán ustedes oído, como yo, hablar en términos poco favorables de los jóvenes del día; y efectivamente, los jóvenes del día no son muy recomendables que se diga, bien que haya honrosas excepciones. Ellos son osados y ambiciosos, y el que no llega á yerno de un ministro no cree que cumple su misión en este mundo: ellos son descreídos en materia de religión y poco escrupulosos en lances de amor; de suerte que las muchachas sin trastienda, inocentonas, si hay algunas, enamoradizas y querenciosas, corren gran peligro dejándose querer de estos jóvenes del día, aunque en este punto pareceme que los jóvenes han sido siempre lo mismo, y así Dios me perdone. No falta, pues, razón á las personas timoratas y de notoria rectitud cuando se escandalizan de los hechos y los dichos de la juventud, y exclaman: «¡Oh, los jóvenes del día! ¡Qué juventud, María Santísima!—¡Los demonios son estos jóvenes!» Ellos, en verdad, en todas partes, en el Congreso y en la *Taurina*, en la *Cuba* y en el Ateneo, en la *timba*, y en el Teatro Real y en la Plaza de los Toros, en todas partes, repito, lucen gallardamente su ingenio y travesura, y justifican, en cierto modo, aquellas exclamaciones con que expresan su asombro los hombres sesudos, que están ya lejos de aquel tiempo en que les hervía la sangre activamente y los llamaban *los jóvenes del día*.

Yo, que ya no soy joven del día, ni de la noche, ni tampoco un carcamal, no participo, ciertamente, de la prevención con que se suele mirar á los *jóvenes del día* por los que ya no lo son, y, por el contrario, los miro con simpatía y benevolencia; y, vamos, será una debilidad ó lo que ustedes quieran, pero la gente joven me agrada más que la vieja, sobre todo, tratándose del bello sexo. Y así, sucede que mientras otros consideran dignos de abominación los defectos, las picardigüelas y los vicios de los jóvenes del día, yo los disculpo, y en algunos casos, porque se vea cuánta es mi franqueza lo digo, lo que siento es hallarme ya tan fuera de combate y no poder hacer lo mismo que ellos.

Además, amados leyentes míos, han de saber ustedes que los jóvenes del día, con tener todas las macas que de buen grado les reconozco, no tienen tantas como los viejos del

día. Sí, señores, hay que decirlo muy alto; los viejos del día son peores que los jóvenes. Esto afirmo después de haber hecho detenidos estudios y profundas observaciones, que de otra suerte no me atrevería á lanzar sobre tan numerosa clase acusación de tal gravedad, bien que hago las correspondientes salvedades, pues hay viejos y viejas de ejemplares virtudes, que por consiguiente, merecen todo linaje de consideraciones y respetos. Pero ¡qué viejos y qué viejas los que hace tiempo vengo estudiando y observando en este Madrid, donde entretengo honestamente mis ocios de cesante!

En mi vecindad vive D. Valentín, un jubilado, ex administrador de no sé qué salinas, y dicen que no se sabe cómo ha podido vivir tragándose tanta sal. El hombre tiene mujer, una infeliz que parece un espectro, enteramente consumida la triste, y dos hijas lacias y alicaídas, con cara de oveja las dos. Madre é hijas son unas benditas, que seguramente no han roto un plato en su vida y con quienes otro padre estaría muy satisfecho, porque, buenas, humildes y modestas, ni se les conocen caprichos de lujo, ni las puede haber más tolerantes y prudentes; ni para ellas hay otra obligación en el mundo que el cuidado del jefe de la familia y las piadosas devociones á que están acostumbradas y que las acreditan de buenas cristianas.

Todas las personas que conocen á estas mujeres se hacen lenguas de sus excelentes cualidades, y únicamente el célebre D. Valentín parece desconocer sus grandes méritos, á juzgar por la manera que tiene de tratarlas. En la casa no suena otra voz que la suya, muy desagradable y aguardentosa por cierto, y siempre se le oye hablar, no natural y afablemente, como habla con los suyos todo ciudadano dentro de su hogar, sino á gritos destemplados y en tono de amenaza. Las galanterías que á toda hora oye la escuálida esposa son de este calibre:—«¡No hay mujer más bestia que tú!—¡Maldita sea tu estampa, grandísima burra!—¡Quítate de mi vista, adefesio!—¡Qué haces ahí, santurrona de los demonios!»—Y á sus hijas las obsequia también con términos parecidos, sin que la madre ó ellas repliquen á tan groseros insultos, ni siquiera demuestren enojo por la irritante sinrazón de quien está más que nadie obligado á considerarlas y tratarlas con decoro y con benevolencia. Y en verdad, los días que se limita á decir á sus víctimas esas abominacio-

nes, consideramos los vecinos que el hombre está tranquilo y sosegado, porque cuando se irrita, que por la cosa más nimia se irrita frecuentemente, entonces, á las palabrotas más soeces, á los insultos más infames, á las amenazas más horribles, añade, para mejor imponer su autoridad, golpes en los muebles, bastonazos sobre una lata de petróleo vacía y carreras y portazos, como si hubiera perdido el juicio: — «¡ Te voy á arrastrar del moño ! » — dice á una hija, y á su mujer la grita: — « No sé como no te deslomo » — como si tuviera lomo la pobre mujer, que es un esqueleto animado por milagro de Dios. En fin, en boca de ese viejo energúmeno he oído el calificativo más afrentoso con que se puede ultrajar á una mujer, y lo aplicaba á la suya y á sus hijas, á grandes voces, llevando las infelices su abnegación hasta el sacrificio de devorar en silencio la horrenda injuria.

Pues todavía es más odioso de lo que parece este viejo verdugo de su propia familia, porque siendo ruin y avaro en su casa para la mujer buena y las hijas humildes y honradas, es generoso y espléndido para una manceba que tiene, que le manda, le exige y le maltrata, y hay quien dice que le pega, haciéndole además pasar por las más bajas humillaciones.

¿ Y á Perico Pérez, le conocen ustedes?..... ¿ No?..... Pues es otro viejo de los que tengo anotados para sacarlos á la vergüenza. Ningún joven despreocupado y atrevido incurre en los atrevimientos de este viejo desvergonzado. Ocupa buena posición, conoce á todo el mundo y habla mal de todo el mundo, mintiendo con el mayor descoco, y atribuyendo los más vergonzosos vicios á personas respetables de quienes se llama amigo desde la infancia. — « ¿ Fulano?..... — dice, hablando, por ejemplo, de un general que goza reputación de hombre serio y recto, — ¡ buen peine !..... Yo le conozco desde subalterno, y sé toda su vida y milagros. Lo menos se ha comido la caja de tres ó cuatro regimientos. Yo sé cómo ha hecho la carrera; por mediación de las mujeres, porque lo que es en cuanto á valor..... se le supone. » Y de esta suerte arranca el pellejo al amigo, y este bizarro militar vive muy ajeno de que hay muchísima gente que le cree un grandísimo tuñante, por obra y gracia de Perico Pérez. ¡ Desdichada la mujer de quien habla este viejo maldeciente! Los que le oyen y creen tienen por seguro que muchas de las damas de los buenos tiempos de este conquistador invencible estuvieron enamoradas de él y le sacrificaron su virtud sin poderlo remediar.....

Tiene la gracia de hablar á las señoras un lenguaje por todo extremo libre y desenfadado, que, en verdad, suelen algunas cotorronas celebrarlo, con lo que le estimulan á extremar su desvergüenza y su atrevimiento, pues no sólo con las viejas verdes y de todos colores lo usa, sino que llega en su osadía á profanar los castos oídos y á perturbar la conciencia de la jovencita cándida, cuya madre desconoce tan reprobadas mañas y no sospecha siquiera que pueda haber peligro para su hija en la conversación con el vejstorio podrido de alma y cuerpo á quien considera un caballero perfecto.

Los vicios de este viejo sátiro afectan un carácter mucho más grave de cinismo repugnante que los de los jóvenes que tanto nos escandalizan. Sus alardes de impiedad producen asco; sus gracias y sus chistes traspasan todos los límites de lo grosero y lo escandaloso; y, en fin, la burla que

hace de toda virtud, de toda acción noble y generosa, negando que existan en la tierra la honradez desinteresada, el amor al prójimo, la piedad sincera, la abnegación y todas las grandes cualidades de que, por suerte, hay tantos ejemplos todavía en medio de la actual sociedad egoísta y descreída, le hacen el ser más abyecto y miserable de este bajo mundo. Y, sin embargo, hombre bajo todos conceptos tan despreciable, es en todas partes bien recibido, y ha ocupado elevados cargos, y en la buena sociedad halla una tolerancia y una indulgencia que no merece. Por esto, justo es decir que no toda la culpa es suya. Hubiérase visto el hombre tratado como en justicia merece, encontrando cerradas para él las casas decentes y cerrado también el camino de todo encumbramiento, y habría entonces modificado su carácter y sus costumbres, refrenado su lengua y conocido, acaso, lo abominable de sus hábitos de embustero, difamador y desvergonzado impenitente.

Don Serapio de la Sota, frisa en los setenta y cinco años y vive de milagro, siendo un ejemplo vivo de que todos los medicamentos, todos los específicos, todos los métodos higiénicos y todas las aguas minerales son completamente inútiles para prolongar la vida y de que, por consiguiente, nadie se muere hasta que Dios quiere. Don Serapio, ni se medicina, ni se baña, ni viaja, ni toma otras aguas que las del Lozoya, ni se preocupa de su salud, y, sin embargo, el hombre está hecho una lástima con un reuma crónico que no le deseo á mi mayor enemigo, y con otra porción de alifafes, amén de una hernia y un tumor en otra parte, y una alteración completa de la economía; y hallándose en esta disposición, todas las noches D. Serapio, contra toda regla higiénica, las pasa fuera de su casa, en una atmósfera infecta de gas y de humo de tabaco barato, experimentando terribles emociones y violentas sacudidas cuando sale la cargada y él juega á la descargada; cuando reúne ante sus ojos codiciosos un montón de monedas y un fajo de billetes; cuando lo pierde todo, cuando lo vuelve á ganar, y por fin, cuando definitivamente lo ve desaparecer, mirando en este caso á los tahures, sus compañeros, con ojos de rencor y venganza; que de buena gana emprendería á tiros y á puñaladas contra los que se llevan el dinero que él se llevó de otros antes. El lenguaje de este viejo, que tiene ya casi los dos pies en la sepultura, es verdaderamente horrendo. Las blasfemias que profiere son completamente originales, y, por consiguiente, no han sido jamás oídas, y es tan poderosa en este punto su inventiva, que cada noche las improvisa más escandalosas que la noche anterior. En lo más crudo del invierno, el desdichado retírase de madrugada, renegando de su estampa y de la humanidad entera, si ha perdido, y allá va renqueando, apoyándose en el bastón, á buscar el camastro de la casa de huéspedes donde habita y le sirven de mala gana; porque este viejo, padre de dos hijas, una casada y otra soltera, que vive con su hermana, no quiere vivir en familia por no renunciar á su libertad, y no siente ya los afectos más tiernos y consoladores de los viejos, el amor á los hijos y á los nietos..... Su yerno, un hombre de bien, le hizo un día alguna juiciosa reflexión con el piadoso intento de hacerle comprender lo perjudicial de su sistema de vida para la salud, y desde entonces le aborrece, y á su hija, que abunda en las ideas de su marido, creo, Dios me perdone, que la aborrece también; tal estrago hace el



À FAVOR DE LA CORRIENTE.—Cuadro de Emilio Laus, grabado por Brend'Amour,

vicio infame del juego en este pobre viejo de corazón endurecido, de atrabiliario humor, sin amigos, sin hogar propio, sin decoro y sin vergüenza.

Don Peregrín es otro vetusto personaje que ya figuraba como funcionario público en la *Guía de forasteros* del año cuarenta, y se ha empeñado en no ser viejo. Su flaco es la persecución de mujeres de todas categorías, desde las chichuelas que venden periódicos en la calle de Sevilla hasta las jamonas verdes y escandalosas de que hay numerosos ejemplares. Don Peregrín se casó con una pobre mujer que no era pobre, y le dió una vida amarga, tan amarga, que la infeliz no la pudo soportar más de doce ó catorce años, y separada de él vive desde entonces, habiéndose quedado el marido, que pasa por hombre integro, con toda la hacienda de la esposa, quien hasta la fecha no sólo no ha conseguido que le dé cuenta de su caudal, pero tampoco una peseta. En cambio, porque en los primeros tiempos, después de la separación, la triste mujer le hacía reclamaciones y le importunaba siguiéndole los pasos, me la sopló bonitamente en un manicomio, y aunque salió de entre las enajenadas por falta de pago de la pensión, ya no se ha quitado de encima la opinión de loca, y de caridad vive la desventurada con una buena mujer que fué su doncella.

Libre de esposa legítima, D. Peregrín ha tenido otras muchas mujeres, y no son pocas las tontas de capirote que han sido sus víctimas, víctimas de un tenorio averiado, y por ahí andan unas dedicadas á la vida airada y otras miserables y desengañadas, renegando de aquel pillo que las engañó y además de su propia *inocencia*. Un día me encontré con don Peregrín á tiempo que desfilaba por la calle Mayor una procesión cívica, en cuyo lucido acompañamiento figuraban los asilados del Hospicio, todos con los ojos malos, y hablándome al oído me dijo el sin vergüenza:—«Mire usted, tengo la seguridad de que una buena parte de mi descendencia va entre esos motilones.» ¿Será malvado el cínico viejo?.....

No hay ejemplo de que este hombre haya hecho jamás favor á ninguno de sus prójimos ni á los que tienen su misma sangre. Un hermano suyo se vió comprometido por infidelidad de un amigo y envuelto en un proceso sin otra culpa que la extremada confianza en la lealtad de aquel amigo, y acudió á D. Peregrín para que le salvara del deshonor y de la ruina. Don Peregrín se excusó, y su hermano hubiese ido acaso á presidio, si una persona extraña, pero noble y generosa, no se hubiera complacido en la hermosa acción que él estaba en la obligación de no ceder á otro, cuando se trataba de su propio hermano.

Aunque tan avaro, algunas mujeres, las más despreciables, le han saqueado bonitamente y se han burlado de él más bonitamente todavía, y no ha faltado entre ellas quien le promueva grave escándalo. Y no olvidará fácilmente la zurra que en la calle de Embajadores le dió un mocito muy bruto, porque supo que D. Peregrín perseguía á una pitillera con quien él tenía que ver. Aquella noche, D. Peregrín, á pesar de sus años, corrió ligero y en el lance perdió el reloj, el dinero, el sombrero y la afición á las aventuras en aquellos barrios.

En suma, y para concluir este esbozo, afirmo y sostengo que entre los viejos del día existe una profunda perversión del sentido moral. Y si tuviera tiempo y humor, llevaría al lector á las reuniones de viejos en varios cafés de la corte, y allí podría oír lo que no ha oído jamás en punto á desvergüenzas, y se espantaría de que personas que se hallan en los últimos días de la vida hagan alarde escandaloso de todos los vicios como si aún tuvieran tiempo y aptitud para apurar los más reprobados placeres, para seguir cometiendo malas acciones y para arrepentirse de haberlas cometido.

¿Y las viejas? ¡Oh! de las viejas no digo nada, porque no tendría bastante espacio en todas las páginas de este *Almanaque*.

CARLOS FRONTEIRA.

Á CASTELAR

(EN LA MUERTE DE SU HERMANA CONCHA)

I.

Ya un gran poeta derramó en la fosa
De la que amaste inmarcesibles flores;
Ruede entre ellas oculta esta piadosa
Lágrima humilde á humedecer la losa,
La yerta losa en que las tuyas llores.

II.

¡Las tuyas! ¡Espectáculo angustioso
Ver por el pie, la cumbre soberana
Temblar, al cataclismo pavoroso,

Sentir fundirse el bronce del coloso,
Palpitar en el dios la carne humana!

III.

Llora. Mas piensa al desgarrar tu herida,
Que para el alma, de infinita esencia,
No puede haber ni muerte ni partida;
Que es el amor la perdurable vida,
Y es el recuerdo la inmortal presencia.

EMILIO FERRARI.

Madrid, 20 de Enero de 1889



LA CANCIÓN DE LA MUERTE

(EN EL CEMENTERIO)



(HABLA LA MUERTE A LA HUMANIDAD)

« Humanidad, que llegas
 Con vacilante paso y voz doliente
 Á los sepulcros, cuyo mármol riegas
 Con ardorosas lágrimas, ¡detente!
 En los cóncavos huecos de mis ojos,
 En la helada hermosura
 De mis yertos y pálidos despojos;
 En mi manto de niebla, en el acero
 Que en mis hendidas manos centellea;
 En el medroso pedestal severo
 Donde mi imagen pálida blanquea,
 Venid á meditar; cesen las iras,
 Los enconados odios y rencores,
 Las soñadas mentiras
 Que fingen los dulcísimos amores;
 Del mundo en el horrisono oleaje,
 De vuestra vida en la febril carrera,
 Contemplad este fúnebre paisaje,
 Que es muy corto el viaje
 Y al borde estáis de la fatal ribera.

»En mí se estrellan vuestras pompas vanas,
 Me arrulla el sauce con eterno canto;
 Me invocan las campanas
 Con la solemne música del llanto;
 No hay poder que á mi imperio no sucumba;
 Nadie contra mis leyes se rebela,
 Y en las marmóreas puertas de la tumba
 Planto el ciprés de eterno centinela;
 Yo floto en el espacio,
 Con siniestra guirnalda me coronó,
 Abierto está mi fúnebre palacio,
 ¡Venid á meditar junto á mi trono!

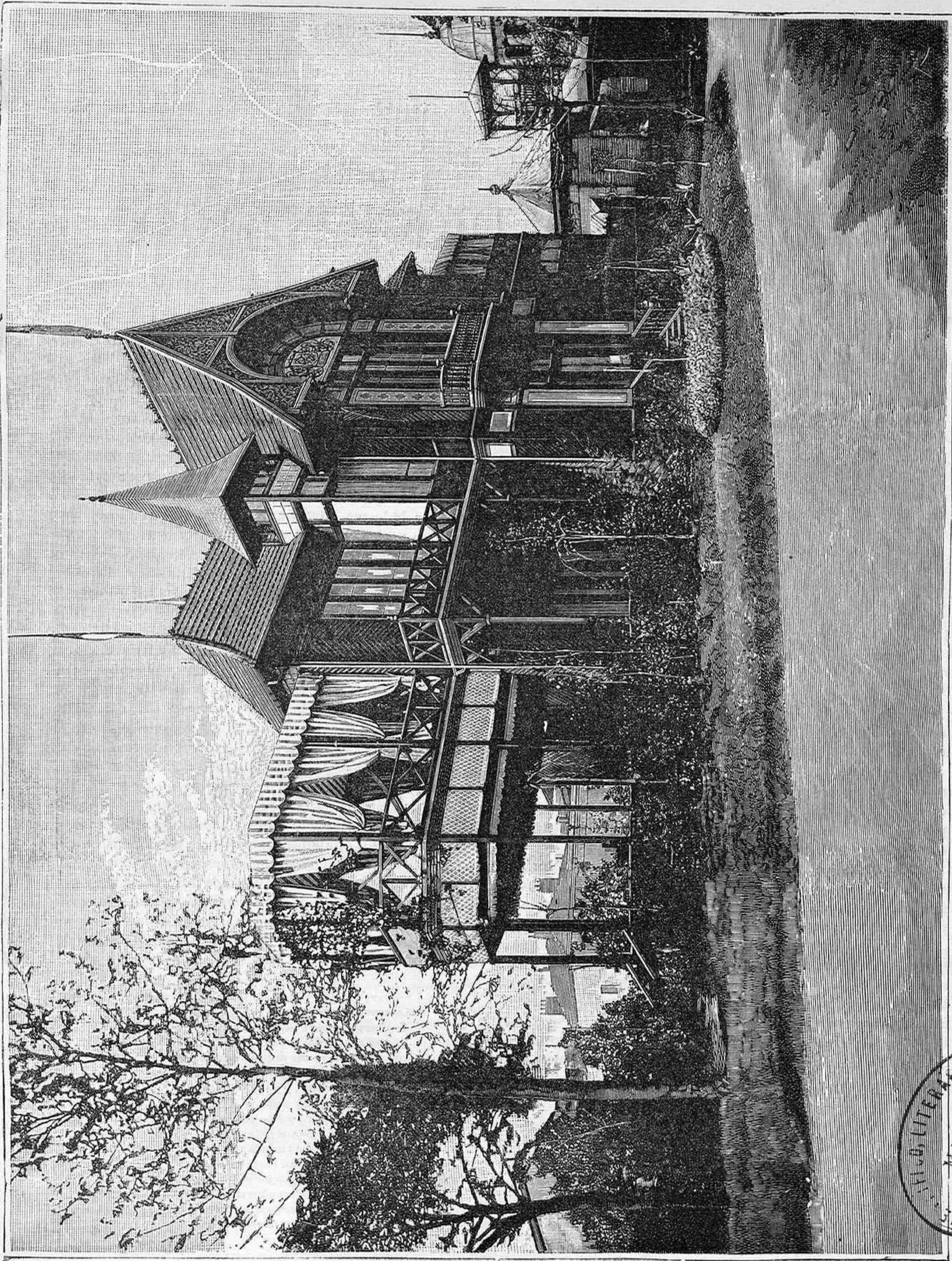
»Yo, del sol de la idea
 De un soplo apago la brillante lumbre;
 Yo la frente que crea
 Convierto en un montón de podredumbre;
 Yo turbo el brindis del festín sonoro,
 Y lo mismo atraviesa mi guadaña

El alcázar de oro
 Que el hogar del pastor en la montaña;
 El arpa rompo al inmortal poeta,
 Y al guerrero su espada poderosa;
 Borro la luz en la pupila inquieta
 De la mujer hermosa;
 A mí llegan, en sordo vocerío,
 Músicas, carcajadas y oraciones;
 ¡De la mentira mundanal me río,
 Y me ostento, en triunfante poderío,
 Sobre el polvo de mil generaciones!

»¡Llegad á mis colinas
 Con fe profunda y silenciosa calma;
 Todos encontraréis en mis ruinas
 Restos de un corazón, huellas de un alma!
 ¡No tembléis de pavor ante mi puerta;
 Cruzad las tumbas derramando flores;
 No desdeñéis bajo mi planta yerta
 El beso de mis últimos amores;
 No os agitéis en torbellino ciego,
 Que al cabo perderéis en la partida;
 Envidia mi sosiego
 Lejos de las borrascas de la vida!

»Aquí del viento el misterioso arrullo
 Memorias tristes en el alma deja;
 Aquí no hay más murmullo
 Que el lento son del sauce que se queja;
 ¡No me aguardéis con odio ó con recelo;
 No os amedrente mi fatal mirada,
 Que entre la tierra y el edén del cielo
 Yo abrevio la jornada!
 Soberbia exclamo: « El universo es mío, »
 ¡Pero también se extinguirá mi vida,
 Porque ante el mármol del sepulcro frío,
 A los pies de la cruz estoy vencida! »

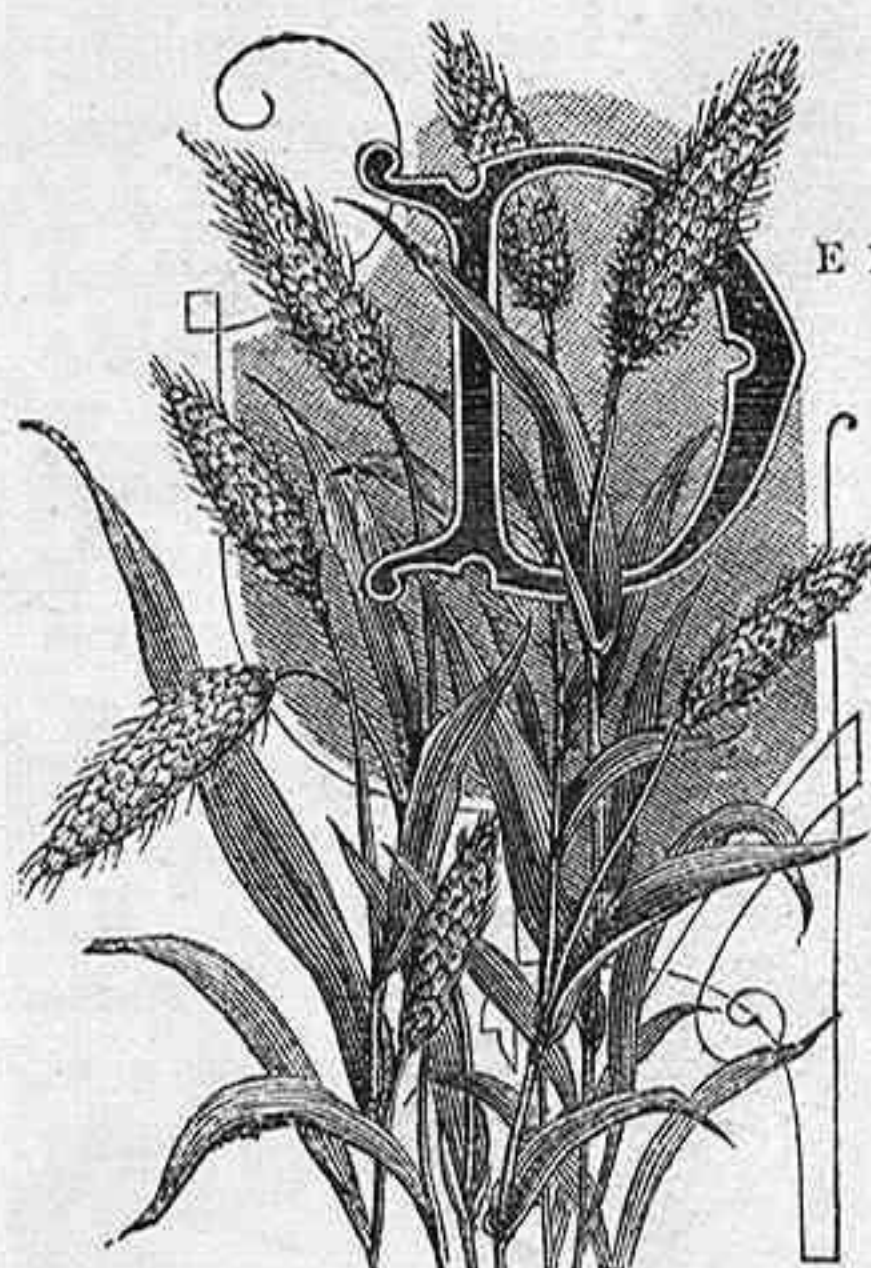
ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. — Pabellón de la República de Guatemala.



EL NUEVO DICCIONARIO



En ningún modo y por ningún estilo pienso negar, ni aun disminuir el mérito de los vocabularios existentes. Verdad es, que tanto el primitivo de la Academia, como los posteriores de la misma corporación, y los del P. Larramendi, Domínguez, Caballero, Peñalver y Roque Barcia pudieran ser más perfectos; pero aunque todos y cada uno hubiesen sido redactados por el mismo

Apolo, ya para nuestro tiempo estarían incompletos y anticuados: ¡tantos y tales son los progresos, modificaciones y falsificaciones del idioma!

Menos todavía consisten los mencionados cambios en la suma de vocablos añadidos á los que ya teníamos, que en el nuevo significado y valor con que los antiguos se emplean, llegando estas alteraciones al extremo de necesitar explicación y comentario. Véanse algunos ejemplos:

IRREGULARIDAD ADMINISTRATIVA.—Robo con abuso de confianza, cometido por algún empleado del gobierno, municipio, diputación provincial, etc., etc. De esto se dan algunos casos; pero muy pocos.

SEÑORA GALANTE.—La mujer casada y rica y escandalosa que suele cambiar de amantes como de camisa, sin tomarse el trabajo de salvar las apariencias. Si la culpable es pobre, ya resulta harina de otro costal: entonces entra en el gremio de las desvergonzadas y perdidas, suponiendo que no la califiquen y señalen con adjetivos todavía más duros y denigrantes. Donde aparece la verdad de aquella copla:

Quando se emborracha un rico,
¡Qué gracioso es el señor!
Y si se emborracha un pobre,
¡Vaya un pillo borrachón!

CRÍTICO.—Antes significaba hombre docto, imparcial y de buen gusto, que había dado pruebas de saber justipreciar las obras literarias y artísticas. Reinoso, Lista, Gallego,

Durán, Quintana, Martínez de la Rosa, Larra, etc., son verdaderos críticos. Hoy, salvo alguna rara excepción honrosa, se apellidan así los que no sintiéndose capaces de abrirse camino con obras propias, procuran una efímera nombradía royendo las ajenas, á semejanza del enano que aspirase á pasar por de buena estatura cortando la cabeza á los demás; ó como la mujer de mala conducta que censura á las otras para que la gente la tenga por honrada. Muchos de estos críticos actuales no son personas maduras encanecidas sobre los libros; sino mozalvetes reprobados en los exámenes, que se dan el gustazo de poner faltas á sus maestros.

SUBLEVADO.—Héroe glorioso, restaurador ó libertador de la patria, si triunfa: traidor, canalla y materia fusilable, cuando le sale mal la cuenta y es vencido y prisionero.

MAESTRO DE ESCUELA.—Mártir voluntario, ayunador incomparable, que deja tamañitos á los Succi, Merlati, Tanner y compañía. Siquiera éstos, al terminar el plazo de su ayuno, comen y se hartan; mas en los profesores de instrucción primaria es perpetua la abstinencia. Por estar desesperados, ni aun tienen el consuelo de alcanzar la gloria eterna en compensación de sus padecimientos, como lo tenían los antiguos anacoretas de la Palestina y el Egipto.

EVOLUCIÓN.—Tratándose de política, equivale á lo que nuestros padres apellidaban toscamente « volver la casaca, traición y apostasia »; pero hoy somos muy finos, muy pulcros y muy remilgados, y nos suenan mal semejantes palabras. Y no porque falte á quien aplicarlas, pues abundan, gracias á Dios, como pulgas en verano, los que pueden decir con el famoso canónigo Morales:

Pero, ¡hombre! Todo no ha de ser Numancia:
La constancia es virtud, mas algo rancia.
Yo siempre en este género de esgrima
Me voy al lado del que se halla encima.
Cuando vi sublevarse al pueblo insano,
Exclamé: — ¡Viva el pueblo soberano! —
Siguióse la Central, y yo, al encuentro
Saliéndole, me hallé como en mi centro.
Vino José primero, y sin gran pena
De su orden me cogué la berengena.
Y si después rodando más la bola,
Viene á mandarnos un mozal de Angola,
Veréis que con el negro me congracio
Y aun hundiré á estornudos el palacio.
Así se vive en puestos y en honores,
Con sólo en la opinión cambiar colores.

Por mi parte, no conozco maestro con tan numerosos y aventajados discípulos como el susodicho canónigo Morales, que santa gloria haya.

LA BUENA SOCIEDAD.—Los que tienen dinero, sea cual fuere su procedencia. Esta expresión es muy usada por los revisteros de salones, que sacan la tripa de mal año comiendo y bebiendo y fumando siempre á costa ajena. De suerte, que los que vivimos del trabajo diario seremos *la mala sociedad*. Muchas gracias.

LANCE DE HONOR.—Homicidio premeditado, ó cuando menos paliza concertada previamente y presenciada por varios caballeros, que se titulan padrinos, como si se tratase de una boda ó de cristianar algún pequeñuelo recién nacido. El lance se ve desde luego, pero no así el honor; ¿quién lo tiene? ¿El que mata á su contrario? Puede ser un desalmado espadachín, digno del presidio, y lo es algunas veces. ¿El muerto? Puede ser otro canalla semejante, aunque lo más común es que sea un infeliz. ¿Los padrinos? Tampoco. Estos ven la función desde seguro, como los que alquilan balcones en las plazas de toros. De manera que el honor no parece. Lo anunciaremos en la cuarta plana de los periódicos por si alguien lo ha encontrado.

TABERNERO.—Aguador disfrazado ó envenenador público. En el segundo caso, tienen los de este gremio á su cargo y sobre su conciencia la mar de blasfemias, bofetones, palos, puñaladas y tiros y atropellos y crímenes de toda ralea. Pero ¿qué importa? Son honrados industriales, pagan su contribución y tienen licencia franca para emponzoñar al género humano. Pero también contribuyen á dar suma variedad á la ortografía castellana, v. g.:

BINO DE BALDEPEÑA, ZERBESA Y LIQORES.

LOTERÍA NACIONAL.—Monopolio del juego por el Gobierno. Éste dice á los españoles: «Ciudadanos: el juego es inmoral; á todo el que pille delante de una ruleta ó de una baraja lo zampo en la cárcel, amén de la correspondiente multa. Pero si juegan ustedes conmigo, y yo soy el banquero y me guardo los cuartos sobre seguro, entonces la cosa varía de naturaleza, convirtiéndose de inmoral é ilícita en moral y legal. Por cuyo motivo, en cada administración tengo una timba, y en cada revendedor de billetes un gancho que no os deja parar en parte alguna sin poneros el décimo ante los ojos. Ea, jugadores, ¡mañana sale el gordo! ¡Viva la moralidad y rueda el boliche!»

ESTADO INTERESANTE.—Preñez, se dice en castellano. Interesante es todo lo que interesa. Supongamos dos ejércitos enemigos frente á frente y dispuestos á la batalla. ¿Les interesa alcanzar la victoria? Ya lo creo. ¡Pobre del vencido! De donde lógicamente resulta que todos aquellos miles de guerreros se hallan en situación ó estado interesante. ¿A qué vienen las perifrasis mal aplicadas, sobre todo cuando hay términos propios y expresivos para significar las cosas?

ARREGLO DEL PERSONAL.—Turrón para los amigos y desarreglo espantable en las familias y casas de las víctimas, quiero decir, de los cesantes.

NEGOCIO.—Bajo de este nombre genérico suele disfrazarse todo chanchullo, aun siendo más obscuro que una carbonería y menos limpio que agua de fregar. El pan de ínfima calidad y falto de peso, los comestibles adulterados ó podri-

dos que vende como buenos el contratista, los zapatos con suelas de cartón para el ejército, los ferrocarriles hechos á la malicia, aunque luego se estrellen y desnuquen cien infelices cristianos.... Todas estas cosas y otras muchas, más largas de enumerar que una letanía, se llaman negocios, y con efecto, lo son, y muy productivos para los que de ellos viven y por ellos triunfan. Quien lo dude, que se dé un paseito por la Castellana en compañía de algún conocedor y cronista de la sociedad madrileña. Allí de seguro aprenderá datos suficientes para añadir varios capítulos á la vida y aventuras de Gil Blas de Santillana. Y ¡qué capítulos!

CASAMIENTO DE FAMILIA.—Casi siempre equivale á venta personal, profanación ó prostitución legalizada. Consiste en mirar el amor como cosa anticuada y hasta ridícula, propia solamente de los tiempos del romanticismo. Las gentes juiciosas, como dicen los que en tales matrimonios mangonean, deben de atender á la posición social elevada, á la renta crecida, á la utilidad solamente, y dejarse de vanos y poéticos sentimentalismos. Discurriendo con tanta cordura, los mismos parientes de una hermosa joven la enlazan á un caduco anciano, como quien vende una mula, ó se desposa un rozagante mancebo con su abuela, ó la señorita pobre con el patán enriquecido que bajo charolada bota esconde la pezuña. Afortunadamente para la humanidad, estos desventurados matrimonios de familia son cada día más raros, quedando de uso casi exclusivo para los reyes y príncipes, á quienes en vez del amor suele unir la diplomacia. Así sale ello, y excusado es citar ejemplos numerosos, por ser harto conocidos. Lo peor es que riñen los coronados cónyuges, se forman por uno y otro parcialidades y bandos, y los vidrios rotos los paga el pueblo. ¿Habla usted de.....? No, señor. ¿Y de.....? Tampoco.

ORDEN.—Cuando se usa en política esta palabra, no suele significar el armonioso concierto con que funciona todo el complicado organismo de una bien gobernada nación, sino solamente la quietud material, la falta de protesta, el silencio profundo, aunque este silencio sea el dél cementerio. Así lo entienden muchos, y así lo entendía el verdugo de la infeliz Polonia, general ruso Mouravieff, cuando harto de ametrallar, acuchillar y ahorcar polacos, acusados del horrendo crimen de amar y defender á su patria, redujo toda resistencia y toda manifestación á un silencio de muerte, y escribió á su amo el Czar esta sangrienta frase: «El orden reina en Varsovia.» Los que en todos los pueblos se apellidan á sí mismos partidos de orden, son partidos de resistencia á cuanto se encamine á coartar y destruir privilegios y monopolios, se apoyan en las bayonetas y miran á la multitud como conquistadores y dueños. Todos los antiguos señores de horca y cuchillo, todos los déspotas y despotillas, tiranos y tiranuelos han sido hombres de orden.

HOSPITAL.—Matadero de pobres y aprendizaje de médicos. Podrían ser cosa algo mejor, y lo son algunos; pero como excepciones honrosas. Todavía seguimos con la rutina de aglomerar enfermos en vastos edificios y en lugares populosos, convirtiéndose en focos de infección y semilleros de epidemias las que debieran ser verdaderas casas de curación y de salud. La sola idea de ser llevado al hospital horripila al doliente más pobre, mísero y abandonado. Y cuando este horror es general en toda España, no carecerá de fundamento.

HOMBRE SERIO.—Literalmente, el que nunca se rie, ó se rie muy pocas veces, y de mala gana. Pero los que estropean nuestro idioma con galicismos innecesarios dicen *hombre serio*, en vez de *hombre grave*, como se ha dicho siempre en tierra de garbanzos. La *seriedad* y *gravedad* suelen ser capas y tapaderas de la *vaciedad*, y muchos por ellas escalaron altas posiciones y empleos, amén del renombre de sabios entre las gentes de su pandilla. El sistema de la gravedad ó seriedad es sumamente fácil y tan productivo como otro cualquiera pueda serlo. D. Perfecto lo ignora todo; pero conoce interiormente su ignorancia y procura encubrirla; oye hablar de política, literatura, ciencias, tauromaquia, de lo que fuere, y en lugar de exponer con franqueza su opinión, buena ó mala, exclama solemnemente en voz campanuda: «¡Oh, los partidos, la gestión administrativa, ¡Oh, el gran Cervantes! ¡Ah, los progresos científicos! ¡Oh, Frascuelo!» Y los papanatas que le escuchan suelen murmurar para su sayo: «¡Lo que sabe D. Perfecto! ¡Lástima que semejante hombre no sea diputado ó ministro!» Y cáta-te á D. Perfecto con admiradores. Lo demás lo traen la industria y el tiempo.

OBSEQUIO, REGALO, MEMORIA.—Cuando sin ton ni son se tributan á funcionarios públicos, son disfraces y envolturas de lo que en buen castellano se llama *cohecho*. Pero como éste se halla penado por la ley, de aquí el procurar encubrirlo con otro vocablo más bonito y mejor sonante. *Do ut des*: era expresión muy usada entre nuestros antepasados

los latinos, que podríamos traducir, aunque muy libremente, por el refrán de «amor con amor se paga». También solemos decir que «por la peana se besa al santo», y «quien no siembra no coge»: y principalmente «dádivas quebrantan peñas», que es la sentencia más ajustada al caso.

CONSERVADOR.—Así se llama uno de los partidos políticos dedicados á labrar la felicidad de este país. Pero la denominación me resulta incompleta. Conservador, restaurador, vendedor, calificador... ¿de qué? Pues siempre me ocurre preguntar qué es lo que conserva, restaura, vende ó califica. Así se dice: conservador del Museo, restaurador de cuadros antiguos, vendedor de uvas, calificador del Santo Oficio. Ahora sí que está el sentido completo. Otro tanto me sucede con mis amigos Pintado y Mejorado. ¿Mejorado en qué? ¿Pintado de qué? De amarillo, de verde, ó de viruelas? Conven-gamos en que las frases incompletas le dejan á uno como suspendido en el aire y con los pies colgando.

HERÁLDICO: GENEALOGISTA.—Distingo, como dicen los teólogos: quien lo es por gusto, da vehementemente indicio de bobo rematado; si

lo toma como profesión, puede ser un cuco, explotador de la ajena bobería manifestada bajo el aspecto de la vanidad. Y cuenta que los mayores contribuyentes, los que alojan la mosca para comprar un mentiroso pergamino ó amañada ejecutoria que los nombre descendientes del Cid ó de Guzmán el Bueno, suelen ser prosaicos tenderos de comestibles, retirados ya del mostrador, expulperos de América ó contratistas del Estado, que empezaron por vender para el ejér-



LA SEÑORITA MARÍA DE WETSCHERA.

cito garoanzos fósiles ó tocino podrido y acaban por llamarse condes, marqueses, y lucir improvisados blasones en sus carruajes y libreas. ¿Hay cosa más bonita en el universo mundo, ni que más halague al piojo resucitado, como le llaman en mi patria Andalucía, que hacer pintar ó esculpir á la entrada de su casa un enorme escudo de armas con un arbolito, y un brazo armado que sale de entre la copa, y dos perros ó lobos ó leones puestos de pie, todo ello coronado por enorme yelmo de largas plumas? Esto es archimagnífico y no hay cabeza vacía y repleto bolsillo á quien no deslumbré y entusiasme. Demasiado lo saben los genealogistas de oficio; y por este saber en todo tiempo hacen su Agosto, especulando con la necesidad humana.

GRIEGO.—Literalmente, es el natural de Grecia; pero en casinos, círculos de recreo y toda suerte de *timbas*, equivale á jugador de ventaja, fullero y estafador, aunque ignore en qué parte del mapa está situada Atenas, y si hubo alguien llamado Aristides, Platón ó Epaminondas. Ese de mirada oblicua y almidonada pechera con botones de diamantes, que gira cauteloso alrededor del tapete verde como negligente y distraído, pero en realidad muy despierto y buscando una víctima, es un griego. El que empieza por manifestaros que no gusta de jugar, y sin embargo os propone echar *una vaca*, es griego también y no de los menos temibles. Perderéis primero la vaca, y después cuanto tengáis en los bolsillos. Esos caballeros apuestos y bien vestidos, sin tener profesión ni renta que justifique su lujo y excesivos gastos, creedlo, son de la misma calaña, griegos hábiles y muy capaces de sacarle el jugo á un mosquito. Los veréis en paseos, teatros, conciertos, hasta en casas decentes, os estrecharán la mano, pero nunca tengáis confianzas ni trabéis amistad con tales advenedizos. Hay más clases de griegos que provincias y ciudades en Grecia: sería curioso, aunque muy prolijo, estudiarlos y dividirlos por grupos, familias y géneros como hacen los naturalistas con los bichos, plantas y minerales.

POLÍTICO LISTO.—El que pone la vela al viento y siempre navega en popa, cualquiera que sea el Gobierno y las ideas dominantes. En todas las naciones, y singularmente en la nuestra, hay una colección de pilotos de este jaez que causa pasmo y asombro. Desde el socialista y federal hasta el carlista más rabioso, existen más de cuatro y más de cuatrocientos individuos que han recorrido toda la escala política con sorprendente agilidad, sin romperse nada y siempre llevándose algo entre las uñas. Los antiguos ¡infelices! creyeron hacer una gran cosa inventando la fábula de Proteo, sin adivinar que llegaría un siglo en que al lado de nuestros Proteos actuales y efectivos se quedaría en pañales como un niño de teta. Algo de esto queda dicho en el párrafo *evolución*, con referencia al acomodaticio canónigo Mora'es, de feliz memoria.

BELLÍSIMA: BELLA: ELEGANTE: SIMPÁTICA.—Parece al pronto que estos vocablos, por lo muy claros y definidos, no presentan duda alguna en cuanto á su valor y significado;

pero hay muchas cosas que no son lo que parecen. Estas palabras tienen á menudo un valor convencional que los iniciados conocen: v. gr.; dice un periódico noticiero:—«Se ha casado con D. Fulano la bellissima señorita doña Mengana, etc.», *Bellisima* entonces equivale á guapita: si la llama *bella*, es medianeja: si *elegante*, fea y bien vestida; pero si la califica de *simpática*, bien puede asegurarse que la tal desposada es un verdadero lobo. Lo mismo sucede con los epitetos de *notable*, *distinguido*, *estudioso*, *eminente*, *bizarro*, etc., aplicados con cierto *intrínquilis* á paisanos y militares.

INOCENCIA.—Estupidez reconocida, si ya no es niño e inocente. En ocasiones parece inocencia lo que es camastronería y profundo disimulo. Por esto se dice, «librenos Dios de los inocentes, que de los avisados ya nos libraremos nosotros mismos. Parece que se cae, y se agarra con veinte uñas: guárdate del agua mansa: no rompe un plato y revuelve un pueblo»: con otra multitud de sentencias relativas á los apellidados inocentes, candorosos y bonachones. Los toreros prefieren los toros claros y boyantes á los tranquilos y marrajos, que suelen proporcionarles apretados lances y cogidas funestas. Tienen mucha, muchísima razón.

Pudiera seguir añadiendo frases y explicándolas en seguida hasta emborronar un montón de pliegos; mas con lo dicho basta para formarse idea de lo que pudiera y debiera ser *El Nuevo Diccionario*. Compréndese también, dada la agitación y múltiples relaciones de la vida moderna, que el tal Diccionario, por muy acertadamente que fuera compuesto, quedariase anticuado muy pronto, si en cada nueva edición no se hacían las supresiones, adiciones y variantes necesarias. Para cuya utilísima labor y patriótica empresa creo cosa adecuada proponer la fundación inmediata de una gran academia ó instituto, sostenido con lujo á expensas del Estado; y que me nombren presidente, director ó jefe de la tal corporación, con casa gratis y un buen sueldo para alivio de mis penas. Ríase en buen hora algún lector de esta salida, teniéndola por original y extravagante. Podrá serlo por la claridad y franqueza con que se halla expresado el pensamiento; en cuanto al pensamiento mismo es lo más usual y corriente que imaginar cabe. Vuelva cada uno la vista á sus recuerdos y verá si tengo ó no tengo razón.

Hablando ahora con toda la formalidad posible, creo muy conveniente y beneficioso para las letras, que en vez de suprimir acepciones de frases y palabras, como han hecho recientemente algunos vocabularios con la de jesuíta en el sentido de hombre cauteloso y astuto, y con otras muchas, se consignen y estampen cuantos significados les atribuye el pueblo, que es, en suma, el inventor, el árbitro y legislador del lenguaje, lo mismo en España que en todas las naciones antiguas y modernas.

Y para no cansar al lector con más prosa, aquí hago punto y termino. Vale.

NARCISO CAMPILLO.





SONETOS

I.

LA NOCHE EN LA ALDEA.

Ya se hunde el sol ; su resplandor escaso
Sangrientos surcos en los aires deja,
Y, enrojecido por su luz, semeja
Un incendio de nubes el ocaso.

Triste la noche, con callado paso,
Va en pos del día que la luz refleja,
Cual prendada del astro que se aleja
Ó temerosa de sí misma acaso!

Todo después se borra y se ennegrece ;
Del sol el postrer rayo moribundo
En el lóbrego azul se desvanece,
¡Y es tan grande el silencio y tan profundo
Que, envuelto en densa obscuridad, parece
Un cementerio abandonado el mundo!

II.

DESPEDIDA.

Pues que alejarte debes de mi lado
Y nunca más á unirnos volveremos,
¡Ven, ven á mí ; que juntos recordemos
Las risueñas venturas del pasado!
Que por última vez en apretado
Y ardiente abrazo el corazón juntemos ;

¡Que en un beso de amor reconcentremos
Todo el placer que hubiéramos gozado !
Y así en unión estrecha confundidos,
Deja por siempre, para darme calma
Y apagar el ardor que me sofoca,
El eco de tu voz en mis oídos,
El fulgor de tus ojos en mi alma,
Y la miel de tus besos en mi boca !

III.

¡QUÉ TIEMPOS!

¿Qué fué de ti, bendita Poesía?
¿Qué de tu majestad immaculada,
Hoy por los muladares arrastrada
Y digna y noble cuando Dios quería?
Te explota la impotente medianía,
Y á la vez que te explota te degrada ;
Y la frivolidad más descarada
Ocupa el trono que ocupaste un día !
Buscando en el escándalo renombre,
Hay quien pinta con pluma licenciosa
Cuanto denigra y envilece al hombre ;
Y trueca, si oportuno lo reputa,
Tu vestidura y tu pudor de diosa
En torpe desnudez de prostituta !

ATAULFO FRIERA.

RIMA

Cae una piedra en las tranquilas aguas
Del anchuroso lago,
Y un ondulante círculo se forma
Que se va poco á poco dilatando.

Y aquella ondulación que al lago agita
Se desvanece al fin sin dejar rastro,
Mientras la piedra sepultada yace
Entre las algas que le abrieron paso.

Algo muy parecido es la existencia
Del triste ser humano :
Cuerpo que cae por impulsión divina
En el lago del mundo, breve rato
Una ligera ondulación producen
Los sueños de su espíritu, y al cabo,
La ondulación se borra para siempre
Y el cuerpo queda en cieno sepultado.

RICARDO SEPÚLVEDA.

